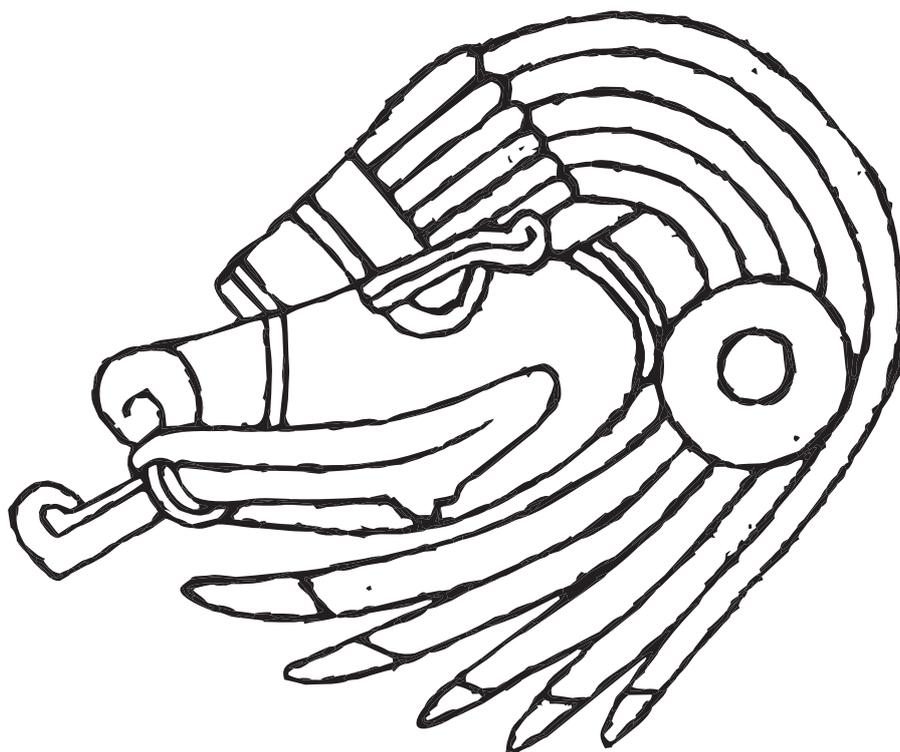


CRÓNICAS
DE LA
SERPIENTE
EMPLUMADA



EL LIBRO DEL MENSAJERO
EDGARDO CIVALLERO



CHRONICAS · Ð · LA
SERPIËTE · EMPLVMADA

EL · LIBRO
ÐL · MËSAXERO

EDGARDO · CIVALLERO

Edición revisada y corregida por el autor

Abril de 2020

Civallero, Edgardo

Crónicas de la Serpiente Emplumada 1: El Libro del Mensajero / Edgardo Civallero. -- ed. revisada -- Madrid : Edgardo Civallero, 2020. c2009.

p. : il. en b/n.

1. Ucronía. 2. Aztecas. 3. Mayas. 4. Serpiente Emplumada. 5. Descubrimiento de América. 6. Taínos. I. Civallero, Edgardo. II. Título.

© Edgardo Civallero, 2009

© de la presente edición digital, 2020, Edgardo Civallero

Diseño de portada e interior: Edgardo Civallero

La distribución de esta edición digital se realiza exclusivamente a través de las plataformas virtuales, sitio web y redes sociales del autor.

“Crónicas de la Serpiente Emplumada 1: El Libro del Mensajero” se distribuye bajo una licencia Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas Internacional de Creative Commons.

CHRONICAS·D·LA
SERPIËTE·EMPLVMADA

QVETZALCÔÄTL·IN·IÄMOXTIN

LIBRO·I

INIC·CE·ĀMOXTLI

EL·LIBRO
DL·MĒSAXERO

TLANĀHUATĪLĀMOXTLI

Imaginemos por pura hipótesis que las naves colombinas se hubieran deshecho las tres contra los peñascos, o bien perdido enteramente con todos sus hombres en el horror cárdeno de una tempestad, sin regreso a Europa, ni aun noticia del naufragio. Por mucho tiempo, hasta que, andando los años, hubieran nacido nuevos hombres pensadores y audaces, se hubiera creído en Europa que el océano de las Tinieblas era infranqueable y que Colón y sus hombres habían ido allá locamente a perecer. El suceso desgraciado hubiera puesto espanto en los ánimos de reyes y navegantes, y quizá en un siglo nadie hubiera osado otra vez la navegación de Occidente.

He aquí, pues, una utopía de lo posible, un relato de lo que no fue y pudo ser.

R. Majó Framis, *Vida de los navegantes y conquistadores españoles del siglo XVI*. Madrid: Aguilar, 1946, p. 182.

INTRODUCCIÓN

OCÉANO ATLÁNTICO, 1493

Febrero, día 14.

Dos pequeñas carabelas casi desarmadas capean a duras penas una tormenta desencadenada dos días antes, una tempestad que las ha bamboleado sin descanso como si se tratara de los restos desgarrados y descompuestos de un enorme sargazo. No puede esperarse piedad o respiro de las fuerzas desatadas. Las olas barren de lado a lado las ocho varas de cubierta, ora desde babor, ora desde estribor, en medio de remolinos y turbulencias que obligan a muchos marineros a atarse con chicotes a los mástiles para no desaparecer en aquellas fauces oscuras y saladas.

Navegan prácticamente a árbol seco. Sólo un papahígo cuelga, empapado y muy recogido, de cada palo mayor. Pero incluso esas piezas de lona son inútiles: los barcos no se han movido más que unas pocas millas dentro de aquel infierno invertido, un averno colmado de frío y humedad.

Encerrado en una cámara patética llena de ganchos, bastimentos míseros y pestilentes ropas mojadas, en el breve alcázar de popa de la carabela apodada *Niña*, el Almirante escribe. La pluma raspa su cuaderno de memorias con una ansiedad casi vehemente, teñida de miedo. Intenta aprovechar, a duras penas, la luz sucia y escasa que arroja la mecha medio consumida del único fanal de hierro.

La tempestad violácea bate los costados de las naves como un ariete empujado por la furia de todos los espíritus del mar. Los hombres, que sólo

piensan en sus vidas, tiemblan de espanto, y no les importaría rebelarse con tal de escapar a un destino que parece cierto. Saben que los barcos carecen de lastre suficiente, que los cascos hacen agua y que quillas y cuadernas están gastadas. Los calafates del puerto de Palos habían hecho un trabajo vergonzoso, que prácticamente rayaba la estafa. La estopa y el alquitrán que sellaban los maderos de aquellas naves eran pésimos. Pésimos e insuficientes. Los navíos habían sido obtenidos a la fuerza, por presión real, y nunca habían estado en buenas condiciones, como era de esperar ante tales procedimientos. Esa mala calidad se nota y se recuerda mucho más en estas horas funestas.

Los de Palos no cumplieron con el rey y la reina lo que habían prometido: dar navíos convenientes para aquella jornada, y no lo hicieron.

El palo de mesana de la *Pinta* —la otra carabela, con la que, aunque cercana, se había perdido contacto visual horas antes— está severamente dañado. Tanto, que hacía semanas que no permitía navegar siquiera de bolina. El capitán de aquella nave, Martín Alonso Pinzón, había empleado su tiempo en saciar su avaricia buscando oro en las costas recién descubiertas, pero no se molestó en procurarse un solo tronco que le permitiera solucionar tan serio problema.

En la cámara, la bujía, alimentada con aceite de Castilla, humea y apesta a quemado. El Almirante continúa escribiendo.

Mi flaqueza y congoja no me dejan asentar la ánima. Me dan gran pena dos hijos que tengo en Córdoba al estudio, que los dejo huérfanos...

Sus esperanzas y las de su tripulación están perdidas. También el rumbo. Nadie sabe a ciencia cierta dónde se encuentran. La mar picada no permite posicionarse con el cuadrante y las estrellas, ocultas tras aquel techo morado de jirones de vapor, insisten en guardar un silencio forzado. Desde hace una semana, los pilotos y la gente experimentada en navegación platican a espaldas del Almirante, intentando vislumbrar su cercanía a tierras o islas conocidas. Buscan darse ánimos en el tránsito de una ruta recorrida por vez primera, que ya se dilata de forma alarmante. El propio Almirante y sus hombres de confianza —Vicente Yáñez Pinzón, Sancho Ruiz, Peralonso Niño— echan puntos sobre las cartas de marear, tratando de descifrar los siempre misteriosos caminos de la mar. Pero es inútil. El desconocimiento y la confusión los superan. Como a todos los demás.

Las promesas y los votos, teñidos de acentos meridionales, se elevan a un cielo que parece un castigo de deidades ignotas. Aseguran libras y libras de cera en pesados cirios a María, la venerada Madre, señora de los renombrados monasterios andaluces de Guadalupe y de Santa Clara, y del de Loreto, en la italiana Marca de Ancona. Prometen salves, romerías y actos personales de devoción si se les concede el milagro de escapar de aquella debacle que hace crujir las tablazones y gemir las jarcias con sonidos que semejan humanos.

Las palabras se deshacen en el viento, se ahogan en el agua —dulce del cielo, salada del mar— que inunda todo y se desvanecen entre el ruido de los truenos, en un espacio muerto, huérfano de luces y colores.

El Almirante no cesa de escribir. No para de reflejar en su diario los vaivenes de su espíritu, que parece una nave más, perdida en una tormenta interior. Recuerda. Recuerda su descubrimiento, todo lo visto y oído, todo lo registrado durante aquellos meses de navegación tan incierta como maravillosa. Se acuerda de los casi cuarenta hombres que dejó abandonados a su suerte en la isla Hispaniola, en el Fuerte de la Natividad. Trae a su

memoria la figura de esa torre endeble levantada con los restos de su buque insignia, la orgullosa nao encallada en un banco de arena la Nochebuena del año anterior. Rememora a los que dejó allí. A su alguacil cordobés, Diego Henríquez de Arana, al que nombró capitán y dejó poder cumplido de los reyes, como él mismo lo tenía. Al repostero del estrado del rey, Pero Gutiérrez. Al escribano segoviano Rodrigo de Escobedo. Y a todos los demás, los más voluntariosos, fuertes y de mejor disposición de su tripulación: hombres que quedarían allí, aislados para siempre, si aquellos barcos se perdían.

Evoca el río de la Luna, el cabo de Palmas, la punta Lanzada, las islas del Mar de Nuestra Señora... Recuerda una enorme cruz de ceiba negra que se alzaba por encima de los techos de los *bohíos*, en el medio de aquella perdida aldea de isla Tortuga, y los gritos increpantes del medio centenar de hombres del golfo de las Flechas, con cabellos largos como mujeres castellanas, pintados de guerra, tocados de plumas de papagayo y armados de arcos y recias espadas de madera de palma. No puede olvidar la hierba espesa que tapizaba el agua del océano, esa que parecía querer detener a toda costa el avance de sus carabelas. Rememora las tres sirenas que viera en punta Roja, las tortugas que allí mismo apresaron sus hombres, la silueta nevada del monte de Plata, la punta de Hierro... Y las islas, siempre las islas: San Juan, Martininó, Carib...

El Almirante, en medio de su propia noche oscura, hace un recuento de lo vivido y lo soñado y desea poder arribar a su tierra, a sus puertos, a sus rumbos familiares. Quiere tener la posibilidad de contar personalmente y con honores su proeza, esa gran hazaña que nadie creía posible y que tantas burlas y padecimientos le habían costado. Tantos sacrificios, tantas privaciones, tantos sueños rotos. Desea llegar —una sola oportunidad, tan sólo eso— y mostrar a sus Majestades de los reinos de Castilla y Aragón el poco oro que dobla las tablas podridas de sus bodegas.

Pero... ¿qué pasaría si no lograba escapar a la furia conjugada de todos los vientos y todas las ondas que se han dado cita en aquel inubicable punto del universo? En un arrebato de duda —deshechos ya los ánimos, desvanecido todo valor— toma un pergamino en blanco y redacta una misiva a sus reyes, incluyendo en ella los registros elementales de aquella gesta heroica, de aquella aventura descubridora. Ruega encarecidamente a quien la encuentre, si es que alguien da con ella, que la haga llegar a manos reales...

*...porque, si se perdiese con aquella tormenta, los reyes
hubieran noticia de su viaje.*

Fuera, el viento ulula y galopa como una interminable tropilla de caballos invisibles, gigantes, salvajemente azotados por los relámpagos y desbocados sobre aquella superficie curvada en mil puntos. El horizonte no existe: todo es una masa informe de agua y aire combinados, que gira sin tregua por encima, por debajo y a través de barcos y hombres.

El Almirante envuelve el pergamino —su testamento de marinero visionario— en un paño encerado, lo ata con fuerza y pide a sus marineros un barril vacío. Uno de ellos es el encargado de arrojar el tonel y su carga a la boca llena de colmillos espumosos de aquella mar rabiosa. Nadie conoce el contenido: todos piensan que es un voto más, otra promesa hecha en aquellas horas de desolación. Ninguno imagina que allí va su memoria colectiva, intentando escapar de la catástrofe que se avecina para poder gritar al futuro que ellos habían superado las leyendas y los terrores de un universo medieval, lleno de límites opacos, y habían llegado más allá del confín del mundo conocido.

En medio del caos, los fantasmas guardados en el inconsciente de los navegantes cobran vida y se materializan frente a los rostros espantados, más reales que nunca. Las manos de marinos y grumetes tiemblan. Y sus labios musitan olvidadas oraciones a un Creador que parece haberse desentendido totalmente de aquel escenario y haberlo dejado en las manos de las potencias paganas del inframundo.

Las cuerdas aúllan gritos de pavor mientras los dos destrozados cascarones se pierden en el vientre desolado y tenebroso de aquella tempestad. Sus contornos se desdibujan y acaban por desaparecer. Son sólo dos puntos más entre todos los puntos grises que allí se agitan sin descanso y sin sentido, espectral imagen de Apocalipsis teñida de tristeza y olvido.

En otro tiempo, en otra historia, quizás en ese universo paralelo en el que los dioses y los santos escuchan las plegarias y en el que la buena suerte existe, aquel «Almirante de la Mar Océana» y su tripulación sobrevivirían a esa tormenta infernal y alcanzarían con éxito las islas Azores, y luego la península Ibérica. Se convertirían en los «primeros» europeos que pisaron aquel confín del planeta e iniciarían la conquista de un Nuevo Mundo, el saqueo y el genocidio de cientos de culturas únicas, la creación de un pueblo mestizo y el nacimiento de un continente llamado América, el cual, pasados los siglos, independiente y libre *en cierta forma*, recordaría sus nombres y su gesta cada 12 de octubre, bautizando plazas y calles con el apellido del aquel marino genovés. Se perpetuaría así el valor del descubrimiento... y la vergüenza, la humillación y el dolor de la conquista que siguió.

Pero en esta historia, en este tiempo, en este universo, el piloto de la *Pinta*, la carabela más adelantada, decide realizar un ligero movimiento sobre la barra del gobernalle. Sólo un pequeño, mínimo movimiento que busca reducir el embate del mar sobre los destrozados lados de la nave. Las olas rompen, entonces, directamente sobre su popa. El barco comienza a dar fuertes guiñadas y se atraviesa al viento y las corrientes. El palo de mesana

no resiste más y finalmente cede: con un estrépito terrible, se curva sobre sí mismo y arrastra el palo mayor con él. Las sogas chasquean como fustas y se deshacen en hilachas, las perchas y escotas se destrozan, los obenques revientan. La desarbolada carabela se escora hasta mostrar la quilla; las olas continúan su trabajo; las velas, ya sueltas y desgarradas, se deflecan en todas direcciones; marineros y carga son despedidos por encima de los maderos que se parten, y, como en una imagen a cámara lenta, el barco zozobra y arrastra carga y tripulación al fondo del mar, bajo la espuma del verdugo.

Los marinos de la *Niña*, cuyo rumbo se cruza directamente con los restos semihundidos de su compañera y con los pocos sobrevivientes que aún flotan y se debaten entre las descomunales ondas, ven las cuadernas destrozadas muy tarde, a la luz de los rayos, cuando las tienen justo frente a la proa. Ya están encima —la carabela cabeceando, iluminada por el fulgor de los relámpagos, sus imbornales vomitando agua— cuando el piloto oye las voces de alarma e intenta, de forma instintiva, virar a estribor para evitar el choque, una maniobra imposible debido al oleaje y a las fuertes corrientes cruzadas. El crujido del casco, acuchillado por el cadáver casi sumergido de la *Pinta*, retumba en los oídos y en las almas de aquellos españoles arriesgados.

El alcázar de popa se sacude, el Almirante suelta la pluma de ave con la que escribe y el tintero se vuelca y mancha su diario. El hombre comprende que el momento temido ha llegado. Y de alguna manera, sabe también que nadie escapará de su destino. Mira a su alrededor y lamenta, en lo más íntimo, morir en aquel cuarto hediondo, sin tener siquiera la certidumbre de que tanta pobreza, tanto sacrificio y tanto dolor a lo largo de sus últimos años hayan valido la pena. Se persigna y, como puede, sale a cubierta. Lleva un recuerdo difuso en la mirada —dos mujeres y dos niños— cuando se enfrenta a las jarcias que se cortan y dibujan el aire como

látigos, a los herrajes retorcidos que se disparan y a las maderas que se quiebran entre espuma y alaridos.

En una hora y media, las aguas tragan todos los restos, todos los gritos, todas las manos, toda la memoria y todos los sueños de retorno.

En esta historia, y por una decisión mínima que en otro tiempo no fue tomada —pues son las decisiones que parecen insignificantes las que en realidad cambian el curso de las vidas humanas—, ambas carabelas se hundieron a un centenar de millas náuticas al suroeste de la isla de Santa María, la más meridional del archipiélago de las Azores. Se llevaron consigo más de medio centenar de vidas humanas, incluyendo las de algunos indígenas taínos. Junto a ellas se perdieron las noticias de la existencia de nuevas tierras y gentes al oeste, tierras que no serían buscadas en lo sucesivo, tras el fracaso de aquella expedición que nunca volvió. Durante tres décadas, el horizonte occidental continuaría siendo el confín del planeta, inexplorado por sus leyendas y sus innavegables distancias.

En el medio de aquella nada sombría que sigue aullando su ira en forma de tormenta, flota una vieja barrica con palabras aún frescas en su vientre de madera.



En el fortín de Natividad, emplazado sobre la costa noroeste de Haití, o La Hispaniola —¿o Cipango? ¿Quién lo sabe aún?— quedaron marinos y grumetes, un carpintero de ribera, un calafate, un lombardero y artificiero de la pólvora, un escribano, un médico, un cirujano, un sastre, un tonelero, una barca, pólvora y munición, armas, simiente de cereal y de árbol, vino y bizcocho para un año. Y el encargo de buscar Cibao, la fabulosa provincia del interior de la isla en la que los hombres cobrizos de la

zona, hombres del *cacike* Guacanagarí, situaban las minas que parían cantidades monstruosas de *caona*, el soñado oro.

Y quedaron dos cajas que contenían seis arcabuces, armas de fuego que fueron subidas a bordo por el Almirante en Canarias y que, por motivos obvios, jamás aparecieron declaradas en las listas de embarque del puerto de Palos de la Frontera. Ni allí, ni en ningún otro documento oficial.

Con el correr de las semanas, la actitud de muchos de los haitianos se va tiñendo de una violencia no esperada en almas hasta entonces consideradas sencillas, básicas, naturales, «elementales» y fácilmente dominables. ¿Quizás alteraron la paz las abiertas insinuaciones a las mujeres de largo cabello azabache y piel desnuda? ¿O fueron las espadas al aire, los robos, la codicia y la prepotencia? ¿Tal vez las rencillas, las borracheras, las peleas a cuchillo por fruslerías mostraron a los nativos la verdadera naturaleza —humana y no divina— de los recién llegados? Escasean los presentes de comida, y la inquietud y el descontento florecen y se extienden entre los *bohíos* isleños. Los extranjeros ya no son llamados *guamikena*, como lo fuera el Almirante a su llegada. Para muchos se han transformado en *anki*, en *arijua*, en *akani*,¹ en los hijos de Maboya, el gran espíritu del mal.

Los españoles temen a la vez que ansían. Ciertamente, aquella parece ser una región rica en oro y en pedrería, en jacinto rojo y en zafiro nublado. Tierra adentro, Cibao promete mucho más: riquezas incalculables. La fortaleza en la que se refugian, construida en sólo diez días, es lo suficientemente fuerte como para resistir a los locales en caso de necesidad.

¹ En taíno, «persona malvada», «invasor» y «enemigo», respectivamente. El término *guamikena* significaba originalmente «gran señor» y fue dado de forma genérica a los primeros españoles, en especial a Colón.

Pero se saben aislados de su mundo y de su gente por millas de mar. Están perdidos en un territorio que aún desconocen, regido por otras reglas, ante el odio de cientos de otros hombres que ya tienen docenas de razones para considerarlos alimañas indeseables.

En otro tiempo, en otra historia, en ese universo paralelo que quizás pudo ser realidad, el Fuerte de la Natividad sería incinerado hasta sus bastos cimientos. Sus ocupantes, divididos y separados por rencillas internas, serían masacrados sin contemplaciones por el furioso ímpetu de los guerreros de Caonabó, *cacike* de la vecina región de Cibao, que decidió eliminarlos de su isla. Algunos cadáveres barbados y los restos carbonizados de ropas, armas y tablazones darían una macabra bienvenida a la segunda expedición europea, que retornaría a buscarlos a aquellas tierras doce lunas más tarde.

Pero en esta historia, alumbrada por decisiones mínimas que nunca fueron tomadas en otros tiempos e historias, los hispanos cercados en aquel recinto deciden abandonar esas costas desafortunadas y comenzar su propia aventura hacia occidente. Pretenden encarar los rumbos ya recorridos al septentrión de la isla de Cuba, o Juana, tras la promesa de mejores horizontes. Utilizando los maderos del fortín —viejos baos, cuadernas y estructuras de la *Santa María*— y las herramientas que el Almirante les había dejado, construyen, en el plazo de tres semanas, dos sólidos y amplios balandros: barcos de fondo plano, velas cangrejas y orzas laterales, como los usados por los flamencos en sus costas. A ellos agregan un par de pequeños chinchorros o bateles de desembarco, que llevarán al arrastre, atados con sogas.

Los treinta y nueve sobrevivientes cargan sus armas, vituallas y efectos personales y se apresuran a zarpar. Ponen rumbo a poniente, con viento a favor y sin apartarse mucho del litoral. Atrás dejan los restos de la torre de la Natividad, su foso y la artillería de la *Santa María* que no pueden

llevar consigo: cuatro bombardas y varias culebrinas y espingardas.

Los de Haití suspiran al ver que se alejan los trapos trapezoidales de los botes. Y en un acto casi ritual, queman todo vestigio de la presencia blanca, incluyendo un tablón ancho y oscuro en el que, antes de partir, los extranjeros habían grabado a punta de cuchillo las siguientes palabras:

*En el día 18 del mes de março del año del Sñr de MCDXCIII,
los ocupantes del Fuerte de la Natividad partimos por mar
hacia poniente, procurando tierras más afortunadas. Que Dios
nos guíe e nos protexa.*



En la isla Tortuga, las *aras* de largas plumas de colores se posan sobre una enorme cruz de troncos de ceiba que se eleva sobre los techos del apiñado poblado. Quizás en el futuro, si esa marca continúa en pie, las tradiciones orales taínas cuenten cómo un puñado de hombres blancos y barbados, viajeros de grandes almadías, tal vez mensajeros de los dioses en busca del metal luminoso, dejaron aquella señal allí como una promesa de retorno.

Pero quizás los leños no resistan la próxima tormenta tropical, que no demorará mucho su violenta llegada.

I

CÁDIZ, 1521

E quando súpose en Cádiz de los quentos e mormoraciones que ciertas tripulaciones truxían sobre una flotilla de cientos de naos e carabelas e urcas, que dezían de venir del Occidente, fuertes chanzas e risotadas se lançaron sobre una que parecía tan grande mentira e falsedad. Mas por Ntro. Sñr. que no lo había sido.

Crónicas de la Serpiente Emplumada, tomo I.

España, 1521. Carlos I —así llamado en sus dominios hispanos— se encontraba en Aquisgrán, adonde había viajado en 1520 para hacerse nombrar por la Dieta de Electores como Carlos V, emperador del Sacro Imperio. Por todos sus horizontes destellaban amenazas, violencia y problemas que parecían no tener solución. Las fronteras del Imperio con el reino de Francia —especialmente en Navarra y los dominios en Italia, Flandes y Europa central— se hallaban bajo la amenaza de una invasión gala. Los piratas berberiscos del norte africano, a bordo de sus veloces galeras, asolaban y saqueaban las costas mediterráneas sembrando inseguridad en las aguas del gran mar interior. Al este centelleaba el filo de la medialuna turca. Allí, en los confines europeos, Sulayman el Magnífico asumía el poder del Imperio de los otomanos y dirigía su mirada hacia

occidente. Pronto los Balcanes y Belgrado arderían al paso de sus tropas. En los propios territorios ibéricos, los comuneros castellanos y las germanías valencianas y mallorquinas habían comenzado sus levantamientos, algunos de los cuales ya habían sido apagados con sangre. Al norte, en tierras alemanas, el «hereje» agustino Martín Lutero estaba iniciando una revolución religiosa que llevaría a la división de la Europa cristiana y a una serie de largas guerras entre las tropas católicas y los príncipes luteranos. Mientras tanto, el pequeño reino de Portugal era el dueño de los océanos conocidos por los europeos. En esos mares los lusitanos habían abierto las rutas hacia las Indias, tierras de especias, seda y otras riquezas invaluableles. Los océanos desconocidos —los de poniente, los únicos que podían recorrer los hispanos merced al tratado de Alcaçovas— no fueron nunca explorados por los navegantes españoles tras el estrepitoso fracaso de la expedición de Cristóforo Colombo, esa que nunca regresó del Mar de las Tinieblas.

España era un pueblo intolerante con judíos y moriscos, cansado de guerras y conflictos eternos, empobrecido, inculto, atrasado con respecto a otras regiones de Europa y del mundo, y tremendamente sometido a las ideas de la fe católica. Era tierra de pícaros, segundones, frailes, bachilleres y soldados. Aun así, entre tanta oscuridad comenzaban a destacar las luces creadoras: algunos pinceles, unas pocas plumas inspiradas... Pero las amenazas colgaban sobre la cabeza del reino como una colección de espadas de Damocles suspendidas por finos cabellos.



Mañana del 29 de junio. La puerta se abrió tan violentamente que a punto estuvo de saltar de sus goznes; los tablones que la componían, medio reventados por los años, vibraron un largo rato. El eco del portazo resonó en el pequeño cuarto que servía de cámara al capitán de la compañía militar

acantonada en el antiguo castillo de Cádiz.

Este se volvió, asombrado. Era un navarro imponente, que en aquel momento mataba el tiempo saboreando un jerezano barato y contemplando, más allá de la muralla norte y la Puerta del Mar, las pocas naos fondeadas y el diario ir y venir de gabarras y pequeños navíos. Navíos que, dicho sea de paso, ya lo tenían más que hartos. En la puerta, un furriel de ojos nublados e incrédulos jadeaba, con una mano apoyada en el marco y la otra en la cintura, sobre el pomo de su toledana. Venía con el jubón cubierto de polvo y la cara empapada de sudor.

—Señor, nos invaden— atinó a gemir, entre dos estertores. Y siguió resoplando, con la cabeza sobre el pecho.

El capitán lo observó un instante, volvió la mirada hacia su desportillada jarra de loza, estudió la capa de porquerías varias que cubría el piso del cuarto, alzó la cabeza nuevamente y esbozó una mueca que buscaba semejar, sin lograrlo, una sonrisa irónica.

—¿Qué carajo dices?— preguntó casi cómicamente, alargando la palabra *carajo* para enfatizarla.

El soldado avanzó unos pasos y fue a apoyarse en un tablón que oficiaba de mesa, sobre el cual descansaban varios cuarterones y otras cartas portuarias con manchas de toda clase de alcoholes de baja ralea y de embutidos hechos con la carne de sabía Dios qué animal.

—Capitán— bufó el soldado, —fondeada es la *Santa Maria das Neves*, una carabela portuguesa de paso a Sevilla, que ha menester de descargar unos bastimentos en el puerto. Viene de las Canarias, de Tenerife.

—Más esclavos para vender— ronroneó el capitán, tragando a duras penas el fondo de su jarra de vino. —¿Y qué hay? ¿Los canarios nos invaden, pues?

—No, señor— replicó el hombre, cariacontecido. —En navegando hacia aquí, todos los marineros, el contraamaestre, el piloto y hasta los esclavos que en cubierta traían para que tomaran el aire avistaron una flota viniendo justo desde poniente.

—Ya... De poniente...

—Sí, a fe mía. El capitán de la *Santa Maria* diz que más de trescientos navíos eran, a tenor de la banda de horizonte que ocupaban.

El militar alzó las cejas y torció la boca en un absurdo pero completamente genuino gesto de incredulidad. Trescientos navíos. Aquello no era poca cosa. Bajó la mano lentamente para dejar la jarra —y otra marca indeleble— sobre uno de los portuarios de la mesa y no articuló un solo sonido. Su expresión se mantuvo intacta.

—Diz que no parecían sarracenos ni genoveses ni venecianos ni flamencos ni ingleses ni portugueses— continuó el furriel, atropellando las palabras de su larga lista. —No pudieron distinguir con claridad las insignias, por la grande distancia, mas no eran familiares. Por las trazas, las naves semejan las nuestras, mas el Diablo sabe de dónde vienen...

—¿Y por aquesto te congojas, mozo?— repuso el navarro. —¿De do han de venir, pues? ¡De las Azores!

—¡Por Dios, capitán, que no tienen los portugueses tamaña flota en las islas!— exclamó el soldado. —A más, pienso yo que los tripulantes, siendo casi todos portugueses, hubiesen conocido naos de su propia bandera. Y ellos juran y rejuran que aquesos barcos no son lusos ni pueden venir de Azores. Fuerte espanto traen. No saben de qué flota puede tratarse ni logran adivinar hacia dónde se dirigirá tan harto número de embarcaciones...

Hubo un momento de silencio. El aire pesaba: los haces de luz que entraban por las estrechas ventanas delataban el polvillo fino que flotaba en

el ambiente. El capitán, encorvado y con ambos puños apoyados sobre la mesa, miraba de soslayo al furriel.

—Bueno... ¿y qué demonios me quieres decir?— estalló finalmente el militar. —¿Una flota de cientos de naos? ¿Non conocidas? ¿Navegando desde el oeste sin ser portuguesas ni venir de las Azores ni saber do se dirigen?— El hombre se detuvo, admirado por la ridícula idea que iba a expresar. —¡Hara! ¿Qué? ¿Vienen de las «Indias», pues?

El soldado, imperceptiblemente, se encogió de hombros.

—Novedad grande es esta...— añadió el vascongado. —Lo que tú quieres decirme es que nos «invaden» los «indios» con harta flota. ¿Es eso?

El furriel no sabía qué contestar. Sólo miraba a su superior con los ojos abiertos como platos. El capitán no le quitaba ojo, sin decidirse a tomar aquella novedad en serio o en broma. Se pasó ambas manos por la cabeza, intentando ordenar sus grasientos cabellos entrecanos y, a la vez, sus ideas. Mientras meditaba, ajustó distraídamente su cinto y acarició la guarnición de su daga vizcaína, la única arma que llevaba consigo a diario —a pesar de ser dueño de una hermosa espada ropera con lazos— y que lo había acompañado durante años. Sus dedos repasaron los pliegues del sobrio jubón que vestía y recorrieron la irregular superficie de su rostro mal rasurado. Dio algunos pasos sin rumbo por el cuarto, oyendo sólo el sonido de sus pisadas y la respiración todavía agitada del furriel, y sintiendo el débil aroma a humedad salitrosa del ambiente. Luego se volvió hacia el soldado.

—*Aizu*, rapaz: el primer y último imbécil que creyó que era posible navegar la ruta del oeste hacia las «Indias» fue ese Colombo, o Colón, o como diablos se llamara. ¿Te acuerdas?— El furriel se arrugó sobre sí mismo un poco más. —*Ezzzz, jakina*— siseó el navarro en euskera como para sí, mirándolo con cansancio. —No, por supuesto. Apenas si te

acordarás de lo que hiciste ayer. Allende desto, cierto es que tú ni siquiera eras nacido en aquellos años.— El militar agachó la cabeza sobre el pecho mientras suspiraba, las manos anudadas a la espalda, armándose de paciencia. —El tal Colón era un genovés aventurero que salió de Palos con tres carabelas cuando la toma de Granada. Decía que alcanzaría las Indias y el Catay y no sé cuantas otras maravillas por aquel lado. Ya ves: nunca tornó ni se supo en que paró su viaje. Ni falta que hace, por mis malos años, porque sólo a un idiota podríasele ocurrir cruzar tan harta extensión de mar.

—Ya... ¿Y?

—¿Y? Que navegar esa ruta es imposible, ¿no lo entiendes? ¡Imposible! ¡Nadie puede venir por allí!

—Señor, mas la tripulación...

—En sus trece está este necio— se dijo el hombre. —¡La tripulación iría borracha, como siempre van esos condenados portugueses cuando vienen de Tenerife con vino moscatel en las bodegas!

—Capitán, ni un borracho confundiría trescientas naves en alta mar.

—¿No me digas? Sólo un borracho puede creer que una armada del Emperador de las Indias, o del Cipango, o de lo que demonios digan que hay del otro lado, viene hacia aquí. ¡Imbécil! ¡Animal! ¡Apártateme allá! ¡Barcos portugueses han visto, viniendo de Azores!

No había terminado de gritar los últimos improperios cuando, abriéndose paso entre la soldadesca que, a los gritos, se había arremolinado ante la puerta, entraron al cuarto dos guardias acompañando a un tercer hombre. Este era a todas luces un marino, ataviado decentemente —camisa, jubón y calzones de colores apagados, borceguíes y una capa corta— pero con las evidentes huellas de cansancio y suciedad propias de un viaje de varios días en alta mar.

—No eran naves portuguesas, señor capitán— afirmó el hombre.

—¿Y puede saberse quién es vuestra merced?

—El piloto da *Santa Maria das Neves*, Alfonso Gonçalvez, nacido em Lisboa e vecino de Arrecife, em Lanzarote, comerciante e marino, para serviros— se presentó el hombre, usando un castellano impregnado por las palabras y los tonos de su lengua materna.

Los portugueses no eran extraños en las Canarias. Tras la conquista del archipiélago por los castellanos a mediados del siglo XV, muchos se habían afincado en la isla de Lanzarote, en el puerto de Arrecife, desde donde embarcaban la orchilla de Teguise y el vino malvasía hacia Europa. También estaban asentados en Tenerife, en los puertos de Santa Cruz y Garachico, donde comerciaban con caña de azúcar y el moscatel de La Orotava. Armaban sus propias flotas y mantenían sólidas y prósperas redes comerciales con las Azores, Lisboa y los puertos del sur de España.

—Yo mesmo vide esa flota, capitán— continuó el lusitano —e voto a Dios que no eran barcos de mi terra. Tal vez exagere, mas creo que no existe flota así em todo Portugal, aun reuniendo todas as naos— atinó a decir el marino, exagerando mucho, en efecto. —Ocupaban una cuarta del horizonte de occidente. As vimos a la altura de Tánger, al atardecer de ayer. El sol de poniente marcaba sus siluetas *com muita clareza*. Por mi vida que, si no las hubiesen visto mis hombres también, hubiera creído que era delirio o... o *coisas do demónio*.

—Y cosas del demonio o del vino han de ser, maldita sea— replicó el capitán, totalmente fuera de sus cabales ante una situación que no resistía el mínimo juicio y que ya rayaba en la fantasía. —Pero ¿qué es aquesto? ¿Una burla? ¿Nada de más provecho habéis para hacer que venir a lanzar chanzas al castillo, maese piloto? ¡*Arraioa*, un puñado de naves portuguesas habéis visto, desviadas de la ruta de Azores! Y por mi ánima que las habéis

confundido... ¡y multiplicado!

—¿Chanza? ¿Burla? ¡Incluso borracho distinguiría yo barcos portugueses, señor mío!— contestó el navegante entre enfurecido y ofendido. —¿Acaso me toma vuesa merced por un aprendiz? As vi claramente. Pude distinguir as siluetas das naos e carabelas que venían *mais adiantadas*, em avanzada, mas no eran barcos com trazas conocidas. E a fe mía que tan harta armada *não vêm dos Açores*... No sé de dónde diablos pueden venir.— El portugués se tomó un momento para suspirar ruidosamente y agregó, inquieto: —*Mas são muitas*... E penso que traen harta carga, porque navegan muy lentas. As perdimos de vista muy pronto e non as volvimos a ver. Al menos hasta chegar aquí esta mañana.

El capitán de la guarnición gaditana se sentó. Dar una alarma militar a Sevilla por el cuento de un navegante probablemente ebrio le parecía un exceso: era hombre acostumbrado a oír todo tipo de historias, fábulas y fanfarronadas marineras. Además, aun cuando esa flota realmente existiese, nadie sabría decir de dónde procedía y qué intenciones tenía. ¿Qué debía hacer? ¿Tomar precauciones? ¿Preparar una recepción? ¿Olvidar el asunto? El navegante se le acercó.

—Se no me creéis, tanto da. Por Cristo e sus clavos que antes de dos días podrían estar aquí, a la puerta de los vuestos muelles. Entonces veríamos se yo soy um condenado borracho o vos sois um condenado incrédulo.

Los nervios del ya crispado capitán no resistieron esa gota en un vaso de agua por demás rebosado. En un mismo movimiento, ágil para sus años, se alzó del banco haciéndolo caer estrepitosamente hacia atrás, desenvainó su daga vizcaína y colocó el filo en el cuello del portugués. Este, pálido de ira, fue oportunamente sujetado de los brazos por los dos soldados que aún permanecían a su espalda.

—¡Fuego malo te queme!— mordió el militar las palabras. — Desaparece de aquí agora mesmo y huélgate de salir entero. Ve a contar tus hablillas a los sevillanos o a la primera taberna que te abra las puertas, portugués hideputa.

Lentamente bajó el acero. El navegante, con los ojos inyectados en sangre, liberó sus brazos violentamente y trastabilló un par de pasos antes de salir de escape de aquel cuarto.

—*Vai lamentar o dia de hoje o resto da sua maldita vida*— escupió, fuera de sí.

El capitán lo vio salir y observó la hoja desenvainada en su puño diestro. Aquella reacción tan violenta lo había dejado atónito. No era hombre que se entregase a los accesos de rabia. Luego se fijó en los soldados, mirándose entre ellos sin saber qué hacer o qué pensar. Súbitamente, comenzó a aullar unas risotadas tan groseras que, con toda probabilidad, se oyeron desde Sanlúcar. Envainó la daga, se secó con el dorso de la mano un par de gruesos lagrimones que se le escaparon y se encaró con la soldadesca.

—Y vosotros, ¿qué hacéis ahí, parados como pasmarotes? ¡En verdad que os cumple avivar el ojo!— Se abrió de brazos, teatralmente. — ¿Es que no habéis oído? ¡Dad la alarma, desdichados, que nos invaden los ejércitos del Gran Emperador del Cipango!— Y continuó desternillándose de risa, encorvado sobre la mesa. —Vaya mierda, válgame Cristo. Oíd si el demonio ensayara otra tal historia.— Luego, incorporándose, rezongó divertido: —Por mi ánima que si agora le diesen a ese portugués un tajo en el culo, saldrían más sesos que de su cabeza.

Los soldados se retiraron perturbados, sin abrir la boca. El militar, solo de nuevo en aquella cámara, con su aire polvoriento y la luz que se filtraba con timidez, levantó el banco caído y cerró la puerta de una patada.

«*Egarri naiz*»² se dijo entonces, y fue a servirse otro jerezano, mientras volvía a su monótono entretenimiento de contemplar las idas y venidas de los navíos. Si hubiera escrito todas las anécdotas absurdas que había escuchado a lo largo de sus años, ya tendría una colección de un centenar de tomos. Al menos, esa era su opinión. Alzó el vaso hacia el cielo de poniente y, con gesto irónico, brindó por la «flota de las Indias» y sus desconocidos tripulantes, musitando al aire vacío un cadencioso «*¡topa!*».

Aquella historia merecía un par de copas. Por la Virgen que en verdad merecía toda una borrachera.



Comenzaba a rayar la alborada del primero de julio cuando los dos guardias de uno de los torreones septentrionales del castillo —que hasta ese momento habían estado comentando socarronamente las bondades de una de las rameras de un conocido burdel del arrabal de Santa María— decidieron abandonar un rato la monótona vigilancia, eternamente desprovista de sobresaltos y ocurrencias, y entretenerse echando una partida a las cartas.

Mientras uno de ellos, sentado contra la muralla, buscaba entre sus ropas unos naipes grasientos y de esquinas gastadas, el otro apoyaba las dos picas sobre las almenas y oteaba las sombras que se extendían a sus pies. En la semioscuridad del alba incipiente sólo se veían las luces de algunos barcos anclados en el puerto y las escasas farolas que ardían en la ciudad y en los arrabales, fuera de los muros del casco antiguo. Un viento fresco llegaba desde el noroeste, trayendo la claridad del día y el acostumbrado olor a marea. El caserío, allá abajo, se despertaba lentamente. Al grito de

² En euskera, «Tengo sed».

«¡agua va!», los desperdicios nocturnos volaban desde los bacines hasta los bordes de las callejas a través de los ventanucos. Los jaques trasnochadores abandonaban las casas marcadas con ramos de laurel con el aroma de las mujeres aún en la piel y el alcohol en las gargantas. Algunas viejas, llamadas por el toque de campanas, se preparaban para ir a su oración de la hora prima en alguna de las capillas y oratorios que salpicaban la villa. Por el Arco de la Rosa ya entraba gente desde los arrabales y se perdía en el enmarañado, oscuro y maloliente laberinto de callejones irregulares y estrechos. La vida comenzaba a latir despacio, como un animal que se despereza, con la misma tranquilidad con la que lo hacía cada amanecer, sin otras primicias que algún acuchillado en la esquina de una placetuela —una riña, quizás, o un encargo—, la algarabía en algún mesón cercano al Arco de los Blancos o el amante furtivo que era visto salir quedamente de casa de cierta doncella de proclamada virtud. Nada nuevo bajo el nuevo sol.

—Tú, don villano ruin...— hostigó el de los naipes, barajándolos. — Llégate el culo aquí y prepárate para perder unas blancas.

El otro se sentó en el suelo, sin prestar demasiada atención a los insultos, mientras comenzaba a canturrear aquella coplilla que decía:

Perdime por conoceros,
ojos morenos,
perdime por conoceros

—Lo que vas a perder va a ser la bolsa.

—Lacerado de mí— lloriqueó el otro, en broma. —Malhaya, gallofero del demonio, pluguiera a Dios que dejaras de hablar tan harto como hablas y comenzaras a ganar tan harto como presumes.

El de las cartas ya repartía con gesto mordaz.

—Dígame verdad, Alonsillo. Bien está que te deje ganar las más de las veces, mas hoy ha llegado el día de mi victoria. Ni un maravedí he de dejarte sonando encima.

—Mira mucho de enhoramala. A fe mía que un bugre³ como tú apenas si sabe hacer otra cosa que...— Y describió con un claro signo de las manos lo que no quería decir con palabras.

—¡Sabes tú mucho de eso!— rezongó el otro, sarcástico. —Ea, juguemos ya, que se hace de día y en viniendo la mañana nosotros terminamos esta maldita guardia.

En efecto, los primeros arreboles ya alumbraban un cálido día de verano que se presagiaba precioso para unos vinos claros y unas chácharas matutinas a la sombra de un tenderete. A la luz del sol, Cádiz cambiaba su cara, aunque conservara el relente salado, el fango mugriento y los escombros por doquiera. Era entonces un deleite pasear ante las enjalbegadas casas de los ricos y los nobles, y que el reflejo de las paredes blancas diera en los ojos. Y perderse en el puerto buscando unos pescaditos, algunas alcaparras, un chusco de pan, un tajo de queso o de tocino y, con suerte, un poco de guiso de la noche anterior. O caminar, simplemente caminar entre el gentío, encontrando conocidos y amigos. Y enterarse de los acontecimientos más recientes en los mentideros, acontecimientos ciertamente pequeños de una ciudad-pueblo donde las noticias interesantes llegaban siempre desde fuera: desde las islas del Atlántico, desde Sevilla, desde Toledo o desde alguna de las ciudades del Mediterráneo. Quizás alguna historia sobre los rebeldes mallorquines, sobre los ataques de los corsarios berberiscos de Barbarroja —a quien Dios diera mal sueño—, sobre

³ Galicismo (*bougre*) incorporado al castellano antiguo como equivalente a «sodomita»

venecianos y genoveses, o sobre las condenas a los herejes tudescos por parte del Papa de Roma.

Los dos guardias llevaban poco rato jugando acaloradamente, haciendo chasquear las cartas sobre la piedra y acompañándose de interjecciones de todo tipo, cuando, como un latigazo, les llegó un agudo grito de alarma. Se miraron una fracción de segundo antes de arrojar los naipes a un lado y asomarse, entre curiosos y preocupados, por encima de las almenas.

—Así me vengan los buenos años...— comenzó la frase el dueño de la baraja.

No logró terminarla. Ambos hombres quedaron mudos y estáticos durante algunos minutos, sin dar mucho crédito a sus ojos. Luego, sin preocuparse siquiera de recoger las picas ni la desparramada baraja, ambos salieron corriendo, dando voces. Los guardias de las otras torres del castillo los imitaban.



La puerta de la habitación del capitán tronó bajo los porrazos de los soldados. El navarro soñaba su infancia en euskera: prados verdes, calderos de cuajada, *amama ikustera noa*, una mesa de tablones oscuros en una casa igual de oscura, *¿nondik zatoz, Iñigo?*, el olor de la leña quemada y el humo dentro de la cocina, *¿zer egiten ari zara?*⁴, las manos arrugadas de la abuela, revieja como los muros de la iglesia del pueblo...

⁴ En euskera, «Voy a ver a la abuela», «¿De dónde vienes, Iñigo?» y «¿Qué estás haciendo?».

Pero el griterío afuera, en el patio y en las dependencias del castillo, semejaba obra de una tribu de orates: una tremenda mezcla de golpes, pasos a la carrera, órdenes vociferadas y entreochoque de hierros. Los sueños se interrumpieron. El hombre, medio dormido, atinó a pensar que aquellos buenos para nada sólo servían para armar barullo y maldecir. Saltó del catre con un humor de perros y, a tientas, apenas si logró abrir la puerta, mientras se esforzaba por atarse las agujetas de los calzones.

—¿De cuándo acá batís de esa forma? ¿Qué voces son esas?—
ladró, contemplando el escándalo e intentando infructuosamente frotarse los ojos y despertarse del todo.

Las expresiones de los soldados sobrepasaban cualquier muestra de espanto descriptible. Más que decirlo, lo gritaron:

—¡La maldita flota está aquí!

El capitán no entendió. Pero, poco a poco, entre la niebla alcohólica que solía flotar dentro de su cabeza, se alzó una sola idea, el fragmento desvaído de un recuerdo. La idea tardó un par de minutos en abrirse paso a través del vapor del vino, hasta terminar de aclararse y volverse obvia. Sólo entonces todo cobró sentido. Y, en contra de su costumbre, utilizó su castellano más castizo:

—¡Me cago en Dios!

II

MAR CARIBE, 1493

La color verde destas florestas e el silencio destas costas pesan en nuestras ánimas. Pluguiera a nos saber do nos dirigimos, e qué gentes e reynos trubaremos a la final de aquesta jornada nuestra. Mas sólo habemos conciencia de que nada queda tras nuestros pasos. No podemos tornar a las nuestras tierras. Menester es, pues, continuar el viage.

Crónicas de la Serpiente Emplumada, tomo I.

Los hombres navegaron durante cinco días consecutivos hacia poniente sin tocar tierra, intentando alejarse del fortín de Natividad, escenario de penurias y de miedos. Con agua suficiente a bordo —no en vano tenían entre ellos a un tonelero vascuence, maestro Domingo—, se ocuparon de aprovechar cada soplo de viento propicio que se cruzase en su ruta. Pretendían acercarse lo más posible al paso que Colón bautizara «del Viento», ése que se abría entre la Hispaniola o Haití, y la isla Juana o Cuba. Llevaban sus pertenencias, sus herramientas y sus armas, entre las cuales se incluían unas pocas ballestas y picas cortas, media docena de arcabuces y dos de las culebrinas que el Almirante les dejara para mejor defensa del fuerte y el asiento. Además, y por órdenes expresas de Colón, cada hombre

había sido provisto de un hierro, supiera usarlo o no. Muchos sumaron a ello pequeñas armas blancas de su propiedad, con lo cual portaban dos y hasta tres filos.

La navegación se había hecho perezosa, costera, concentrada en sortear cuidadosamente el enjambre de peñascos y bajíos que bordaban las playas norteñas de aquella enorme Haití. Desde las barcas, los hombres veían desfilan a babor paisajes ya atisbados desde las cubiertas de las carabelas, meses atrás. Sin embargo, esas vistas no cesaban de maravillarlos con su esplendor y con su deslumbrante exhibición de las más variadas tonalidades de verdes y azules, recortadas sobre arenas ambarinas, rocas negras y cielos turquesas.

Lentamente, pues, volvieron sobre los pasos ya trazados por el Almirante. Atravesaron sin sobresaltos las calmas aguas que separaban la Hispaniola de la pequeña isla Tortuga, punto donde, poco tiempo antes, la flota española había echado anclas y había sido recibida con honores y regocijos por los lugareños y sus jefes. ¿No fue allí donde erigieron una enorme cruz de madera oscura? Los hombres revivieron los episodios de aquellas jornadas, riendo a carcajadas al recordar el ridículo aspecto de los *cacikes*, tan honorables y circunspectos... y con todo su cuerpo descubierto. Tal desnudez había provocado incontenibles risas entre la marinería, risas que en su momento fueron silenciadas de forma vehemente por el Almirante. Se burlaron también de la estupidez de aquellos salvajes simples, que cambiaban trozos de oro por cascabeles que no valían un ochavo. *Chug, chug*, pedían los taínos, imitando onomatopéyicamente el sonido de las baratijas castellanas. *Chug, chug*, y ofrecían en trueque sus metales, sus alimentos, sus armas... *Chug, chug*...

Se sintieron tentados de detenerse en esas costas y recoger algo más de metal a cambio de los rescates que llevaban a bordo: espejuelos burdos, cascabeles, cuentas de vidrio y telas de colores brillantes. Además,

necesitaban descansar sobre una superficie más blanda que el fondo astilloso de los balandros, cargar agua fresca y buscar algo de comida. Pero no olvidaban las miradas rencorosas de las gentes de Guacanagarí y la amenaza latente de las de Caonabó. De modo que prefirieron continuar hacia occidente y cruzar el estrecho que separaba Haití de la isla Juana. Los cubanos habían demostrado ser tímidos, temerosos de la presencia blanca. Quizás con ellos tuvieran mejor fortuna, aunque por allí habían hallado muy poco oro. Pusieron rumbo al noroeste, pues, enfilando sus dos proas hacia la silueta oscura que se perfilaba en lontananza, entre las brumas rojizas del atardecer: una especie de sueño paradisíaco para aquellos hombres habituados a ambientes mucho más secos.

Agotada el agua y hartos de navegación, se detuvieron un par de días frente al cabo de Campana, en las vecindades de un estuario amplio y lodoso. Aquello ya era tierra de Cuba. Allí, un puñado de hombres se ocupó de buscar algún punto de la desembocadura donde el agua no fuese salobre: dependiendo del río y de las mareas, a veces se hacía necesario adentrarse un largo trecho corriente arriba para encontrar líquido potable. Mientras tanto, un grupo numeroso se internó casi una legua tierra adentro, siguiendo el curso fluvial, armados todos de ballestas o hierros y con los oídos alerta. Pronto dieron con los *conucos*, curiosos campos de cultivo organizados en hileras y elevados a tres pies del suelo, en los cuales los naturales de esas islas cultivaban sus *batatas* y sus *yucas*⁵. Luego bordearon grandes extensiones de *saribey*, el preciado algodón, y campos quemados donde empezaban a brotar algunas matas de *mahís* y en los que ya verdeaban pimientos *ají* y enormes calabaceras. Aldea había, y cerca.

Un poco más allá, a las mismas orillas del río, hallaron el *yucayeke*, la pequeña y abigarrada aglomeración de *bohíos* redondos, enormes y con

⁵ Mandiocas. Las variedades dulces se llaman *boniatas*.

techos de palma. Los caseríos taínos les parecían tiendas en real, y las casas, alfaneques. Los extraños esperaron sentir ruidos humanos, pero nada percibieron. Ni en la reducida e irregular plaza central, que llamaban *batey*, ni en ninguna de las grandes casas ni en las huertas que las rodeaban dieron con persona alguna. Los habitantes habían huido, desvaneciéndose en el infierno verde que los rodeaba como un cepo. Ni siquiera estaba el *cacike*. O la *cacike*. Su vivienda, la *caney*, la única rectangular entre tantas redondas, estaba desierta. ¿Miedo? ¿Desconfianza? Quizás a los españoles les conviniese ser temidos. El temor mantenía a distancia a los taínos. Y a sus armas.

El caserío estaba totalmente abandonado, pues. Las *hamacas* pendían vacías, tristes, mecidas por la brisa como olvidadas telarañas de hilos de algodón. Sólo algunos perros desconfiados observaban desde lejos a los visitantes: esos extraños gozques nativos que no sabían ladrar. El único ruido que se oía era el chirriar de los insectos, denso, zumbón, perforando el aire caliente desde todos los rincones. Los hombres saquearon los *bohíos* concienzudamente, arramblando con cuanto podía serles de utilidad: tabaco, *arepas*, *guanime*, *hauhau*, *casabi*⁶, tejidos de algodón, redes de fibra vegetal y anzuelos de hueso. Dentro de las casas se toparon con esas mantas de palma que los locales llamaban *yaguas*, usadas para cubrir sus estrados, y con un par de sillas *ture*, de madera tan bruñida y reluciente que parecía azabache. Revisaron las jaulas que los cubanos tenían en sus huertos, y en las que criaban loros, nutrias y *hutías*, y los charcos y encañizadas donde mantenían tortugas y algunos peces vivos. Se hicieron con pesca seca, tasajo de lagarto y de *manatí* —un animal que ellos aún no habían visto y cuyos

⁶ *Casabi* o *cazabe* es el nombre dado a cierta torta plana hecha de harina de *yuca*. El *hauhau* es un *casabi* más fino. Por su parte, las *arepas* son tortillas de maíz, y el *guanime*, un panecillo del mismo ingrediente.

cráneos confundieron con los de vaca—, calabazas, raíces de *zamia*, atados de *ají*, un par de *macutos* de *maní* y unas cuantas *yayamas* o piñas tropicales, cortadas a cuchillo en las pequeñas plantaciones. Cargados con tal botín, y mientras recordaban con sorna que el Almirante había ordenado «que no se tocase cosa alguna» de los naturales, retornaron sin prisas a la costa. Allí sus compañeros los esperaban con las barricas rebosadas de agua fresca, agua que acaso había venido viajando desde las montañas violáceas que se elevaban allá, lejos, sobre el techo oscuro de palmeras y ceibas.

Aquella noche se cenó caliente: lenguados y lisas asados siguiendo el método nativo de la *barbacoa*, y espolvoreados con una generosa ración de *ají* molido. Acompañaron el banquete con pan de *yuca*, fruta fresca y los últimos restos del vino traído desde Castilla, un blanco de San Martín de Valdeiglesias que había soportado el viaje sin agriarse demasiado. Alrededor de las brasas aún tibias, y acunados por el ruido del mar, los hombres se apoyaron en las tablazones de los dos pequeños bateles o en la misma arena y fumaron *cohibas* a la usanza taína. Junto al humo del tabaco flotaban memorias preñadas de nostalgia. Casi sin querer, evocaron en voz alta sus tierras natales y echaron de menos panderetas y rabeles, mujeres de ojos oscuros, familiares callejones polvorientos, cazuelas de pollo, el vino de Santorcaz, decires vizcaínos y cantos andaluces.

La navegación prosiguió sin tener mayores noticias de los isleños, aun cuando se sintiesen sus ojos tras los troncos de los árboles. La ruta continuaba siendo pausada, dificultada por la mirada de islas que brotaban como retoños de aquel mar y por la gran cantidad de bancos y puntas de coral sumergidas a un par de jemes de la superficie. Los fondos de los balandros eran planos, ciertamente, pero ello no significaba que los aventureros quisieran arriesgarse a quebrar los maderos contra el borde de una madrepora.

El paisaje se transformó de la noche a la mañana y aparecieron los manglares, bosques espesos que estallaban de vida en las amplias bocas de los ríos insulares. Los árboles emergían del agua turbida, apoyando en el fondo de la corriente sus mil raíces, que semejaban patas zancudas de madera elástica dispuestas a echarse a andar. Sobre esas patas correteaban cangrejillos de pinzas largas y delgadas, diminutos espadachines siempre en guardia. Entre las ramas destacaban las plumas rosadas o azulinas de algunas aves de gran porte, seres de picos extraños y siluetas aún más raras que parecían surgidos de la imaginación febril de El Bosco o la de algún escultor taíno. Eran paisajes ya vistos, pero que no cesaban de asombrarlos con sus insólitos espectáculos, sus rarezas, sus maravillas.

No se toparon con vida humana. Sólo divisaron, en dos ocasiones, las largas *piraguas* y *canoas* nativas, que ya describiera el Almirante.

Ellos vinieron con almadías, que son hechas del pie de un árbol como un hueco luengo y todo de un pedazo, y labrado muy a maravilla, según la tierra, y grandes, que en algunas venían 40 y 45 hombres.

Pero las barcas enseguida desaparecían, tragadas por el mar, o por la costa, o por la propia isla. Algunas noches oyeron ruidos lejanos de festejos o *areitos*, en los cuales los cubanos, pintados con *bija* y borrachos de *cohoba*⁷, seguramente estarían celebrando las hazañas de sus ancestros al ritmo de *maracas* y tambores *mayohuacán*. O quizás *bohitis* y *bohakes*, sus hechiceros, estuvieran comunicándose con alguno de sus dioses. Sin embargo, sólo adivinaban, pues nada podían atisbar. Las gentes de Cuba

⁷ Polvo alucinógeno que se inhalaba, extraído de las semillas del árbol llamado *cohobana*.

resultaban ser en extremo desconfiadas, y preferían ser robadas a hacer frente a desconocidos que viajaban en embarcaciones tan notables.

La actitud de aquellos taínos era realmente diferente de la de sus hermanos de Haití, a quienes los españoles habían llegado a conocer bastante bien. Sobre todo gracias a sus mujeres, amantes y maestras forzadas. Varios en aquel grupo manejaban los rudimentos de su lengua, aprendidos junto con sus costumbres a lo largo del viaje pero, sobre todo, durante la estadía en Natividad.

Y eran muchas esas costumbres, comunes a ambas islas: vestir taparrabos *guanikeyú*; llevar narigueras *caracuri* u orejeras *tatagua*; «embijarse» o cubrirse el cuerpo con la pastosa *bija* de color rojo; dormir colgando en *hamacas*; jugar a la pelota *batú*; cocer la *yuca* sabiendo cómo quitarle el veneno de su cáscara con la red *cibukán*; emponzoñar el agua con ese mismo veneno, llamado *naíboa*, para atontar a los peces y poder capturarlos fácilmente; cazar tortugas marinas *caguama*; confeccionar *macutos* de bejucos y palma; aspirar *cohoba* pulverizada sobre tabletas de madera; fumar tabaco; adorar a los idolillos *cemí*. Muchas costumbres, y muy diferentes de las ibéricas. Tantas y tanto como las palabras nuevas: *huracán*, *caimán*, *colibrí*, *tiburón*, *tonina*, *cocuyo*, *canoa*, *cayuco*, *piragua*, *enagua*, *carey*, *barbacoa*...

El segoviano Escobedo, el escribano de la expedición, llevaba minuciosa nota de esas voces, esos hábitos y de todo el resto de los acontecimientos del viaje. Los registraba a diario, con pulcra caligrafía, en lo que él llamaba «Crónicas». Para tal menester cargaba en su alforja su recado de escribir: resma de papel grueso y poroso, pluma de ganso y tintero de asta. Le faltaban polvos para secar la tinta tras cada anotación en la bitácora, y por eso debía dejar airear pacientemente cada folio antes de incluirlo en su cuaderno. La escritura era un bien preciado para aquel grupo. Pocos de ellos poseían la destreza de trazar signos que convirtieran el pensamiento y la

memoria en materia, y de recuperarlos luego de la superficie rasposa del papel entendiendo lo que significaban. Leer y escribir era aún dominio de unos pocos elegidos, aquellos que habían tenido la fortuna de adquirir alguna educación. No sólo posibilitaba lidiar con la justicia y las tortuosas administraciones de las tierras castellanas y aragonesas. Era más que eso. En un mundo en el que el saber aún se movía a lomos de la palabra hablada, lo escrito era ley y adquiría una importancia suprema. Permitía que un nombre fuera recordado a través del tiempo y las generaciones, cuando ya el sonido de tal apellido se hubiera silenciado en las lenguas que lo repetían. Permitía que la historia de aventuras y trayectos no muriera con sus actores. Y la gente creería lo que esas hojas de papel contaran porque *estaba escrito*. Simplemente por eso.

Pero Escobedo sabía algo más. Sabía latines, y algo de griego y judaico. Y arábigo, decían. Gracias a eso, además de leer los recuerdos de la nación propia podía conocer los de otras culturas, tan lejanas de la curiosidad y la comprensión de la mayoría de los europeos como aquellas islas que navegaban. Aunque moriscos y judíos no estuvieran al otro lado del mundo, sino que convivieran, codo a codo y día a día, con castellanos de toda laya en sus plazas y calles.

Dos de sus compañeros compartían con él el don de lenguas: el murciano Luis de Torres, judío que hablaba caldeo y algo de arábigo, y el andaluz Rodrigo de Jerez. Fueron ellos los que se habían internado brevemente en la isla Juana por mandato del Almirante, en noviembre del año anterior, y habían traído, entre otras cosas, las primeras noticias de los *cohibas*.

Escobedo había tomado muchas notas a lo largo del periplo con el Almirante. Se había ocupado de recoger, con especial interés, detalles geográficos, tiempos y velocidades de navegación, mediciones de profundidad y posicionamientos de cuadrante. Gracias a su amistad con

Colón, había podido acceder también a ciertas partes de sus diarios de navegación y copiar algunos de esos párrafos en sus propias «Crónicas». Los escritos y los mapas tentativos del segoviano estaban sirviendo para organizar la ruta en aquellos momentos. Y en lo sucesivo, dejarían constancia de todos los movimientos realizados.

Los navegantes suponían, por influencia colombina, que estaban recorriendo una de las islas del mítico archipiélago de Cipango, lugar de riquezas sin parangón. Pero hasta el momento no habían encontrado ni perlas, ni árboles de especias, ni joyas, ni sedas ni más metales preciosos que el mísero puñado de oro que obtuvieron por trueque. El Almirante había dicho que allí había abundancia de nácaras, de canela y pimienta, de almáciga y lignáloe. Pero, a decir verdad, ellos nunca vieron tales cosas. Habían visto alturas, cabos y honduras, montañas y bosques, árboles conocidos y extraños, aldeas lejanas y terrenos pulcramente labrados. Había hartas tierras, sí, tierras vastas y ricas para cultivar el valioso algodón y ese tabaco que ya los españoles quemaban y aspiraban, y que los golpeaba más fuerte que el vino. Pero ellos no eran agricultores. No habían superado todos los límites conocidos para encallecerse las manos con la azada. Su ambición los empujaba tras el oro y las gemas que transformaban pobres en hidalgos; su codicia los llevaba a dar con el comino y el clavo de olor por los que matarían genoveses y venecianos, y por los que reyes y príncipes europeos pagaban en buenos doblones. No querían contentarse con el paraíso que tenían ante sus ojos. Deseaban más, mucho más.

Aunque ello implicase descender al más terrible de los infiernos.



Navegaron otras dos semanas, deteniéndose aquí y allá para descansar y abastecerse de agua, y para realizar incursiones de saqueo a aldeas costeras. Por costumbre y precaución, no se quedaban más de una noche en tierra. Ya lo había escrito el Almirante:

...yo no me detengo en ningún puerto, porque querría ver todas las más tierras que yo pudiese...

El cuadrante señalaba que estaban a 21 grados de la línea equinoccial. Por su parte, el calor sofocante, las nubes de mosquitos y la humedad indicaban que se hallaban en pleno trópico, y que esas tierras, además de su belleza externa, no estaban dando más que cansancio, sudor y muchas leguas de navegación.

A esas alturas, muchos españoles comenzaban a pensar que no había nada útil por allí. *Bagua, amá, ke*, hubieran dicho los taínos. Mar, río y tierra. Cuando la inicial admiración que aquellas regiones edénicas provocaban terminó diluyéndose, para la mayoría de ellos sólo quedó el verde revuelto y caótico de la jungla y las palmeras, los laberintos de barras e islotes coralinos, los extensos pantanos, las ciénagas cubiertas de aves de colores y los incontables insectos de picadura dolorosa. Y las casas. Siempre las mismas casas deshabitadas, de cuyas paredes de leños colgaban los mismos *cemís* o idolillos de madera exhibiendo la misma sonrisa burlona y sarcástica. Y las mismas camas sencillas, y las mismas *hamacas* vacías, y las mismas redes de palma y *cabuya*, y los mismos frutos, y la misma pesca. Los viajeros se preguntaban si, al alejarse de la rica provincia de Cibao, no habrían tomado una decisión equivocada. En aquella Haití indómita que habían dejado atrás, los ríos llevaban arenas de oro. En esta Cuba paradisíaca, por el contrario, no había más que interminables costas

peligrosas.

Escobedo repasaba algunas notas tomadas del cuaderno del Almirante, en las que este hablaba de riquezas, fecundidad y abundancia. ¿Cuánto de eso había escrito para convencer a los reyes de Castilla y de Aragón de la utilidad de su viaje? ¿Cuánto de todo ello tenía la intención de forjar y perpetuar el mito en el que él creía ciegamente?

Superaron el estuario del río bautizado «de Mares» y, dos días después, se asomaron al cabo llamado «de Palmas» por Colón. Habían dejado atrás la desembocadura del curso en cuyas márgenes, a cuatro jornadas de trayecto corriente arriba, estaba la gran ciudad de Cuba, la que daba nombre a la isla entera. Eso, al menos, habían indicado a Colón los guías lucayos que lo acompañaron desde Guanahaní. En las vecindades del cabo de Palmas volvieron a atisbar a uno de esos grandes lagartos que los nativos cazaban, criaban y comían, y que llamaban *iguanas*. Estaban recorriendo la espalda curvada de la isla Juana, y habían arribado ya al punto más occidental alcanzado por el Almirante en su periplo. A partir de aquel momento todo sería nuevo, todo aparecería por vez primera ante sus ojos.

Antes de recalar en Aguaniguanigo, el confín oeste de la ínsula, transcurrieron tres semanas más de travesía agotadora, de aburrida navegación de cabotaje, de más cayos de arena sobre mar celeste, de más playas con palmeras, de más aldeas vacías y silenciosas como sus perros, de más pantanos asfixiantes, de más manglares, de infinitas barreras de islotes dispersos, de noches solitarias en las que se bebía el *mabí* y el *uicú*⁸ robados en los *bohíos*. Aquella aventura estaba a punto de sumirlos en el delirio.

⁸ Bebidas fermentadas. La primera, hecha de la fruta del árbol *mabí*, y la segunda, de la *yuca* dulce o *boniata*.

Hartos ya de tanta jornada sin ningún sentido, los hispanos comprendieron que en aquella región no había nada bueno, al menos para ellos. No eran soñadores, ni visionarios: eran gente práctica. Y tras tantos días de incómoda navegación, necesitaban tomar una nueva decisión.

Detenidos en aquel extremo tanto geográfico como personal, se presentaban tres opciones posibles ante sus velas y sus timones. Por un lado, podían volver a la Hispaniola, lo que, con vientos favorables, significaría otras ocho o nueve semanas de viaje desandando lo andado, y un seguro enfrentamiento armado con los belicosos habitantes de esa isla. También podían bordear la costa meridional de Cuba y probar fortuna por aquellos rumbos, aunque, por mera lógica, dudaban de que fueran a descubrir algo muy diferente de lo que hasta entonces habían visto, después de leguas y leguas de camino. La última opción era continuar hacia el oeste desde aquel punto, a la espera de hallar otra isla del archipiélago de Cipango y confiar en que apareciesen los soñados y esperados tesoros.

Las deliberaciones, mantenidas en una playa cercana a la punta más occidental de Cuba, resultaron largas y tediosas. Finalmente optaron por dirigirse hacia poniente. Suponían que las islas formaban cadenas o grupos, y que no tardarían más de dos o tres días en volver a tocar tierra. Cargaron, pues, sus toneles de agua, y acopiaron pesca y frutos de la tierra para el viaje que les esperaba.

No tenían un plan determinado. De hecho, no podían tenerlo. Lo único que les quedaba por hacer era seguir en movimiento. No había otra cosa. No tenían más remedio. Aislados en un mundo ignoto, sin saber siquiera dónde estaban parados a ciencia cierta, debían aceptar —aunque les doliese— que no les era posible hacer más que lo que hacían. Cómo las barquillas atuneras de dos proas, el suyo sería un viaje en el que siempre se iría *avante a toda vela*.

Y el ayer, el mundo y la vida que habían dejado atrás, sería un recuerdo que les encadenaría el corazón por siempre y se los rasgaría de vez en cuando. Un tiempo pasado. Unas tierras y una existencia a las cuales, quizás, nunca habrían de retornar.

Una mañana neblinosa, un 20 de mayo de 1493 según el calendario juliano, los dos balandros se hicieron a la mar, lanzándose hacia un horizonte que ignoraban por completo y en el que no se percibía sombra alguna.

Nadie se había planteado aún cómo harían para conseguir las riquezas soñadas, qué harían con ellas si las encontraban, cómo vivirían en lo sucesivo. Ya habría tiempo para eso.

Los taínos, los hijos del ancestral héroe Deminán Caracaracol, reposarían en paz. Y quizás soñaran que aquellos extranjeros armados habían desaparecido rumbo a Coaybay, la tierra de los muertos, el reino de Maquetaurie Guayaba. Y que tal vez, como decían sus mitos primigenios, volverían por las noches convertidos en murciélagos o en espectros sin ombligo para alimentarse con las frutas *guasabas* de sus bosques.



En los días que siguieron, las velas no trabajaron en absoluto.

La calma era espantosa, nunca vista hasta ese momento. Huabancex, la diosa taína de las tormentas, dormitaba junto a su mensajero Huataubá, el que arreaba los huracanes. La ausencia de sus trabajos era una buena nueva para los navegantes. Boinayel, la deidad de las lluvias, también parecía descansar. Pero la labor incansable de su hermano gemelo Márohu, el espíritu del buen tiempo, no era del agrado de nadie. El mar era un espejo, una tabla azul y plana apenas alterada por algunas ondas, y rota en algunos

puntos por restos de algas y maderas. ¿No habría algún dios del viento que enviara una brisa auxiliadora? Los barcos iban al garette. La tierra no estaba lejos: al menos eso indicaban los vegetales que flotaban y las pardelas —a toda ave parecida a una gaviota llamaban los españoles «pardela»— que planeaban por encima de sus cabezas, oteándolos con curiosidad descubridora. Había costas próximas, pero ¿dónde? ¿Tardarían mucho en aparecer?

Los hombres aprovecharon aquella quietud para pescar. «Aquí son los peces tan disformes de los nuestros, que es maravilla» había escrito Colón, y recordaba Escobedo. «Hay algunos hechos como gallos, azules, amarillos, colorados y de todas colores, y otros pintados de mil maneras, y las colores son tan finas que no hay hombre que no se maraville y tome gran descanso a verlos». Sacaron algunos ejemplares deslumbrantes, en efecto, e incluso se arriesgaron con una enorme *carey* o tortuga verde, con un *tiburón* —que terminó escapando— y con uno de esos delfines que los taínos llamaban *tonina*. Este último les proporcionó comida un par de días y la compañía alada de alcatraces y rabiforcados, aves atentas al destino de los despojos y a toda posibilidad de robo. Y de rabos de junco, esos pájaros que nunca reposaban y que perseguían continuamente a los alcatraces para asustarlos, hacer que defecasen y alimentarse así de sus desechos en el aire.

Capturaron también unos peces que bautizaron «golondrinos», del tamaño de un palmo, que saltaban con dos especies de alas y volaban casi un tiro de arcabuz, levantados una lanza de alto sobre el agua. Un puñado de ellos terminaron asados en ascuas preparadas sobre las rodela, en el mismo fondo de los balandros.

El sol parecía quemarlo todo y la bonanza imperaba en el ambiente. Las dudas retomaron entonces su trabajo de zapa. ¿Regresar? ¿Avanzar? Aun cuando no había viento, descubrieron que la corriente era fuerte en aquellas aguas y que los movía en dirección nor-noroeste, salvando más de

cinco leguas por día, lo cual, para ir al paio, no era poca distancia.

Tres días después, las velas finalmente se hincharon. Los navegantes pusieron entonces rumbo sudoeste, para equilibrar la deriva que habían tenido de su dirección inicial, el poniente.

Al amanecer del séptimo día, 27 de mayo, cuando ya el agua escaseaba y la sed se convertía en la sombra de una amenaza, apareció hacia el oeste la tierra esperada. Se trataba, sin duda alguna, de una isla. Sin embargo, tras su silueta se distinguía, difusamente, más tierra. Una tierra cuyos confines no lograban verse.

III

CÁDIZ, 1521

Los muros de aquesta villa e puerto de Cádiz son baxos e maciços, de piedra e argamasa. Sobre de las murallas percíbense perfiles de castillo e catedral, e a los alrededores dellas hay harta población e arrabal.

Crónicas de la Serpiente Emplumada, tomo I.

Caía la hora prima. El espectáculo que podía atisbarse, tanto desde las almenas del castillo como desde cualquier otro punto de la ciudad, era soberbio.

Aunque ese adjetivo tal vez no bastase para describir la imagen. Era más que eso. Mucho más.

Una flota de centenar y medio de navíos comenzaba a acercarse a la villa.

Centenar y medio. Cincuenta naos o carracas y unas cien carabelas, todas de gran porte; macizas las primeras, y más ligeras y maniobrables las últimas.



Cádiz no era sino una isla unida a tierra firme por un istmo, una delgada lengua de tierra y arena que se extendía paralela a la costa sudoeste española. Aquel tómbolo se arqueaba formando una amplia bahía de aguas calmas, marismas y «caños». A su interior se asomaban tanto el puerto gaditano como los fondeaderos de muchas otras pequeñas poblaciones costeras, todos ellos resguardados naturalmente. La cara exterior de aquel arco, la que no miraba a la bahía, encaraba el Atlántico y era de muy difícil acceso en algunos tramos. Pues estaba defendida por las aristas de roquedales que cortaban el azul resuelto del mar para hundirse luego en sus profundidades.

El casco viejo de Cádiz estaba emplazado en el extremo del tómbolo, en su parte más angosta, cruzándolo casi de lado a lado. Allí se levantaba desde el siglo XIII, cuando el rey castellano al que apodaron «el Sabio» repobló el lugar con santanderinos tras tomarlo de manos de sus antiguos ocupantes árabes. Antes había acogido a fenicios, romanos y visigodos. Y mucho antes había sido, quizás, una sencilla aldea de pescadores. Aunque había pocas memorias de esos tiempos pretéritos.

A su alrededor se apiñaban los arrabales. Más allá, casi hasta donde alcanzaba la vista, se desparramaban caseríos dispersos y barriadas habitadas por marineros, saladores, pescadores de almadraba, armadores y calafates. Sobre todas esas viviendas se destacaba la silueta de la ciudad antigua, con su catedral gótica y su castillo medieval, sus casas ricas, sus torreones y su muralla baja de cal y canto, con almenas, torreones, tres lienzos y tres puertas.

La Puerta del Mar o Arco del Pópulo, la entrada principal, daba a la bahía y al puerto. Es decir, a la zona más concurrida de la villa. La de Tierra, o Arco de los Blancos, se abría a la parte del istmo que se unía a tierra firme a través de la isla de León. Y la última, la del Arrabal o Arco de la Rosa, conducía al otro cabo del tómbolo, ése que se precipitaba al mar un

poco más allá de la barriada de Santiago. La Puerta del Arrabal era la menos transitada de la ciudad, y quizás por eso su lienzo era el más débil y desprotegido. La banda sur del casco viejo, virtualmente colgada sobre el océano, estaba defendida naturalmente por los escollos costeros y no necesitaba, pues, de murallas. En ese punto se erguían el castillo, la catedral y la vieja contaduría.

Y rodeándolo todo, el mar. Ése por el cual habían llegado siempre las noticias y el comercio; ése que paría la pesca; ése al cual se botaban los nuevos navíos; ése que, en días de temporal, tragaba las barcas y los cuerpos de algunos pescadores atuneros; ése que lamía eternamente las costas.

Ése que daba la vida. Ése que, a veces, traía la muerte.

Con el viento del noroeste a su favor, las naves que llegaban se movían ligeramente, aproximándose y envolviendo la ciudad y su puerto. Llevaban todas las velas desplegadas y los pabellones fustigando el aire del amanecer, y exhibían, en vivos colores, lo que parecía ser su divisa: una especie de sierpe o dragón de contornos angulosos, cubierto de plumas verdes.

Una bandada de gaviotas reidoras —a las que el verano oscurecía la cara— cruzó entre aquellos barcos, como dándoles la bienvenida a su tierra. De haber dado la vuelta, las aves hubieran hablado de enormes navíos, de sogas pardas, de maderos negros, de mascarones de proa con formas de reptiles enseñando los colmillos y las lenguas bífidas, y de extraños relieves tallados en las popas: diseños de guerreros ataviados con plumas, máscaras y complejos tocados. Eso hubieran contado si hubieran podido, si hubieran regresado. Pero aquellas aves de mar siguieron su camino de alas y vientos y se perdieron en el horizonte, tal vez sintiendo en el aire la presencia de algún mal augurio.

La armada no mostraba una formación determinada, tal y como la hubiera presentado cualquier otra flota. Estaba totalmente desordenada. Era absolutamente irreconocible. Nadie sabía qué intenciones traía. Y todo eso —precisamente por ser *tanto* y por ser *eso*— desconcertaba y provocaba inseguridad en hombres y mujeres habituados a una rutina calma, y en soldados acostumbrados a arriesgar el pellejo sin vacilaciones... cuando sabían a qué se enfrentaban y porqué.

—*¡Jainkoaren maitasunagatik...!*⁹— musitó el capitán, separando lentamente las sílabas. Sus pupilas se dilataron por la impresión y el golpe furioso de la primera luz de la mañana. Compartía el infinito asombro que sentían todos sus hombres, asomados por cuanto espacio libre hubiera quedado en las murallas almenadas. —M... Mas ¿qué demonios es esto? ¿Cuándo arribaron estos barcos aquí? ¿Quiénes son?

—Los guardias sólo pudieron vellos al clarear. No traían una sola farola encendida— le respondió el soldado más cercano, un cabo que no se molestaba en disimular su desconcierto. —Portan enseñas desconocidas, señor. Tampoco son naves como las nuestras: distintas son en forma y tamaño, aun cuando pareciesen naos y carabelas. Son... son enormes...— Todo aquello ya era más que obvio para su superior. No obstante, el cabo se sentía en la obligación de señalar esos hechos, quizás para librarse de la molestia que le provocaban. Sin despegar los ojos de los barcos, continuó: —No hemos recibido avisos de Azores ni de Canarias. Parece que ningún navío mercante se los ha cruzado en la su ruta, como no sea la *Santa Maria das Neves*, días ha, en alta mar.

La historia de la *Santa Maria das Neves* se había conocido en toda Cádiz, desde los más bajos tugurios hasta las casas de los comerciantes más

⁹ En euskera, «¡Por el amor de Dios...!».

pueriles. Todos habían reído hasta quedar roncos con el cuento del navegante que se cruzó con la «flota de las Indias». Imaginaban, por supuesto, la cara que habría puesto el capitán, hombre conocido por su mala entraña y por el uso de maldiciones y expresiones en euskera en cada frase articulada por su bendita lengua.

Para antes de la hora tercia, los barcos terminaban de rodear la península. La mayoría superaba los bajíos conocidos como «Las Puercas» y «Los Cochinos», situados frente a la punta de La Caleta, el extremo noroccidental del tómbolo. Dejando atrás la torre musulmana que los venecianos habían reconstruido allí años antes, bordeaban Cádiz por el sur y se alineaban cercando el casco viejo. Otros continuaban hacia el sureste, colocándose enfrente de la franja que unía la ciudad con tierra firme. Por último, un grupo entraba en la bahía por el noroeste y ocupaba sitios delante del puerto y de los barcos que estaban fondeados en él. Mucha gente de las vecindades, madrugadores de allende los muros, habían comenzado a entrar desde temprano en el recinto fortificado, inquietos ante la presencia de tamaña flota exhibiendo insignias extrañas.

En el castillo, la espera había exacerbado todos los nervios.

—O es embajada real o armada de guerra— mascullaba ya el capitán de la guarnición. —Dios, dios, dios... ¡Nada de esto veo yo a mi contento!— Se volvió y llamó por señas a un cabo de escuadra. —No sé qué intenciones traerán aquestos barcos, mas demasiados son para mi gusto y muévense con harta holgura— le dijo. Luego, tras frotarse la cara en un gesto de cansancio, dio su orden: —Tened prestos los hombres y disponed luego de todos los pertrechos. Enviaremos un mensajero a nuestros cabildantes, por ver qué deciden hacer, y una barca para averiguar quiénes son nuestros visitantes.

Pero tuvo que olvidarse de esa idea. Precisamente en ese instante sonaron los primeros cañonazos, en una andanada que pareció simultánea.



Una nao gigantesca había colocado su empavesada banda de estribor y sus velas redondas justo ante los muelles. Lucía imponente: cierto aire fantasmagórico y siniestro emanaba de sus tablazones oscuros, un aspecto reforzado por las tallas que adornaban su proa y su popa. Por los atavíos que llevaba ondeando al viento, insinuaba ser la nave capitana de la escuadra. Veinte bocas de bronce asomaron de su fornida estructura por las portas, y entonces la embarcación vomitó la furia que parecía venir masticando en sus entrañas leñosas. Un racimo de veinte volutas acompañó a las detonaciones, y otros tantos trazos grisáceos dibujaron su vuelo curvo hacia Cádiz. El fuego fue efectuado con tanta puntería que varias casas y comercios cercanos a la costa fueron exitosamente alcanzados y destrozados.

—Los hombres ya están aprestándose, señor— dijo el cabo de escuadra antes de salir corriendo. El capitán no podía creer lo que veían sus ojos: un ataque de una flota de extraña bandera, con barcos armados hasta los palos, en las mismísimas puertas del reino.

Las naves, respondiendo a esa señal inicial, desencadenaron el trabajo de su artillería. Paireando con un mínimo velamen al viento para no perder su posición, comenzaron a disparar coordinada e ininterrumpidamente lo que parecían ser culebrinas de a dieciséis libras, sacres y falconetes de a cuatro. Dos grupos de carabelas hacían fuego sobre el casco antiguo y sus vecindades, lanzando cientos de arrobas de munición contra los bordes de la débil muralla occidental, contra la catedral y contra las casas de las barriadas. El resto barría los caseríos que se esparcían más

allá de la puerta oriental y, por el norte, arrasaban los arrabales del puerto y las naves allí ancladas.

El estruendo de los cañonazos llegaba como un eco sordo, lejano, y se multiplicaba cuando las balas, tras cortar el aire como una daga invisible, devastaban sus blancos y los borraban del mapa. Las perchas de las naves, sus cables, escotas y cabos vibraban con cada disparo. Sus cascos se vestían de espesas guirnaldas de humo blanco. Las naos, las embarcaciones más amenazantes, estaban divididas en dos secciones, al norte y al sur, y apuntaban medios cañones de a veinte libras y piedreros de a doce hacia todo lo que encontraban ante ellas. Desfilaban delante de la línea de costa escupiéndole rabiosamente cuanto hierro, cadenas y piedras almacenaban en sus bodegas y cubiertas. El resultado de su fuego era muy efectivo: las almenas de las murallas saltaban despedazadas, y los bloques de roca que componían los viejos muros empezaban a desprenderse de sus sitios, cayendo pesadamente por la pendiente. En los castilletes y cubiertas de los atacantes, prácticamente ocultos por la humareda que provocaban los incesantes disparos, podían distinguirse las formas desdibujadas de una multitud de hombres.

—¡Tened lista la artillería!— gritó el capitán, saliendo de un estupor que le estaba haciendo perder un tiempo precioso. —Por Dios vivo y la mala puta que los parió, que cargadas traían las armas estos bastardos... ¡Aprontad los obuses, os digo! *Arraioa*, ¿es que estáis sordos?

—Estas piezas tienen años sin usarse...— se quejaba uno de los soldados, un guarnicionero que fregaba con fuerza el interior de uno de los cañones. —Habemos de limpiallas y asegurallas si no queremos vernos muertos al hacer fuego.— El hombre, mientras hablaba, cambiaba apresuradamente la mugrienta estopa y continuaba su tarea. —Pueden estallar, y en nuestras propias manos...

El capitán, impaciente ante aquellos argumentos, se movía ya al frente de toda la potencia de fuego disponible en el puerto: una línea de cinco viejas lombardas que miraban melancólicamente al Atlántico desde la torre del homenaje del castillo. En efecto, hacía mucho que esas piezas de hierro batido no sentían en su interior más calor que el que les daba el sol en verano.

—¡Ansí los diablos te ganen! Limpiad las piezas, pulidlas, aromadlas con afeites y agua de azahares si os place— vociferaba el navarro, exasperado. —Lanzad las cadenas del puerto si no halláis otra cosa, mas empezad a disparar y a hundir a esos hideputas de una buena vez. Vosotros— gritó a un grupo de soldados que corrían sin rumbo, —ocupaos de que a estos no les falte ni munición ni pólvora — Ante la inmovilidad de los asombrados hombres, el capitán se irritó aún más, si es que eso era posible. —¿Qué? ¿Esperáis la mi bendición, acaso? ¡Moveos, me cago en Cristo!

Parecía que un vendaval se hubiera desatado sobre la ciudad, una lluvia horizontal de hierros incandescentes paridos en medio de truenos por nubarrones que apestaban a pólvora. Desde las naves volaban flechas encendidas cuyas estelas tardaban un rato en desvanecerse y, al entrecruzarse, dibujaban una jaula desvaída sobre la villa. Las saetas acribillaban las lonas y tablas de los barcos fondeados en la bahía y el puerto. Balandros, chambequines, falúas, pataches, fustas y jabeques empezaban a arder como yesca o a hundirse con los cascos perforados por proyectiles, entre caídas de mástiles y chasqueos de cuerdas cortadas.

Los arrabales más cercanos a la costa también eran víctima del bombardeo y las astas incendiarias. La gente, histérica, abandonaba los almacenes, talleres y tabernas de la ribera y se dirigía a la parte segura de la ciudad, hacia el centro mismo. El apiñamiento de la muchedumbre en las tres puertas de las murallas del casco viejo casi impedía el paso. Todo se

reducía a empujones, insultos, reyertas y sálvese quien pueda. La línea de playa ya era pura destrucción, gritería y carrera desenfrenada. Sólo quedaban allí los agonizantes, horriblemente mutilados por los trozos de cadenas o los pedazos de bala disgregados en esquirlas que largaban a mansalva las pesadas armas contrarias. Los bajos muros de la ciudad antigua, mientras tanto, iban cediendo alarmantemente ante el embate de lo que ya eran decenas y decenas de impactos. Pues cada una de aquellas carabelas de gran porte —similares a las de las flotas de Levante— contaba con diez cañones por banda, y cada nao, con no menos de veinte. Era sencillo calcular que, en un primer disparo conjunto y total, millar y medio de proyectiles habrían sido lanzados contra Cádiz, sus casas y sus barcos. Los agresores ya enviaban la segunda andanada... y probablemente alistarían la tercera a un ritmo frenético. Resultaba evidente que habían entrado al puerto con las peores intenciones y las armas totalmente dispuestas.

En la cara sur de la fortaleza, la escasísima artillería fue sujeta con gruesas cuerdas a retenes de hierro, a la espera de la pólvora y las municiones. Mientras sus hombres terminaban de aparejar esos cinco cañones de a treinta libras y se aprestaban a apuntarlos hacia los objetivos más cercanos, el capitán comenzó a descender de las murallas para buscar su cota, su peto y su espada ropera, dando órdenes a diestra y siniestra e intentando infructuosamente organizar las acciones de la aterrorizada compañía. Abajo, en el patio del castillo, un puñado de soldados se hacían con sus arcabuces a la carrera, confusamente, mientras otros envainaban algunas espadas y alzaban picas y rodelas de combate. Los pensamientos del navarro eran un torbellino sin sentido. ¿Qué hacer ante una fuerza tal, tomados tan de sorpresa? ¿Cómo defender a la población? ¿Dónde estaban las autoridades?

Cádiz jamás esperó ataques, al menos tan imprevistos. No había muchos hombres de armas disponibles en su pequeño acuartelamiento: la mayoría estaban en Sevilla. Aquella era una ciudad de trabajadores y comerciantes, sin más amenazas que la visita esporádica —y, así y todo, bajo control— de tres o cuatro bajeles piratas del norte de África. La muralla y el castillo, de corte castellano, eran de tiempos de Alfonso X, que era como decir de Maricastaña: sólo Dios sabía si resistirían tantas balas de cañón. Nadie creía posible una ofensiva, y mucho menos de una armada tan grande y con un poder de fuego tan demoledor. Era algo inimaginable. Una especie de plaga bíblica o de venganza demoníaca, se decía el militar. Una carga desenfadada de esos jinetes fatales que mencionaban los clérigos, con los dedos en alto y las bocas torcidas de espanto, cuando describían el Apocalipsis.

En ese momento, el alférez de la guarnición, su subordinado, lo detuvo en las escaleras. Era hombre de una treintena larga de años y de aspecto serio y decidido. Aunque mucho había mudado su semblante esa mañana.

—Capitán, la ciudad está en pánico. Estos barcos están provocando estragos.

—¡Hara, Gonzalo, hazme placer y cuéntame algo nuevo!— se revolvió el navarro, irritado. —Acabo de vello con mis propios ojos, mozo. Asómate un momento por sobre las almenas a catar lo que se nos viene encima, y dime si se te ocurre cómo carajo vamos a detenellos.

El alférez miró a su superior a los ojos y sólo encontró dos despavoridos pedazos de hielo en aquella cara poblada de arrugas y cicatrices. El viejo militar lo asió del brazo con vehemencia y masculló:

—Toma dos escuadras y saca a la gente de este infierno. Crúzala a tierra firme. Para la hora sexta toda aquesta villa vase a tornar en una trampa

sin salida.— El hombre tragó saliva antes de continuar. —Sácalos de aquí... Sácalos y condúcelos lejos, a Chiclana o más allá... Protégelos tú mismo, ¿me entiendes?

Su subordinado titubeó.

—¡Es una orden, alférez!— insistió, violento, el capitán. —¡Atúrese esa boca y no replique una palabra! ¡A todo el mundo quiero fuera de aquí!— Respiró profundamente, intentando calmarse. Luego moderó su tono. —Envía a los hombres que puedan sostener un arma a este castillo y ordena que se cierren las tres puertas de la muralla. Yo mandaré gente a las almenas.

El otro asintió, pálido, paralizado, reconociendo con gran esfuerzo la situación y sus consecuencias. El navarro también dejó escapar su miedo mientras seguía su camino a toda prisa.

—No quiero imaginar lo que va a ser esto si esos barcos sueltan lo que creo que traen dentro... Un matadero será, y aún peor mil veces.

Deteniendo su paso al pie de las escaleras, el hombre aún se volvió hacia el alférez. Un mal presentimiento le había cruzado la cabeza.

—Quede Dios contigo, Gonzalo.

—Y con vos vaya, señor...

La idea del capitán era concentrar la atención de los invasores sobre el castillo y el recinto amurallado y aguantar la embestida, dando tiempo a la población a evacuar el puerto. El castillo era una fortaleza rectangular, vetusta y arruinada, edificada sobre el antiguo teatro romano. Con sus mismas piedras, según decían los que sabían. Pero a pesar de que su tamaño imponía respeto, su estructura era endeble, pues había sido planeado y construido para resistir los ataques de un lejano siglo XIII. Se encontraba sobre «el Monturrio», el sitio más alto de la ciudad. Y gracias a eso, su

maciza torre del homenaje podía vigilar el Atlántico sin barreras, su torre de armas defender la Puerta de Tierra, y los otros cinco torreones menores, de distintas formas y tamaños, controlar el resto del casco urbano.

A sus espaldas, por encima de su cabeza, el capitán oyó el ruido de tres de sus cañones. Finalmente habían abierto fuego contra los atacantes, pensó. Extrañado, se preguntó por qué aquellos enemigos desconocidos aún no habían disparado contra la imponente silueta de la fortaleza. La respuesta llegó de inmediato, cuando los bordes de la torre oriental volaron en fragmentos del tamaño de un yunque, en medio de un estruendo pavoroso. El militar supo entonces que sus defensas ya habían sido identificadas y que no le quedaba mucho tiempo.

La bandada de gaviotas reidoras se alejaba. El mal presagio que les había llevado el viento había resultado cierto. Pero nunca podrían contarlo. Lo chillarían, tal vez, allá en Rota, o más lejos aún, a sus congéneres del norte de África.

IV

KOSOM LU'UMIL, 1493

E en aquesta ysla el agua habémosla trubado en unos poços que son tallados por mano de hombre —según nuestro entender e las traças que dello llevan— do acumulase agua de la lluvia. E habemos visto edificios que se levantan por sobre los árboles, e casas, e botes.

Crónicas de la Serpiente Emplumada, tomo I.

Aquella extensión de tierra exuberante se llamaba Kosom Lu'umil.

«Isla de las golondrinas».

Pero los barbados y desgredados aventureros españoles que la pisaban por primera vez, después de una semana de expectante navegación, no lo sabían.

Tampoco imaginaban siquiera que estaban a las mismas puertas de un enorme «nuevo mundo», habitado por infinitas culturas hablantes de incontables lenguas y adoradoras de una miríada de dioses. Una tierra en la que el origen del universo y de las estrellas se explicaba de mil maneras, y en la que los campos y los montes daban innumerables frutos distintos.

Arrodillados o tendidos sobre la arena coralina de aquel paraíso, con las armas a mano y los baidros anclados a escasos metros de la orilla,

entre los arrecifes, todos esos vizcaínos, castellanos y andaluces daban gracias al Señor y a la Virgen. Agradecían su llegada a tierra sanos y salvos, sin pérdidas ni mayores contratiempos que una sed que ya abrasaba. Habían avistado, un poco más al sur, un puñado de edificios que se destacaban sobre el lecho verde de la vegetación frondosa, construcciones blancas que recordaban los relatos de los viajeros clásicos sobre Egipto y sus pirámides faraónicas. Aquello parecía otro Cairo. ¿Habrían llegado a la capital del Cipango? ¿Hallarían por fin al Gran Khan, a los comerciantes de especias, los campos de clavo y pimienta, los ríos de oro y las minas de esmeraldas y diamantes?

Bordeando el contorno de la ínsula hasta llegar cerca de su confín septentrional, y dejando esas torres y algunos embarcaderos costeros atrás por mera precaución, habían recalado en una playa que, desde el mar, parecía totalmente despoblada. Aquella porción de costa mansa estaba abrazada por palmeras de troncos delgados y curvilíneos que se inclinaban con el viento. Necesitaban agua dulce, comida fresca y descanso. Debían reponer fuerzas para continuar su periplo, su aventura, su quimera, aquella que, casi un año atrás, los había llevado a embarcarse en un viaje hacia el fin del mundo.

Rápidamente improvisaron un campamento y mientras un grupo, armado y alerta, se dirigía a buscar algún líquido con el que cargar las pipas de madera, otro bajó bastimentos y rescates de los botes y echó algunos anzuelos al mar, y un tercero reconoció los alrededores, para asegurarse de que no iban a ser sorprendidos por visitas inesperadas. Aquella isla era completamente plana, de modo que cualquier movimiento sería percibido con facilidad. Incluidos los suyos propios.

Era mediodía. El sol incineraba verticalmente un denso paisaje esmeralda, el mismo que habían visto en las islas: vida vegetal enmarañada que ocultaba el canto de un enjambre de insectos desconocidos y el rastro de

animales fabulosos.

Un poco más tarde, los españoles ya comían al rescoldo de unos maderos, saciada su urgente sed con el agua que encontraron acumulada en unos curiosos pozos calizos cercanos a la orilla. Luego de pasar los últimos dos días masticando por precaución restos de bizcochos españoles secos como cueros, el pescado asado a las brasas, aromatizado con *ají* isleño, sabía mejor que cualquier manjar castellano. Los hombres estaban intranquilos, alertas, faltos de reposo, irritables. Sabían que había una gran población cercana, y que las anchas velas cangrejas de sus balandros eran visibles desde lejos. Y no ignoraban que, aun cuando todavía conservaban mucha munición y pólvora, estaban en franca desventaja numérica en un territorio del que ignoraban todo.

Eran conscientes de la extenuación que sufrían y de que no soportarían más navegación sin recuperarse antes del tremendo esfuerzo realizado. Tras ellos, el foso que los separaba de sus tierras natales no dejaba de ensancharse. Del otro lado quedaban los bulliciosos puertos andaluces y murcianos, las desoladas estepas leonesas, los arroyos de la Sierra Morena, las costas de Vizcaya... La ambición y el espíritu aventurero los empujaban, pero el agotamiento y la debilidad los postraban. Y los recuerdos dolían, ardían dentro como una brasa que, día a día, taladraba un poco más sus espíritus. Pues la nostalgia y la ausencia son como gotas de agua: caen imperceptiblemente, pero con insistencia, y si se les da tiempo suficiente pueden terminar horadando las rocas que parecen más duras.

No habían pasado más de dos horas cuando vieron aproximarse, desde el sur, una flotilla de *canoas*, largas, sólidas, navegadas por medio centenar de hombres. Venían veloces al empuje de los remos, alertadas por el perfil de los balandros, o quizás por la hoguera, que exhalaba sus últimas volutas.

—Tened prestos los arcabuces— ordenó el cordobés Diego de Arana, capitán a cargo del grupo, poniéndose en pie. —Habemos visita.

Los arcabuceros cargaron pólvora y plomo, y encendieron las mechas de sus armas arrimándolas a las ascuas moribundas. Los demás empuñaron las rodelas y tuvieron cerca el acero, pendiendo del cinto o enterrado en la arena de la playa. Nadie sabía qué intenciones traerían los locales. Pero después de dos meses acostumbrados al silencio y a la presencia invisible de los cubanos, desconfiaban de aquellos que venían a enfrentarlos cara a cara. Los episodios de la Hispaniola eran imborrables; los disgustos provocados por la amenaza de flechas y *macanas* también.

Las *canoas* encallaron sus proas a unas sesenta varas del destartado campamento hispano, y sus ocupantes desembarcaron. Eran más de medio centenar, en verdad, y entre ellos venían hombres muy bien armados. Algunos marineros andaluces rezongaron maldiciones amargas: no tenían ánimos de pelea, ni fuerzas para alzar las espadas. No albergaban ganas de reyertas o combates, ni de tajos o disparos. En aquel momento sólo querían descansar. Descansar por meses. Olvidarse del mundo.

Los nativos se aproximaron lentamente, como si se atuvieran a un estudiado ceremonial. No se asemejaban a los de Haití, o a los lucayos de Guanahaní. La mayoría, un tanto rezagada de quienes abrían el paso, vestía sólo un taparrabos o pañete que cubría su cintura, y llevaba el pelo atado en un curioso moño sobre la nuca. Sus cabezas eran alargadas, como si hubieran sido deformadas a propósito hacia atrás y hacia arriba, haciendo su frente huidiza y convirtiendo su perfil en una curva. Al frente de la comitiva iban los guerreros, portando lanzas, pequeños escudos angulosos y lo que parecían ser espadas de madera, cuyos filos negros destellaban bajo los rayos del sol. Traían cueros de animales sobre los hombros, y cintos y taparrabos adornados, trabajados con unos pocos bordados, cintas y borlas. Entre los guerreros se destacaba el que parecía ser una persona importante,

quizás un jefe, con un complejo tocado sobre la cabeza, un manto curiosamente aderezado, sandalias enlazadas por un sinfín de nudos y un pectoral donde relucían algunas piezas de coral y jade.

El grupo, de pieles bronceínas, se detuvo frente a la pequeña cohorte española, descuidada y mugrienta. Estos ensayaron un saludo en lengua taína:

—*Tau, taigüey... Datiao... Guaitiao...*¹⁰

Uno de los nativos se adelantó, y en voz solemne pronunció:

—*Ki'ki't'àantabah...*

Los españoles se miraron, perplejos. Rodrigo de Jerez señaló que aquello no era cubano. Su tocayo Escobedo, el escribano segoviano, asintió, agregando que tampoco parecía arábigo o judaico. El murciano Luis de Torres, judío él, estuvo de acuerdo. Desconocían la lengua, algo que era de esperar, aunque supusieron que lo que acababan de oír era un saludo. Hubo unos segundos de tiempo muerto, en los que ambos grupos se observaron con curiosidad, expectantes y temerosos. Las gruesas mechas humeaban entre los dedos de los seis arcabuceros. Arana, como comandante, avanzó unos pasos y, tocándose el pecho, dijo su nombre. Luego apuntó hacia los barcos y el horizonte al este, en una mímica que había sido útil durante sus encuentros previos con otras naciones de aquellas tierras.

—Venimos de Castilla. De Castilla, allende el mar. Buscamos al Gran Khan, Catay, Cipango...

Algunos nativos sonrieron, y comenzaron los cuchicheos maliciosos en las filas traseras, entre los remeros. Llegaban retazos de frases divertidas.

—... *úkim icho'ob...*¹¹

¹⁰ En taíno, «Hola, buen sol (buen día)... Soy amigo... Amigos...».

Los guerreros se miraban, tensos e incómodos, sin comprender. Arana señaló a su alrededor: la playa, el bosque...

—¿Catay? ¿Cipango?

El hombre que parecía ser el vocero del grupo local respondió, nombrando primero la isla y luego a la persona principal a la que acompañaba. Y lo hizo usando el menor número de palabras y la mayor cantidad de gestos posibles, para ser comprendido.

—*Kosom Lu'umil... Leti'e', k ah kuuch kaab, Ah Keeh Koot...*

—Esto se llama «Cozolumel»— aclaró Andrés, uno de los jóvenes grumetes de Huelva —...y ése se llama «Aquecó».

Un murmullo general entre los hispanos estableció la obviedad de la frase. «*Hara*, estos mozos de Huelva sí que son avispados, tú» se burló Txatxu, un vizcaíno de Lequeitio que gastaba sorna a cada rato, incluso en las peores situaciones. Arana ordenó a sus hombres traer algunos rescates, que fueron presentados ante la comitiva nativa en un maltratado baulillo.

—Presentes de nuestras Majestades, los soberanos de Castilla y Aragón— e indicó nuevamente hacia el este.

A unas palabras del vocero, dos guerreros se acercaron cautos, sin perder de vista las extrañas formas que humeaban o destellaban entre las manos de los barbados. Tomaron el cofre por ambas manijas y lo depositaron a los pies de Ah Keeh Koot, el *ah kuuch kaab*, el que encabezaba aquella partida. Este observó las baratijas con ojos curiosos.

—¿*Caona*?— se atrevió a preguntar Arana, mostrando un colgante taíno de oro que llevaba al pecho, bajo el ya gastado jubón con gregüescos. Con ambas manos expresó el deseo de intercambio, un deseo latente en

¹¹ En maya yucateco, «Caras de lechuza».

todos los españoles, cuya ambición parecía haber renacido y superado todos los miedos, fatigas, recuerdos y nostalgias.

—*Taak'in*— asintió el vocero, identificando el brillo dorado. Alzó el índice en dirección oeste. —*Taak'ine' tolo', tu kuuchkaabal Éek' kaab...*¹²

Instintivamente, los españoles comprendieron que en aquella isla no había oro: estaba más allá, en las tierras adivinadas en el horizonte, tierras que no parecían tener límites concretos. El oro ya no sería «*caona*»: ahora se llamaría «*taak'in*», un sonido fácil de pronunciar, proveniente de gentes difíciles de entender a primera vista. Sin enterarse de lo expresado en la última frase, Arana interpeló al vocero nuevamente, intentado averiguar en castellano cómo se llamaban aquellas regiones del oeste dónde había *taak'in*.

—*Ma' tin ch'a' nu'uk a t'aan...*¹³— replicó, un tanto molesto, su interlocutor. «Pues a ese Yucatán iremos por oro», sentenció el jovencísimo Andrés de Huelva, aunque ninguno de sus compañeros estuviera muy seguro del significado real de la respuesta. Retornando a la mímica, el capitán cordobés escenificó su interés en obtener comida.

Inquisitivo —y un poco cansado— aquel hombre se volvió hacia el *ah kuuch kaab* e intercambió con él unas palabras en voz baja. Parecían deliberar. Diego de Arana, en una orden casi masticada, indicó a sus hombres que apagaran las mechas de sus arcabuces y que bajaran las rodelas. No quería provocar desconfianza en aquellas gentes que no los habían atacado en un primer momento y que parecían dispuestas a negociar

¹² En maya yucateco, «El oro allá, en la 'provincia' de Éek' kaab».

¹³ De acuerdo a ciertas fuentes bastante disputadas, de esta frase —que equivaldría a «No entiendo tu idioma» en maya yucateco— derivaría el nombre «Yucatán», si bien hay muchas otras teorías.

y a recibirlos en paz. «*Chi veu vedde un cattio, fasse arraggia un bon*»¹⁴, opinó el genovés Jacome, acordando con la orden. Unos pocos rezongaron. Domingo de Lequeitio, Martín de Urtubia, Antonio de Cuéllar y los otros tres arcabuceros, aunque inquietos, mojaron las mechas con saliva y cubrieron las cazoletas de sus armas. Los demás dejaron de lado los escudos.

Finalmente, tras unos minutos de debate, el vocero del *ah kuuch kaab* se dirigió a Arana y, por señas más que con palabras, le hizo entender que era su deseo que los siguiesen. Indicó sus *canoas* y los barcos hispanos, y la dirección sur. Con gestos también, mientras continuaba hablando, aludió a la comida y al descanso.

Sucios, quemados por semanas de sol y cubiertos por una espesa capa de salitre, los españoles recogieron rápidamente el campamento y se dirigieron a sus balandros para seguir a las embarcaciones locales.



Los barcos fueron guiados hasta uno de los embarcaderos que poco antes habían dejado atrás por cautela. En aquella playa de suave pendiente fueron asegurados los balandros, y sus velas y jarcias, recogidas. Durante el corto trayecto que hicieron los recién llegados desde la costa hasta el centro de la pequeña villa del *ah kuuch kaab* —Ixlapak, su destino final— atravesaron algunos campos de cultivo entre los cuales se levantaban originales casas rectangulares, hechas de tablazón y cubiertas por un alto y característico techo de hojas de palma. Aquellas viviendas tenían una puerta, pero no se distinguían ventanas. Los españoles caminaban

¹⁴ Proverbio genovés. «Quien quiera ver un malo, que haga enfadar a un bueno».

cansinamente por la calzada de arenisca y caliza, cargados con sus armas, morrales y alforjas. Los labriegos de la zona —algunos sembrando con herramientas de madera, otros entresacando hierbas de sus huertas— abandonaban sus labores para observarlos con intensa curiosidad y señalarlos. De las casas se asomaban niños y mujeres, intentando atisbar a los extranjeros entre las hileras de su propia gente, que iba formando un cerco a su alrededor.

Había mucho trajín en las plantaciones: aquella era la estación de las lluvias y, por ende, el tiempo de la siembra del maíz. Sin embargo, en torno a los campos ya se podían ver calabazas de muchas clases y unas matas de las cuales colgaban largos *ají* purpúreos. Otras plantas cultivadas poseían hojas de formas singulares, que desparramaban su color sobre la tierra. Había además algunos hornos que probablemente sirvieran para quemar cal. Los pocos que allí trabajaban, cubiertos de polvillo fino, semejaban espectros.

Un poco más adelante aumentaba el tamaño y la importancia de las construcciones, y dejaban de estar rodeadas por huertas. En el centro de la población se abría una plaza amplia y un par de edificios que quizás fueran templos, construidos en piedra. Habían sido edificados sobre terraplenes de tierra para que se elevaran por encima de las casas, algo no muy difícil en una superficie tan lisa. Sus paredes eran de un blanco cegador, encaladas y decoradas con dibujos geométricos de varios colores, y con imágenes de señores, de guerras, de prisioneros y procesiones. Esos dibujos parecieron exquisitos a los españoles, que no perdían un solo pormenor de todo lo que alcanzaban a ver sus ojos. Las piedras que completaban tan grandes construcciones estaban minuciosamente talladas con signos que mostraban una densa profusión de detalles. Los perfiles de aquellas gentes aparecían también en sus esculturas: cabezas alargadas, rostros curvos, ojos rasgados. Allí estaban, en los paneles de roca y en algunas estelas que, como menhires

celtíberos, se alzaban aquí y allá.

Fuera, circundando toda la villa, la selva. En su interior, personas que tejían, o hacían cestos, o llevaban cargas, y que en todos los casos dejaban de lado sus ocupaciones para mirarlos.

Los hombres usaban el cabello largo. Algunos tenían una zona desprovista de pelo en la parte alta de la cabeza, cual tonsura monacal. Otros se trenzaban la melena negra y lacia y se la ataban alrededor de la cabeza como una corona, dejando una cola que caía por detrás, o bien se hacían un moño. Unos pocos llevaban los cuerpos pintados de negro y de rojo, y los brazos y el pecho grabados, dibujados o tatuados. La mayoría de ellos andaban descalzos, aunque se veían sandalias hechas de cuero crudo o de bejucos. Las mujeres mayores y las muchachas se dejaban también el pelo largo, arreglado de muy distintas maneras. Las cabelleras enmarcaban rostros del color de la madera antigua, ojos profundos y unos rasgos que a veces resplandecían con singular hermosura.

Así fue como llegaron a aquella aldea de Ixlapak, en la isla de Kosom Lu'umil. Un grupo de hombres fueron conducidos a la residencia del *ah kuuch kaab* —que no era sino un representante de la pequeña población— y otros fueron repartidos entre casas de vecinos. Aunque aquella no era la costumbre en villas más grandes, en un pueblo de ese tamaño era imposible hacerlo de otro modo. Diego de Arana, Pero Gutiérrez, el escribano Escobedo, Luis de Torres, Rodrigo de Jerez, el genovés Jacome, maestro Juan el cirujano y maestro Alonso el físico se quedaron con el hombre principal, mientras que los vizcaínos fueron alojados con otra gente importante y el resto —grumetes, marineros y calafates, casi todos andaluces y murcianos— fueron ubicados en modestas casas de familia, hasta las cuales los condujeron algunos hombres armados.

Así arrancó su historia en Kosom Lu'umil. Aquel sería su primer encuentro con el pueblo itzá.

V

CÁDIZ, 1521

E los muros de piedra de la fortaleza cayeron por las muchas balas disparadas, e ardieron casas e embarcaciones desta villa e puerto. E la gente corría por calles e callexas, que gran espanto truxían en sintiendo el ataque. E los defensores, con las sus bestias e armas e rodelas, presentaron esforçada resistencia, pues en juego estaban sus vidas.

Crónicas de la Serpiente Emplumada, tomo I.

Gonzalo de Iriarte, alférez de la guarnición de Cádiz, conducía a la población que había logrado escapar del puerto hacia tierra firme, atravesando el istmo, las tenerías y los barrios bajos. Intentaba, con su gente, esquivar el cañoneo continuado de una docena de carabelas enemigas que había tomado a la enorme columna en movimiento como blanco. Pero, para su desdicha, aquella demostró ser una tarea imposible. En varias ocasiones las balas y los hierros al rojo lanzados desde mar adentro por los endemoniados navíos barrieron familias enteras. Y no siempre encontró tiempo para ocuparse de los heridos. Mucho menos de los muertos.

Dirigía a la muchedumbre hacia las afueras de la ciudad, hacia la zona donde se asentaban los viejos astilleros y las salazones de los

almadraberos. Su intención era alejarla del puerto, atravesar Isla de León, cruzar el caño Sancti-Petri por el puente Suazo y llegar a Chiclana. Desde allí, Dios diría...

Corría ya la hora nona. A sus espaldas, el casco viejo de la urbe — amurallado hasta hacía unas horas— humeaba como una gigantesca candela, prácticamente destrozado. Esa humareda ya se divisaba desde villas vecinas: Puerto Real, Puerto de Santa María, Rota, todas ellas en alerta por los sucesos que se desarrollaban en sus cercanías. El agua de la bahía era una superficie sembrada de restos de barcos semihundidos y maderos convertidos en tizones fantasmagóricos. Entre las nubes provocadas por los leños incinerados se distinguían las macabras formas de las naves enemigas, la sombra del castillo y la silueta apenas adivinada de la Catedral. Era una imagen desdibujada de desolación sin par. Un presagio de futuros acontecimientos. La estampa del final de una era y del inicio de otra asaz diferente.

Los soldados de la escolta —dos escuadras, no más de medio centenar— volteaban la vista cada dos por tres, esperando oír los pasos de sus atacantes. Sabían que dejaban atrás a compañeros de armas, a amigos o a familiares que enfrentaban un destino incierto. Todos se hacían las mismas preguntas: ¿quiénes eran aquellos malnacidos? ¿De dónde habían llegado? ¿Por qué atacaban?

No había respuestas. Sólo el insistente sonido de los cañones.

La caravana avanzaba sin pausa, en mulas algunos, a pie otros. Constituían una pequeña parte del mosaico humano que poblaba la ciudad. Había mujeres morenas acarreado niños que lloraban con toda la fuerza de sus pulmones, *justicias* y ricachones gaditanos a caballo, tenderos cargando alforjas rebosadas, religiosos presas del pánico, y algunos viejos que llevaban los pocos bienes que habían logrado alzar de sus viviendas antes de

salir huyendo de un enemigo inidentificable que estaba reduciendo sus hogares a escombros. Cádiz soportaba el embate iracundo de una flota que no parecía tener disposición alguna a la tregua o a la merced. Era evidente que aquello era una guerra declarada de forma unilateral, y era innegable también que en pocas guerras se mostraba piedad ante el enemigo. Los españoles sabían mucho de eso: escasos moros habían sobrevivido en las batallas de la Reconquista mantenida hasta 1492, y pocos soldados cristianos habían tenido respeto alguno por las mujeres e hijos indefensos de sus enemigos de siglos, de sus enemigos infieles, de *sus enemigos*... ¿No había caído Jerusalén ante los cruzados en 1099, bañada en sangre, apestando a muerte y sembrada de cadáveres? ¿No había ejecutado el gran Carlomagno —aquel *nobilísimo* emperador de antaño— a cuatro mil quinientos prisioneros sajones, uno tras otro, en un mismo día del 782, en Verden? ¿No era esa la moral cristiana empleada en la guerra? ¿No era ése el resultado de transformar el «Amaos los unos a los otros como hermanos que sois» en un «Aniquilaos los unos a los otros como enemigos que sois»? ¿No era aquella la ley de la cruz, la espada y el arcabuz? ¿La misma ley que, en otro tiempo, en una historia que jamás sucedería, devastaría pueblos y naciones lejanas en nombre de un Dios y una Corona, y las convertiría en tierras de memorias rotas, de destinos perdidos y estrellas apagadas?

Gonzalo de Iriarte cumplía las órdenes de su superior. Pero hubiera deseado quedarse junto a ese hombre, ese navarro bebedor y mal hablado, con la piel dibujada por las cicatrices de unos cuantos combates y dispuesto a dejarse arrancar a tiras ese mismo pellejo antes de dar un paso atrás. Hubiera dado cualquier cosa por estar allí, con la cazoleta y los gavilanes de su toledana desgarrándole los nudillos y un juramento soez a flor de boca. Aun así, su responsabilidad era sacar a toda aquella gente de esa jaula. Intuía, de alguna forma extraña, que ya habría oportunidad de enfrentar al destino y de entender aquel ataque sorpresivo, y la injuria, y toda esa

destrucción. Apretó los dientes y continuó su camino a paso ligero, sosteniendo una pica entre sus manos callosas.



El capitán don Iñigo de Zumarán y Balboa sonrió secamente cuando, desde la cima de los restos derruidos y perforados de los muros del castillo, atisbó las primeras barcazas. Aquellas naos del infierno, al son de bocinas y atabales, comenzaban a expulsar su carga más temible: sus hombres. «¡Arraioa!... ¿Cuándo diantres comenzaré a equivocarme?» pensó, casi divertido. «¡Y yo que pensaba licenciarme dentro de dos años!». Ya había pasado el mediodía, aunque era difícil precisar la hora: el sol semejaba una luna en medio de un cielo encenizado. A su mente acudió la imagen de la casa materna, allá en Aoiz, y sus juegos en el granero o a orillas del río Irati, y sus sueños con las nevadas cumbres del Orzanzurieta, cuyas historias siempre lo fascinaron. Recordó la mirada seca del padre, viejo veterano de las guerras entre agramonteses y beaumonteses del bando del rey Fernando, y testigo del tratado de paz en el que los jefes rivales enterraron sus espadas en el suelo. Pensó en su esposa, una santanderina muerta de parto hacía dos décadas, y en su hijo, su único hijo, que estaba en los tercios de Italia sirviendo a los intereses de aquel monarca nuevo y extranjero del que nadie sabía mucho y al cual tanto se había resistido. En su fuero interno deseó que su muchacho hubiera estudiado leyes en Salamanca, en Alcalá de Henares, quizás en Valladolid. «Mas la sangre tira», se dijo. Miró a sus soldados, intranquilos todos, asustados los más, mozalbetes y hombres enjutos, andaluces y castellanos de ley. Y sintió cansancio, una tremenda pena, un hastío infinito y unas ganas terribles de largarse de allí, de volver a contemplar sus pastos verdes y sus cumbres pirenaicas.

—Estad prestos— dijo al silencio de la tropa. —Desembarco habemos...

Le quedaban ocho escuadras escasas y dos centenares de hombres de la población —la mayoría marineros y trabajadores mal armados y peor disciplinados— que, en lugar de huir al comienzo del cañoneo, habían decidido unirse a sus fuerzas y defender el sitio. Algo que no hicieron esos gaditanos valentones y jactanciosos que solían deambular por los muelles soltando bravatas sobre su coraje, pues habían sido los segundos en escapar... siguiendo a los nobles miembros del Cabildo, que habían sido los primeros. El capitán sabía que tenía que resistir hasta las últimas consecuencias y que debía cubrir la retirada de la población mientras se desperdigaban por los campos, las aldeas y costas vecinas. Separados serían un blanco menos obvio, menos concreto, y quizás, con fortuna, escaparán al destino que les aguardaba a ellos. A todos ellos.

Las piezas de artillería de la fortaleza habían sido voladas junto con sus artilleros. En el otro extremo de la ciudad, frente al puerto, aún se oían detonaciones. Ante ellos, sobre el Atlántico, entre el vendaval de velas blancas y cascos oscuros, varias naos giraban sobre sí mismas. Se estaban pegando demasiado a la costa, sin medir el riesgo que implicaba esa proximidad. Una logró estabilizar su posición y disparó sobre la Puerta de Tierra, la más cercana al castillo. Esa puerta había sido cerrada y trabada por los soldados, obedeciendo las órdenes de Iriarte una vez que hubo sacado a la gente por allí. Los primeros cuatro disparos no le acertaron. La nao corrigió su posición —pues disparaba en un ángulo muy cerrado— mientras sus compañeras se arrimaban y viraban, y más botes se allegaban a la escarpada orilla rocosa, ante los ojos del capitán y sus hombres. Este creyó adivinar su plan cuando comprobó que aquellos desconocidos no traían arietes ni escalas. Ni siquiera pensaban trepar los bajos y golpeados muros de la ciudad: iban a entrar por las puertas. ¿Lo habría notado el cabo a cargo

en ese sector? ¿Qué estaría ocurriendo en las otras dos entradas? ¿Esos últimos cañonazos habían sido lanzados contra ellas? ¿Por cuántos puntos estaban desembarcando?

Los botes cubrían casi toda la línea de costa, dirigiéndose a los lugares donde atracar era más fácil: las playas de la bahía, las del istmo y las de los arrabales del oeste. Las naves seguían descargando chinchorros y bateles y llenándolos de hombres armados. En tres de ellos se alzaron banderas, que tremolaron de un lado a otro con una notable insistencia. Uno estaba delante del castillo; el otro apuntaba a la puerta; el tercero, frente a la guardia asentada más al oeste, cerca de la Catedral. Pronto otros paños comenzaron a ser agitados del mismo modo.

Uno de los marineros que estaba más cerca del capitán, apoyado sobre las piedras de las murallas del castillo, indicó con cierta duda:

—A fe que es como si los muy hideputas nos estuvieran señalando...

El capitán así lo entendió. Saltó hacia atrás y se puso a gritar a todos que se retirasen de aquel punto y que buscaran cubierta. Las tres primeras balas pegaron contundentemente en los muros, muy abajo. Otras dos pasaron muy altas y fueron a estrellarse contra los paredones internos del patio. Las siguientes, con la trayectoria enderezada, acertaron en los bordes de los derruidos bastiones e hicieron volar piedras en todas direcciones.

Las maldiciones de los españoles rozaban la herejía.

—¡A las puertas!— ordenó el capitán. —Entrarán por las tres malditas puertas como si fueran el séquito del rey, los muy bastardos.

En medio del caos en el que se hallaban tanto el castillo como el resto del casco viejo de Cádiz, el militar dio indicaciones precisas, enviando mensajeros a las dos puertas más lejanas, repartiendo los escasos caballos entre los mejores jinetes y dotando con armas a la infantería. Media docena de mulas fueron empleadas para arrastrar una culebrina de gran calibre que

yacía en el patio interior, cubierta de escombros. Sobre los demás animales —pocos, muy pocos— se cargaron rápidamente los restos de pólvora, hachas, picas y balas que quedaban, para ser repartidos entre los núcleos defensivos.

—A todo aquel que viédes por la calle, enviadlo a las iglesias. Que allí se refugien y, por Cristo, ¡que no salgan por nada del mundo!— vociferó el capitán a sus soldados. —Si quedaran hombres capaces, dadles un arma, si es que alguna sobra, y que os sigan.— El navarro respiró profundamente y deseó, para su colete, que aquellas bestias de mala entraña respetaran al menos tierra sagrada, y que hubiera permanecido el menor número posible de personas dentro de los muros.

A toda prisa, un puñado de soldados y marineros fue saliendo de los restos derruidos del castillo y ocupando posiciones junto a la Puerta de Tierra, mientras los demás corrían a salvaguardar las otras dos. Aun siendo estrecha, esa puerta permitiría el paso de toda una cohorte en pocos minutos. Si lograban abrir brecha por ahí, la defensa sería prácticamente imposible. Los disparos ya habían volado casi todas las estructuras de los alrededores. Eso incluía la torre de armas de la vieja fortaleza y las almenas que coronaban el arco apuntado y la bóveda de cañón de la entrada.

Fuera se escuchaban broncas llamadas de bocina, y gritos...



El desembarco estaba en su apogeo. Las descargas contra las almenas y entradas proseguían, aunque más espaciadas, afinando en lo posible la precisión de los impactos. Mientras tanto, los botes que estaban en la costa volvían a los navíos a por más hombres y las tropas desembarcadas que habían alcanzado la orilla —a veces casi a nado—

comenzaban a cruzar las barriadas que se ubicaban entre la línea de costa y las murallas, construcciones totalmente arrasadas por el cañoneo y el fuego previos. Era aquel un paisaje de restos informes y ennegrecidos, de cuerpos aplastados por los escombros o cercenados por los hierros y piedras arrojados. Los invasores, apenas visibles a través de la cortina de niebla levantada, parecían no tener ninguna prisa en aproximarse a los muros en tanto las puertas continuaran cerradas. Se movían lentamente, rematando heridos, degollando lo que hallaran vivo a su paso, saqueando lo que hubiese quedado, deshaciendo alguna improvisada resistencia. Representaban el mismo papel que habían interpretado, en otros tiempos y otros horizontes, los hijos de naciones que se llamaban a sí mismas «civilizadas».

La culebrina, limpia y asegurada en su cureña justo frente a la entrada, ya estaba cargada y esperaba solamente el chispazo detonante. Los arcabuceros se habían colocado en tres filas de media docena de hombres. Aquellos soldados de coletos de cuero y golas de cota eran los más móviles de toda la compañía. Sus figuras eran inconfundibles: cruzados sobre el pecho, en bandolera, llevaban «los doce Apóstoles», doce cartucheras de pólvora. En el antebrazo se enrollaban las largas y recias mechas, que, por las dudas, encendían por ambos cabos. Y tenían varias balas metidas en la boca para escupirlas en el caño, apoyar las culatas de los arcabuces contra el suelo y golpear plomo y pólvora vehementemente con las baquetas.

Algunos ballesteros se habían apostado en los parapetos de la Contaduría, en la Cárcel y en las casas de la calle del Mesón Nuevo. La infantería de soldados y civiles y la escasa caballería, con picas de un par de metros, chuzos, hachas, espadas y rodelas, se concentraban en el centro, ocupando parte de la calle de Antonio Abad. Eran menos de ciento cincuenta hombres: el resto se habían repartido entre las otras dos puertas, las cuales, con toda probabilidad, estarían soportando un embate similar.

Los marineros, poco o nada habituados al combate, musitaban oraciones en voz baja. El capitán se mostraba impávido, pero su corazón estaba totalmente desbocado.

Los arcabuceros sostuvieron sus armas, apoyándolas contra el hombro. Cebaron cuidadosamente las cazoletas con pólvora fina y las cubrieron con las correspondientes cobijas. Algunos midieron con el dedo la longitud de la mecha enganchada en el serpentín, para comprobar que era la correcta y que no iban a errar el tiro. Acto seguido se cuadraron. Intentaban mantenerse firmes, a la espera de la orden de fuego. Pero muchas manos y no pocas piernas temblaban.

En el mismo momento en que peones y marineros se arrodillaban ante el sacristán del castillo para recibir la bendición, la puerta saltó hecha astillas con un estampido ensordecedor. Los pedazos de madera y hierro volaron a una treintena de pasos, y sus fragmentos se esparcieron y cubrieron los alrededores. Segundos después, otras dos balas reventaban las bandas del arco y una cuarta terminaba de deshacer el leño que quedaba. Los restos de la puerta, desprendidos de sus goznes, cayeron pesadamente al suelo, mientras piedra, metal y argamasa salieron despedidos. Los gaditanos se pusieron en pie de un salto, terminando de persignarse.

Se acercaba un griterío atronador, cuernos y tambores sonando y violentos pasos de hombres lanzados al asalto. Los arcabuceros descubrieron las cazoletas, soplaron las mechas para avivarlas y tensaron el índice sobre el largo gatillo. A sus espaldas, nerviosos, estaban los mozos que los acompañaban para recargar balas, pólvora y lumbre. Los peones se cubrieron con las rodela y empuñaron sus armas con decisión; los demás los imitaron y las picas fueron asentadas en ángulo contra el suelo.

Los asaltantes entraron como una manada de toros extremeños. Una ola salvaje erizada de puntas y filos. Un solo cuerpo gigantesco que agredía

como un todo, pisoteando los restos partidos de la puerta entre alaridos y atravesando el polvo, las cenizas y las diminutas astillas de madera que aún flotaban en el aire espeso.



La orden de fuego jamás se oyó, cubierta por el estrépito de aquella masa furibunda. La culebrina y los arcabuces fueron disparados y medio centenar de atacantes cayeron al instante, entre miembros despedazados y aullidos de dolor. Pero, ante el espanto de los defensores, aquella tropa continuó su avance casi sin inmutarse y fue a estrellar sus escudos contra la punta de las picas, mientras la segunda hilera de arcabuces repetía el fuego y la primera recargaba.

Volaron docenas de jabalinas, hachas de guerra, saetas, piedras de honda y venablos. La presión de la turba sobre la muralla de picas era imposible de aguantar. Algunas astas se partieron, mientras la tercera hilera de arcabuces disparaba «al bulto» y tumbaba algunos enemigos más.

Entre las filas atacantes aparecieron entonces arqueros, ballesteros y arcabuceros que, sin orden alguno, acribillaron a los defensores. La resistencia se quebró por un instante, un solo instante que fue totalmente aprovechado. Las picas cedieron y las manos enemigas, ocultas tras rodela angulosas y penachos multicolores, alzaron toscas espadas, mazas y cuchillos curvos.

—*Aita gurea, zeruetan zagozana...*¹⁵— musitó don Iñigo de Zumarán y Balboa antes de lanzarse al ataque junto a sus hombres.

¹⁵ En euskera, «Padre nuestro que estás en los cielos...». Versión del siglo XVII.

Era curioso. En aquel momento de sangre y pánico, de disparos y proyectiles, sólo resonaba una frase en su cabeza. Una única frase. Era la sentencia final de un juego de niños, un juego en euskera que había aprendido en sus montañas natales.

La frase se reiteraba una y otra vez, casi desesperadamente.

Ez dok hamahiru.

Diez o quince arcabuceros enemigos fueron abatidos por los tiros de las ballestas apostadas en lo alto. Pero esas bajas no significaban nada: los invasores seguían entrando en la ciudad vieja, saltando sobre los cadáveres y chapoteando en los charcos bermejos. Todo se había transformado en una confusión de espadas y lanzas, de lucha cuerpo a cuerpo, de tiros y voces desgarradas. En la Puerta de Mar y en la del Arrabal, el combate se iba decidiendo de igual modo.

Frente al castillo, allí donde no había defensas ni baluartes, hombres con armas ligeras nadaban hasta la orilla y trepaban los duros farallones rocosos. Por encima de ellos, la macabra silueta de una catedral deshecha proyectaba su sombra gris debilitada.

VI

KOSOM LU'UMIL, 1493

Comen de aquestas tierras las sus gentes el fruto de una planta que los taínos llaman mahís, que alça seis pies del suelo, e semella un manojo de granos de variadas colores, blancos, amarillos e vermellones. E ierven deste fruto, o asan o secan e ansí fazen sus manxares e comidas, que harto cultivo dello mantienen en esas sus sementeras.

Crónicas de la Serpiente Emplumada, tomo I.

Amanecía. Rodrigo Balmaceda estaba sentado sobre un tocón desmochado. Estaba cerca de la entrada de la vivienda de paredes de maderos y techo de palma en la que había sido alojado por aquellas gentes, que se denominaban a sí mismas «itzá». Decían que el nombre de la isla — pues en una isla se hallaban— era «Cozolumel», y que la aldea se llamaba «Ishlapá». En realidad, sólo Dios sabía dónde estaban. Pero eso ya no importaba. Jamás había imaginado una tierra con tanta belleza. Una tierra donde, según sus impresiones de viajero agotado, la paz podía olerse en el aire, podía respirarse, podía atravesar la piel.

Después de tantos trabajos y tantos entuertos, de tantos sacrificios y esperas, un poco de eso no venía nada mal.

Sería la hora prima, aunque aquella gente estaba levantada desde mucho antes. Uno de los pequeños hijos de su familia anfitriona —una niña, la única, de no más de seis años— se asomó a la puerta. Lo espiaba, curiosa, con sus rasgados ojos negros relumbrando bajo varios mechones revueltos de cabello azabache. De ellos, a guisa de joya, colgaba una caracola roja. Rodrigo le sonrió. La muchachita se escondió velozmente y luego volvió a asomarse. Él la observaba divertido, pensando que a pesar de la distancia, los rasgos y los colores de la piel, aquellos pequeños se comportaban igual que sus pares españoles: las mismas risas, los mismos juegos, los mismos instintos infantiles. La chica se acercó. Sólo vestía una faldilla larga hasta las rodillas, probablemente de algodón. Tenía las cejas depiladas, la cabeza deformada —como todos los itzáes que había visto hasta el momento— y orificios en las orejas y el labio inferior, de los cuales asomaban sencillos adornos de madera.

Cuando Rodrigo la tuvo frente a él, la niña pronunció unas palabras débilmente. El joven apenas la oyó. Ella las repitió en voz más alta, mordiéndose el dedo índice y mirando un inexistente objeto frente a sus pies con los ojos entornados.

—*Bix a k'àaba'...*?

El español, evidentemente, no comprendía una lengua con la que recién acababa de tomar contacto. De alguna manera, la pequeña se dio cuenta y, llevándose la mano al pecho, dijo:

—*Ix Xíiw in k'àaba'... Kux tèech?*

Nada. La chiquilla no se desanimó. Se tocó el pecho nuevamente e insistió:

—*Ix Xíiw in k'àaba'... Ix Xíiw...*

Rodrigo creyó entender que le estaba diciendo su nombre. Lo repitió lentamente, señalándola.

—¿Ish-Shú...?

La sonrisa tímida y el asentimiento mudo le confirmaron su éxito. El joven pronunció entonces el suyo. *Ix Xíiw* sonrió, ahora abiertamente, y sobre su cara se dibujaron dos hoyuelos preciosos. El hombre dirigió el dedo índice hacia uno de ellos y lo acarició con semblante interrogativo. Ella retiró un poco el rostro y luego dijo, muy seria:

—*Tuux...*

Rodrigo mantuvo su expresión dubitativa, presionándose suavemente la mejilla en el lugar de un supuesto hoyuelo. Quería corroborar que aquella palabra se refería a eso y no a otra cosa.

—*Hah...*— aprobó ella. —*Tuux...*

Rodrigo lo intentó, pero le salió algo parecido a un «*tuup*». La chiquilla soltó una tremenda carcajada. Tres de sus hermanos —muchachitos de entre ocho y once años, que andaban por allí jugando con pequeños arcos y flechas— se aproximaron, y su madre, alarmada, apareció en la puerta de la casa cargando un niño de tres años sobre la cadera izquierda. Todos miraban aquel cuadro, llenos de sorpresa y no sin cierta reticencia: para las mujeres *itzáes*, hablar a un hombre de forma directa era una grave falta de prudencia. Mucho más si ese hombre era un desconocido. Y más aún tratándose de un extranjero.

—*Ma'...*— negaba la niña. —«*T'uup*» *le tela'...*¹⁶— y enseñaba su minúsculo dedo meñique izquierdo, girando la mano, balanceando el cuerpo y cubriendo con la otra mano parte de su cara, como si hablar con aquel muchacho le diera mucha vergüenza.

¹⁶ En maya yucateco, «*Tuup* es esto de aquí».

«Ajá...» pensó Rodrigo. Probó otra vez, y soltó un «tuuch». Ix Xíiw rió sonoramente, haciendo revolotear sus cabellos negros y su caracola roja, saltando y agitando las pequeñas manos en una enorme y graciosa negación. Sus hermanos se arrimaron un poco más. La madre, desde la puerta, se volvió tranquila. Aquello era sólo un juego.

—*Maaaaaaa'*— exageraba la negación la cría. —«Tuuch» *lela'*— y se apuntaba al ombligo. Luego, tocándose de vuelta uno de sus hoyuelos, repitió: —*Lela'* «tuux».

—Tuush— escupió el español, casi sin querer. El resultado fue una ovación de risas y brincos de los más pequeños de aquella familia, que querían ocupar, todos ellos, el puesto de maestro de ese extraño que tan dispuesto se mostraba a aprender sus palabras.

—*Wi'ih*— decía uno, masajeándose la barriga.

—*Wiish*— articulaba erróneamente Balmaceda, y los niños lloraban de risa, revolcándose en el suelo y dándole a entender, por señas clarísimas, que eso que él decía no significaba «hambre», sino «orina». Rodrigo también reía de buena gana, mientras averiguaba cómo se llamaba esto, y aquello, y lo de más allá. Así descubrió que las avispas eran *xuux*, las hormigas eran *síinik* y los escarabajos, *kuklim*. «¿Podría quedarme yo aquí?» se preguntaba. «Esto es igual que allá, en casa, en el pueblo. Chiquillos escandalosos, mujeres trajinando en las cocinas, hombres ocupados en sus faenas. La misma estampa con otras colores. El hablar es un otro, claro está; y los rostros y formas de esta gente muy diferentes, sí. Mas el paisaje es bello, y los aires y el mar tan hermosos que semejan de fábula. Y la gente en paz, tranquila. Nada de ciegos pidiendo limosnas, ni de raterillos despanzurrando bolsas, ni de falsos frailes. Tierras para laborar, gente que las trabaja y nada más. ¿Qué no hay oro? ¡Pecador de mí! ¿Para qué lo quiero yo ahora, a fin de cuentas? Sabe la Virgen si tenemos manera

de volver a casa algún día. Y, aun si vuelvo... ¿qué me espera allá? En cambio aquí... aquí no me es menester oro para tener nada. Basta trabajar, como hacían los de la Hispaniola y los de Cuba. Cosa que estos hijosdalgo de mierda que llevamos en los botes no están dispuestos a hacer ni por asomo». Así pensaba mientras los chicos, con su gritería, continuaban revelando objetos y pronunciando sus nombres en aquel sonoro idioma, tan complicado, con esos tonos tan raros. *Che'... Nah... Paal... Tso'ots...* repicaban las palabras alrededor suyo. El español miraba aquellos ojos rasgados, felices y vivarachos, y aquellas manitas cobrizas, tan pequeñas, y recordaba a su gente, de pieles más claras, pero de parecidas costumbres. Y supo que a pesar de lo que dijeran los otros acerca del salvajismo de los pueblos de esos horizontes, él se quedaría allí de muy buen grado. «¡A fe mía que lo haría!» sentenció finalmente en voz alta, al tiempo que la mujer de la casa, la madre de aquella chiquillería, lo llamaba desde la puerta.

—*Ts'uul... Ts'uul...*— y realizaba la mímica de llevarse comida a la boca. —*Hanal...*¹⁷

—*Ch'eel, ch'eel*— comenzaron a corear los niños rodeándolo, mientras se levantaba de su improvisado asiento leñoso y se sacudía la ropa llena de remiendos. —*Táan k bin hanal, ch'eel...*¹⁸

—*Paalo'ob!*— los regañaba la madre. —*Tselabaeh!*¹⁹

—*Naaaaaa'*...— protestaban los niños...

A unos metros venía, caminando por la vereda que cruzaba por delante de la casa, Fernando Ordóñez. Era un encopetado «segundón» que

¹⁷ En maya yucateco, «Señor, señor (extranjero)... Comer...».

¹⁸ En maya yucateco, «Señor, vamos a comer, señor». «*Ch'eel*» equivale a «hombre de piel clara».

¹⁹ En maya yucateco, «¡Niños!» y «¡Haced lugar!», «¡Quitaos de en medio!».

también había hecho noche por allí con él y que había salido un rato antes, al rayar el alba. Saludó irónicamente al verlo rodeado de críos.

—¿Qué, Balmaceda? ¿En nana de estos salvajes te has convertido agora?

—Shhh, ten quieta la lengua— lo reconvino Rodrigo. —Nada de «salvajes». Aquestos niños son buenos tutores para aprender la su habla.

—¿Y quién diablos quiere aprender la jerigonza de aquestas bestias? ¡Plega a Dios! ¿Has visto cómo viven? Zahurdas parecen sus casas, y aún peor.

El otro lo miró, entre serio y afrentado.

—¿Do te has criado tú, Ordóñez?

—Sevillano soy. De la propia ciudad de Sevilla.

—Ya... No es menester que lo jures, zagal— finalizó Balmaceda con rabia, dándole la espalda mientras entraba a la casa tomando de la mano a los niños, como un verdadero ayo. La mujer invitó a ambos huéspedes a pasar, con toda la humildad y cortesía de la que supo hacer gala. Bajando los ojos ante su presencia, les indicó sus sitios alrededor de las tres piedras calientes del *k'óoben*, el hogar, donde ya estaban preparadas unas tortillas de maíz de la noche anterior. Rodrigo se sentó y Fernando lo hizo a su lado, mientras los chicos seguían a su madre. Los otros dos hombres de la casa no tardaron en llegar y en acomodarse, disponiendo sus piernas de una forma muy particular: la planta del pie derecho sobre el interior del muslo izquierdo y la pierna izquierda extendida. Sólo vestían un paño, bordado con cierto esmero y enrollado alrededor de las caderas. Exhibían restos de pintura bermellón en las caras, así como algunos tatuajes sobre los brazos, un pulcro moño en el pelo, un par de collares y adornos en labios, orejas y nariz.

Uno de ellos —el más joven, supuestamente el hijo mayor de la familia— se dirigió a Fernando con gesto amable, extendiendo la mano hacia las tortillas y emitiendo un sonido que se parecía a un «opguaa».

—¿Qué diantres querrá decir el animal este?— preguntó el español, fastidioso.

—Se me trasluce que querrá enseñarte el nombre de lo que comes, antes de que te lo comas— respondió Rodrigo, seco. Luego, tornándose hacia el muchacho con afabilidad, repitió aquella palabra señalando la comida.

—«Opguaa», *hah?*

Ambos anfitriones asintieron, susurrando «*he'ele', oop' waah*». Luego se pusieron a comer, mojando sus tortillas en una mezcla bermeja de *ají*, agua y sal, y levantando pequeñas porciones de una pasta de judías negras que llamaban *bu'ul*. Los españoles los imitaron. El sabor del maíz, combinado con la suavidad de las judías y el dejo picante de la salsa, los asombró: meses de bizcocho de Castilla, pescado asado, fruta y *casabi* habían hecho que casi perdieran el apetito. Por cierto que el de comida no era el único que habían estado a punto de perder o que, por lo menos, estaba adormilado por el poco uso. Los instintos podrían provocar desmanes si se despertaban de pronto y no lograban satisfacerse.

Los dueños de la casa indicaron una vasija de barro, en cuyo interior se apreciaba un líquido blancuzco y turbio.

—*K'eyem*— anunciaron con el movimiento de un vaso al ser bebido.

Rodrigo se animó, y mientras terminaba su tercera *oop' waah* — aquellos hombres ya habían engullido más de media docena cada uno— sumergió una jarrita de barro dentro del cántaro y bebió el líquido. Parecía una pasta del mismo maíz de las tortillas, pero cruda y diluida en agua fresca. Su aspecto recordaba vagamente al de la leche. No era una delicia,

precisamente, pero tampoco sabía mal. Apuró el vaso y se dirigió al otro español.

—¿Quieres un poco?

Aquel negó con un ademán de asco.

—Bebe tú, y que buen provecho te haga.

—Por vida mía que deberías hacerte al uso de esta comida— le espetó, cansado de su actitud. —Huélgate de tenella enhorabuena.— Ordóñez lo observaba, despectivo. —El Diablo sabe por cuanto tiempo la comeremos, si es que queremos seguir vivos.

Los dueños de casa notaron el tono de voz —tenso, aunque no pasase de ser un murmullo— y mientras comían, miraban a hurtadillas a sus huéspedes, en silencio.

—Pues no te hagas al hábito de ella, rapaz— replicó el otro, oteando de reojo a sus anfitriones mientras masticaba su segunda tortilla tostada. —Venido soy de ver al resto de los hombres. Arana ha dicho que es menester dirigirse a la tierra del oeste en una semana. Aquí ni hay oro, ni especias, ni trazas de nada de valor. Una condenada isla es aquesta, chata y pobre. Mas ha sabido que muchos mercantes y tratantes llegan de tierra firme con hartos bienes.

—*Ts'aah tèn u nohochil*²⁰— pedía el mayor de los hombres al más joven. Ambos se habían puesto a hablar por su cuenta. Parecían absortos en sus asuntos. Rodrigo llamó su atención moviendo suavemente la mano y señaló un grupo de tortillas de otro tipo, menos tostadas y más gruesas, que estaban junto a las otras y que él aún no había probado.

—*Ah... Piim waaho'ob...*— respondió el más joven atentamente.

²⁰ En maya yucateco, «Dame la grande».

Rodrigo tomó una y, ante la expresión burlesca de Ordóñez, trató de reproducir aquel sonido.

—*Ma'*— negó el muchacho. —*Le tela', piim waah*— aclaró, refiriéndose a la única tortilla que el español sostenía en la mano. —*Le telobo, piim waaho'ob*— completó su explicación, con una seña que incluía el grupo de tortillas en la fuente.

—Vaya...— repuso Rodrigo, con el rostro iluminado, asintiendo y dirigiéndose a la vez a su compañero hispano. —Acabo de descubrir cómo hablar de varias cosas o de una sola.

—Albricias— rezongó el otro con retintín, levantándose. —Dile al segoviano Escobedo que lo anote en sus condenadas «Crónicas».— Inclino la cabeza, musitando un «gracias» casi inaudible en dirección a sus anfitriones, y salió.

Inmediatamente después, los chiquillos de la casa se abalanzaron hacia Rodrigo tomándolo por las mangas de la sucia camisa, por el cuello, por la espalda...

—*Ch'eel, ch'eel...*— exclamaban. —*Bin yéetel to'on...!*²¹

—¿Cheel? — preguntó a sus anfitriones, que terminaban de beber *k'eyem* y se sacudían las migas de la veintena de tortillas que cada uno había tragado. Ambos sonrieron, y el más viejo de ellos —el que parecía ser el padre de toda la familia— indicó, por señas, que aquella palabra hacía referencia a su pelo claro y a su tez, desteñida para ellos.

El español soltó una carcajada y se incorporó, teniendo cuidado de no golpear a ninguno de los niños que se colgaban de su ropa. Llevó la mano a su pecho e inclinó la cabeza como signo de agradecimiento,

²¹ En maya yucateco, «¡Ven con nosotros!».

imitando el ademán morisco que alguna vez había visto en su tierra. Luego abandonó la casa y fue a sentarse en su tocón. Necesitaba tomar un poco de aire. Tanta comida de repente, después de semanas de malos yantares improvisados, le había caído pesada. Uno de los niños practicaba sobre el muro de tablas de la sencilla vivienda el juego que en Castilla llamaban «hacer el pino». Consistía en apoyar las manos sobre el suelo y elevar los pies contra la pared. Su hermano llamaba la atención del «invitado» con gritos, apuntando al que hacía las piruetas.

—*Ch'eel, ch'eel... Pak'alhaas...*

Los demás también se disputaban su interés, cada uno por su lado. «*Hats'utso'ob a xanabo'ob*»²² opinaba uno de ellos, refiriéndose a sus botines de cuero medio destrozados, mientras la niña de los hoyuelos le explicaba seriamente algo que había hecho: «*Tin aalah ti in suku'une' ka u tsa t'èech waaho'ob*»²³. «¿Por qué demonios no me quedaré aquí?» especuló el joven. Le revolvía las tripas pensar en la avaricia, el orgullo y la soberbia de sus compañeros de viaje, hombres que, según él, no eran nadie en sus tierras. Por eso deseaban enriquecerse y volver a Castilla, a Murcia, a Vizcaya o a Andalucía soñando con convertirse en verdaderos *fidalgos*. Querían regresar a dónde quiera que estuviesen sus cunas podridas para exhibirse ante sus deudos. ¿Y él? ¿Qué era él? No más que un antiguo convicto, un muerto de hambre nacido en la miseria más espantosa de una aldea allá en las tierras de Medina-Sidonia. Un hijo de campesinos emigrados del norte, crecido en la asquerosa realidad de los arrabales del puerto de Cádiz, entre pícaros, mendigos, saltimbanquis, trovadores y pilluelos de toda calaña. Había aprendido demasiado pronto a robar en los

²² En maya yucateco, «Tu calzado es hermoso».

²³ En maya yucateco, «Le dije a mi hermano mayor que debía darte tortillas».

mercados de pescado y en los bodegones de marineros, a rajar bolsas y a manotear alforjas. Ya de muchacho trató de buscar un empleo estable en los barcos, pero su fama lo precedía: nadie quería ladrones a bordo. Así que no se echó a dormir y continuó cultivando esa fama con eventos desgraciados. Un camino que lo llevó directamente a las manos de los corchetes del alguacil de Jerez.

Cumplida su prisión, se unió a la expedición que salía de Palos de la Frontera hacia «las Indias». Deseaba dejar atrás su mundo y encontrar uno nuevo, y no le importaba tener que atravesar ese mar tenebroso, que él siempre coloreó con las historias mágicas de los navegantes. En aquel mismo viaje iban algunos reos de muerte —Bartolomé de Torres, Juan de Moguer, Pero Izquierdo y Alfonso Clavijo— que se veían libres de su condena al embarcarse. Ellos habían podido retornar con el Almirante a Castilla, y quizás, una vez allí, se sintieran libres de sus culpas. Puede que así fuera, sí. Él, por su parte, no sabía si podría sacudirse su pasado con tanta facilidad.

Cuando se embarcó, ya le daba igual vivir que morir. Su vida iba dirigida exactamente al mismo punto: el fondo de un agujero profundo y negro. Se sentía un cadáver caminante, un pedazo de carne obedeciendo impulsos y órdenes, y fingiendo ante todos que estaba vivo. Hasta que encontró esa tierra nueva. Aquellas vistas, aquellos aires, aquellas gentes y, sobre todo, aquellas aguas turquesas habían provocado un cambio en su interior. Un cambio muy profundo, en el que mucho tuvieron que ver los meses de navegación surcando el océano, un espacio sin fronteras y con ritmos propios. Todo eso, pese al riesgo y las privaciones, le pareció casi un sinónimo de libertad. Resurgieron entonces las ganas de vivir, las ganas de trabajar con sus manos en algo que no fuese matar a hierro, disparar arcabuces, remar o robar. Ganas de tener una casa, una esposa enamorada y una caterva de chiquillos como aquella que jugaba frente a él, alborotando

en su honor. Ganas de vivir en paz, de sentir que su vida, por una sola vez, dependía única y exclusivamente de sí mismo.

Los hombres de la casa salieron en dirección a su campo para iniciar la jornada de trabajo. Dando una breve voz, Rodrigo llamó a su lado a los niños. Recordó que aún guardaba unos cascabeles y algunos rescates de espejuelos y cintas de colores en su alforja. Serían un bello regalo para los críos. Además, se había propuesto aprender sus nombres, y continuar con las clases de esa lengua que ya empezaba a gustarle.

VII

CÁDIZ, 1521

E las bestias de pelaxes marrones e negros abalançáronse sobre los guerreros, bufando e echando espumaraxos por las fauces abiertas. E los ombres que iban sobre ellas alçaron hierros sobre sus cabeças, lançando gritos, que grande espanto causaban. Allí fue do todo se perdió. Mas allí fue también do todo se ganó.

Crónicas de la Serpiente Emplumada, tomo I.

Anohecía cuando el alférez Gonzalo de Iriarte se detuvo con su gente a las afueras de Chiclana. Aquellas mujeres, niños y ancianos ya no podían avanzar un paso más: el miedo y las prisas los habían extenuado.

Horas antes había despachado emisarios hacia los caseríos cercanos, para alertarlos sobre el estado de las cosas. El caos no podía ser mayor. Los habitantes de aquel suelo se preparaban para abandonar sus viviendas y desplazarse al norte, hacia tierras más seguras, lejos del foco de violencia que representaba el puerto.

Fue precisamente en Chiclana donde Iriarte se cruzó con un mensajero que venía de Sanlúcar. El hombre había reventado su jamelgo para avisar que una flota estaba pasando la Barra desde el amanecer y remontaba lentamente el Guadalquivir. De acuerdo a la descripción que

proporcionó, era de similar jaez a la que había atacado Cádiz.

—¡Oídos que tal oyen! ¿Qué me dices?— atinó a exclamar el alférez. —¿Es que piensan atacar Sevilla?

—No sé yo eso, vuesa merced— respondió el sanluqueño, sin resuello. —Sólo sé decille que ocuparon algunos jabeques que en la zona estaban, y que quemaron el resto de las barcas y navíos por marcar así la entrada segura al río. Y hasta donde pude yo ver, rebasando estaban la Barra con la ayuda de esos jabeques que le digo. Algunas carabelas cañoneaban los arrabales del puerto justamente cuando yo salía de allí para dar el aviso. Nada más sé. Do he podido me he detenido, por prevenir a la gente.

Al militar se le nubló la vista y el mundo bailoteó alrededor de él. No podría advertir a Sevilla de tamaño peligro. Los caminos en el interior de Andalucía eran pésimos, dado que las comunicaciones se realizaban preferentemente a través del río. Aun cuando mandara un enviado a cruzar a caballo las treinta leguas que los separaban de la ciudad, sólo llegaría para ser testigo de su destrucción. Así lo pensó en voz alta.

—No tome vuesa merced pesadumbre, que un otro mensajero como yo fue despachado a avisar a los sevillanos. Quiera la Virgen nuestra señora que lo haga a tiempo.

Algo era algo, razonó Iriarte, aunque con aquel estado de cosas no podía entreverse qué ocurriría. Pero en ese momento una pregunta, agazapada en un rincón de la mente del alférez, comenzó a resonar insistentemente. ¿Cómo sabían? Si eran desconocidos en los rumbos europeos ¿cómo estaban al corriente de que el estuario y el curso bajo del Guadalquivir sólo podían navegarse con la ayuda de barcas que guiaran a las embarcaciones de gran calado a través de las traicioneras marismas y los bancos de arena? Y si no eran desconocidos en aquellos derroteros, ¿qué ocultaban tras la insignia ignota que llevaban en las velas?

El sanluqueño pidió permiso para buscar una cabalgadura fresca y tornar a su villa. Mientras tanto, un buen número de vecinos de los arrabales de Chiclana, arremolinados alrededor del confuso militar, no hacían otra cosa que acribillarlo a preguntas. El hombre no encontraba respuestas. No las tenía siquiera para sí mismo. ¿Qué hacer? ¿Hacia dónde dirigirse? ¿Quizás hacia Jerez? ¿Hacia Medina Sidonia, tal vez? Las guarniciones armadas eran escasas en aquella región, y la apuesta de Sevilla se volvía muy arriesgada.

Iriarte atajó las dudas secamente, como pudo, y retomó el curso de sus propios pensamientos. Ya era noche cerrada cuando un grupo de soldados se le acercó en silencio.

—Los hombres quieren tornarse al puerto, señor— dijo un cabo de escuadra, de ojos oscuros y marcado acento. —Aquesta gente puede separarse o refugiarse en los campos, si han menester dello. Vuesa merced sabe que no los atacarán si se dispersan. Nós seríamos de más provecho en el puerto, don Gonzalo. Aquí ya nada hacemos. No podemos ocuparnos de toda la población de estas villas. Negocio es ese muy grande para las nuestras manos.

Iriarte, sentado en el poyo de la puerta de una casa ya abandonada, alzó la vista y atisbó el rostro del soldado. Como los demás, no ocultaba su inquebrantable resolución tras aquellas facciones tensas. Había que tomar una decisión y, como su superior, era él quien debía sopesar la situación antes de ponerse en marcha. Si esos barcos habían desembarcado tropas, para aquellas horas todos en el puerto estarían muertos, y la ciudad, saqueada y reducida a escombros. Si así hubiese sido, no era descabellado pensar que, acto seguido, aquellos malditos cargarían sus naves con munición y bastimentos hasta los topes y remontarían el Guadalquivir para apoyar el ataque a Sevilla. Por su parte, las tropas avanzarían por tierra para cortar la retirada de los sevillanos. Ése era el movimiento más lógico, el que

él mismo habría efectuado si hubiera estado en la posición de atacante. Era de suponer que las fuerzas de tierra bordearían la bahía de Cádiz y seguirían luego hacia el noroeste. Por lo tanto, si partían a la mañana siguiente, probablemente no se las cruzarían y podrían rescatar a los sobrevivientes del ataque, si los había. En el hipotético caso de que todo ese planteamiento estuviera errado y, en vez de haberse producido el desembarco, la flota hubiera continuado su camino hacia otro puerto, habría mucho menos peligro. Y si aún permanecían allí... nada habría que hacer, sino alejarse.

—Sea, tened prestas vuestras cosas...— dijo el alférez. —Buscad el matalotaje del que hayáis menester e intentad descansar lo que podáis. Partimos al alba.



La noche también caía sobre Cádiz. La batalla no había durado más de cuatro horas. Las tropas invasoras habían superado con facilidad las defensas y habían arrollado a los peones, marineros, caballeros y arcabuceros hispanos. Su fiereza no dejaba lugar a dudas: eran hombres diestros en el arte de la guerra.

Aquellos desconocidos sólo habían mostrado miedo ante la visión de los caballos. Había sido notable: parecieron sobrecogerse al encontrarlos ante ellos. Pero cuando el primer animal fue muerto de un chuzazo, la sorpresa se desvaneció. Y si sintieron algún temor, fue rápidamente olvidado.

El espectáculo que brindaban los estrechos y sucios callejones de la ciudad era simplemente escalofriante. Aquí y allá se veían cadáveres desmembrados, asaetados, degollados o decapitados. Todas las mujeres que no habían huido o se habían refugiado en templos habían sido forzadas y

asesinadas. Las casas habían sido saqueadas y destrozadas. Y las iglesias estaban siendo incendiadas, con sus ocupantes dentro y sus puertas bloqueadas.

Los cuerpos tapizaban los costados de las calles, semihundidos en las zanjas, entre ríos de inmundicias y desperdicios matutinos. Las llamas dibujaban sombras macabras sobre los muros, mientras los extraños gritos de los vencedores provocaban ecos en las callejas.

Los combates proseguían contra pequeños grupos de marineros y hombres armados que se habían hecho fuertes en ciertos rincones de los arrabales. Pero durarían poco: aquella gente extranjera estaba pasando la ciudad a cuchillo, quemándola hasta los cimientos y sacando de ella todo lo que podía serles de utilidad.

Los hombres que no habían sido muertos en el acto habían sido tomados prisioneros y los tenían maniatados y de rodillas cerca de la derruida catedral gótica, dentro del casco viejo. No eran más de sesenta, y había entre ellos pocos soldados. Casi todos eran marineros heridos: algunos desmayados, otros moribundos, sangrando copiosamente, atravesados por algún balazo o por una lanza.

Y entre ellos, en aquella hilera, de hinojos frente a la gran iglesia, estaba el capitán de la guarnición.



A su alrededor se arremolinaban más de tres mil hombres, pero él ya no podía verlos. Sabía que eran más, muchos más dentro y fuera de los muros de la ciudad antigua. No podía verlos, no. Ni quería. Solamente podía oír sus festejos triunfales, sus risas, sus bocinas de caracol, sus tambores, sus pitos. Adivinaba sus danzas frenéticas, sus saltos y su jolgorio gracias a

las figuras ocre que proyectaban las hogueras en las ruinas de la catedral. Aquellas gigantescas siluetas demoníacas participaban en un aquelarre ridículo y pagano. Su vista se oscurecía a ratos, perdida casi la conciencia. Tenía el hombro perforado por un tiro de arcabuz, las manos laceradas, cortes en la cara y los brazos y un profundo tajo de espada en el muslo derecho. La cota y el peto lo habían protegido de dos docenas de mandobles que, en otras circunstancias, lo hubieran partido por la mitad, y la rodela lo había cubierto de un sinfín de venablos lanzados desde Dios sabía donde.

Era paradójico: lo iban a ejecutar frente a una iglesia, en tierra sagrada, esa tierra que él siempre consideró inviolable. En su mente, empañada por el cansancio y la fiebre, comenzaron a confundirse las imágenes y los sonidos de sus recuerdos.

Ez dok hamahiru, rezaba el juego *euskaldun* allá en la casa de sus padres, mientras bromeaba con sus amigos de la infancia.

Ez dok hamahiru, repetía, mientras a sus pies caía un marinero destrozado de un lanzazo en el vientre, echando sangre por la boca.

Ez dok hamahiru, volvía, mientras daba su primer beso de amor, allá en Santander, a quien luego sería su esposa, Leonor.

Ez dok hamahiru, mientras se cubría de las flechas y ordenaba a los pocos arcabuceros que quedaban en pie que disparasen contra aquella turba enfurecida.

Ez dok hamahiru, mientras sujetaba entre sus brazos a su hijo recién nacido.

Ez dok hamahiru, mientras veía cómo sus caballeros eran desmontados y descuartizados, o cómo los mozos de arcabuz eran degollados por brazos más fuertes, sin poder oponer resistencia, o cómo los ballesteros eran decapitados y sus cabezas rodaban con los ojos abiertos en una inconcebible expresión de espanto.

Ez dok hamahiru, decía el juego, mientras lloraba la muerte de su esposa al borde de la cama, sus manos sobre las de ella, suplicándole que no se fuera, que no lo dejara solo.

Ez dok hamahiru, terminaba aquel juego mientras, en ese momento, dos pares de robustos brazos lo alzaban, cortaban sus ataduras y lo despojaban violentamente del peto, la cota de mallas y la camisa para arrastrarlo luego, inerte y con las piernas colgando, hacia la catedral. Le iban gritando algo que no comprendía. «*Bai, bai... Orain esan eidazu euskeraz...*»²⁴ gruñó Iñigo, rescatando los últimos restos de su agrio humor.

Apenas si recordaba el rostro de sus enemigos. Era cobrizo, como el de la gente de las montañas andaluzas. Quizás más oscuro, pero no tanto como el de los moros. Tenían los ojos pequeños, del color de la noche cerrada, y el perfil afilado como el de las águilas de las montañas. Iban tatuados, o pintados quizás, cubiertos de adornos extraños que les atravesaban la nariz, los labios, las orejas. Gritaban su valor en una lengua desconocida, incomprensible, inaudible siquiera. ¿Eran los enviados del infierno? Por todos los demonios, ¿quiénes eran? ¿A qué habían venido?

Dos manos le untaron la cara y el pecho con una sustancia terrosa. Entreabrió los ojos, sin alzar siquiera la cabeza, y vio sus brazos exangües y su torso desnudo manchado de sangre y pintado de un sucio azul grisáceo. Cuatro hombres lo voltearon boca arriba y lo acostaron con la espalda apoyada sobre una silla de montar colocada delante del templo. El hombro le dolió lo indecible, pero ya no importaba. Miró el cielo oscuro. Ya las primeras estrellas comenzaban a asomar entre volutas de humo. Y se dijo que sería hermoso poder volar hacia allá arriba, olvidar todo lo que había ocurrido y todo lo que estaba ocurriendo, encontrar a Leonor y saber que

²⁴ En euskera, «Sí, sí... Ahora dímelo en euskera...».

iban a estar nuevamente juntos si lo que le había enseñado la Iglesia era cierto y si él se había ganado un lugar entre los justos. Se dijo que, al menos, sería muy bueno que todo aquello acabara de una maldita vez, que no tuviera que beber más para olvidar las manos heladas de su mujer entre las suyas, que por fin pudiera reinar un poco de calma dentro de su cabeza poblada de canas.

Un hombre iluminado por el brillo de las fogatas, cubierto de un hermoso tocado de largas plumas verdes que se bamboleaban suavemente con la brisa marina, se dirigió hacia él mientras los otros cuatro lo sujetaban de manos y piernas, haciendo que su cuerpo formara un arco sobre la silla. La turba enmudeció, cesaron los gritos y la música. Aquel individuo hablaba en voz alta ese idioma extraño, abría los brazos, gesticulaba. ¿Por qué hacían todo eso? ¿Por qué allí? ¿Por qué iba a morir? ¿Por qué murieron sus hombres? ¿De qué eran culpables? El extraño personaje acabó su discurso y extrajo de su cinto un puñal de mango tallado con una hoja de dos jemes de largo. Se le arrimó por un lado y apoyando pesadamente su mano izquierda bajo sus costillas, alzó la diestra.

«Leonor, *nire maitea...*»²⁵ pensó para sí Iñigo, cerrando los ojos con fuerza. «*¡Ez dok hamahiru!*» gritaron sin embargo sus labios, como por reflejo.

Ni siquiera se resistió. No hacía ninguna falta: ya había entendido. Antes de sentir el golpe fatal, ése que le abriría el pecho y le robaría el corazón todavía caliente, aún tuvo tiempo para pensar que estaba bien que todo aquello terminara así. Era lógico, incluso, pues como bien rezaba el refrán, quien a hierro mata, a hierro muere.

²⁵ En euskera, «Amor mío».

Aunque nadie lo sabría, el cuchillo también partiría una recia cáscara de cicatrices y asperezas, abrasada por años de alcohol, silencio y soledad. Y liberaría mucha tristeza, una tristeza infinita, y una ternura a la que por mucho tiempo se le había prohibido aflorar y que por fin dejaría de estar prisionera. Y también saldría el recuerdo de un hijo que no había estudiado leyes y había sido soldado, y el de un cántaro de cuajada en una casa oscura del norte, y muchos otros. Muchos más. Cientos de historias mínimas que tal vez nunca serían recordadas.

La brisa marina llevó hacia las estrellas un último suspiro y el recuerdo de un valle verde rodeado de montañas, donde un juego de niños terminaba con la frase *ez dok hamahiru*.

«No hay trece».

VIII

KOSOM LU'UMIL, 1493

E así sucede que la luxuria es la peor enemiga de los ombres, e que el diablo siempre mete su rabo por el mesmo punto de la ánima de los mortales, pues sabe do está su lugar más flaco. E por causa de la luxuria de uno acaecieron todas las cosas que acaecieron luego a los otros, como se cuentan en aquestas Crónicas, que de otra forma no fueran sucedidas.

Crónicas de la Serpiente Emplumada, tomo I.

—*Ch'eel*— llamó la mujer hacia dentro de la casa. —*Séeb! Séeb!*²⁶

Ya habían pasado siete días, y Rodrigo Balmaceda se estaba convirtiendo en un miembro más de aquella familia, cuyo «apellido» —si de tal cosa podía hablarse— era K'u'uk'um. «Pluma». Ayudaba con el trabajo de siembra en el campo, entretenía a los niños y estaba progresando muy rápido con el idioma. Era capaz de usar más de noventa palabras —aunque reconocía el triple— y si bien no siempre las hilvanaba correctamente a la hora de construir frases, la mímica completaba lo que la gramática descuidaba. Había aprendido, por mera observación, muchas de las

²⁶ En maya yucateco, «Deprisa, rápido».

costumbres de aquella gente. Supo así que hombres y mujeres comían separados y que los deberes de ellos eran para con el campo, la caza y la pesca, mientras que los de ellas se concentraban en las labores domésticas. Había entrevisto un puñado de sus creencias y algunos de sus temores, como el miedo cervical que tenían a las *ix táabay*, espíritus del bosque que de día eran *ya'axche'* —enormes ceibas— y de noche se convertían en bellas mujeres que llevaban a los hombres a la muerte. Y había observado el respeto que profesaban a los *alux*, los duendes de los sembradíos de *ixi'im*, el ubicuo maíz.

Estaba familiarizándose con sus comidas, sus bebidas, sus plantas y animales. Y por las noches intentaba contarles, dibujando con una varita sobre la tierra del patiecillo de la casa, cómo eran su propio país y su gente, cómo eran sus iglesias, sus ríos y sus barcos, y, sobre todo, cómo eran los caballos, las vacas y las ovejas, animales que ellos desconocían. Niños y adultos por igual miraban asombrados aquellas ilustraciones improvisadas, tratando de imaginar aquellas bestias tan deformes que parecían surgir de una leyenda de los antiguos.

Con *Ix Xíiw* en el regazo, les mostraba a los niños los juegos que él solía practicar de niño, con piedrecillas. Y con *Ah Took'*, el primogénito de sus anfitriones —que ya lo llamaba *suku'un*, «hermano mayor»— iba a recorrer los campos y la costa. Durante esos paseos averiguó que el nombre de su chiquilla favorita significaba «hierba» y el de aquel muchacho, «pedernal».

Los otros españoles, que se dedicaban a descansar cómodamente y a buscar rápido beneficio de su estadía en aquella isla, se le burlaban en la propia cara. Entre ellos estaba el sevillano Ordóñez, que había pasado a residir, a petición propia, con los de Lequeitio. Le preguntaban cuándo se iba a horadar los labios y las orejas, y cuándo se iba a pintar con tatuajes, como esos «salvajes» con los que convivían. «¡Búscate una mujer aquí,

Balmaceda!» lo chicoteaban los vizcaínos.

Dos días antes de aquella mañana lo había decidido, y había probado a comunicar a los dueños de la casa que él tenía la intención de quedarse allí, en la isla. Con su vocabulario reducido les dijo que le gustaría tener su propia casa y un pedazo de tierra. O una barca *cheem*. Que deseaba una familia, unos hijos como aquellos críos que no se despegaban de él. Que quería hablar su lengua, ser uno más de ellos. Aunque le hubiera gustado hacerlo, no supo explicarles que también ansiaba dejar atrás su existencia miserable, su carrera, sus andanzas y sus caídas, y empezar de nuevo: pensar otra vez en la vida y en el amor, y tal vez en el perdón y el olvido. Los dos hombres lo miraron, serios, y quizás algo entendieron. Usando palabras y señas, le indicaron que debían plantear la cuestión ante el *ah kuuch kaab* y el consejo de Ixlapak. Si sus representantes no encontraban inconvenientes, él podría quedarse, y ellos mismos le ayudarían a tener una casa donde cobijarse y un pedazo de tierra o una barca con la que sustentarse.

Consultadas las autoridades de la aldea, nadie halló motivos para negar la petición, máxime cuando el hombre parecía tener verdaderos deseos de insertarse en la comunidad. La única condición que ponían era que respetase las normas y costumbres itzáes. La tarde anterior, Rodrigo recibió la noticia. Y los chiquillos celebraron con una gritería descomunal la incorporación a la familia de un nuevo «hermano», al que ya adoraban.

Pero aquella mañana, el joven andaluz despertó sobresaltado por los gritos de la mujer y sus ademanes de prisa. Se levantó a las apuradas, se calzó, se colocó al voleo el cinto con la espada y la daga sevillana cruzada a la espalda, y salió de la casa. Fuera, varias personas corrían en dirección al centro del poblado. Rodrigo, en compañía de Ah Took', se apresuró tras ellos. De lejos se oía un gran escándalo de voces que lanzaban improperios en itzá y en castellano. Al aproximarse a la multitud, un marinero español —un cordobés cenceño de apellido Corvalán— lo detuvo, sujetándolo del

brazo.

—No te acerques. Han trubado a maese Juan el cirujano forzando a una de sus mujeres. Los malditos quieren matallo, en mala hora.

Rodrigo palideció. Sabía que, tarde o temprano, algo de eso iba a ocurrir allí. Ya había sucedido en la Hispaniola, y esa fue una de las tantas razones por las cuales debieron huir de Natividad. La historia se repetía en Kosom Lu'umil. Y los itzáes eran gente brava, que no aparentaban temer demasiado la arrogancia, los hierros y los arcabuces de los extranjeros cuando se trataba de una afrenta de aquella clase.



Durante la semana, el grueso del contingente hispano no había podido recoger demasiada información sobre el lugar en el que se encontraban. Rodrigo de Jerez se había dedicado a aprender algo de la lengua itzá, y había ocupado su tiempo —siguiendo indicaciones de Diego de Arana— en obtener datos sobre las tierras vecinas y sobre las actividades y los bienes de los isleños. Todo lo que averiguó fue que por allí transitaba mucho comercio, principalmente por los puertos que estaban al otro lado de la isla, sobre la costa oeste, y que los elementos más preciados procedían de la tierra firme de poniente, esa que ya los españoles llamaban «Yucatán». La ínsula —así le dijeron— estaba situada en el cruce de varias rutas mercantiles, y en aquel suelo se intercambiaban productos que luego seguían hacia destinos más lejanos. Era, además, una especie de lugar sagrado, aunque sobre ese punto el andaluz no se molestó en saber mucho más. También se enteró por boca del *ah kuuch kaab* de que, una vez que estuviesen totalmente descansados y recuperados de su travesía, se les llevaría a visitar al *batab*, la máxima autoridad de Kosom Lu'umil. Pues las

noticias de su llegada ya habían recorrido los senderos que comunicaban todos los pueblos, y tanto las autoridades como los sacerdotes estaban deseosos de verlos.

Los diálogos con los locales habían sido de escaso provecho, pues. Poco se había podido descubrir sobre los países y naciones de las tan mentadas regiones de occidente, en las cuales, según se decía, había oro y riquezas. En las parcas —y a veces falsas— respuestas dadas por los locales había influido la actitud de los visitantes, profundamente desprovista del más básico respeto. Los pobres resultados de sus pesquisas habían impacientado bastante a los españoles, que deseaban poner rumbo a otras costas cuanto antes. Los itzáes también se mostraban ansiosos por ver marchar a sus huéspedes: las armas desconocidas, la ambición desmedida y las abiertas proposiciones de los hombres a las mujeres nativas habían levantado muchas sospechas y alarmas.

Así estaban las cosas hasta esa mañana. Balmaceda se abrió paso entre el gentío hasta llegar al centro. Arana, Rodrigo de Jerez y varios hispanos más discutían, a gritos y por señas, con un grupo de guerreros que tenían al cirujano de rodillas y con los brazos atados a la espalda. El hombre sangraba por la frente, cual si hubiera recibido un golpe. El *ah kuuch kaab*, Ah Keeh Koot, con el rostro ensombrecido por el deseo de venganza, no atendía a razones.

Rodrigo no dudó que, con los ánimos destemplados como estaban, aquello podía desembocar en una masacre. Y todo por la estupidez y la lujuria de un imbécil.

Mientras contemplaba la escena, algo dentro de él reventó. A su mente vino el rostro de Ix Xiiw, con sus hoyuelos y la caracola roja atada al pelo, e imaginó todo eso mancillado por las manos de alguno de sus compañeros. Sintió también que aquello arruinaba sus esfuerzos por

insertarse en el mundo de los itzáes: quedaría marcado por el delito cometido por otro con su misma piel. Fue en ese momento cuando una idea desquiciada cruzó la cabeza del joven andaluz. Le pareció una condenada locura, fruto de la rabia y la decepción, pero le bastó un instante para comprender que no perdía nada con ello. Se adelantó y se interpuso entre los españoles e itzáes que discutían, mientras desprendía de su cinto la espada envainada. Con el arma en la mano izquierda y abriendo los brazos, enfrentó a los guerreros nativos quedando ante el prisionero. El escándalo de los contendientes se convirtió en un murmullo: nadie adivinaba qué se proponía el muchacho. Este, con una serenidad y una velocidad dignas de un felino, desenvainó la toledana y, agachando un poco su cuerpo, en un movimiento giratorio bien calculado pasó el filo del hierro por el cuello del cirujano, degollándolo de un solo tajo. Sin detenerse a comprobar el efecto de su golpe, dejó caer la vaina y se volvió hacia sus propios compañeros de armas alzando la hoja ensangrentada contra ellos mientras desenvainaba la «daga de riñones» y la levantaba a la misma altura que la espada. La secuencia no había durado más de cinco segundos, y había dejado a todos enmudecidos de asombro. Los guerreros itzáes, atónitos por la inusitada acción, soltaron el cuerpo del hispano, que cayó pesadamente al suelo para ahogarse en medio de un charco de sangre espesa.

—¡Subíos a vuestros botes e idos de aquí enhoramala, manada de hideputas!— gritó a voz en pecho el andaluz. —Partid si no queréis morir a manos mías y de toda esta gente, que desde ayer es *mi* gente.

—A fe mía que tú has perdido el tino, maldito loco— balbuceó Diego de Arana incrédulo, mientras el resto de los españoles no podía despegar la mirada de la cara de maestro Juan, que todavía agonizaba.

Balmaceda se volvió al *ah kuuch kaab* y a los guerreros y volvió a gritar, usando mal las pocas palabras que conocía:

—*Kíimil! Kíimil chuyo'ob! Kíimil ookolo'ob!*²⁷

La multitud aulló furibunda. Ese *ch'eel* ya era famoso en Ixlapak: casi todos sabían que había decidido quedarse entre ellos y convertirse en un miembro más de la comunidad. La sangre de aquel que yacía muerto confirmaba que la decisión del extranjero era firme. De hecho, había ejecutado por mano propia el castigo que, entre los itzáes, esperaba a los que cometían violación.

Los españoles retrocedieron al ver que el número de guerreros se acrecentaba a espaldas de Balmaceda. Las espadas y las ballestas no estaban todas a mano, los arcabuces tampoco, y ni siquiera había lumbre cerca para encender las mechas. Los ojos de sus compañeros se fijaron en el andaluz sin disimular un profundo rencor.

—¡Traidor!— ladraron varias bocas.

Balmaceda abrió los brazos armados, buscando contener la cólera y el ímpetu de aquella gente que vociferaba a sus espaldas.

—Fuera de aquí o morís hoy— sentenció. —Id a buscar vuestro oro y vuestras especias a poniente y no volváis a llegaros a esta isla ni por lumbre, que nada hay aquí que a vosotros os interese.

Los hispanos estaban ciegos de ira, pero los aullidos que profería la turba agrupada tras el andaluz, y las armas que ya exhibían aquellos hombres no admitían discusión. Con un puñado de espadas y cuchillos y sin contar con la protección de sus rodela ni tener todos los arcabuces y los hierros al lado, bien poco podrían hacer contra tantas flechas, mazas y lanzones. Por ende, iniciaron la huída. Los del fondo del grupo ya se dirigían a la costa a paso ligero. Otros tantos salían de las casas en las que se

²⁷ En maya yucateco, «¡Muerte! ¡Muerte a los buitres! ¡Muerte a los ladrones!».

alojaban cargados con sus escasas pertenencias y seguían a sus compañeros. Los cinco hombres que se habían quedado con Arana no podían apartar la vista de Balmaceda.

—Esto no va a quedar así, rapaz— gruñó el cordobés, alzando una mano amenazadora.

Rodrigo asintió con una sonrisa irónica. En ese instante, enfurecido quizás por el ademán arrogante del joven, uno de ellos —maestre Alonso, un físico de Moguer— desenvainó torpemente su toledana y se abalanzó sobre él. El agredido giró sobre sí mismo, dejando pasar aquella suerte de bestia enceguecida, y al recuperar su posición original sacudió con el pomo de su hierro la espalda del contrario, haciéndolo caer pesadamente al suelo. El hombre intentó incorporarse, sólo para toparse de bruces con la espada de Balmaceda y las puntas de pedernal de varias lanzas itzáes.

—Téngase, maese Alonso, y váyase ya— le espetó el muchacho. Luego se agachó a recoger la vaina de su arma, mirando de refilón a Arana, que daba algunos pasos más en retirada. El caído se irguió y se disponía a seguir a su grupo cuando, de improviso, volvió a embestir contra el joven, espada en alto. La daga sevillana de Balmaceda tajó el aire y detuvo su vuelo en pleno pecho del atacante con un golpe seco. El médico cayó nuevamente, de rodillas, y se debatió entre dos estertores antes de ser rematado de un mazazo itzá.

Los otros se fueron hacia el asesino. Todos excepto Arana, que desenvainó su arma y escapó a la carrera a buscar sus pertenencias antes de marcharse con los demás. El capitán lamentaría por años aquella vergonzosa señal de debilidad. Rodrigo agarró el puñal enterrado en el caído y cruzó la espada con el primero de sus atacantes. Trabó el envite del hierro adversario e hirió el brazo de su oponente a cuchillo, obligándolo a soltar el arma. Con un veloz movimiento, le cercenó la garganta y lo empujó hacia atrás. Otros

dos ya habían sido acabados por los guerreros itzáes, que no tuvieron demasiadas contemplaciones. El último —un marinero de apellido Franco— se enfrentó directamente con Balmaceda, escupiendo blasfemias. El *ch'eel* se balanceó un par de veces hacia sus costados y, en un hábil movimiento, cambió las armas de mano. El contrario tiró un puntazo con su estoque directamente al vientre de Rodrigo. Este atajó la embestida con sus dos armas cruzadas y pateó el muslo derecho de su rival. Con fuerte ímpetu hizo a un lado el brazo armado y lanzó un tajo zurdo de espada de abajo arriba que alcanzó la ingle del otro. Franco se encogió sobre sí mismo, pero logró ejecutar un mandoble de lado a lado que hirió el brazo izquierdo de Balmaceda. Espoleado por el dolor, el joven andaluz arrojó su daga de plano al rostro de su adversario y, aprovechando el instante de ceguera, cambió de nuevo la toledana de mano y la hundió bajo las costillas del marinero. El hombre se frenó en seco, clavando sus atónitos ojos en el muchacho, y dejó caer la espada. Luego, sujetándose el vientre, se desplomó.

Balmaceda no pudo rematarlo. Su tarea fue terminada por dos itzáes, armados con pesadas mazas de piedra.

Muchos persiguieron a los españoles, arrojándoles piedras e improperios. Rodrigo se observó el brazo herido. No era más que un tajo poco profundo. Luego se miró las manos y la espada ensangrentada que aún sostenía. En el fondo de su alma lamentaba haber hecho lo que hizo. Pero, lo mirara por donde lo mirara, la única salida a esa situación era que él mismo ejecutara al violador.

Los hombres caídos eran arrastrados por algunos aldeanos y despojados de sus armas y ropas, mientras el *ah kuuch kaab* daba órdenes a los guerreros. Todos se dirigieron a la costa para ver partir a aquellos extranjeros que habían llegado del este —como auguraban las leyendas de Kukuulkaan— pero que, a diferencia de los antiguos dioses-héroes, no traían ni la paz, ni la sabiduría, ni el trabajo.

El andaluz dijo adiós a aquellas velas que se hinchaban presurosas. Supuso que, con poco esfuerzo, esa tropa se detendría en algún otro punto de la isla a recargar agua y provisiones para seguir viaje. Y juzgó prudente no perderles el rastro: no era descabellado pensar que buscarían venganza, dadas las circunstancias. A la misma conclusión debieron llegar los itzáes, porque varios corredores partían ya hacia el interior de la isla para alertar y vigilar.

Balmaceda se despidió de su cultura, de su idioma y de su regreso a Castilla. Y deseó para su colete que todo aquello hubiese valido la pena. Quizás, sin siquiera haberlo buscado, se había ganado un puesto de honor en una tierra que, de allí en más, sería la suya. Tendría la oportunidad de forjar su propio destino y de conquistar su propia libertad, esa que conlleva romper las cadenas del pasado y encarar el futuro con la mirada limpia. Aunque apartarse del camino recorrido no fuera tan sencillo como cambiar de vestiduras o buscarse un sitio nuevo donde vivir, tal vez ése fuera el primer tramo de un largo sendero que debía recorrerse día a día con las acciones cotidianas.



Los que se iban nunca supieron que aquella isla que abandonaban estaba habitada desde hacía siglos ni que sobre su tierra «chata y pobre» se levantaban más de treinta poblaciones. No tuvieron la oportunidad de admirar la costa oriental: el gran puerto de Xaman Nah, en el cual atracaban barcas de comerciantes de lejanas tierras, o la deslumbrante laguna de Chankanaab, o los almacenes del centro agrícola de Oycib. Jamás se enteraron de que, así como llegaban mercaderes —encomendando sus largos viajes al dios Eek' Chukwa y guiándose por la estrella polar, Xaman Eek'— también arribaban a las costas isleñas cientos de barcas

transportando mujeres embarazadas... o que deseaban estarlo. Pues la isla era el santuario de la diosa Ix Chéel, divinidad que propiciaba la fertilidad y los nacimientos. Y para las mujeres itzáes de todos los horizontes de aquel mundo, peregrinar allí al menos una vez en la vida era aconsejable.

No conocieron el centro ceremonial de Tantum Kosom Lu'umil, con su plaza, sus templos y su famoso sacerdote-profeta ah kin. Tampoco el adoratorio al sol que se alzaba en el extremo meridional de la ínsula. No visitaron otras aldeas similares a Ixlapak, como Hanan, un poco más al sur. Nunca acudirían a la recepción que el *batab* de la isla —hombre del linaje Pat, rico y muy poderoso en toda aquella «provincia» o *kuuchkaabal* de Éek' kaab— les preparaba en Xanam Nah. Y nunca descubrirían que tal recepción podría haberse convertido en una emboscada y una condena a muerte en el altar de los sacrificios de haber seguido inquietando a los hombres del *batab*.

No. Los que se iban jamás supieron nada de eso. Quizás Rodrigo Balmaceda tuviera la oportunidad de averiguarlo.

IX

CÁDIZ, 1521

¿Estarán contentos los cielos por la victoria de los vencedores, que es la derrota de los vencidos? ¿Sonarán los vientos y reyrá la tierra? ¿O llorarán todos por tanta muerte...? Nunca lo sabremos. Sólo sabremos quién venció e quién perdió. Todo lo demás escapará por siempre al nuestro entendimiento.

Crónicas de la Serpiente Emplumada, tomo I.

Iriarte estaba inmóvil, de pie junto a la Catedral. A unos pasos, cubiertas por una nauseabunda capa de sangre seca y por el zumbido insistente de un enjambre de moscas, había medio centenar de cabezas colocadas en hileras y montones. Y al lado, sobre una silla de montar ensangrentada y arañada, con los ojos cerrados y la boca llena de rastros bermejos, estaba la de su capitán.

Había partido al alba del dos de julio con sus dos escuadras y, tras tomar numerosas precauciones, había llegado a las cercanías del istmo de Cádiz hacia mediodía. Desde allí pudo contemplar cómo un nutrido ejército —más de veinticinco mil almas— rodeaba la bahía, tal y como él había previsto. No quería creer que las fuerzas invasoras fueran tan numerosas: la polvareda que levantaban aquellas huestes podía divisarse a una legua de

distancia. Las naos y carabelas atacantes abandonaban lentamente el puerto, con unos diez mil marineros a bordo, y enfilaban sus proas hacia el exterior de la bahía; probablemente hacia la Barra de Sanlúcar, para remontar el Guadalquivir. O hacia otro rumbo... ¿cómo saberlo? Nadie podía decir si había más barcos atacando el Estrecho, o las costas mediterráneas, o quizás las riberas portuguesas del Algarve o la misma Lisboa.

Entraron en la ciudad cruzando los barrios bajos, los ojos y oídos alertas y las armas en las manos. Pero no quedaba nadie. Al menos, nadie vivo. Las calles eran un desierto mugriento, calcinado y humeante, con cosas desperdigadas por doquier y un mutismo sobrecogedor. Había innumerables cadáveres, exhibidos en todas las posiciones posibles, muertos con toda la violencia imaginable. Cuando superaron la Puerta de Tierra —destrozada a cañonazos— y penetraron en el interior del recinto amurallado del casco antiguo, se encontraron con el horror de las cabezas apiladas.

Gonzalo de Iriarte seguía clavado en el sitio, mirando aquel rostro deshecho, repitiéndose una y otra vez que era injusto, que no podía haber ocurrido así, que no había razón alguna.

—Señor...— musitó un soldado a sus espaldas, con la voz entrecortada.

El alférez reaccionó finalmente y se volvió. El otro, descompuesto, señalaba con el asta de su pica unos restos sanguinolentos. Estaban amontonados en el suelo, frente a la gran iglesia, entre los tizones de las hogueras, los despojos y parte del saqueo olvidado. Sólo al aproximarse y revolver aquel amasijo con la punta de su toledana, Iriarte se dio cuenta de que eran pieles humanas pintadas de azul grisáceo. Bajo ellas surgió el color perlado de un montón de huesos. El militar no pudo evitar sentirse mareado y tuvo que apoyarse en su espada.

—Los despellejaron— escuchó decir al soldado, su voz ahogándose entre la espesa niebla del vahído.

Otros hombres se acercaron. Algunos se persignaban, espantados; otros imitaban el ademán de su superior y se sostenían en pie gracias a sus largas picas. Pocos creían lo que veían.

—Valme Jesús... ¿Qué casta de animales son?— se preguntó el alférez, entreabriendo los ojos.

«Son bárbaros» murmuraban los hombres, mirándose entre ellos. «Son herejes».

—¡Basta!— cortó Iriarte con brusquedad. —Buscad en las casas y en las iglesias. Alguien hubo de quedar. No deis muchas voces. Hablad paso, y con más prudencia moveos, que los bellacos pueden haber dejado vigías o una guarnición en el castillo.

Los soldados se dispersaron en grupos, mientras el alférez retrocedía para arrodillarse ante los restos de su capitán.

—No sé quién os haya hecho esto, don Iñigo, y no sé por qué, mas os juro solemnemente por mi honor que lo pagarán— dijo, a la vez que besaba el crucifijo que llevaba colgado al cuello, bajo el jubón. Luego, usando la empuñadura de la espada a guisa de cruz, rezó una oración en memoria de todas las almas que allí habían perecido. No era un cristiano ferviente: ese gesto casi reflejo sólo intentaba borrar un poco de la infinita culpa que sentía en su corazón, aun cuando dudara que tal cosa fuera posible.

De una de las casas vecinas al templo surgían unas voces que lo llamaban. El hombre se incorporó, terminando de persignarse, y a paso ligero, vigilando sus flancos y su retaguardia, se dirigió presto al encuentro de sus hombres. La vivienda había sido destrozada y quemada como el resto, y exhibía las marcas claras del saqueo. En la puerta apareció un

mozuelo sostenido por dos soldados.

—¿Hernán?— lo reconoció el alférez.

—Escondido estaba en el rincón de una de las bodegas de la casa— informaron los soldados. —Llegose a nosotros en cuanto nos oyó hablar. Apenas si puede tenerse en pie.

El muchacho era un «paje de rodela», uno de esos jovenzuelos que se incorporaban a la vida castrense sin más fortuna que la que pudiera proporcionarles el ejército... además de sus manos y su ingenio. Generalmente servían como ayudantes a soldados veteranos o, con suerte, a algún militar de rango. En los combates eran los que proveían pólvora y balas a los arcabuceros y los que ayudaban a mantener encendidas las mechas de las armas. Hernán tenía fama de ser un pícaro dotado con mil malas mañas de robo menor, mañas que lo ayudaban a mantenerse alimentado. O, al menos, eso decía él.

—Hernán, mozo, ¿estás herido?— se interesó Iriarte.

El jovencito negó con la cabeza. Su mirada estaba perdida en un punto lejano y sus ojos no pudieron contener las lágrimas.

—Les sacaron el corazón— balbuceó el chiquillo.

—¿Qué dices, rapaz?— preguntó el militar. —¿Qué fue lo que viste?

—Les abrieron el pecho y les arrancaron el corazón— repitió el mozo. Su mirada, indefinida y ausente, apenas si se apreciaba entre los cabellos desgreñados, tras una espesa capa de mugre, hollín y llanto seco.

—¿A los prisioneros, dices?

Hernán asintió.

—Alcancé a ver todo desde las ventanas altas de esa casa, señor...— El muchacho enfocó la vista en el rostro del alférez, mientras hablaba

maquinalmente. —Poco aguantamos en la Puerta de Tierra... Eran cientos. Traían hachas, mazas, espadas, lanzas, venablos, flechas, arcabuces...— Había comenzado a llorar de nuevo, mansamente, en silencio. —Mataron a los arcabuceros antes de que pudieran cargar por cuarta vez. Sólo espantáronse un poco de los caballos. Yo huí de allí, tan luego vi que todo estaba perdido. Corrí muy a tendido paso y escondime do pude hallar cobijo. Cuando saquearon la casa y la incendiaron, cubrime de porquerías en las bodegas y allí esperé la muerte— Tomó un respiro. —Creo que no morí porque recé mucho, don Gonzalo... La noche venida, oí fuerte gritería fuera y asomé por ver qué ocurría.

Los hombres retornaban lentamente de su inspección, sin novedades, y se arremolinaban en torno al chicuelo. Apoyados en sus armas o en cuclillas, escuchaban con atención y, de vez en cuando, murmuraban consternados.

—Cuando vide tal sacrificio, juntóseme el cielo con la tierra. Habían colocado los prisioneros en hilera. El primero en morir fue el capitán don Ñigo... Le arrancaron la ropa, pasáronle algo por el cuerpo y luego le rajaron el pecho con un cuchillo. Le arrancaron el corazón mientras lo sujetaban por brazos y piernas. Los malditos holgábanse con grande algarabía y hartas voces, saltando y soplando esas bocinas que traen... Ansí hicieron con cada uno, que muy gran rato estuvieron en ello. Luego de finallos de modo tan cruel, tiraban los cuerpos al gentío... Allí los despellejaban, y se colocaban los pellejos encima, y con ellos puestos, de esa guisa bailaban alrededor de las hogueras...

—¿Qué dices, chiquillo? ¿Cómo así?— exclamó uno de los soldados, sin creer lo que oía.

—Yo mesmo vilo, señor, con aquestos ojos... Luego los trocearon y cocieron en unas tinajas grandes, y muchos comieron dellos... Todo terminó

a la noche larga, y así, sin más, echáronse a descansar do cada cual pluguió y pudo. En clareando el día alzaron sus cosas y salieron, llevándose lo que trubaron.

—¿Por ventura has visto a alguien más vivo?— inquirió apresuradamente Gonzalo.

El muchacho negó.

—El capitán don Iñigo ordenó que toda la gente que no alcanzase a huir, que se refugiase en las iglesias llamándose a sagrado...— La voz del chicuelo se quebró. —Los templos fue lo primero que los condenados quemaron, con toda la gente dentro, trancadas las puertas por fuera con maderos...— Los hombres se miraban, pasmados. —En no sintiendo ruido, salime de mi escondrijo aquesta mañana y fuíme a paso quedo para la capilla do mi madre y mis hermanas acudían a misa... Pensé que, con la bendición de Nuestra Señora, habíanse guarecido allí mesmo, y con fortuna se habrían salvado. Estaba todo hecho un tizón, y dentro olía a carne y pelo chamuscado, a trapo quemado...— Lloraba sin parar, ahora con sollozos entrecortados. —Tiradas las trubé entre los bancos...

El muchacho se deshizo en llanto. Sólo atinó a mostrar un viejo rosario ennegrecido que llevaba entrelazado en su mano derecha.

Algunos soldados palmearon a Hernán en el hombro. Quien más, quien menos, todos habían perdido a alguien en esa matanza. La rabia se masticaba en cada boca; las pupilas se dilataban de resentimiento. ¿Comidos? ¿Quemados? ¿Despellejados? ¿Qué era todo aquello? ¿Por qué?

El alférez miró a sus hombres inquisitivamente, buscando en sus caras una respuesta.

—Nada con vida hemos topado, señor. Las calles son mataderos y camposantos.

—Muchos cadáveres estaban desorejados o descabellados...—
agregó uno.

Iriarte los escuchaba sin parpadear. En su espíritu ya no cabía emoción alguna.

—... y encontramos restos de perros asados.

El grupo quedó en silencio. Gonzalo intentaba encontrar palabras de tranquilidad, o de alivio tal vez, pero no las halló. Resolvió entonces concentrarse en lo importante.

—Nadie quedó con vida, pues...

—Lleváronse diez hombres con ellos— lo interrumpió el chicuelo, secándose la cara con el dorso de la mano izquierda.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Yo mismo los vide separallos de la fila de prisioneros— replicó Hernán. —Eran los que podían tenerse erguidos. Y antes de irse, apilaron sus muertos allí adelante y les prendieron fuego.

En efecto, en las cercanías aún humeaba una pira enorme. Gonzalo de Iriarte estaba cegado por un torbellino de sentimientos confusos que daba vueltas en el interior de su cabeza. Todos sus temores y suposiciones se veían confirmados. Supo que la misma matanza se repetiría en Sevilla en poco tiempo. Quizás se estuviera repitiendo en aquel preciso instante. Allí o en otras ciudades. Si dirigía sus pasos a la antigua *Hispalis*, sólo sería testigo de una escena similar a la que estaba presenciando. Y no podría hacer nada. Nada. Nada. Reparó en todo su rencor, en su dolor, en su impotencia, en su capitán desollado y decapitado, en las mujeres y niños quemados en las iglesias... Y, consciente de que el odio y la desesperanza que lo invadían en ese momento serían malos consejeros, intentó serenarse.

—He menester de pensar— dijo, más para sí que para sus soldados. E inmediatamente después alzó la voz hacia ellos. —Revisad una otra vez el casco viejo, e id después a los arrabales y a los muelles. Bueno sería que fuera de las murallas hubiese supervivientes. Ved si dais con provisiones, animales, bastimentos, armas, algo que hayan dejado atrás. Y ved qué fue de vuestras familias, si ansí lo deseades... Traed lo que trubéis, mas moveos con tiento. Partiremos entre nona y vísperas. Nos reuniremos aquí mesmo.

La tropa, aún impresionada por la barbarie que la rodeaba, asintió quedamente y se alejó.

—Tú, Hernán, estate conmigo— le ordenó al mozuelo.

—¿Qué hacemos con los cuerpos, señor?— preguntó un soldado.

—Por Cristo vivo, que no podemos enterrar a toda la villa— respondió amargamente el alférez. —Si Dios permitió que todo esto ocurriera delante de la su casa— y señaló las cabezas y las pieles frente a la catedral gaditana —y dejó que las iglesias fueran quemadas con gente dentro, es menester pensar que olvidose de nosotros...— Miró el suelo, buscando palabras que de nuevo falló en encontrar. —Dejadlos do están. Que descansen en paz, si paz encuentran. Agora, tiempo es de preocuparnos de que otros no sigan su camino.

Siseando «verdad dice...», los últimos soldados se retiraron, dejando a Iriarte solo junto a Hernán. El hombre se encaminó hacia la fachada de una casa, huyendo del hedor que apeataba las vecindades de la catedral, y se sentó en el suelo, contra el muro. Su joven acompañante lo hizo a su lado, gimoteando de nuevo y repasando las cuentas oscuras del rosario enlazado en su muñeca.

De pronto, el muchacho pareció recordar otra cosa.

—El capitán gritó algo antes de morir...

Iriarte se volvió hacia él.

—... algo así como «estocamairu». Sería vascuence, ¿no?

El alférez afirmó con la cabeza.

—Sí, mozo, vascuence es. Y frase vieja, que el capitán solía repetirla de vez en cuando. Mas no me preguntes qué quiere decir, porque eso no lo sé.

El alférez apartó de su mente aquel detalle. Tenía cosas más urgentes por las que preocuparse. «¿Qué hacer?» se preguntaba. «¿Qué haremos?». Un ataque tan preparado, tan organizado, con tantos hombres, naves y armas, no tenía la rapiña como objetivo. Había algo más. Tenía que haberlo. Fuera lo que fuese —y fuesen quienes fuesen— ciertamente no lo descubriría enseguida. Le llevaría mucho tiempo dar con la respuesta, un tiempo del cual no disponía. Una obsesión crecía en su pecho, al ritmo de cada latido: no permitir que más inocentes murieran, no permitir más masacres como la de Cádiz. «No, por Dios...».

Observó a Hernán mientras, para poder sentarse más holgadamente, desprendía la espada de su cinto y la colocaba entre sus piernas, reclinándose sobre ella. El mozo seguía repasando su rosario, una y otra vez. «Dios...» murmuró Iriarte, con una mueca que oscilaba entre la tristeza y el sarcasmo. «¡Dacá esa mierda! ¿Cuántas veces somos enseñados a honrallo y temello por que nos proteja? ¿Y cuántas más veces, tras de años de honrallo muy bastante con temor y reverencia, vemos que tampoco así se cuida de nosotros?». Concentró su mirada en las deshilachadas mangas de su jubón. «Un Dios del miedo, eso es lo que habemos» se dijo en voz baja, hablando consigo mismo. «Un Dios que nos amenaza con grandísimos castigos si no lo adoramos, y que nos da la espalda cuando más nos es menester. ¡Y cómo si nos la da!». Luego miró su toledana. «¿Y nosotros? ¡Vaya, pues! Matamos en nombre de quién sabe qué negocios y guerras, y esperamos

luego que las puertas del cielo se nos abran de par en par y que nuestros pecados sean olvidados. Bien sé yo eso. Mas, como reza el dicho, ‘pues comistes las maduras, gustad de las duras’». Volvió a torcer el gesto. «No, no tenemos un Dios del miedo. Tenemos un Dios a medida nuestra, un Dios hipócrita y falso, tan mentiroso como nosotros». Generalmente solía utilizar su fe y sus creencias como mero acto de costumbre, sin meditar mucho en lo que hacía o porqué. Al fin y al cabo, era un hombre de armas: la religión no tenía más espacio en su vida que el que ocupaban otros hábitos enseñados y practicados por su gente. Pero los caminos de sus reflexiones lo llevaban por derroteros que nunca antes se había atrevido a transitar. Y tuvo la certeza de que no tardaría en encontrar sus miembros atados a un potro y, un poco más tarde, su cuerpo quemándose en una hoguera inquisitorial, si sus pensamientos eran conocidos por alguien. «En verdad te digo, Gonzalo, que pluguiérame saber cómo explicarán los encapuchados del Santo Oficio toda aquesta matanza. Holgaríame de vello, en buena hora». Escupió. «Ya oirás hablar de castigos del Señor por nuestra impureza. Ya lo has de ver. Al fin y al cabo, puede que de eso se trate todo este maldito negocio».



Cuando los hombres retornaron a la tarde, con las caras teñidas de luto, las manos casi vacías y noticias en nada diferentes a las ya conocidas por todos, encontraron a Hernán acurrucado en el mismo sitio en el que se sentara, durmiendo profundamente con el rosario apretado contra el pecho. El alférez, a su lado, tenía el rostro entre los antebrazos y las manos posadas en la empuñadura de su espada, que descansaba verticalmente entre sus piernas. Al oír su llegada, levantó pesadamente la cabeza.

—Nada hay. Ni nadie— declararon los soldados. —Partidos son con todos los bastimentos que hallaron, y rompido todo lo demás, que nada de utilidad dejaron los muy hideputas.

Gonzalo de Iriarte asintió. Sus peores presagios estaban siendo corroborados. Las naves cargarían toda la munición y los víveres posibles y navegarían con una tripulación mínima, mientras que las tropas de tierra se moverían de saqueo en saqueo hasta Sevilla, si era allí donde finalmente se dirigían. Probablemente se llevarían a los prisioneros para que les sirviesen de guías. Aunque un extraño presentimiento en su interior —o quizás la asociación de algunas ideas que en ese momento le parecían aisladas e inconexas, pero que le molestaban dentro— le decía que no les hacían ninguna falta. Aquellos hombres sabían a qué habían venido, cómo debían de moverse y dónde tenían que golpear. «Golpear, sí, pero... ¿por qué? ». Esa era la gran pregunta sin respuesta.

—Partimos hacia el norte— anunció a sus hombres. —Iremos alertando a todos los pueblos, aldeas y guarniciones a lo largo del camino. Contaremos lo aquí sucedido, por que estén prevenidos y por que estos términos no se repitan. Con fortuna, en unos días estaremos en Toledo.

—¿Toledo?— se preguntaron varias voces. —¿Y allí qué?

—Bien está, ya lo averiguaremos— fue todo lo que aclaró el alférez. —Agora es tiempo de comer algo y de prepararnos para el viaje.

X

KOSOM LU'UMIL, 1493

E trubamos florestas que parecían non acabarse, e grandes ríos de la color marrón en sus aguas, e insectos que maravillaran a los más sabios e doctos, e bestias e árboles nunca antes vistos, a los que Ntro. Sñr. Criador de los cielos e las tierras deleitose en dotar de curiosas formas e detalles según el su entendimiento.

Crónicas de la Serpiente Emplumada, tomo I.

—*Wáa hach na'atech, na'ateche'... Táanil u ts'aabal u ch'ala'ate', ka tsóok'ole' ku ts'aabal u bak'e'...*²⁸

La niña sonreía y lo observaba. Estaba sentado al fresco, apoyado en una de las paredes de la casa de su familia adoptiva. Seguía viviendo con ellos mientras se construía una pequeña habitación de madera y techo de palma en las cercanías. Rodrigo alzó la mirada pensativa al cielo nocturno, cuya oscuridad estaba perforada por los vuelos luminosos de un enjambre de estrellas. No había luna, y todas las luminarias del universo parecían entretejer un tapiz de leyendas, de sueños y de adivinanzas. Que, en

²⁸ Adivinanza. En maya yucateco, «Si eres inteligente, inteligente... Primero se colocan las costillas, luego la carne se le pone encima». La respuesta es *nah*, «Casa».

concreto, era lo que en ese momento tenía entre manos. Una adivinanza en lengua itzá. Ix Xíiw esperaba la respuesta, paciente. Sus hermanos lo miraban, aguantándose la risa.

Repitiendo la cíclica rutina cotidiana, se habían juntado aquella tarde para la comida principal del día. Con ella lista, esposas, madres y niños recibían a los hombres que retornaban de las agotadoras labores del campo. En ellas ya colaboraba Balmaceda, desbrozando nuevo terreno. Su espada y su daga de acero eran de mucha utilidad en aquella tarea que los itzáes realizaban desde tiempos inmemoriales con simples herramientas de piedra y leño. Tras el yantar había llegado el momento del baño en una tosca tinaja de madera, y de desgarrpatarse y despiojarse concienzudamente. Luego Rodrigo se había sentado en su habitual tocón un rato, charlando hasta la hora de completas. Entonces habían tomado otra comida más ligera: algunas tortillas que habían sobrado y un poco de *bu'ul*, esa pasta de judías negras de sabor tan suave y característico. Para cuando terminaron era el momento de retirarse a descansar. Al día siguiente la jornada comenzaría muy temprano, pues era imposible no despertarse con el insistente golpeteo de las mujeres, que procesaban el maíz antes del alba para poder emplearlo en la elaboración de la mayoría de sus viandas.

Pero a veces se tardaba más en ir a acostarse. Ése era el caso si había visitas o alguna reunión comunitaria, o si se contaban historias al aire libre.

Rodrigo dejó de contemplar el firmamento y perdió su mirada en el rostro de su hermanita. Como el de todos los itzáes, estaba desprovisto de cejas: desde pequeños, con paños calientes y pinzas, se arrancaban todo el vello facial. Ellos argumentaban que les resultaba tremendamente desagradable. Algo de costillas primero y carne después, decía el acertijo de la chiquilla aquella. «Hija, Ix Xíiw, algo más fácil pudieras haberme puesto» pensó, divertido. «El Diablo sabe de qué diantres se trata». Sus ojos se detuvieron un instante en los hoyuelos e inmediatamente después se

fijaron en la caracola escarlata que adornaba los cabellos de la niña, caracola que solían llevar las mujeres de su pueblo hasta la pubertad. Se devanaba los sesos, pero la respuesta no acudía. No tenía ni la menor idea. Finalmente puso cara de perplejidad, de duda, de ignorancia total. Si recién comenzaba a entender el idioma, ¿cómo pretendía aquella chicuela que resolviera una adivinanza? Los críos soltaron carcajadas contenidas, socarronas, pícaras, mientras jugaban con los cascabeles que el andaluz les había regalado.

—*Ma'!*— exclamó Ix Xíiw, fingiendo enojo. No estaba dispuesta a permitir que el andaluz abandonase el juego. —*Táanil u ts'aabal u ch'ala'ate'...*— insistió la niña, acompañándose esta vez de claras señas con ambas manos para ilustrar lo que iba diciendo y dejarle servidas unas cuantas pistas.

—Ajá— asentía Rodrigo. —Que sí, chiquilla, que sí, que hasta ahí te sigo...

—*...ka tsóok'ole' ku ts'aabal u bak'e'...*— terminaba, abriendo exageradamente los ojos, como si aquello fuera algo evidente para todo el universo universal excepto el pobre andaluz, que no atisbaba siquiera a imaginar a qué podían llegar a referirse esas palabras.

La chiquillería se divertía con las caras que ponía el andaluz, sin poder guardarse la respuesta en las gargantas. Parecían querer transmitírsela con el pensamiento, tanta era la fuerza que ponían, tanto deseaban que la sílaba de la solución saliera de aquella boca. «*Nah*», llegó a susurrar alguno por lo bajo, pero una mirada encendida de Ix Xíiw selló todos los labios. Justo en ese momento llegaba, con paso cansino, una anciana del linaje K'u'uk'um, una familiar que vivía en las tierras vecinas. Los niños se levantaron y fueron a recibirla, mientras la madre, a las voces, salía de la casa con su hijo más pequeño sobre la cadera izquierda.

—*Ba'ax ku beetko'ob le paalobo?*²⁹— preguntaba la recién llegada, y los muchachitos procedieron a referir, con lujo de detalles, como su hermano *ch'eel* aún no podía resolver una adivinanza tan, pero tan fácil. La vieja rió de buen grado, saludó a Rodrigo con una sonrisa tímida y un gesto de la mano y recibió entre sus brazos a Ix Xíiw.

—*Hach x-ki'ichpan le x-ch'upalo*³⁰— comentó la anciana al español despegando a la chiquilla de su regazo. Antes de separarse de ella, le sostuvo el rostro con ambas manos, pobladas de arrugas, y la dejó ir con una caricia.

—*He'ele'*— estuvo de acuerdo Rodrigo, aliviado por verse libre del duro trabajo de resolver acertijos. La dueña de la casa hizo una seña a sus hijos y pronunció las fatídicas palabras «*xen weneł*». «Vayan a dormir». Un coro de voces pesarosas protestó débilmente contra la orden, pero la actitud de la mujer no admitía réplicas. Los itzáes amaban a sus hijos por sobre todas las cosas y los trataban con rigor, ciertamente, pero también con sumo cariño y respeto. Los niños eran considerados bendiciones divinas y como tales eran cuidados.

Los chiquillos se despidieron de la anciana y del andaluz y se fueron a descansar. Era tarde. Las estrellas se habían movido en el cielo, cruzando el arco oscuro del firmamento como vilanos de luz, o como chispas y pavesas de una hoguera esparcidas por el viento. Hacía calor. El ambiente estaba cargado y húmedo, presagiando tal vez una tormenta, a pesar de que la brisa marina suavizaba mucho el clima de la isla. Los insectos nocturnos hacían vibrar el aire con una orquesta de tañidos, chillidos, zumbidos y pitidos, ruidos todos a los que aún Rodrigo no había familiarizado sus oídos,

²⁹ En maya yucateco, «¿Qué hacen estos niños?».

³⁰ En maya yucateco, «Esta niña es muy bella».

y que lo despertaban en más de una ocasión en medio del sueño. Le seguía produciendo extrañeza dormir en una plataforma de madera cubierta por una esterilla y no en una barca. Le faltaba el característico bamboleo de las embarcaciones, ése que lo había mecido durante meses y meses de viaje por mar. Pero aquella no era la única razón por la que todavía no podía descansar bien. Lo acechaban las mismas pesadillas de siempre, y mantenía una especie de duermevela a la cual había tenido que acostumbrarse en el pasado, más que nada para estar alerta ante posibles ataques y otras novedades. Es decir, para proteger su propia vida.

La vieja se sentó a su lado, silenciosa, y la dueña de la casa salió con unas pocas tortillas y algunas mazorcas de maíz asadas.

—*Ma'alob wa le hanalo?*³¹— le preguntó la mujer al español con mucha amabilidad y la mirada baja, mientras depositaba la comida en el suelo.

—*Hah*— asintió Rodrigo, con una sonrisa medio adormilada, alcanzando una de aquellas mazorcas crujientes y tostadas. —*Ma'alob le hanalo... Hach ki tin chi p'übil nal...*³²

La anciana ya devoraba su primera tortilla mientras la otra mujer volvía a alejarse para buscar alguna otra cosa.

—*Hach ma'alob ku pak'achtik le waaho le xunáano*³³— dijo, señalando con la barbilla hacia el interior de la casa. La vecina masticaba con pocos dientes, trabajosamente, pero demostraba un apetito voraz. Andaba descalza, y se cubría con una saya como las que llevaban todas las

³¹ En maya yucateco, «¿Esta comida es buena?».

³² En maya yucateco, «Esta comida es buena. Me gusta mucho el maíz asado».

³³ En maya yucateco, «Esa mujer [señora] prepara tortillas muy bien».

mujeres. Aunque la de ella presentaba muchos y complejos bordados coloreados con tonos suaves, extraídos de cortezas y raíces. Rodrigo los observó con detenimiento, extasiado: parecían flores angulosas y pájaros creados por una imaginación muy fértil. Como muchos itzáes, la anciana tenía los brazos adornados con tatuajes, que eran muy finos en las mujeres y más toscos en los hombres. Para lograr que las pinturas faciales y corporales fueran permanentes había que cortar la piel y llenar la herida con cenizas. De ese modo, al cicatrizar, quedaría una marca oscura e indeleble. Un par de pulseras de conchilla y unos pendientes de plumas verdes y rojas completaban los aderezos que, con fresca coquetería, aún lucía aquella mujer.

Rodrigo se fijó en sí mismo. Continuaba vistiendo como castellano, pese a haberse visto forzado a prescindir de su camisa marinera, reducida a jirones tras un uso tan prolongado. Aún no se había atrevido a ponerse un *ex*, el taparrabos de algodón que llevaban los hombres de aquellas tierras. Tampoco se había habituado a andar descalzo. Y si bien le gustaba mostrar pinturas en el rostro barbado y en el cuerpo —arcilla de colores que sus pequeños hermanos adoptivos le ponían con gran algazara y peleándose por desempeñar la tarea— de momento no se animaba a tatuarse. Aquello sonaba bastante doloroso.

La dueña de la casa salió con unos pocos *ají* para acompañar las tortillas. Generalmente los itzáes no comían tan de noche: aquello era un pequeño lujo en honor a la visitante, quien, aun viviendo cerca y siendo parte de la «familia extensa» de los K'u'uk'um, no gustaba de molestar y sólo pasaba por allí de tanto en tanto.

Terminada su comida, Rodrigo entró a la casa con mucho sigilo y rebuscó en su alforja, que también conservaba como un pequeño tesoro. Hurgó un rato y logró sacar un *cohiba*, un manojito de tabaco atado con un hilo fino. Le apetecía fumar un poco, un hábito que adquirió en Haití y que

era compartido por todas las gentes encontradas en su recorrido por aquellos mares, incluyendo los itzáes. Aunque, luego de probar el tabaco que usaban en Kosom Lu'umil, agradeció contar todavía con una reserva interesante de hojas secas procedentes de la Hispaniola, las cuales tenían un aroma mucho más suave. Prendió el extremo del *cohiba* con un tizón del hogar de tres piedras —que siempre ardía dentro de la casa— y regresó al lado de las mujeres exhalando una nube de humo por boca y nariz.

El cielo permanecía poblado de estrellas, allá arriba. Parecía que las antiguas deidades habían encendido millares de farolas para alumbrar la vida de sus hijos, abajo en la tierra. La mujer más joven recogió los restos de maíces y se los llevó adentro. La más vieja perdió la vista en el firmamento, como Rodrigo. El andaluz fumaba pausadamente, ocupado quizás en enhebrar sartas de sus propios pensamientos.

De pronto, una estrella fugaz dibujó un corto arco brillante en las alturas. El muchacho no tuvo tiempo de pedir un deseo. En realidad, no hubiera sabido cuál pedir. En los últimos días se había sentido bastante confundido, y sus propios miedos, recuerdos y vacíos contribuían a agravar aquella intensa mezcla de sentimientos. La anciana sonrió: tal vez ella sí había pedido el suyo, aunque el español no sabía, a ciencia cierta, si esa costumbre existía entre los itzáes.

La vieja miró a Rodrigo, entrecerrando los ojos. Hablando con mucha lentitud, y acompañándose de señas para ser comprendida, le preguntó:

—*Ta iilah wa le buts' eek'obo yan ti ka'an? A ohel wa ba'ax le ba'alobo beyo?*³⁴

³⁴ En maya yucateco, «¿Has divisado las estrellas fugaces en el cielo? ¿Sabes qué son esas cosas?».

¿Lo que eran las estrellas fugaces? El muchacho negó con la cabeza, mientras exhalaba nuevas volutas y decía «*ma', ma' in ohel*». «No, no lo sé».

—*Yan in a'alik tèech ba'al le buts' eek'obo*³⁵.

Rodrigo la animó a seguir con un gesto. Sabía ya de la pasión que los itzáes demostraban contando historias. Se trataba de un arte en el que eran muy diestros: no en vano se ejercitaban en él cada noche y cada día. Al no existir letras entre los campesinos, narrar una y otra vez las mismas tradiciones, los mismos cuentos y leyendas, era el único camino que tenían para que su memoria no se perdiera. Igual que en tierras hispanas.

«Una historia sobre estrellas fugaces va a estar muy bien», se alegró Balmaceda.

—*U yuumil ka'an sáansamal ku ts'u'uts'ik u chamal, bul k'iin ku ts'u'uts'ik u chamal*— empezó la abuela. «*Heebix tèech!*»³⁶ agregó. El muchacho, recostado contra el muro de tablas, entendía bastante de lo que oía. Un dios del cielo que fumaba. Como él en ese momento. Ése era, en verdad, un cuento estupendo.

—*Hah?*

—*He'ele'!*— aseguró la vieja. —*Tan u ilik le ba'ax beetik le máakobo waye' yóok'ol kaabo kalikil ku ts'u'uts'ik u chamalo*³⁷— explicó la mujer, acompañando su dicho con el ademán de aspirar y expulsar el humo de un gran *chamal* —así llamaban los itzáes a los *cohibas*— mientras

³⁵ En maya yucateco, «Yo te voy a contar qué son las estrellas fugaces».

³⁶ En maya yucateco, «El Señor del Cielo fuma a diario su cigarro, todo el día fuma su cigarro» y «¡Como tú!».

³⁷ En maya yucateco, «Él mira lo que hace la gente aquí abajo, mientras fuma su cigarro».

miraba de un lado a otro.

«A fe mía que el dios nuestro no fuma, pero nos vigila de igual manera» pensó el joven. Recordando a su dios y chupando de nuevo su haz de tabaco, y gracias a esas insólitas asociaciones de ideas que sólo las mentes humanas pueden realizar sin que nada se les ordene, pensó que un azumbrillo de «sangre de Cristo» no hubiera estado de más en aquella velada. Aunque el vino sería un lujo del que ya podía irse olvidando para siempre.

—*Tumen yan yaab u k'aasil màako'ob waye' yóok'ol kaab yaan k'iin ku k'uuxil yéetel to'on*³⁸— continuaba la anciana su relato, imitando con el semblante el enojo de aquel Señor de los Cielos siempre dispuesto a evaluar los actos de sus súbditos en la tierra. —*Ku tuukulik tun, «Yan in ts'o'oksik u kuxtal le yóok'ol kaabo»*³⁹.

Y parodiando el ademán de ira de la divinidad fumadora, aquella mujer añosa terminó su breve cuento.

—*Ku puulik tun u chamal, ku pik ch'iintik yéetel u yaal k'ab*⁴⁰.

El muchacho asintió: las estrellas fugaces no eran más que los restos de un *chamal* que un dios amante del humo arrojaba contra la humanidad cuando estaba furioso con ella. «Curiosa historia, por mi ánima» se dijo. La mujer más joven salía por enésima vez de la casa y se sentaba con ellos. El andaluz, agotado por una larga jornada, bostezó casi sin querer. Las dos mujeres se miraron pícaramente. Rodrigo aún no lo sabía, y tardaría mucho

³⁸ En maya yucateco, «Debido a que hay tanta gente mala aquí en la tierra, hay días en los que se enoja con nosotros».

³⁹ En maya yucateco, «Entonces piensa, 'voy a acabar con la vida allí en la tierra'».

⁴⁰ En maya yucateco, «Entonces tira la colilla de su cigarro, la lanza con un golpe de su dedo».

tiempo en enterarse de ello: entre los itzáes, un bostezo en presencia de mujeres significaba deseo sexual reprimido hacia alguna de ellas. Y las opciones, allí, no eran muchas...

Estaba cansado, así que no iba a poder seguir escuchando las historias que aquella abuela sin edad parecía conocer tan bien. Mala suerte: ni halló la respuesta de la adivinanza de Ix Xíiw ni oiría más relatos. Otro día sería. Disculpándose, el muchacho dio las buenas noches y se retiró a dormir. Al recostarse en su lecho, descubrió que algo no funcionaba bien dentro de él: se sentía afiebrado y con cierto dolor en el vientre. «¿Calenturas?» pensó. «¡Pues sí que tendría gracia! Pluguiera a Dios que no me enfermase aquí... ¿Cómo voy a explicalles lo que me pasa?». Quiso creer que la noche solucionaría todos sus males e intentó dormirse, acunado por los miles de voces de todos los seres vivos de la creación, que quizás buscaban asustar a las estrellas. No conseguirían ese objetivo, era cierto, pero tal vez lograsen espantar sus pesadillas, que eran siempre las mismas: armas blancas, sangre en las manos, alguaciles, cepo, armas blancas, sangre en las manos, alguaciles...



9 de Junio, 1493. Con poco viento, los balandros españoles capitaneados por el cordobés Arana habían bordeado muy lentamente, durante los últimos tres días, el norte de la isla de Kosom Lu'umil. Luego de cargar agua con rapidez en algún lugar de la costa en el que no atisbaron peligro, se hicieron a la vela con derrota hacia el oeste, aprovechando una brisa débil pero favorable. Buscaban cruzar el canal que los separaba de las orillas que se veían claramente frente a ellos en el horizonte. Según lo magros informes que habían obtenido, se trataría de la tan ansiada tierra firme. La treintena de sobrevivientes de la expedición viajaban intranquilos:

habían percibido las siluetas lejanas de las grandes *canoas* de los isleños en el horizonte, tras ellos, y las sombras de algunos hombres corriendo por las playas constantemente. Intuían que eran seguidos, que eran vigilados, y que la persecución no cesaría hasta que abandonaran aquella ínsula de mal hado y peor fortuna.

Aquel condenado muchacho, Balmaceda o como demonios se apellidase, había firmado con su propio hierro la sentencia de sus compañeros. Y a muchos les dolía haberse retirado de la isla sin presentar batalla. Aunque, si lo pensaban bien, tampoco se les perdía nada por allí. El oro y las riquezas que buscaban estaban mucho más allá, hacia occidente. En *Éek' kaab*, habían dicho los habitantes de la aldea de Ixlapak, esa tierra del oeste que Andrés de Huelva había bautizado «Yucatán». Y hacia *Éek' kaab* —o Yucatán, que desde entonces sería lo mismo para ellos— dirigieron sus proas.

Aún había poco viento. La corriente torcería su rumbo inicial y los haría derivar un poco hacia el norte.



A la mañana siguiente, Balmaceda no podía levantarse. El vientre le ardía. Parecía que sus entrañas, retorciéndose, querían escapar de su natural asiento. Ah *Took'* lo había zarandeado levemente, intentando despertarlo. Pero Rodrigo no estaba dormido y lo había mirado con una expresión dolorida.

—*Ma' tu páahtal in meyah behla'e*⁴¹— atinó a gemir el andaluz, conteniendo su malestar. «Espero que entienda lo que le quiero decir».

⁴¹ En maya yucateco, «No puedo trabajar hoy».

—*Ba'ax ku úuchul téech?*— preguntó asustado el joven itzá, tratando de averiguar qué era lo que le ocurría a su *suku'un*, su «hermano mayor».

Rodrigo se sostuvo el vientre, señal harto elocuente para explicar el mal que sufría. No hubiera sabido cómo decir que probablemente la nueva comida estaba haciendo sus efectos en un cuerpo acostumbrado, hasta entonces, a otros alimentos. Le llevaría su tiempo adaptarse a los *ají* picantes, a las judías y a aquel maíz que estaba presente en cada plato y bebida del yantar itzá, a todas horas y todos los días de la semana.

El muchacho asintió, comprendiendo que aquel dolor era el problema, y fue en busca de su padre. El español oía su charla preocupada —entendió la palabra *k'oha'an*, «enfermo»— pero él apenas si podía hacer otra cosa que quedarse quieto, tendido en su lecho de madera y esterilla y cubierto a medias por una manta de algodón que usaba para protegerse de la picadura molesta de los mosquitos.

El padre dio algunas instrucciones a su hijo mayor y mientras este salía a las escapadas, se aproximó al español y acucillándose a su lado, le dijo que estuviera tranquilo, que ya vendría el *ah men*. Rodrigo no sabía quién era el *ah men*, pero rogó para sus adentros que supiera solucionar aquella endemoniada situación. Una infusión de hierbas le vendría muy bien. O una sangría, si eran calenturas.

Pensando eso, cerró los ojos y el mundo a su alrededor se apagó.



11 de Junio, 1493. Los pequeños navíos hispanos, dejando al sur el puerto de Xaman Ha', comenzaron a navegar a lo largo de las costas del noreste de Yucatán, costas nuevamente cubiertas de mangles que parecían

vomitados por la propia tierra. Sus raíces se hundían, delgadas y lustrosas, en las aguas bermejas de los estuarios, y entre sus ramas se oían graznidos y alas agitándose. Agua salobre, pantanos, árboles que acariciaban las nubes bajas con sus ramas más altas, vegetación tupida, gritos continuos de aves y zumbidos de insectos grandes como una mano. Aquel paisaje se repetía: lo habían visto durante semanas al norte de Cuba.

Llovía intermitentemente. Cháak, el señor itzá de la lluvia, hacía llorar los nubarrones ahora sí y después también. Eran aguas densas, mansas, acompañadas por truenos que tardaban en desvanecerse tras el ruido que provocaban al taladrar los cielos.

Desde las embarcaciones divisaron enormes bandadas de pelícanos pardos que flotaban sobre el agua, cerca de los mangles, con sus enormes y contrahechos picos, y las siluetas rosadas de los flamencos de largos cuellos curvos. Cuando anclaban por las noches, junto a la costa, entre los mil ruidos que percibían se oían rugidos de animales que aún desconocían: tal vez algún *báalam*⁴², o un enorme mono aullador que saltaba entre los brazos de las altísimas ceibas *ya'axche'* y de los zapotes *ya'*.

Aquí y allá encontraron villas costeras —Mochi, Belma— y se cruzaron con embarcaciones que navegaban cerca de las orillas, lentamente y merced a remos. Prefirieron poner distancia, evitarlas y continuar su camino.

Tras unas 50 millas de trayecto siguiendo la línea de costa, distinguieron una bellísima isla coralina, rodeada de palmerales sobre un mar de aguas turquesas. Acuciados por el cansancio y el hambre, e intentando alejarse de una gran ciudad en tierra firme —Éek' kaab, la que daba nombre a aquella región— se detuvieron en su extremo meridional. No

⁴² En maya yucateco, «Jaguar». Llamado *ocelotl* en náhuatl.

hallaron allí vida humana. Sólo templos abandonados, en ruinas. «Isla Mujeres» la bautizaron, con esa manía que tenían de dar a cada lugar por el que pasaban un nombre castellano, como si de esa manera les perteneciera. Caminaron entre estatuillas de barro y decenas de estelas y monolitos grabados delicadamente, a pesar de que el tiempo y el clima hubieran hecho mella en la roca caliza en la cual estaban tallados. Esas figuras les recordaron curvas femeninas; en efecto, sus autores originales representaron a la diosa de la fertilidad, Ix Chéel, y a su séquito de féminas, a quienes estaban dedicados esos templos y a donde, como en Kosom Lu'umil, llegaban antaño las mujeres para depositar ofrendas. Nada más encontraron en ese islote, excepto un par de pequeños pozos de agua de lluvia y algo de pesca. Y el regalo de descubrir un *ts'unu'un*, un colibrí. En principio lo tomaron por un enorme moscardón, debido al zumbido y a la velocidad. Pero luego se reveló como un ave exquisita, bellísima, de colores verdes y rojos irisados, con una larga cola azul brillante y un pico fino y curvo con el cual libaba el néctar de unas flores atrompetadas de tonos violáceos. Maravilla de maravillas: aquellas tierras eran cuna de pájaros del tamaño de insectos, insectos como ratas, ratas como tortugas, tortugas como barcas.

15 de Junio, 1493. Tras el descanso y la organización de los escasos víveres y las tareas, continuaron navegando el litoral de Yucatán. Sobrepasaron una enorme laguna costera —Chakmochuk— y un buen número de islas, que mostraban playas de arenas blancas, horizontes de selva y manglar y líneas de palmeras curvadas por el viento. En una de ellas avistaron cientos y cientos de aves: fragatas, cormoranes, pelícanos, garzas, golondrinas... Sobre esos pájaros, Escobedo escribió:

... ponen admiración su muchedumbre y diversidad, y más el verlos a todos cuidadosos de buscar de comer en aquella playa, unos entrando tras la ola en la reventazón del mar y

*después huyendo de ella, otros buscando comida a las orillas,
otros quitándola a otros con llegar más presto a ella...*

Atravesando las aguas verdes sobre las que flotaban los barcos, vieron deslizarse sobre la arena del fondo enormes rayas de colas peligrosas. Y entre los corales de los arrecifes, los colores de los peces formaban un arco iris sumergido que deslumbraba sus ojos cansados.

La tierra giró hacia poniente y las barcas cambiaron su rumbo, contorneándola. Las costas seguían estando salpicadas de marismas infectadas de mosquitos, de arenales y corales, de islotes y cayos peligrosos que los fondos planos de los balandros sorteaban a escasos palmos. Seguía lloviendo. Una espesa cortina de agua caliente manaba del cielo. En los pantanos vislumbraron las formas escamosas de una pareja de *caimanes* sumergiéndose rápidamente, y las sombras de una banda de pequeños monos-ardilla que sobrevolaban ágilmente la floresta, saltando de copa en copa por las alturas verdes de la selva. En las riberas distinguieron tortugas marinas de enormes caparazones incrustados de percebes, desplazándose pesadamente e intentando desovar. Aquel era un mundo habitado por seres extraños. Era un universo superlativo: todo parecía más grande, en mayor número, más caluroso, más húmedo, más ruidoso, más peligroso, más extraño, más hermoso, más colorido, más estridente.

Mar adentro, cerca de Hool Boox y de la laguna de Yalahau, un enorme *tiburón* pasó entre los dos balandros, rozando la superficie. Medía más de 15 pasos, y su lomo parecía un tablero de damas: un fondo gris oscuro sobre el que se perfilaban líneas y puntos claros. «Pez-dama» lo llamaron los asombrados hispanos, que lograron rascar los costados del gigantesco animal con los remos de sus bateles.

En aquella zona divisaron muchísimas barcas lejanas, a las que seguían evitando. De modo que todavía avanzaron un poco más hasta perder de vista cualquier signo de asentamiento humano. Allí, y ante la supuesta ausencia de peligro, decidieron detenerse en la primera sección de costa que les pareció apta para desembarcar.

Los cuerpos estaban agotados, mal alimentados y peor dormidos. El sol había quemado las pieles hasta desprenderlas varias veces. El pelo cargaba una gruesa capa de salitre mezclado con sudor y la sangre de las picaduras de los tábanos anidados entre sus pertenencias. Piojos, pulgas y liendres campeaban a sus anchas en aquellos sucios pellejos. Las *niguas* habían destrozado los dedos de los pies. Las ropas estaban hechas jirones. El cuero de los zapatos se iba pudriendo por la sempiterna humedad acumulada dentro de los balandros. Y el tan anhelado descanso no llegaba, pues los miedos afloraban insistentemente en las pesadillas. Toda la inseguridad que de día y ante los compañeros disimulaban bajo sus risotadas y sus chanzas castizas, la destilaban por las noches en la intimidad de sus sueños, cuando quedaban totalmente a solas consigo mismos.

Fue durante aquella corta estadía en tierra cuando dieron, buscando algo que sirviese de comida, con una pequeña planta que se alimentaba de moscas. Por pura casualidad notaron la presencia de insectos disfrazados de hojas secas o varillas, y aprendieron, gracias a las quemaduras en sus propias manos, que algunas orugas no podían rozarse siquiera. También se dieron cuenta de que los murciélagos de la selva del Yucatán no eran como los pequeños ratoncillos alados que vivían en los campanarios y aleros castellanos y andaluces. Los de ese lado del mar eran mucho más grandes, comían frutas y mariposas nocturnas de un palmo de ancho, chillaban toda la noche y defecaban y orinaban sobre ellos, dejándoles un olor irritante y acre que no podían quitarse de encima fácilmente. Ese universo a través del cual transitaban, además de lucir superlativo en todas sus facetas, parecía

atacarlos y rechazarlos continuamente.

Tardarían poco en descubrir las pequeñas ranas de piel venenosa, los frutos incomedibles, las hojas y espinas urticantes, los ejércitos de hormigas capaces de desnudar el suelo de vida en cuestión de minutos... Y sería entonces cuando terminasen de comprender cuán agresivo podía ser ese nuevo mundo para quienes lo ignoraban todo de él.

21 de Junio, 1493. Las distancias que llevaban recorridas parecían confirmarles que navegaban frente a tierra firme. Supusieron — correctamente— que se trataba de una gran península. El escribano Escobedo iba marcando, en sus humedecidas «Crónicas», las mediciones de su cuadrante, los perfiles del litoral, los días de navegación y todos los detalles que le parecían importantes. La travesía continuó hacia el oeste, desviándose ligeramente hacia el sur. La costa mostraba siempre idéntico paisaje: humildes aldeas pesqueras, salinas, lagunas repletas de mangles, marismas infinitas, islotes en estuarios de ríos marrones... Las prometidas riquezas de *Éek' kaab* no se apreciaban por ninguna parte, aunque hacía tiempo que aquella ciudad había quedado atrás, así como otras «provincias» o *kuuchkaabalo'ob*: Chikinchel, Ah Kin Ch'el, Ceh Pech, Chakan...

Con las ballestas cazaron bellas aves cuyo plumaje semejaba polvo de grana, y un animal de gran tamaño y parecido a un puerco. También capturaron otro, un tapir *tsímin*, que ellos hasta entonces desconocían: una bestia de color overo, con la pezuña hendida como el buey y una curiosa trompilla. Comieron *iguanas* atrapadas con lazo, huevos de tortuga marina, cardos parecidos a alcachofas, aguacates *oon* de pieles lisas y grandes huesos, frutas *bayam* de carnes amarillas y semillas peludas, algunos pulpos y un deforme *alipeechpol*, un *tiburón* con la cabeza como un martillo.

Casi 250 millas al oeste de isla Mujeres, en el *kuuchkaabal* de Ah Canul, tras superar las bocas de Dzilam, esteros, islotes, más salinas y

puertos repletos de barcas como Sisal y Tiizpat, la tierra se curvaría definitivamente hacia el sur. Pero pasarían nueve días hasta que llegasen a ese punto.

Días que transcurrirían iguales a los demás. Exactamente iguales.



Todo lo demás ocurrió como si su vida aconteciera en medio de un sueño, o una pesadilla, o una visión nebulosa. Sin embargo, escuchó nítidamente las palabras —«*k'oha'an in paal*», «mi muchacho está enfermo»— que su madre adoptiva dirigió a un hombre de aspecto severo. Este se acercó a él y poniéndole las manos en el vientre, empezó a recitar oraciones en voz baja, como un rezongo o un murmullo.

—*Saam tu bakin in chuukeech... Kin a na', kin a yuum... Tèech Sakal Kaan Tiptte be chee... Tèech Sakal Kaan Tiptte be chee...*

Su vientre continuaba ardiendo y retorciéndose. Sentía una daga invisible que le penetraba por varios puntos y le dibujaba el contorno de todas y cada una de sus entrañas. No tenía fuerzas para moverse, ni deseos de hacerlo. Aquella voz masculina, rasposa, antigua y arrugada como las cortezas de los árboles añosos, seguía recitando impasiblemente su letanía mientras su dueño sacudía un manojito de hierbas sobre el cuerpo de Rodrigo, como limpiándolo.

—*Sakal Kaan Tiptte... Tek chuukèn tèech in ch'iin tèech tan yol k'áak'náab...*

Creyó entrever, agrupados aparte pero sin retirar la vista de él, a sus hermanos pequeños y a su madre. La casa aún estaba en penumbras, aunque quizás fueran sus ojos los que no percibían luz alguna. La voz no se detenía.

—*Ti tun bakin okech ti kan chokwili... Ti tun bakin okech ti kan kayili... Ti tun bakin okech ti kan hulubili... Ti tun bakin okech ti kan xíwili...*

Había humo, un olor muy fuerte a su alrededor. ¿Estarían sahumándolo, como se decía en su tierra que hacían las brujas cuando tenían tratos con el diablo? No sabía, ni le importaba. Sólo quería deshacerse de aquel dolor agudo. El hombre cesó de recitar la monótona plegaria y con una mano áspera y callosa le alzó la cabeza, ofreciéndole algo para beber: medio cuartillo de un cocimiento de hierbas que olía a rayos y sabía mucho peor.

Aquel sabor... Conocía aquel sabor...

Con los labios aún al borde del cuenco de barro, Rodrigo se preguntó si ese *ah men* no conocería alguna tisana o pócima que le borrara, junto con su enfermedad, sus pesadillas, sus recuerdos y sus miedos. ¿Alguna oración quizás? Había creído dejar atrás su vida y había decidido iniciar una nueva. Pero no podía deshacerse de su pasado como se deshizo de su camisa hecha jirones. Él era quién era. Y sus pequeños y grandes fantasmas lo perseguirían hasta que encontrara algo que los hiciera desaparecer. Quizás la felicidad, si es que eso se podía alcanzar. Quizás otra cosa. Aún no lo sabía.

El sabor continuaba en su boca y lo identificó. Era tabaco. Estaba mezclado con otra cosa, algo que sabía a resina de árbol. Pero aquello era, sin duda, tabaco. Mucho tabaco hervido; una infusión muy fuerte, muy concentrada. Antes de perder el sentido, pensó que esa hierba era milagrosa. No sólo permitía que disfrutara de su humo, sino que además lo iba a curar. Era una pena que el dios de aquellas gentes quisiera limpiar el mundo de males cada dos por tres incinerándolo con los restos de su *chamal*. Si no fuera por ese pequeño detalle —su uso para unos fines tan apocalípticos— aquella hubiera sido la planta perfecta. Perfecta...



1 de julio, 1493. Finalmente la costa había girado hacia el sur. Todo el litoral era una jungla espesa, un telón inacabable de pantanos, estuarios, islas, marismas, lodazales y manglares. Ya no llovía. Al no ser posible recoger el líquido límpido caído del cielo, no les quedaba más remedio que detenerse en las desembocaduras de algunos riachos a cargar agua lodosa, que debían dejar reposar en las pipas de madera para poder beberla desprovista de parte del barro que llevaba. Y había que beberla pronto, antes de que se corrompiese.

Los primeros vómitos sanguinolentos de la disentería comenzaron dos días después. Cinco de los hombres —marineros de Palos y de Moguer— perdieron el color oscuro de sus pieles quemadas por el sol y quedaron inertes, amarillentos, tendidos en el fondo de los balandros. Las náuseas eran imparables, también las diarreas. Los específicos del boticario se habían agotado hacía tiempo, y aunque los hubieran tenido a mano, no hubieran sabido cómo aplicar esas medicinas. ¿Qué los enfermó? ¿Fueron los mosquitos, el agua cenagosa, las últimas bayas que comieron y que nadie más quiso probar? Quizás el cirujano o el físico hubieran podido decirlo, si no fuese por un pequeño detalle: uno —maestre Juan— era el hombre que degolló Balmaceda en Kosom Lu'umil, cuando forzó a una mujer itzá. El otro, maestre Alonso, murió de una puñalada que salió de la misma mano.

La fiebre de los enfermos aumentó, el color de su piel pasó de amarillo a un pálido grisáceo sobre el que brillaban algunas gotas de sudor frío. Sus extremidades temblaban, sus ojos extraviaron la mirada en puntos inexistentes. El delirio trajo recuerdos mezclados de mujeres andaluzas, de chaconas y vihuelas en Nochebuena, de azumbres de vinos blancos de Cazalla y Alanís en bodegones de un puerto...

Al amanecer del 6 de julio, los cinco cadáveres fueron arrojados por la borda de los balandros, sin más ceremonias que una plegaria rezada en voz baja por sus compañeros de aventuras.



El mundo que lo rodeaba se desvaneció, sólo para ser sustituido por su propio universo interno, que ahora adquiriría tintes de realidad. De una realidad fantasmagórica. Rodrigo alucinaba tendido en su catre, en aquella perdida isla, lejos de todo y cayendo a un abismal infierno personal. El *ah men* lo dejó al cuidado de su familia con unas pocas recomendaciones. El joven se recuperaría, sin duda alguna: debía descansar y comer poco. La infusión se encargaría de expulsar la calentura fuera del cuerpo.

Lo cierto es que aquella infusión despertó todos los horrores y recelos que atesoraba su mente. Carabelas de velas blancas y cruces rojas, maderos oliendo a brea, semanas en alta mar, Colón, isla Juana, Colón, carabelas, barco, bote, playa, ciénaga, Jerez, daga, sangre, degüello, alguaciles, itzáes, Colón, Arana, Colón, itzáes, Cádiz, madre, padre, tierra, casa, miedo, miedo, miedo, tristeza, miedo, ¿dónde está el camino?, ¿dónde voy?, ¿quién soy?, ¿qué hago aquí?, ¿qué demonios hago aquí?, ¿dónde está mi gente?, madre, padre, madre, casa, puerto, Cádiz, vino, casa, casa, casa...

Despertó a la tarde del día siguiente, pegajoso de sudor y apestando a enfermedad. Tenía la boca agrietada por la fiebre y el delirio y un sabor repugnante recorriéndole la lengua. El vientre ya no le dolía. Ix Xíiw lo miraba, sentada a los pies de su lecho. Sus fantasmas también lo observaban, agazapados en un rincón del interior de su cabeza.



Aún harían casi 60 millas más hasta hallar, el 12 de julio, la primera población costera realmente importante. Se situaba donde terminaban las ciénagas y los manglares y la costa torcía hacia el sudoeste, ante un horizonte de colinas bajas. Antes de llegar a esa ciudad, y exceptuando las barcas y las pequeñas villas ribereñas de las que siempre se mantuvieron apartados, no habían visto a nadie. Pero ellos sí habían sido divisados: los habitantes de la isla de Hailna y los pescadores de Sakniteelchen habían seguido sus movimientos desde tierra, ocultos tras la cortina verde de la selva.

Se decía que muchos años antes, algunas profecías de los *ah kino'ob* —los sacerdotes que podían poner su mirada en las cosas del tiempo que aún no había llegado— ya advertían de la aparición de aquellos hombres barbados por el este. Quizás sus augurios recuperaban la antiquísima tradición del retorno del héroe mítico Kukuulkaan, que había partido hacía ciclos hacia el naciente, prometiendo volver. O tal vez estaban prediciendo algo totalmente nuevo... Pero eso no importaba demasiado. Aquellos que tenían buena memoria recordaban lo que las voces de los adivinos habían vaticinado.

Taalel u kaah k suku'un, ah Itza'...

«Nuestro hermano mayor viene, itzáes...».

Se decía que uno de esos *ah kino'ob* había gemido, en éxtasis, aquellas palabras proféticas. Y sus presagios fueron escritos en jeroglíficos para que, en el futuro, los que supieran leer pudiesen recordarlos y estar prevenidos.

K'aam a u'ulabo'ob, ah me'exo'ob, ah lak'in kaabo'ob...

«Recibid a vuestros huéspedes, los barbados, los que vienen de las tierras del este...».

Con el tiempo, los que no habían aprendido a leer contaban que los anuncios del *ah kin* habían sido un aviso, pues pronosticaban que infinitas y misteriosas calamidades caerían sobre su pueblo tras la llegada de esos extraños de oriente. Por su parte, quienes podían descifrar los jeroglíficos y el oscuro lenguaje en el que habían sido escritos desentrañaron el peligro real que encerraban aquellas profecías.

Los hermanos del este ya llegaban. Así habían dicho los sacerdotes antiguos. Y los itzáes debían recibirlos sin olvidar las advertencias que habían escrito los sabios del pasado.

Los itzáes de tierra firme, los itzáes de Yucatán, recibirían a los extranjeros del oriente. Así lo señalaba la profecía. Así lo ordenaban los antiguos. Así había de ser.

XI

ANDALUCÍA, 1521

Es aqueste río tan ancho e fondo que los navíos pasan por él sin maior esfuerço. E vese a sus riberas harta extensión de cultivos, que allí parecen ser muy ricos e abundantes en sus frutos. E a las riberas también alcánzanse a ver salinas, e marismas, e en su curso trúbanse muchas barcas desas que llaman galeras e xabeques, e muchas otras.

Crónicas de la Serpiente Emplumada, tomo II.

Sería la hora sexta cuando los arrabales de Sanlúcar de Barrameda eran saqueados.

El aviso del ataque había llegado, cual premonición, unas horas antes. En esa oscuridad incierta que precede al alba, algunos marineros sanluqueños se encontraban aparejando drizas y escotas, revisando paños, ajustando jarcias y estibando unos pocos bastimentos en el puñado de barcos que, desde el puerto de Barrameda, se ocupaban de ayudar a atravesar la peligrosa Barra de Sanlúcar —cementerio de galeras y carabelas— a los navíos de mayor calado y tonelaje que pretendían remontar el Guadalquivir. Por lo general se limitaban a señalar las zonas de riesgo. Sin embargo, en algunas ocasiones tomaban a su cuidado las cargas de aquellas

embarcaciones cuyos pilotos juzgaban demasiado peligrosa la travesía, y las llevaban hasta Sevilla en sus propias bodegas.

Enfrascados en su trabajo, los hombres tardaron en percibir unas llamadas de bocina que se repetían, débiles y a ritmo incierto, para perderse luego en lontananza. Parecían toques de esas caracolas que algunos pescadores de la costa de Huelva usaban al faenar de noche. Inquietos, intentaron penetrar la negrura con sus miradas, pero nada hallaron.

Quisieron suponer que eran barcas pesqueras de Chipiona que llenaban sus redes de langostinos, aunque les extrañó no distinguir, en la lejanía, sus habituales farolas. Atareados con la labor que les quedaba pendiente, pronto se olvidaron de esos sonidos. Sus barcos flotaban plácidamente en aquel bellísimo río-mar, anclados algo separados de la costa, frente al pequeño baluarte de San Salvador. Y de vez en cuando, el aire fresco se llevaba consigo algún canto de esos que habían compuesto los moriscos, nombrando amores antiguos y flores silvestres.

Al amanecer de ese día —primero del mes de julio— los marineros atisbaron las sombras de más de un centenar de naves de maderos negruzcos que se abrían paso rasgando la niebla matinal con sus baupreses. Llevaban sus velas totalmente henchidas, exhibiendo orgullosamente una insignia ignota. Una especie de cabeza de dragón o de serpiente, angulosa y ornada de plumas verdes, que también asomaba desde los mascarones de proa.

La armada se movía sin luces y casi sin ruido. Excepto el ronco bramar de unas bocinas que les ayudaban a orientarse. Unas bocinas de caracola.



Una tormenta de garfios comenzó a caer desde aquellas descomunales naos y carabelas, enganchándose en las cubiertas y los aparejos de los barcos sanluqueños. Los balandros y chinchorros más pequeños fueron asaetados con flechas encendidas, mientras las naves más grandes —un grupo de siete jabeques— eran haladas por los ganchos para ser abarloadas. Algunos tripulantes de esos barcos saltaron al agua escapando del inminente abordaje, sólo para descubrir la puntería de los ballesteros y arqueros que se perfilaban en la borda de los navíos atacantes. A su lado, otros hombres se preparaban para asaltar y capturar los jabeques, armas en mano. Los marineros y pilotos que decidieron resistir sobre sus embarcaciones agarraron todos los hierros que pudieron encontrar: cuchillas, estoques, hachas. Algunos trataron de cortar las cuerdas que los arrastraban hacia esas naves, y los hubo que desprendieron los arpeos de abordaje. Pero al momento caían destrozados por el tiro certero de un arco o una ballesta. Otros, en su intento de llegar vivos a la costa, lograban escapar a nado del alcance de las armas y corrían a dar aviso en el puerto.

Los guardias de los castilletes de Espíritu Santo y de San Salvador partían a toda prisa a alarmar a la villa, despavoridos. Desde la costa, el horizonte noroeste aparecía cubierto por una miríada de velas que surgían del interior de la bruma matutina, blancas como las bandadas de garzas que solían cruzar las marismas de Doña Ana. Tras las naos y carabelas llegaban gigantescas urcas de carga. Los marineros y pescadores tempraneros que se afanaban en sus barcas y redes sobre las arenas de las playas de Sanlúcar, abandonaron a la carrera sus labores y se dirigieron dando voces a los arrabales, advirtiendo a la población.

La resistencia de los tripulantes de los jabeques fue breve y desesperada. Los hombres que descendieron de los barcos extraños no mostraron misericordia alguna. Con destreza evitaron los hierros contrarios, las estocadas y los cortes a degüello. Esgrimiendo una ancha y deforme hoja

de hierro en una mano y una especie de cuchillo curvo en la otra, dieron cuenta de la mayoría de los marineros sin dificultades. Los pilotos, de más años y menos pericia con las armas, fueron rápidamente desarmados y hechos prisioneros.

Fueron esos, los pocos que sobrevivieron al ataque, quienes pudieron observar de cerca la cara de sus agresores. Descubrieron pieles morenas, rostros aguileños, ojos rasgados y cabellos negros atados sobre la cabeza como colas de caballo. Distinguieron pinturas negras, blancas y rojas, tatuajes y adornos que atravesaban narices, bocas y orejas. Y se enfrentaron a miradas implacables y a voces que, en un castellano teñido de ecos exóticos, les dictaron órdenes precisas.

Ya la gente que estaba levantada a esas horas comenzaba a moverse desde los arrabales del puerto hacia la ciudadela, avisando a sus vecinos y entrando por las puertas de Jerez, del Mar o de la Fuente Vieja. Los guardias de los baluartes cruzaban a caballo el arrabal de la Ribera, gritando el peligro y enfilaban en dirección al Castillo de Santiago para prevenir a la reducida guarnición. Algunos hombres se armaban cerca de la línea de costa, y otros despertaban a sus familias y las enviaban tras las murallas.

Allá, en el río-mar, cuatro de los jabeques eran conducidos lentamente hasta los puntos más peligrosos de aquella zona, aquellos donde los famosos bajíos y bancos de Sanlúcar frustraban el viaje de muchos navíos. Una vez que los barcos estuvieron en posición —y tardaron un tiempo en estarlo, pues algunos pilotos pretendieron engañar a sus captores—, los hombres de piel oscura echaron las anclas y se aseguraron de que las naves, engalgadas, no se movieran de allí.

Antes de lanzarse al agua para regresar a sus barcos a nado, los atacantes acumularon sobre las cuatro cubiertas todo el material inflamable que encontraron a bordo, armaron montones informes y estamparon las

farolas contra ellos para encenderlos. Aquellas pilas ardientes de sogas, paños, maderos y cajas trazaron una carta de boyas flameantes sobre la aún neblinosa superficie del estuario del Guadalquivir: la carta que permitiría a la desconocida armada remontar el río sorteando sus escollos.

En las hogueras también se consumirían los cuerpos sin vida de los hombres que dibujaron para aquella flota, contra su voluntad, el mapa de la ruta a seguir.



Desde la cubierta de las naves recién llegadas, Sanlúcar se veía como una pequeña elevación de terreno orlada por una muralla que, a aquella distancia, parecía un collar de torreones fileteado de almenas. El sólido perfil del Castillo de Santiago, con su imponente torre del homenaje, se alzaba sobre la ciudadela junto al del palacio ducal, antaño un bellissimo alcázar morisco. Extramuros se apiñaban, hasta la mismísima playa, centenares de casas arrabaleras que componían una confusa y enrevesada maraña de techos y paredes. El horizonte del sureste estaba cubierto por inmensos arenales y dunas sin fin. Contrastando con esa lejana aridez, por el noroeste se extendían marismas que tampoco parecían tener límites.

Tras el ataque inicial, los barcos de la desconocida armada siguieron navegando cuidadosamente aquellas aguas, maniobrando alrededor de la punta conocida como «de Malandar». Iban precedidos por los tres jabeques sanluqueños sobrevivientes: sus pilotos llevaban órdenes de guiarlos por el tramo inferior del Guadalquivir hasta pasar las salinas. Mientras tanto, un reducido grupo de carabelas apuntaba sus proas hacia la villa. Detenidas lo más cerca posible de la línea de playa, comenzaron a descargar gabarras que transportaban hombres armados.

Aquel puerto era uno de los puntos de contacto entre el sur de la península ibérica y los comerciantes bretones, portugueses, genoveses y venecianos. Era allí donde se trocaba el vino de Jerez y el del Condado de Niebla por los paños del norte de Europa. Desde ahí, como desde el resto de la baja Andalucía, también se incursionaba hacia el norte de África — aunque ese comercio estuviera «prohibido» por motivos religiosos— y hacia las costas del Atlántico, especialmente en busca del azúcar y los productos agrícolas de las Canarias. Además, por esas costas la pesca abundaba: el estuario del Guadalquivir era riquísimo en langostinos y otros frutos del mar. Tantas y tan buenas eran las capturas, que allí faenaban incluso las barcas pesqueras de Chipiona y de Rota.

Villa y puerto estaban rodeados de campos, cortijos, fincas y pinares, algunos de muchas aranzadas de superficie. Hacia naciente, en las tierras interminables que pertenecían a los Duques de Medina-Sidonia, había aceñas, olivares, dehesas y pagos de viña que daban a luz generosas cosechas, bienes todos que contribuían al florecimiento del comercio en Sanlúcar.

Era aquel un señorío rico. Rico y próspero.

Los atacantes atracaron sus botes de desembarco en las para entonces vacías playas de arena dorada, en cuyas dunas aún florecían los barrones, las azucenas y los alhelíes de mar. Sería entre prima y terciá cuando una tropa de unos quinientos hombres inició su avance hacia la población. Llevaban ballestas, espadas toscas, cuchillos curvos, arcos y rodelas.

La gente no dejaba de correr, desesperada, hacia el interior de la ciudadela, buscando el amparo protector del Castillo de Santiago, o el de la Fortaleza Vieja, aquella que levantara Guzmán el Bueno. Muchos se refugiaban tras la portada mudéjar del templo de Nuestra Señora de la O.

Los sirvientes del Palacio Ducal se aprestaban a la defensa, ante la ausencia de las Duquesas —las detentadoras reales del título y el poder—, quienes se encontraban en aquellos momentos en Sevilla. Los comerciantes bretones, que tenían sus negocios junto a la Alcaicería o próximos a las Tiendas de las Sierpes, reunían sus objetos de más valor e intentaban ponerlos a buen recaudo.

Un mensajero fue enviado a caballo a Cádiz y otro a Sevilla, para dar cuenta con urgencia del ataque y de la flota que viajaba río arriba, aunque para ello tuvieran que reventar las cabalgaduras. Los pobladores de los arrabales más lejanos, ya alertados, se desperdigaban por la campiña circundante, evitando las consecuencias que les depararía la toma de la villa por una fuerza invasora y llevando las novedades, de boca en boca, a los caseríos vecinos. Para entonces, un buen número de sanluqueños se encaminaba hacia la playa a enfrentar, cara a cara y espada en mano, a los recién llegados, de los cuales ignoraban procedencia y natura. Sólo sabían que habían arribado quemando barcas y que bajaban a tierra con los hierros prestos.

Como ocurría en Cádiz a esa misma hora y ese mismo día, los navíos más cercanos al puerto comenzaron a disparar sus cañones.



Así ocurrió, pues. A la hora sexta, los arrabales de Sanlúcar de Barrameda eran saqueados.

Los mismos botes que habían descargado tropas en la playa recogían ahora lo que sus legítimos dueños habían abandonado ante el inminente ataque, transportándolo a alguna de las numerosas carabelas y naos que seguían pasando la Barra y desfilando por delante de una villa hasta hacía

unas horas apacible y pacífica. El cañoneo de las naves no había alcanzado las murallas, pero sí algunas partes de las barriadas circundantes. Tal muestra de poder había bastado para sembrar el pánico y un caos humano incontrolable, hecho de gritos, sollozos y carreras desordenadas. Ése era el efecto buscado. Los agresores no pretendían tomar la población, ni vencer la resistencia amurallada de la ciudadela, que seguramente hubiera sido feroz y tenaz, y por ende, larga y sangrienta. Sólo necesitaban amedrentar a los moradores lo suficiente como para que su flota superase aquel tramo sin mayores contratiempos. Y, aprovechando la oportunidad, para hacerse con algunas vituallas y municiones.

Los sanluqueños que encararon a sus enemigos en la playa fueron asaetados antes de que sobre ellos cayera una horda que parecía salida de las narraciones de las antiguas guerras bárbaras. Si bien no se dedicaban a la guerra sino al comercio y la navegación, aquellos andaluces tenían especial aprecio por la destreza con espadas y dagas, y eran muy hábiles en el manejo de las armas. Resistieron, pues, la embestida de la hueste extranjera provocando bajas y vendiendo cara la piel. Pero tras un cuarto de hora de lucha, su sangre oscurecía el amarillo sucio de la arena, junto con la de los atacantes que se llevaron como compañía para ese viaje del cual no se retornaba jamás.

Cuando el sol estaba en su cenit, los desiertos arrabales extramuros ya habían sido rápidamente revisados. Textiles, alimentos, bebida, armas, pólvora, munición, sogas: todo lo que fuera de utilidad estaba siendo arrastrado por las tropas enemigas y depositado en la playa. Mientras tanto, los cadáveres de sus muertos eran apilados en la costa con sus armas. Los defensores de la ciudadela presenciaban aquellos movimientos desde los torreones y los muros altos de los castillos, esperando que esas fieras desconocidas acometieran el asalto a la villa.

Por fortuna, tal cosa nunca ocurrió.

Cuando la última embarcación de la armada de las insignias del dragón con plumas verdes terminó de pasar ante Sanlúcar, era ya hora de completas. Los hombres agrupados en la playa habían ido regresando a las naves de la flota. Y una pira funeraria consumía más de setenta cuerpos de piel oscura y rasgos aguileños. Esos caídos en combate se despedían así de la tierra y montaban el viento, dirigiéndose hacia el sitio que los esperaba tras la muerte.

Allá arriba, encerrada tras sus murallas almenadas, una ciudad entera seguía temblando despavorida.



El día dos del mes de julio, y tras una noche atareada, la armada extranjera comenzó a remontar nuevamente la corriente del Guadalquivir, aprovechando el viento favorable y la marea alta. Esta ayudaba a evitar el encallamiento, pues aquel tramo del recorrido era peligroso por sus bancos de arena.

La tarde anterior habían sorteado con cuidado los famosos bajíos del Cabo y habían echado anclas allí donde las encontró el crepúsculo. Entre laudes y prima el botín de Sanlúcar fue repartido entre las diferentes embarcaciones, utilizando para ello los botes de desembarco. Los hombres que habían sido heridos durante el asalto fueron atendidos sobre cubierta y los demás pudieron descansar. Sin embargo, mantuvieron fuertes guardias ante la posibilidad de ser asaltados en venganza por la agresión a los arrabales sanluqueños. En la zona su presencia ya había sido denunciada, y ellos, conocedores a grandes rasgos de la geografía del lugar, no sabían empero en dónde podría haber fuerzas capaces de causarles bajas inesperadas o daños significativos. En consecuencia, no podían darse el lujo

de descuidar su seguridad.

En efecto, las comarcas aledañas estaban sobre aviso y sus pobladores, ante semejantes noticias, se alejaban de la ribera del río. La alerta se extendía hacia Sevilla, lugar en el que se concentraba mayor cantidad de gente de guerra. Pero el anuncio de la tragedia se demoraría debido a las distancias.

Sobre las aguas del Guadalquivir, el trío de jabeques que servían de guías iban marcando el buen camino. A lo largo de la mañana avistaron a babor las marismas de Doña Ana, vastos pantanos hogar de garzas y pequeñas aves de colores. Apostados en las ramas y tocones que asomaban del agua junto a la orilla, los cormoranes siguieron con la mirada aquella extraña manada de almadías gigantes, llegadas nadie sabía de dónde. A estribor desfilaban las salinas y las marismas de Bonanza, y más allá se presagiaba el pinar de Algaida.

Sobrevolando esos pinos, los milanos oteaban inquietos la columna de velas hinchidas que se dirigía a Sevilla.



Ese segundo día de julio, los pocos pescadores que habían quedado en Rota —puerto situado donde la bahía de Cádiz se abría al Atlántico— vieron pasar la armada infernal, navegando lejos de la costa. Era mediodía: el sol borraba las sombras y el calor era asfixiante. A lo lejos aún se percibían restos de la humareda que delataba la devastación sufrida por los gaditanos.

La jornada anterior, después de sexta, un jinete llegado desde Sanlúcar y de camino a Cádiz había dado la noticia del ataque sufrido en su pueblo mientras cambiaba de montura. Antes de proseguir viaje habló de

más de un centenar de naves cruzando la Barra, y de cañoneo, y de caseríos destrozados. Esa misma tarde, marineros gaditanos que habían logrado escapar milagrosamente al asalto a su villa encallaron su chinchorro en la playa y narraron una historia del mismo jaez.

Aquellas eran dos flotas atacando a la vez por distintos puntos. Y según parecía, había tropas en tierra. Nadie sabía si estas últimas se dedicarían a asolar la región, pero entraba dentro de lo probable. Moría el sol del primero de julio cuando el miedo inundó a raudales los latidos de las venas y la gente de aquel puerto comenzó a distanciarse de la costa.

Mientras se marchaban de Rota esa noche, muchos pudieron percibir los brillos de algunos fuegos alumbrando tenuemente la línea de horizonte, hacia naciente. Y a la mañana siguiente, antes del paso de aquellos barcos del demonio, aún flotaba una niebla espesa sobre la salida de la bahía. Para esa hora Cádiz ya era un cementerio de barcos, casas y personas. Y tal vez en la neblina se ocultaran las almas de esos barcos, esas casas y esas gentes, saturando el aire con sus quejas inaudibles.

Las enormes naves que superaban Rota viajaban hacia el estuario del Guadalquivir, deshaciendo el camino que habían recorrido un par de días antes, de noche y sin ser vistas. Iban vacías de tropa, únicamente tripuladas por marineros y cargadas con los botines del saqueo a la villa gaditana. Los que divisaron sus perfiles se santiguaron, preguntándose quiénes eran aquellos condenados. La única respuesta que obtuvieron fue el chillar de una bandada de gaviotas reidoras de caras negras, que volaba bajo en dirección al norte de África.



Cuando esos mismos barcos cruzaron el mar por delante de Chipiona, un poco más tarde, el único testigo de su paso fue la estatua gótica de madera negra de la Virgen de Regla. Los habitantes habían abandonado la villa y el puerto, escapando del riesgo de ser alcanzados por sus cañones.



Al tiempo que la primera armada dejaba a estribor las marismas de Bonanza y la segunda avanzaba sobre Rota y Chipiona, las tropas que esta última había desembarcado en Cádiz atravesaban el río Arillo y numerosos caños y pantanos, y arrasaban el pequeño pueblo de Isla de León. Ese villorrio servía de nexo entre el puerto gaditano y la región de Chiclana, en tierra firme. La resistencia allí fue débil: de hecho, la mayor parte de los habitantes se había dispersado en franca desbandada en dirección a Medina Sidonia, prevenida el día anterior por los vecinos de los arrabales de Cádiz. Mientras medio millar de hombres se encargaba de hacerse con un botín ciertamente mísero, el resto de la tropa cruzaba el caño Sancti-Petri por el puente Suazo y seguía bordeando lentamente la bahía, encontrando alguna oposición aquí y allá por parte de grupos dispersos de campesinos, marineros, soldados retirados y algunos valentones sin oficio.



A la tarde, y luego de rebasar más caños y marismas y dejar de lado la villa de Chiclana, los invasores entraron en Puerto Real, una localidad también abandonada. Y allí pasaron la noche de aquel funesto dos de julio, preparándose para salvar las bocas de los ríos San Pedro y Guadalete y

continuar su marcha hacia el norte, por cañadas, pinares y dehesas, en dirección a Jerez.



Iriarte se había hecho con un par de deslucidas cabalgaduras en una Chiclana casi desierta, y sobre ellas había enviado a dos de sus soldados hacia Medina Sidonia. Demorarían en llegar, pero era necesario que la gente del Duque estuviera al tanto de lo que había ocurrido en Cádiz y en Sanlúcar. Aunque quizás los muchos pobladores de la costa y de la bahía que se estaban desplazando hacia el interior ya se hubieran dirigido hacia allí e informado de lo acontecido.

Con el resto de sus hombres, se alojó en un mesón solitario de las afueras del pueblo. Todos necesitaban descanso tras las emociones y las marchas forzadas a las que se habían visto sometidos en las últimas jornadas. Al día siguiente partirían hacia Medina Sidonia, siguiendo las huellas de sus mensajeros e intentando recabar novedades por el camino.

Era la noche del dos de julio. Sólo Dios sabía qué estaría sucediendo en las villas vecinas. Aunque, pensándolo bien, probablemente Dios no supiera nada de todo ese asunto. Viendo dormir a Hernán, aquel mozo que los había acompañado desde Cádiz y que él había tomado a su cargo, el alférez se preguntó cuántas veces otros pueblos y otras gentes habían sentido, gracias al hacer de manos españolas, el mismo espanto y la misma rabia que ellos sentían al verse invadidos, asesinados, saqueados, destrozados. Pensó en Canarias, pensó en el norte de África. Pensó en las crudas hazañas que muchos veteranos de guerra referían entre jarras de vino acre; pensó en los esclavos que se vendían en Sevilla, arrancados de sus familias y sus casas, de sus tierras y sus vidas.

—Si seguís pensando en voz alta como es vuesa costumbre, mi señor, no podremos dormir ninguno de los dos— le dijo el muchacho, entreabriendo los ojos y bostezando.

—No sabía yo que así lo hiciera, zagal. Creído era que mis labios no se despegaban en pensando para mi...

—Así lo hacéis siempre, mas no os congojéis, que algunas cosas se aprenden de lo que a todas horas murmuráis «para vos».

—Excúsame pues... Duerme, duerme, que harta falta te hará el descanso en lo que viene.

Iriarte retomó el curso de sus pensamientos —esta vez sin abrir la boca— intentando averiguar qué o quién habría creado las diferencias, los odios, las armas, las guerras, las villanías, las mezquindades. ¿Quién había abierto esa caja de Pandora?

Sin hallar respuestas, se durmió. Y en sus sueños sólo encontró más preguntas que no podía contestar.

XII

KAAN PEECH, 1493

Los mercados están llenos de mugeres e ombres que trocan sus mercancías, que son de todo jaez e tipo, e grande asombro causaron en los nuestros. Hay allí piedras verdes e roxas de fino grano, frutos de muchas clases de árboles, e plumas, e pieles, e harta pesca e grande caça, que truxen de todos los rincones de aquella tierra e mercan en esa villa e puerto.

Crónicas de la Serpiente Emplumada, tomo II.

El 12 de julio de 1493, los dos balandros españoles, tras delinear por mar todo el norte y parte del occidente de la península de Yucatán, hallaron una ciudad importante que se asomaba sobre la costa, en medio de la exhuberancia y la desatada vitalidad de la selva. Desde el agua, aquella villa se veía espléndida, inmensa. Sus edificios, sus torres y sus monumentos se erguían, blancos y brillantes, a la luz del sol del amanecer, que teñía levemente de arboles sus paredes cubiertas de gigantescas pinturas y relieves.

Era aquel un puerto grande, o al menos así pareció a los hispanos. No habían entrevisto más que localidades pequeñas a lo largo de su viaje desde Haití, a excepción de algunos villorrios más o menos notables en

Kosom Lu'umil y el oriente de Yucatán, de los cuales se habían alejado por precaución. Pero ahora ya no quedaba margen para sentir temor. Aquel era un lujo que no podían permitirse. El hastío del viaje y el agotamiento físico y mental se sumaban a un hecho fundamental: no estaban seguros de saber, a ciencia cierta, qué hacían allí. La duda era lo único que no les había abandonado a lo largo de todo su periplo. Y a su lado se instalaban de nuevo el desánimo y la debilidad extrema. Acuciados por ambos, su objetivo inmediato volvió a ser encontrar un lugar donde descansar, reponerse y aclarar sus ideas, sus proyectos y sus planes. Les era imperioso poner todas sus cartas sobre la mesa y decidir, un vez más, qué harían después. Pero a bordo de sus botes, enfermos de disentería, con las fuerzas mermadas, perdiendo uñas y dientes por las *niguas* y el escorbuto, devorados por los piojos y las pulgas, hambrientos y desorientados, esa tarea se presentaba poco menos que imposible.

La población con la que fueron a dar se extendía a lo largo del litoral y hacia el interior: las típicas casas itzáes, y otros edificios más sólidos y de mayor categoría, parecían abrazar un área elevada, erizada de torres y grandes construcciones que quizás fueran palacios, o templos tal vez. Aun desde lejos se alcanzaba a divisar grandes estatuas y estelas, y una muchedumbre que se movía como una tropa de aquellas hormigas legionarias que devastaban un bosque en minutos. Era una imagen sobrecogedora que, por un lado, llenaba de angustia a los aventureros, pero que, por el otro, les daba alguna esperanza de alivio en sus fatigas... y de muchas otras cosas.

El segoviano Escobedo no perdía detalle de aquella vista, buscando captar la mayor cantidad posible de impresiones y pormenores para luego relatar los hechos de esa mañana en alguna página de sus «Crónicas». La escritura era el único elemento que el hombre había encontrado para poder mantenerse vinculado a la vida, a la realidad y a la cordura. ¿Cómo hablaría

de la multitud de barcas que descansaban sobre la playa de arenas amarillas? ¿Qué adjetivos usaría para narrar el escándalo provocado por los cientos de «pardelas» que planeaban sobre el puerto? ¿Cómo explicaría con palabras la inquietud de sus compañeros y su propia inseguridad acerca de lo que traería ese nuevo encuentro, ese acercamiento? ¿Cómo describiría en su bitácora de viaje el magnífico esplendor de aquellos edificios que, luego de semanas y semanas de jungla, costas coralinas, manglares y pantanos, les resultaban dignos del Gran Khan? Haría falta mucha tinta, mucha inspiración y unos cuantos días de paciente escritura para dejar constancia de todo aquello.

Quizás fuera esa una provincia poderosa y un puerto importante de los reinos de Indias. Tal vez, finalmente, el destino había permitido que llegaran a esas tierras que había prometido descubrir el Almirante cuando requirió voluntarios para atravesar el Mar de las Tinieblas. A lo mejor el dios al cual elevaban, de vez en cuando, sus salves y credos —y cuyo símbolo llevaban algunos colgando al cuello— les estaba abriendo una pequeña puerta y por fin todos sus esfuerzos y sacrificios valieran la pena. Puede que allí encontraran metales, piedras y especiería que les permitieran soñar otra vez con volver, ricos y poderosos, a sus hogares y a sus villas.

Pero aún no era momento de pensar en el regreso. Muchos habían perdido las esperanzas de retornar a tierras castellanas y empezaban a creer que la opción del muchacho que se quedó en Kosom Lu'umil no había sido tan descabellada. Al fin y al cabo, si la mala salud, las liendres, la comida agusanada, el agua corrompida, las alimañas y frutas venenosas o los naturales de aquel país no acababan con ellos, lo harían los años o el cansancio. Y entonces, ¿de qué servirían el oro y las riquezas? Además... ¿cómo llevar noticias de aquellos descubrimientos a Castilla? ¿Volvería el Almirante a por ellos algún día o los habría olvidado, dejándolos abandonados a su suerte? ¿Podrían quedarse allí, en ese mundo nuevo?

¿Podrían convertirse en habitantes, o incluso en señores del lugar, y disfrutar de los beneficios del poder, la prosperidad y la abundancia?

Eran muchas las preguntas y las incógnitas que rondaban en aquellos encogidos corazones. Y, lamentablemente, su propia desazón no hacía sino aumentar el eco de las mismas.

Varias *canoas* de gran porte salieron del puerto para recibirlos. Los hombres desconfiaron: los seis arcabuceros sacaron presurosamente de sus morrales cadenas, pedernal y yesca y se ocuparon de encender las mechas de sus armas y cargar con rapidez balas y pólvora en los caños, mientras otros tenían prestos hierros y ballestas. Muchos comprobaron el filo de sus armas, deslucidas ya, poco pulidas y cubiertas algunas de una notable capa de orín que las opacaba. Estaban realmente exhaustos, hambrientos, sucios, incómodos. Se sentían más débiles que tras la llegada a Kosom Lu'umil, después del viaje por el norte de Cuba. Precisaban averiguar hacia dónde iban, qué buscaban, qué pretendían. Debían acallar sus miedos y darle un sentido a su aventura.

Las grandes barcas itzáes iban repletas de guerreros fuertemente armados con arcos, flechas, venablos y lanzas. No se acercaron ni parlamentaron. Sólo se limitaron a escoltarlos hasta la playa, en la cual se encontraba varada una infinidad de sencillas embarcaciones. El pueblo itzá había sido, en los viejos tiempos, parte de una agresiva nación de comerciantes y navegantes que habían emigrado desde las tierras del suroeste cuando aún eran llamados *putún*. Conocían todas las rutas costeras entre Chak'an Peten, más al sur de aquel sitio, y las costas del pueblo pipil, leguas y leguas al sudeste de Kosom Lu'umil. Y fueron los fundadores de una destacada civilización que, mucho más tarde, tras un par de siglos de reyertas internas, se desharía, dejando tras de sí grandes ciudades cubiertas por la selva como Chichen Itza o Uxmal. Para aquel entonces, la estrella de los itzáes y sus hermanos de raza declinaba: eran sólo grupos dispersos,

pueblos con nombres distintos que transitaban las selvas de las tierras bajas del Yucatán y Peten y las altas montañas de Cuauhtemallan.

Los españoles, a una orden de Diego de Arana, dejaron anclados los balandros de fondo plano a unos pocos centenares de varas de la orilla y desembarcaron sin siquiera hacer uso de los chinchorros: el agua, aun tan alejados de la playa, les llegaba sólo a la cintura. Era aquella mar tan diáfana que permitía ver con total nitidez un fondo de arena suave y casi blanca. Algunos hombres se dejaron caer pesadamente entre la espuma, intentando que las costras de suciedad, sangre seca y barro que los cubrían se desprendieran, y que las olas mansas se llevaran, de paso, su miedo y su recelo. Sus cabellos se ablandaron y se desenredaron un poco; también sus tupidas barbas, que no habían podido rasurar en ningún momento, preocupados como estaban por asuntos de mayor calibre. Bajaron con ellos los hierros y arcabuces, sus morrales y algunas alforjas de rescates, y dejaron a cinco hombres vigilando los barcos, donde aún conservaban fruta y pescado seco, pólvora, munición, las dos culebrinas, simiente, herramientas y otros bienes. Las *canoas* que los habían conducido hasta allí eran encalladas y sus tripulantes desembarcaban, con las armas listas y las miradas tensas.

Parecía que los locales sabían de su presencia en la región y que los aguardaban preparados. Los esperaba una comitiva a la cual hallaban familiar, por ser similar a la que les había dado la bienvenida en Kosom Lu'umil. Pero los trajes que vestían aquellos hombres eran de un esplendor que ellos jamás habían visto. El *batab*, el señor principal, portaba un atuendo riquísimo, engalanado de pedrería, coral y conchillas. Su tocado era de larguísimas plumas verdes, de las cuales, a simple vista, podían contarse más de medio centenar. Llevaba sobre los hombros una piel de felino y en los brazos y tobillos, pulseras de jade. Hermosos adornos dorados se incrustaban en sus orejas y en su nariz, y sus sandalias eran de brocados

finísimos, pulcramente entrelazados en los tobillos. Los bordados de su *ex* delataban su poder, su alto nivel social y su riqueza: toda una cohorte de seres fabulosos parecían correr —como convocados por encantamientos— a través de aquellos blancos paños de algodón que lo cubrían.

Los guerreros que lo acompañaban, por su parte, no mostraban menos magnificencia. Sus brazos, oscuros y robustos, estaban marcados con tatuajes y pinturas, y ceñidos por abrazaderas y pulseras de jade y turquesas. Sus rostros resultaban feroces, horadados sus labios y nariz por una multitud de adornos, y sus lóbulos —que aparecían cruelmente raspados, como los de muchos otros itzáes— se estiraban con el peso de las orejeras. En cuanto a sus armas, eran verdaderas obras de arte: bastones de madera delicadamente tallada, con engarces de obsidiana filosos como navajas a ambos lados. Llevaban fajas bellamente bordadas y teñidas, y collares con anchas placas doradas. Sus cabellos azabaches se elevaban más allá de sus alargadas cabezas, atados como una cola y cuidadosamente aderezados.

Los dos grupos, enfrentados, se miraron con curiosidad y no poco asombro. De cómo se actuara allí dependía el futuro de la hueste hispana.



Las palabras fueron semejantes a las dichas en Kosom Lu'umil, aunque ahora los españoles tenían algunas respuestas para los saludos y las preguntas.

—*Ki'ki't'àantabah*— comenzó el acompañante del *batab*, un *ah kulel* o ayudante del señor principal que oficiaba allí de vocero.

—*Ki'ki't'àantabah*— respondió Rodrigo de Jerez, que se había convertido en lenguaraz del grupo, pues algo de la lengua itzá había aprendido durante su estadía en Kosom Lu'umil. El andaluz dio un paso y,

mano al pecho, pronuncio lentamente su nombre: —Rodrigo *in k'àaba'*.

Hubo un murmullo entre el grupo de los itzáes. ¡Cuán raros eran los nombres de esa gente! ¡Cuán extraña sería su lengua! ¡Qué curioso era su aspecto! ¡Y qué sucios iban! El *batab* murmuró algo a su acompañante, el cual, dirigiéndose al andaluz con un gesto de la mano, exclamó:

—*Koten u taal in paakatik a ich!*⁴³

El español se acercó, mientras sus compañeros acariciaban, nerviosos, los gatillos de los humeantes arcabuces y no perdían de vista los movimientos de la escolta de guerreros itzáes. Estos devolvían las miradas con similar expectación.

El *batab* del lugar estudió largo rato, con suma curiosidad y detenimiento, al andaluz. Se fijó en las largas barbas, las cejas y los bigotes espesos que llevaban todos ellos, una costumbre asaz diferente a la itzá de depilarse esmeradamente cara y cuerpo para no dejar un solo vello que afeara su piel cobriza. Observó el pelo largo y enmarañado, la piel —quemada pero más pálida que la de los suyos—, los ojos más grandes y más claros. Notó que no llevaban tatuajes, ni pinturas, ni señales de ellas, y que sus orejas, labios y nariz no estaban perforados. Y contempló largo rato la cruz de madera que pendía del cuello del extranjero. Todo aquello le provocaba asombro, lo mismo que al resto de sus hombres.

Pero no era sólo eso. Había, también, mucha desconfianza y cierto malestar. Tanto el *batab* como su *ah kulel* eran gente instruida y conocían la historia y los textos sagrados y proféticos de su pueblo. Una antigua leyenda hablaba de un dios, Kukuulkaan, que había partido hacia el oriente tras edificar algunas torres allá en Chak'an Peten. Y una profecía de los sacerdotes que ellos llamaban *ah kino'ob* mencionaba que unos extraños

⁴³ En maya yucateco, «Ven para que vea tu cara».

barbados vendrían del este. La profecía advertía que de la mano de esos hombres —que debían ser recibidos con respeto— podrían llegar el engaño, el mal, la enfermedad y la violencia.

Los maderos humeantes que llevaban los recién llegados en sus manos, y aquellas armas de opaco y sucio metal blanco que pendían de sus cintos estaban lejos de tranquilizarles. Pero resolvieron que gentes extrañas en esos horizontes, en tan escaso número y con tantas y tan evidentes trazas de agotamiento, no estarían en la mejor posición para atacar.

El vocero itzá hizo una pregunta larga, compleja, que se perdió en el aire.

—*Ma' tin na'atik*— dijo el español, confundido y avergonzado, a la vez que se giraba hacia sus compañeros y se encogía levemente de hombros. «No entiendo» repitió por lo bajo.

El itzá intercambió unas palabras con su *batab*. Luego les hizo entender que eran bienvenidos a aquel lugar, llamado Kaan Peech, y por señas casi, preguntó de dónde venían. Rodrigo señaló al este. Vocero y jefe cruzaron una mirada llena de significados y presagios. En efecto, aquella gente muy bien pudieran ser a quienes se referían las leyendas y profecías.

—*Tu'ux ta bine'ex?*— fue la nueva pregunta.

—¿Que «dónde vamos»? A *Éek' kaab*— contestó el intérprete. La respuesta pareció hacerles gracia: *Éek' kaab* estaba a cientos de leguas de allí. Pero, aun así, continuaron con sus indagaciones.

—*Éek' kaab? Ba'axten?*

—*Tumen...*— el español dudó. No conocía las palabras para aclarar aquel «¿por qué?». Se volvió desesperado hacia Arana, Escobedo y el resto de sus compañeros, musitando algunas frases inconexas. No quería malograr el diálogo, del cual dependería en gran medida su supervivencia. Arana

rezongó. «Dile que queremos oro», le indicó por lo bajo. Escobedo llevaba la desaprobación pintada en la cara.

—*Taak'in k k'áat...*— intentó explicar, con los pocos vocablos que sabía, el hispano.

—*Taak'in?*— replicó el itzá, cada vez más interesado por las respuestas obtenidas.

—*He'ele'... Taak'in*— asintió. Abriendo su alforja con mucha prudencia, mostró algunos de sus rescates —cuentas de vidrio y cascabeles— al tiempo que, ayudándose de la mímica, expresaba el interés suyo y de sus compañeros en intercambiar el oro por aquellos bienes.

Los dos itzáes evaluaban cuidadosamente una situación que no les gustaba en absoluto. Parlamentaban entre ellos en voz baja. Los extranjeros podían ser emisarios de las divinidades, que habrían cruzado el mundo en almadías para llegar a esas tierras. Cansados y exhaustos, seguramente necesitaran el alivio de la comida y el reposo para seguir adelante. O podían no serlo, lo cual empezaba a parecer hartó probable. De hecho, ni siquiera sabían dónde estaban. Si buscaban ese metal dorado —que ellos acostumbraban alear con cobre y usar como mero adorno— sus razones tendrían, ciertamente. Pero, por las dudas, preferían que no encontraran mucho de ese bien en Kaan Peech. Más al sur, quizás. En Chak'an Peten. Allí podrían hallar *taak'in*.

Ambos hombres decidieron que los acogerían allí y averiguarían quiénes eran, de dónde venían realmente y cuáles eran sus intenciones. Y si, a fin de cuentas, resultaban ser peligrosos o molestos, los prenderían y los ofrecerían como prisioneros a los *ah nakomo'ob*, los sacrificadores. O los mandarían más al sur, lo cual tampoco era mala opción: serían los de Chak'an Peten —con quienes los de Kaan Peech tenían eternas diferencias y reyertas— los que deberían lidiar con ellos, y no las gentes de esa ciudad y

ese puerto, que tenían bastante con preocuparse de sus propios asuntos.

—*Bix a k'àaba'*?— inquirió nuevamente el *ah kulel*.

—Rodrigo *in k'àaba'*.

—*Lutriku* ...— pronunció dificultosamente el vocero. —*Taak'in ti Chak'an Peten*— dijo de la forma más sencilla posible, al tiempo que extendía su brazo hacia el sur, simulando bordear la costa.

—¿Chacanpetén?— repitió como un eco el español.

—*Lelo' in a'alik tèech*⁴⁴— zanjó el otro. El andaluz se dirigió a sus compañeros y les explicó que allí no había oro, y que aquel hombre decía que estaba más al sur.

—Lo que tú digas, mozo— ironizó Arana, crispado. —Seguro que lo que esos alabarderos llevan colgando del pescuezo es de plomo pintado, ¿verdad?

Los españoles comenzaron a murmurar. «Mienten como bellacos, por mi ánima», opinaba Pedro de Lepe. «Aquí ha de haber oro y hartas riquezas como para llenar cofres. Vean vuestas mercedes esas apariencias y toda esa galanura». «Catad las muchas gentes armadas que con ellos llevan», decía el onubense Diego Lorenzo. «A fe que no quisiera yo verme ensartado en una de aquesas picas», rezongaba uno de Lequeitio. «Un poco de plomo y acero, buena medicina han de ser», proponía el primero. «Sí, como en la ínsula do dejamos finados a seis», recordó Luis de Torres. Diego de Arana pidió calma y dijo que, en su opinión, nada perdían con quedarse allí descansando unos días y comprobar por sí mismos cuánto de verdad había en aquello.

⁴⁴ En maya yucateco, «Eso es lo que te estoy diciendo».

Todos estuvieron de acuerdo. El vocero itzá llamó la atención de Rodrigo de Jerez.

—*Behla'e', koteh yéetel to'on... Koteh, hanaleh!*⁴⁵

El *batab* dio unas rápidas órdenes a su escolta, mientras su *ah kulel* indicaba a los españoles que los siguieran. Arana advirtió a sus hombres que se abstuvieran de hacer sandeces hasta más ver, pues lo único que faltaba era que alguien robase, hiriese o violase y tener que salir de allí como ladrones nuevamente. Y ya de paso, agregó que apagasen las malditas mechas de los arcabuces. Todos se pusieron en movimiento al tiempo que, con cierto disimulo, los seis arcabuceros mojaban sus dedos con saliva y apagaban el extremo de sus humeantes cuerdas.

Con un silbido, los guardias de las embarcaciones fueron avisados para que se acercaran con sus cosas. El lenguaraz castellano intentó explicar al vocero itzá que necesitaban vigilancia en sus balandros, pero el hombre lo miró extrañado y le dejó claro con un par de gestos que allí no necesitaba proteger sus bienes de nadie: ninguna persona los tocaría, ya que ellos se encontraban bajo la protección del *batab*. Osar robar alguna de sus pertenencias equivaldría a la muerte. Y lo mismo les esperaba a aquellos invitados o huéspedes que no retribuiesen con la misma actitud la confianza del gobernante.

Aun así, los españoles se preocuparon por dejar los barcos listos y por cargarse encima todo lo que les fuera de utilidad, incluyendo munición, pólvora, armas y sus alforjas. No olvidaban Kosom Lu'umil ni las amenazas de Haití. Nunca las olvidarían.

Lentamente, la columna de hombres —locales y visitantes— se abrió paso entre la multitud de lugareños que, a respetuosa distancia, se

⁴⁵ En maya yucateco, «Ahora venid con nosotros. ¡Venid, comed!».

apiñaban para ver a esos recién llegados tan raros, con esas ropas hechas jirones y esas madejas de pelo mugrientas y enredadas en las cabezas y en las caras. Todos se encaminaron hacia la gran ciudad, que levantaba sus torres y casas por encima del calmo litoral.



Aquella población era mucho más grande de lo que habían imaginado cuando se aproximaban a la orilla guiados por las *canoas* itzáes. Luego de cruzar un pequeño arrabal de pescadores, atravesaron sin prisa un mercado muy concurrido, donde se vendían cuencos de leño, canastos, cacharros de barro, armas, herramientas de piedra y madera, telas de algodón primorosamente tejidas, plumas de mil colores y todo tipo de alimentos. Allí había desde tortugas de mar hasta venados, pasando por aves y una infinita variedad de peces que eran faenados en el suelo o sobre tablas, formando canalillos sanguinolentos y alimentando enjambres de moscas. Las frutas y los productos de la tierra se apilaban por fanegas encima de mantas de tonos vivos, ordenados en pirámides e hileras, sus colores combinados con un gusto exquisito. Había espuertas de palma llenas de *ají* y finos cestos de juncos colmados de tubérculos; arrobas y arrobas de bolas de goma *yiits*⁴⁶ y de caucho —desconocidas para los hispanos— y artesanos trabajando la piedra y el cuero. Las montañas de mazorcas de maíz de gruesos granos, los montones de calabazas, los recipientes con cera y miel, los sacos de sal marina y los inmensos atados de hojas de tabaco se extendían por doquier. El aire estaba saturado del aroma de las flores unido al de la resina *pom* y al típico olor de los mariscos. Cientos de voces gritaban sus ventas, otras tantas pedían sus compras y negociaban los

⁴⁶ Goma de mascar que los mexicas llamaban *tziictli*.

precios. Aquel ambiente se deslizaba, vertiginoso y alucinante, ante la vista de los españoles, mareándolos.

En su mayoría, quienes se ocupaban de los puestos eran mujeres tocadas con una especie de turbantes moriscos, pero hechos de fibras coloreadas. Parecía que sostuviesen el arco iris sobre ellas, con todo un espectro de matices luminosos remarcando sus bellos rostros oscuros, sus cabezas alargadas, sus finos perfiles curvos. Algunas llevaban los brazos delicadamente tatuados; otras exhibían narigueras de ámbar, pendientes de plumas y collares de semillas o conchas relucientes. Vestían faldas y una larga saya por encima, ceñida a la cintura con una faja. Era curioso, pero en ningún momento vieron monedas en las decenas de transacciones de las que fueron testigos. Notaron, en cambio, que había quienes manejaban unos granos de color oscuro, como almendras, para intercambiarlos por los productos en venta. Otros usaban cuentas de jade, conchas rojas y placas de cobre. Y otros tantos directamente trocaban las mercancías, como habían visto hacer en Kosom Lu'umil. Los recién llegados se preguntaron si existiría el dinero en aquellas regiones, que no aparentaban ser tan «primitivas» y «salvajes» como las islas de Cuba y Haití. No hallaron especias, ni pimienta, ni piedras preciosas, bienes todos que, al fin y al cabo, eran los que iban buscando. Se toparon en cambio con enormes frutas *ya'* y *poox* de tonos anaranjados, con frutos de *p'aak* de color carmesí, con aguacates, jícamas, *batatas* y *yucas*, con rollos de hilo *kih*⁴⁷, y con pieles de felino *báalam* manchadas nebulosamente, que poseían esa textura tan suave y única. Descubrieron enormes *tiburones*, *manatíes* de abundante grasa y pavos abiertos al medio, así como perros despellejados y listos para ser cocidos, y otros tantos ladrando aquí y allá. Y viejos fumando tabaco en tubos de barro o de caña, y una multitud de niños descalzos —los varones

⁴⁷ Voz maya para la fibra de agave conocida como «henequén» o «hilo sisal».

con sus *ex* cubriendo su cintura, las niñas con sus faldillas—, y madres cargando bebés sujetos a la espalda de una manera muy curiosa, o llevando a sus críos más pequeños sobre la cadera izquierda. Y se cruzaron con vendedoras que espantaban los insectos de su mercancía agitando continuamente un manojo de hojas de palma por encima. Y con hombres semidesnudos que portaban enormes bultos en mantas que anudaban sobre sus frentes y apoyaban sobre sus hombros y espaldas, y con mujeres deliciosamente arregladas, con abanicos de plumas rojas y amarillas, cabellos bellamente recogidos y trenzados, dentaduras limadas con forma de sierra y mejillas delineadas con pinturas y ungüentos bermejos.

Todo eso fueron registrando sus sentidos. Vida de pueblo, latidos de mercado, voces de gente común. Había muchas cosas con las que se encontraban por vez primera. Esas los asombraban, y excitaban su ya débil y gastada imaginación. Pero no vieron ninguna grandeza como las esperadas en tierras de Indias, en el Catay, en el Cipango, esas grandezas de las que hablaba el Almirante cuando cundía el desánimo en sus carabelas. Quizás más al sur, en ese lugar que habían llamado Chak'an Peten. ¿Tal vez allí?

Pasado el mercado, transitaron por una avenida amplia que conducía a una especie de palacio de piedra y estuco. La portada parecía enjalbegada, cuidadosamente alisada y decorada, y presentaba amplias áreas de piedra gris en las cuales destacaban cuidados bajorrelieves similares a los que habían visto en Kosom Lu'umil e «Isla Mujeres», pero sin que la mano del tiempo y los dedos de la selva los hubieran arruinado aún. Y más atrás se distinguían las torres piramidales, con escaleras inmensas y una cámara en la cúspide. Todo el conjunto se veía muy bien cuidado y estaba en consonancia con la riqueza que exhibían sobre sí el *batab* y su séquito. Las casas se desperdigaban por los alrededores, y cuando comenzaron a ascender los pocos peldaños de la entrada de la morada del jefe principal, pudieron apreciar que aquella villa se extendía hacia los cuatro costados: era

amplia y estaría poblada al menos por tres mil familias.

Sería difícil escapar de allí con vida si tenían algún problema. Así pensaron algunos españoles antes de ingresar en la residencia del *batab*, la cual, desde ese preciso momento, sería la suya.



13 de Julio, 1493. La noche anterior habían podido bañarse y rasurarse cabellos y barbas con sus cuchillos. Sus ropas habían sido hervidas para quitar mugre, pulgas, garrapatas y demás porquerías, y serían reparadas en la medida de lo posible por los siervos del señor de la casa. Vistiendo — no sin desagrado— unos *exo'ob* a la usanza itzá, los hombres pudieron comer, beber y relajarse un poco. Luego descansaron en esteras preparadas para ellos en una de las cámaras de aquella enorme construcción, donde, por otro lado, los sirvientes ya habían depositado las pertenencias de los invitados. Para evitar posibles sorpresas, Arana organizó guardias de hombres que intentaron mantenerse despiertos a duras penas, mientras el resto caía fulminado por el agotamiento.

Aquella mañana comieron con gran apetito. Les sirvieron unas tortillas arrolladas que se llamaban *papaksul*, y que contenían huevo y una salsa de semillas machacadas; un estofado de pescado que habían denominado *mak kuum*; otro guiso de carne cocida, que presentaron como *ts'aamchak*; mazorcas asadas de maíz o *píib nal*; pasta de judías negras *bu'ul*; y una salsa de color rojo llamada *ha'sikil p'aak*. Finalmente, pudieron beber una bebida espesa, picante y oscura conocida como *chukwa'*, además del *k'eyem* de pasta de maíz, que ya habían probado.

No estaban acostumbrados a esos manjares, y quizás el sabor no era del todo de su gusto, pero, como sentenció el genovés Jacome —que no

había perdido su costumbre de hablar usando proverbios en su lengua— «*A chi a famme, o pan o ghe pa lasagne*»⁴⁸.

Una vez que hubieron dado cuenta de aquel copioso almuerzo, los hombres no disimularon demasiado el interés que sentían por saber qué frutos y riquezas había en aquellas tierras, y cuál era su valor. Ah K'u'uk'um Peech, el *ah kulel* que el día anterior había hecho de vocero del *batab* y que se había encargado luego de organizar la estadía de los visitantes, se ocupó de llevar a sus huéspedes a los almacenes de palacio y de mostrarles algunos de los bienes que, a través del comercio o de la producción, se podían conseguir en la región. Los españoles vieron entonces quintales de maíz tierno y seco, todo tipo de calabazas y frutas, muchísimo *ají* picante y sacos y más sacos de judías. De todo ello, los visitantes preguntaron nombres y condiciones. En una cámara anexa encontraron numerosos cestos y espuestas con las «almendras» que, el día anterior, habían visto utilizarse en el mercado.

—*Kakaw*⁴⁹— dijo Ah K'u'uk'um Peech, levantando un puñado de granos de un saco y dejándolos caer en cascada sobre el montón. Entre el reducido vocabulario que comprendía Rodrigo de Jerez y sus propias señas, logró explicarles que esa semilla era usada como moneda y que, además, se bebía cocida, como una pasta líquida, amarga o aderezada con hierbas, sal o picante. De hecho, la habían bebido esa misma mañana: era el *chukwa'*. Para los hispanos, la afirmación sonó como si los itzáes tragaran maravedíes. Aquellas almendrillas serían sin duda de gran valor entre ellos, así como las largas plumas verdes que usaban en sus tocados, y de las cuales se conservaban muchísimas en ese depósito. Pertenecían, según expresó el

⁴⁸ Proverbio genovés. «A quién tiene hambre, el pan le parece lasaña».

⁴⁹ Nombre maya de los granos de cacao.

itzá, a un ave llamada *kukuul*, pájaro que vivía entre el denso follaje de las selvas de las montañas del sureste. Había allí, además, muchas hojas de tabaco, y piezas de jade y turquesa, y conchas de colores, y algunas piedras de rara belleza pero desconocidas para los extranjeros. Todos aquellos elementos tenían, hasta donde llegaron a entender los hispanos, alguna connotación sagrada o de poder.

En un rincón de ese anexo alcanzaron a ver numerosas hachuelas de cobre y algunas láminas de oro. Un oro con tintes rojizos.

—*Taak'in...*— dijo Luis de Torres, mientras sus compañeros se deleitaban con la vista del metal.

—*He'ele'*— y se detuvo a contarles cómo fundían el oro del que disponían con cobre, convirtiéndolo en lo que los españoles conocían como «oro blando», impuro pero mucho más fácil de laborar.

—*Taak'in, tu'ux?*— preguntó Rodrigo de Jerez, insistiendo en el asunto a petición de Arana.

Al itzá esa insistencia no le hizo gracia. No lograba entender cuál sería el interés de los extranjeros por el oro y por saber dónde había tal metal. Algo en su interior se revolvió, inquieto. Conocía las sombras de la codicia humana y sabía hasta dónde era capaz de llegar el hombre por alcanzar lo que deseaba. Y no quiso traer problemas sobre su casa y su gente. Señalando al sur, pronunció de nuevo aquel nombre, *Chak'an Peten*, y agregó que se encontraba a pocos días de fácil navegación costera.

Ah *K'u'uk'um Peech* condujo a continuación a sus invitados fuera de aquella sala —hermosamente adornada, como todo el resto de la edificación— a través de un patio central en el que se abrían otros almacenes y anexos. Pero allí no hizo entrar a los visitantes. Ese gesto no pasó desapercibido ante los españoles, y todos se hicieron la misma pregunta: ¿qué demonios habría allí dentro?

Sin apresurarse, su guía los llevó a una gran explanada externa, desde la cual se veían las torres de las pirámides. Aquellas, les dijo, eran las casas de los dioses, las deidades del viento, de la lluvia, de la guerra, de la muerte... Y los españoles así lo comprendieron, más o menos. A continuación, el itzá señaló la cruz que Rodrigo de Jerez llevaba al cuello y le interrogó sobre esa suerte de *k'atab che*⁵⁰. Explicar que era el símbolo de su dios, un solo señor de cielos, tierras y gentes, le tomó un rato al andaluz, hasta que el hombre dio muestras de haber captado su significado. Y este concluyó entonces que sus visitantes no eran los enviados de Kukuulkaan.

Acto seguido volvió a valerse de sus dotes interpretativas para indagar sobre los objetos que ellos llevaban consigo: sus armas, sus calzados y el resto de sus pertenencias. Quiso averiguarlo todo sobre sus tierras, sus casas, sus señores y sus gentes. Le asombraba el vidrio coloreado que había entrevisto entre sus «rescates», y que él desconocía bajo aquella forma. También le fascinaba el hierro, ese metal grisáceo que no había localizado antes en ninguna de sus tierras. Pero poco aclararon los hispanos: por un lado, no tenían demasiadas palabras para hacerlo y no se sentían con ánimos para practicar el arte de la mímica. Por el otro, sus armas eran cosa suya y, de momento, preferían ser los únicos que conocían su naturaleza y su funcionamiento. Así pues, mostraron sus cuentas de vidrio, que en aquellas tierras semejaban gotas de piedra transparente, e intentaron explicar que procedían de un gran país, con montañas y ríos y enormes ciudades.

Al cabo de unas horas, cuando hubo dejado a los huéspedes en el lugar que les había sido asignado para su descanso, el *ah kulel* se reunió con su *batab* y le comunicó todos sus temores, todas sus sospechas y, en especial, las conversaciones ansiosas y los brillos que vio reflejados en los

⁵⁰ Antiguo nombre maya para la cruz. Literalmente, podría traducirse como «palos atravesados».

ojos de sus visitantes cuanto se percataron de las pocas planchas de *taak'in*. El *batab* oyó tales reflexiones con el semblante serio y la mirada perdida en algún punto distante, sin decir una sola palabra.



Dos noches después, un puñado de españoles, liderados por Diego de Arana —quien, curiosamente, contradecía sus propias órdenes— entraba a las salas de mercancías de aquella casa, armas y antorchas en mano, y comenzaba a revisar concienzudamente los bultos, las cestas y los paquetes.

Habían tenido tiempo de discutir el plan a seguir durante las tardes anteriores, mientras cada cual se entretenía como mejor sabía. Algunos lo hicieron fumando en largos tubos de caña pintados con greda blanca y bermellón; otros, quitando el orín y afilando sus hierros; y unos pocos, revisando sus ropas, que habían quedado decentemente dispuestas tras ser remendadas con sumo arte y cuidado. La opinión de Arana era que en aquella ciudad y en sus alrededores había oro y riquezas en abundancia. Escobedo, apartando a un lado sus «Crónicas», manifestó su desacuerdo alegando que el vocero nativo había sido muy claro al respecto.

—¿Y vos le creéis? Pues yo no...— escupió Arana. —Oro hay aquí, y también otras bondades que no nos han enseñado. Recordad, señor Escobedo, todas las cámaras que *olvidaron* abrirnos. Mucho me holgaría saber qué guardan allí.

El resto dudaba. Y se escucharon breves imprecaciones y suspiros profundos. «No han de mostrarnos sus tesoros como quien muestra un par de botas nuevas», apuntaba Martín de Urtubia. «Extranjeros somos, y se comprende que sean avisados y guarden sus asuntos y negocios para sí. Piensen vuestas mercedes lo que fazerían en su lugar». Una segunda voz —

la del repostero real, Pero Gutiérrez— se levantaba entre el murmullo general. «Muchas riquezas veo yo aquí, a mi parecer. Oro y plata han menester para mercallas, pues». Varios eran del mismo sentir: el cuento de los granos oscuros usados como moneda no les convencía demasiado. No era cuestión de dejarse engañar como niños. «*Chi l'è troppo bon, l'è un mincion*»⁵¹ afirmaba Jacome en genovés. Pero, por otro lado, muchos coincidían en que estaban hartos de viaje y aventuras, que sólo conllevaban hambre, privaciones y peligro. Y que meterse en problemas allí —donde habían sido recibidos en paz— significaría echar a perder una oportunidad valiosa de conocer mejor aquellas tierras y gentes, y de averiguar qué posibilidades futuras se abrían para ellos.

Arana terció nuevamente, diciendo que, en efecto, debían plantearse qué harían a partir de ese momento. Aquel era el fondo del asunto. El Almirante probablemente no volvería a buscarlos. Si fuera por él, todos hubieran perecido en aquella maldita isla de Haití a manos de los hombres de Caonabó, o hasta de Guacanagarí. *Ellos* habían salvado el pellejo, *ellos* habían hecho los verdaderos descubrimientos, todos anotados en las páginas del segoviano Escobedo. *Ellos* eran los que merecían el reconocimiento de sus Majestades de Castilla y Aragón. ¿Qué había llevado Colón como muestra de las riquezas de aquellas tierras? ¿Un par de frutos, un ridículo puñado de oro, unos nativos, unas aves de colores? *Ellos* podrían llevar productos de la tierra que sus conciudadanos jamás imaginarían, y piedras de valor incalculable, y hartas riquezas de otras clases y calidades, y un bello relato. Y oro. Mucho oro. Estaba seguro de que allí lo había a espuestas. Entonces recibirían honores en Castilla, cuando contaran sus aventuras y sorprendieran a nobles y príncipes con sus hallazgos. Y podrían olvidar todas las condenadas semanas de navegación, todos los miedos,

⁵¹ Proverbio genovés. «Quien es demasiado bueno es un tonto».

todos los muertos, todas las heridas y calamidades. Se convertirían en hidalgos ricos y poderosos, y quizás obtuvieran títulos nobiliarios y dominios, y podrían volver a aquellas tierras que ahora pisaban, pero con fuerte armada y hombres de guerra, para conquistar a esas gentes que se defendían con palos, piedras y flechas, armas débiles que nada podrían contra la pólvora y las espadas.

Los que encontraban ese punto de vista de su gusto asentían. Pero entre los menos dispuestos a creer en sus propuestas hubo quien preguntó, a viva voz, cómo se las arreglaría para regresar a Castilla, o al menos a Azores o a Canarias, teniendo en cuenta que aquellos balandros suyos de tablazonas gastadas apenas si resistirían dos meses más de navegación en aguas mansas. Arana expuso abiertamente su plan: obtener valiosa muestra de los bienes de aquellos lugares e islas, tornarse a Cuba, armar allí una embarcación más sólida y atravesar nuevamente la Mar Océana hacia el este.

La mayoría de los españoles quedaron boquiabiertos: ese proyecto era irracional. Ninguno de ellos podía imaginar siquiera cómo cruzar, en una cáscara de nuez armada a duras penas en Cuba, tan harta extensión de mar, enfrentando tormentas, hambre, sed y otras penurias. «*Zoro dago*»⁵², se decían entre ellos los vizcaínos. Pero tampoco veían muchas otras salidas o alternativas. Hasta que Escobedo alzó de nuevo la vista del papel y, mordiendo levemente la punta de su desflecada pluma de ganso, propuso que otra opción era quedarse allí y convertirse en señores en aquellos ricos territorios, que tanto producían y en los que tan bien se podía vivir. Todos callaron y se giraron hacia él. Por encima de su perfil aguileño, los ojos del segoviano brillaban. «Imaginen vuestras mercedes» explicaba el escribano «que entonces, con tanto poder, pudiérase construir harta flota, sólida y

⁵² En euskera, «Está loco».

resistente, que habemos entre nosotros artífices para ello. Y pudiérase comerciar con nuestros reinos de Castilla y Aragón, y Venecia, y Génova, y Flandes, y otros muchos. Piensen que sólo nosotros conoceríamos las rutas seguras y tendríamos la posesión del idioma y del trato con los naturales de aquestas tierras». Permaneció en silencio un momento y luego terminó su idea, antes de retornar a su escritura. «Su tiempo tomará, cierto es, mas podríamos concertar alianzas aquí. Los naturales de aquestas tierras no conocen muchas cosas que nosotros sabemos, nuestras artes y oficios. Y aquí hay otras de muy grande beneficio que nosotros podríamos aprender. Podríamos estarnos aquí unos años y hacernos con buenas riquezas. Que es para lo que vuesas mercedes cruzaron tan luenga extensión de mar, a mi parecer». Luego, mirando a Arana de soslayo, agregó: «Y los que quieran continuar sus aventuras de descubrimiento, pueden seguir haciéndolo, si les place. A fe mía que mucho hay por descubrir aquí aún, y muy bastante ocasión dello. Aunque digo que yo descubro muchas cosas todos los días sin que me sea menester moverme del sitio en el que me estoy parado. Y harto me place».

Para Arana, la proposición de quedarse allí y tratar con aquellos salvajes era casi un sacrilegio y una herejía. «¿Vestirá vuestra merced los paños de estos salvajes, que no tienen vergüenza ni conocen fe ni Dios verdadero? ¿Hablará su condenada lengua? ¿Se horadará los labios y orejas, y se pintará como hizo el marrano traidor de Balmaceda?». El segoviano ni siquiera levantó la vista de sus «Crónicas». «A fe mía que sí» se limitó a responder. «Mas si maese Arana, que es nuestro comandante por mandato del almirante don Cristóbal, tiene una idea mejor en la testa, ponella puede en práctica con todos sus artificios, y mostrarnos a los demás cómo logra todas esas lindezas que pretende alcanzar».

La propuesta de Escobedo no sólo era buena: era factible. Y, además, no implicaba arriesgar la piel en conquistas y asaltos. Significaba

poder detenerse en un punto, dejar la vida errabunda que llevaban, adquirir una posición, aprender cosas nuevas y prosperar. Y si la prosperidad traía riquezas, las riquezas traerían poder. Era aquella una posibilidad de la que se alejarían si, por algún milagro del destino lograban volver a sus tierras natales, tal y como insinuaba Arana. Allí, con toda probabilidad, sólo volverían a ser lo que siempre habían sido. No existía la certeza de que alguien les diera un título nobiliario o una renta en ducados de oro por haber arriesgado la vida en nombre de los reyes de Castilla y Aragón y haber retornado vivos para contarlo. Tal vez se convirtieran en una simple curiosidad, y quizás otros más poderosos se aprovecharan de su experiencia y se enriquecieran a costa de todos los sacrificios que ellos habían realizado. Puede que sólo recibieran algún regio agradecimiento... si es que llegaban con vida y salud para recogerlo. Y —todos lo sabían— los agradecimientos no se comían.

Los pensamientos de Arana, además de ser oscuros, eran imposibles de concretar. Pero, aun así, un puñado de españoles —los más arriesgados, o quizás los más desesperanzados— compartían su parecer y adherían a su proyecto.

Fueron ellos los que entraron a registrar los almacenes de aquella residencia. Y en un rincón, apilada en varios sacos, entre plumas y piedras verdes, encontraron una pesada y abundante carga de oro en bruto. «Lo sabía» se jactó Arana. Sus hombres, a su alrededor, sonrieron. El brillo de las pepitas de metal despertó la avaricia que dormitaba dentro de ellos.

Y al mismo tiempo, los gritos de los guardias del *batab* les erizaron la piel.

XIII

ANDALUCÍA, 1521

Ovieren grande número de esclavos e siervos en aquesta cibdad de Sevilla, de los quales muchos son de la color negra e vienen de las tierras que llaman Guinea e Ethiopía, e otros tantos son traydos desde las yslas Canarias, por otro nombre Afortunadas, e los fazen christianos e assí viven con ellos en las sus casas, sirviéndoles.

Crónicas de la Serpiente Emplumada, tomo II.

Con la salida del sol comenzaba la jornada para Dasil en aquella Sevilla inquieta, bulliciosa, cosmopolita y tan multicolor como las razas que la habitaban.

Era una ciudad morisca y medieval, abigarrada, de trazado tremendamente irregular, con calles estrechas y sinuosas que siempre estaban ocupadas por viandantes, caballerías, tenderetes, puestos, tinglados y mostradores. Pero, sobre todo, estaban siempre cubiertas de basuras y escombros. La primera impresión que tuvo Dasil al llegar a la villa, varias décadas atrás, fue el mal olor: ese tufo nauseabundo que apestaba por doquier a excrementos, aguas sucias, animales muertos y desperdicios. Las calles eran basureros por los que a duras penas se podía transitar. Dasil

estaba acostumbrada a los espacios abiertos de Gran Canaria, donde había nacido hacía casi sesenta años. Muchos creían que aquella viejita era guanche, pero ella se sabía canaria, nacida y criada en la isla que en su lengua se llamaba Tamarán, «el país de los valientes». Su tierra natal era un vergel de dragos y palmeras, de higueras y tabaibas, de barrancos profundos con aguas claras que bajaban de las cumbres, y de roques y peñascos desde donde podía verse la montaña picuda de la isla vecina, aquel Teide a veces coronado de nieves.

No, Dasil no era sevillana. Era una anciana esclava grancanaria a la que habían arrancado de su tierra el mismo año en que murió, en Arehucas, aquel gran guerrero de su pueblo que fue conocido como Doramas. Dasil había sido vendida en Sevilla cuando tenía veinte años, junto a muchas otras mujeres, muchachas y niñas canarias, y desde entonces servía a la misma familia. En la casa de patio amplio, jardín florido y diseño mudéjar, ella había aprendido el suficiente castellano como para poder desempeñar sus tareas, pero no gustaba de aquella lengua y seguía conservando, en su memoria más íntima, los sonidos de la suya, sus costumbres, sus recuerdos y la historia de su raza.

Por sus años de labor, Dasil ya era como parte de la familia a la que había servido; había ayudado a nacer a sus actuales amos, los crió, los vio crecer y casarse, y tener sus hijos. Había trabajado mucho y duro, como los otros cientos de esclavos —canarios, moros o africanos— que vivían en la villa. Ahora, con aquella edad, sus quehaceres se habían reducido: solía ocuparse de algunos recados menores, pues ya sus fuerzas menguaban y sus miembros no soportaban caminatas veloces ni cargas demasiado pesadas.

Generalmente salía temprano, sorteando baches y cojeando sobre el empedrado desparejo de las calles. A veces se dirigía hacia el río, al Arenal, por la puerta del mismo nombre. Más allá de la descomunal montaña de basuras que habían dado en llamar «monte del Malbaratillo», llevaba

mensajes a los cargadores de su amo, que era comerciante y trataba telas y vinos en el puerto. Otras, sus pasos cansados la conducían a algún mercado cerca de los Alcázares, en busca de alguna delicia particular que era del antojo de su ama, y a enterarse para ella de los chismes que se comentaban en corrillos y mentideros. A veces acompañaba a su dueña a misa a la Catedral, junto al minarete de la antigua mezquita mudéjar. Aunque ella — si bien había sido bautizada en la fe cristiana y con un sencillo nombre español, María— no compartía tales creencias. Dasil seguía sonriendo a Magec, el sol, y elevando sus pensamientos a Acorán. Y no había olvidado su temor a los perros oscuros que husmeaban entre los desperdicios, pues le recordaban a los *tibicenas* de su niñez: esos canes lanudos y negros que, para su pueblo, eran la encarnación tangible de Gabiot, el espíritu del mal.

Caminaba lentamente la canaria cada mañana. Solía detenerse en algunas de las fuentes que alimentaban los Caños de Carmona, los cuales traían el agua desde lejos, desde Alcalá de Guadaira. Allí se refrescaba y se miraba en el espejo ondulado del agua: su rostro de piel oscura, sus ojos marrones, sus cabellos ahora blancos, que en otros tiempos fueran negros y largos. Sonreía con pocos dientes ya, y agradecía que su cara no estuviera marcada al fuego como la de otros siervos, con la inicial del apellido de su amo, o con una cruz de San Andrés. O con aquella señal infame de la S y el clavo que era abreviatura de la palabra «esclavo».

Pasaba luego ante el mercado de vendedores de pescado, cuyas cargas se corrompían demasiado pronto en los veranos calurosos y lograban que el aire se volviera más fétido, más espeso e irrespirable. En ese momento recordaba Dasil la frescura y limpieza que traían los vientos alisios a su isla, y el mar de espuma que rompía en las costas volcánicas de Gáldar, allí donde ella se había criado. Y extrañaba todo aquello: el aire claro, la brisa, la sombra de las palmeras y el sabor de sus *támaras*. Despacio, despacito, añorando y cantando por lo bajo alguna endecha en su

lengua, Dasil recorría las tortuosas y estropeadas calles sevillanas.

Cruzaba la mujer otros puestos de comidas y algunas placetuelas, sorteando montones de estiércol de mula y charcos de aguas enjabonadas, ojeando aquí y allá alguna que otra mercancía. Saludaba a otras siervas como ella, con las cuáles ya habían compartido años y años de compras en los ventorrillos. Atravesaba las calles de los gremios: zurradores y chicarreros, batihojas y espaderos, aceiteros y menuderos, corredores de bestias y candeleros. Sus rumbos se encontraban con el de buhoneros franceses, monjas de Santa Clara pidiendo limosna, prostitutas izas y rabizas, caballeros de hábito, hidalgos, campesinos, escribanos, marineros galaicos, aguadores, cargadores, algún alguacil con su vara, canónigos en ricas cabalgaduras, notarios, monjes franciscanos, beatas de los emparedamientos de San Ildefonso. Miles de historias personales que se entretejían, coloridas y bulliciosas, a lo largo de su caminata.

Andaba Dasil por la parte trasera de huertas y palacios en los que exhalaban sus aromas el tomillo, el romero, las rosas, los jazmines y los mirtos, infructuosa defensa casera contra el nauseabundo ambiente. El sol castigaba la ciudad sin clemencia pero no lograba evaporar ese mal olor que, como la humedad, se conservaba en aquellas calles en las que muchas veces, debido a los infinitos saledizos, balcones y toldos, la luz ni siquiera rozaba el suelo. Miraba la canaria y veía mesones, garitos, bodegones, casas, capillas, corralas llenas de gente y gritos. Aquella urbe era un mosaico encapsulado dentro de un recinto redondo y amurallado por todos lados. Era un crisol de pueblos: mujeres moriscas vendiendo dulces cubiertos de miel, que conservaban algunas de sus usanzas en las ropas y los rasgos; prestamistas judíos fácilmente identificables; esclavos africanos de piel caoba; andaluces quemados por el sol de los campos y el sudor de varear olivas o segar trigales; rubios flamencos de ojos glaucos. Sevilla era también una babel de lenguas, habladas por genoveses, catalanes,

venecianos, bretones, portugueses, árabes, flamencos, vascongados...

Salía Dasil por alguna de las puertas que jalonaban las murallas de cal y canto —quizás por la Real o de Goles— y observaba desganada las torres, rememorando las casas de sus pueblos canarios, sus *almogarenas*⁵³, sus lugares de reunión. A pesar de todos los años que habían arado su piel con arrugas, aquella mujer aún sentía nostalgia de su época de *harimaguada*, cuando finalmente bajó la sangre y se supo mujer, y tuvo que retirarse a un sitio especial y bañarse a diario en el mar, lejos de la vista de los hombres. Se acordaba del lugar para *harimaguadas*, aquel *tamogante* en Telde, y cómo allí le habían enseñado todo lo que debía saber una mujer canaria.

Entre sus memorias también estaba la conquista hispana. Recordaba cuando el *guanarteme* de Gáldar, Tenesort, había sido apresado, y la resistencia que siguió. Y los hombres bravos que habían muerto en el roque Bentaiga o que habían preferido lanzarse al vacío desde los riscos de Ansite —al grito de «¡*Atis Tirma!*»— antes que entregarse como prisioneros. Y cómo ella misma había sido capturada. Todavía podía sentir la tristeza, la desesperación, la humillación... Todo eso aún vivía en sus recuerdos —recuerdos nublados, sin duda— y la pena volvía, con su sabor acre, a su boca, a su garganta, a sus labios.

Era entonces cuando cantaba aquel lamento canario: *aicá maragá, aititú aguahae; maicá guere, demacihani; neigá haruuici alemalai...*⁵⁴ Regresaban a sus ojos las cosas que había visto. Y sentía una gran pesadumbre por esa vida truncada, una vida que hubiera podido ser pero no

⁵³ Entre los antiguos canarios, adoratorios.

⁵⁴ En lengua canaria, y en traducción figurativa: «¡Oh, huésped, el duelo compartimos! Muerta es la madre y perdidos somos; preciso es que matrimonio hagamos».

fue. Todo lo que vino consistió en una existencia gris al margen de la vida, al costado del mundo, como esas cañas que sólo nacen y crecen para servir de apoyo y permitir que otras plantas alcancen la luz, crezcan y florezcan.

Seguía caminando la viejita, despacio, pasito a pasito, y se daba una vuelta por la collación de los toneleros, o ante las tiendas de los perfumeros y los especieros, o por la antigua aljama de los judíos. O quizás ante el hospital o el palacio de los Marqueses de Tarifa, o a la sombra del muro que separaba la mancebía —es decir, los burdeles— de la ciudad. Allí Dasil no podía evitar pensar en lo diferente que era la presencia de la mujer en cada cultura. En la suya, ellas eran tan bravas guerreras como los hombres, y eran respetadas por ser las que parían los hijos y llevaban adelante el hogar. Sin embargo, en aquella ciudad de Sevilla, las mujeres eran la fuente del pecado original. Sus destinos, si pretendían ser respetables, estaban escritos: o esposas o monjas. Debían andar tapadas y mostrarse decorosas. Pura hipocresía. Ella, Dasil, la esclava, conocía muy bien las historias ocultas de todas esas mujeres que lavaban su honra con misas y luego la manchaban nuevamente cada noche con sus aventuras: concubinas, «mujeres enamoradas», mantenidas, falsarias, traidoras, indecentes. Ella, que había sido libre y amante y ahora era cautiva, sabía de muchas otras que también eran esclavas: siervas de sus palabras, de sus creencias, de sus mentiras. Y eso la entristecía aún más, y la asqueaba.

Aunque, luego de tantos años de servidumbre, el asco no le servía de mucho. En realidad no le servía de nada. En aquel momento sólo le quedaban sus recuerdos y sus endechas en lengua canaria.

Se fijaba Dasil en las carnicerías donde tanto nobles como plebeyos pagaban el derecho de sisa, y mientras avanzaba se iba topando con pajes y boticarios, aljabibes y tintoreros, cantoneras y señoritos de toda laya. Y pensaba una vez más en su Gáldar, la de los sencillos rediles de ganado, la de las casas de piedra con muros alegremente pintados en rojo, blanco y

negro con unos signos geométricos que ella, a veces, se grababa sobre su propia piel. Había días en que echaba de menos pintarse como lo hacían las moras en las manos con alheña, algo que estaba mal visto y prohibido pero que ellas seguían haciendo. Dasil había sido cobarde, se había negado a sí misma muchas veces, había tenido mucho miedo. Y luego el miedo se le había hecho carne y se acostumbró a él. Se enquistó dentro de ella y se volvió resentimiento, y este se transformó en amargura. Y allí estaba, caminando las calles de aquella Sevilla redonda, sucia, irreverente e incontrolable, recostada entre el gran Guadalquivir por un lado y el arroyo Tagarete por el otro, bebiendo de sus fuentes y pozos, y cultivando sus plantas olorosas para tapar la peste que despedían sus calles, las almas de sus gentes y los numerosos muladares que se extendían del otro lado de las murallas.

Dasil significaba «paso» o «huella». Así la llamaron sus padres. Ella sentía, con profunda pena, que ninguna huella había dejado en sus sesenta años de vida, más que las de los infinitos pasos que daba en aquella ciudad. Y sabía que el final no se hallaba lejos: había gastado todas sus fuerzas y estaba cansada. Si había un paraíso tras la muerte, esperaba que fuera como su Tamarán: lleno de tabaibas dulces, barrancos tapizados de verodes y bejeques y cielos rojizos cuando el siroco, el viento del desierto, soplaba cargado de arena. Allí podría descansar feliz y lavar de su memoria todo rastro amargo.

Allí descansaría, sí. Y esperaba irse pronto, y abandonar esa villa a la que la habían llevado a la fuerza el mismo año en que murió Doramas, de sagrada memoria para todos los canarios.



3 de julio. La flota que remontaba el Guadalquivir dejaba atrás tierras de Lebrija y Queipo de Llano y pasaba cerca de Villafranca. Todos los navíos que se encontraban en su camino eran incendiados. La alarma se extendía de población en población, subiendo a lo largo del curso del río tan rápido como podían moverse hombres y caballerías.

Al atardecer de ese día, el mensajero enviado desde Sanlúcar se internaba al galope dentro de las murallas de Sevilla por la Puerta Real, justo antes de que fuera cerrada. Se dirigía al Alcázar a anunciar las malas nuevas de las que era portador.

Las naos, urcas y carabelas de la insignia del dragón y las plumas verdes seguían ascendiendo, impertérritas, y ya no descansaban ni de día ni de noche. Tras ellas, el Guadalquivir era un desolado paisaje de botes calcinados.



Aquel mismo atardecer, a Dasil le había sido encomendado llevar un recado de su ama a una amiga suya de la familia Jorge, acomodados mercaderes y tratantes de esclavos. Sus respectivos maridos tenían arreglos comerciales y transportaban cargas con algunos jabeques fondeados en el Arenal. La canaria sabía que, además, había contrabando de por medio. Gracias a eso, su amo era un hombre próspero. Dasil cruzaba por delante de las deslucidas fachadas de las casas mientras la oscuridad caía rápidamente, cuidándose de no tropezar entre los escombros de las angostas callejas y trastabillando cuando pisaba alguna pieza suelta del empedrado. Caminaba bajo los arquillos y los ajimeces de viejas construcciones y se acercaba a la plaza de San Francisco.

Algunos hombres pasaron a la carrera, gritando la noticia, pero ella no alcanzó a escucharla. Cuando llegó a su destino a dejar el mensaje, una de las viejas esclavas de esa familia —antigua amiga, también *canaria*, con la que había compartido muchas veces sus cuitas y sus desvelos— le hizo saber la novedad, que ya corría como la pólvora por algunas casas sevillanas. Una flota remontaba el Guadalquivir, y probablemente a la mañana siguiente estaría ante los muros de la ciudad. Una flota inmensa, refería aquella anciana con temor, de más de ciento cincuenta naos y carabelas y urcas, o así decían. Parecía ser que habían cañoneado el puerto de Sanlúcar y hundido todos los barcos que hallaban a su paso. Aquella mujer lo sabía de buena fuente, según declaraba, pues su amo ya estaba alertado. Esa armada había saqueado y asesinado a cientos de sanluqueños, así comentaban, aunque eso no era seguro, o quizás sí. Contaban que iban disparando cañonazos a diestro y siniestro por todo el río, aunque a veces la gente exageraba. De ese modo lo relataba la otra anciana con parsimonia, y Dasil escuchaba. Una flota desconocida, eso indicaron, que llevaba en sus velas un símbolo nunca visto antes. Una especie de alimaña emplumada.

La recién llegada no dijo nada. Aquello era asombroso. Un vez dado el recado, saludó y se retiró, apresurándose —dentro de las posibilidades de sus piernas— a volver a su casa: andar de noche por Sevilla era inseguro, no sólo por los pilluelos, matasietes, ladronzuelos y falsos mendigos que formaban hermandades y pululaban por doquier en la ciudad, sino porque la oscuridad no era cortada por farolas. Y si de día aquellas calles ya eran demasiado tortuosas para ella, de noche...

Cantaban los grillos en el pesado crepúsculo del estío sevillano. Iba pensando Dasil en los barcos, y a su memoria volvió al día en el que vio por primera vez las carabelas y naos de los españoles. Fue frente a sus costas canarias, allá, cerca de donde desembocaba el Guiniguada. Recordó la sensación de inseguridad, de duda. Los extranjeros fueron recibidos en paz,

pero llevaron la guerra e hicieron cautivo todo su mundo. Esos desconocidos que avanzaban por el Guadalquivir parecían repetir la historia. Aunque eran más coherentes: no llegaban en son de paz y luego atacaban; venían con las armas en la mano. Y serían recibidos de la misma forma, sin duda alguna. Bien conocía Dasil los usos y costumbres hispanos, basados en una regla básica: «quien da luego, da dos veces». Siempre era así. Siempre había sido así.

Quizás desde los dominios de Acorán, el Celestial, sus antepasados estuvieran observando y asintiendo tristemente. El destino parecía pagar con la misma moneda a los conquistadores de su patria. Alguien iba a dar antes que ellos esta vez. ¿Quién sabía? Era probable que muchos de aquellos hidalgos tuvieran que probar qué se sentía al ser arrancados de sus casas, de sus familias, de sus vidas, y ser marcados a fuego en la cara, y convertirse en esclavos para el resto de sus días, echando de menos un mundo que no pudo ser y un futuro que nunca llegó.

Sí, esclavos había que conseguían su libertad. Esclavas había que se amancebaban con sus amos y tenían hijos naturales de ellos. Siervos había que eran felices y que lograban cierto bienestar. Pero aquello no servía siquiera de consuelo. Aunque ella hubiera recuperado su libertad, nadie le devolvería los años perdidos y ya no tendría siquiera dónde regresar. La misma gente que la vendió fue la que destruyó su hogar y su cuna, la que se encargó de que retornar a su isla fuera imposible. Ya los palmerales de Atamarazait y Arehucas eran despedazados para cultivar la caña de azúcar, el cereal o el vino de los extranjeros. Ya los riachos eran secados, ya en las costas se edificaban puertos. No, nunca sería lo mismo. Ella extrañaba su isla, pero una isla del pasado. Quizás algún día aquellos a los que servía echaran de menos esa Sevilla sucia y caótica, encerrada en sus murallas y en sus costumbres cristianas, en su odio por lo diferente, en su fe católica, en su mojigatería, en su hipocresía, en su mentira.

Tal vez eso ocurriera y ella aún estuviera viva para verlo. Tal vez.



Aquella noche, cuando desde el Alcázar se convocó rápidamente a los miembros del Cabildo de Sevilla y se recibió la noticia del mensajero sanluqueño, se produjo una situación de incredulidad similar a la ocurrida en Cádiz con el cuento de la «flota de las Indias». En un primer momento, nadie consideró que aquello pudiese ser cierto. Sin embargo, el mensajero fue muy explícito: número aproximado de naves, insignias desconocidas, ataque a Sanlúcar —que él no se quedó para ver, pero cuyos cañonazos no pronosticaban nada bueno— y barcos pasando la Barra y subiendo por el Guadalquivir. Mientras galopaba hacia Sevilla, se había enterado de algunas novedades que traían otros testigos desde la ribera del río, y todas corroboraban lo que acaba de contarles. Los barcos tardarían poco en arribar: si estaban viajando de noche —y eso era lo que parecía—asomarían por el Arenal a la mañana siguiente o, a más tardar, a mediodía, arrasando cualquier estructura flotante allí anclada y cañoneando la ciudad. Lo que el hombre no sabía era si llevaban tropas, pero así lo suponía. No tenía otras noticias, sólo esas. Era necesario que se tomaran los recaudos oportunos, contando con la mínima ventaja del tiempo a favor.

Desde el Cabildo secular, ya de noche, el Asistente don Sancho Martínez de Leyra y el Alguacil Mayor don Alonso de Guzmán ordenaron dar aviso urgente a los palacios nobles, a las guarniciones de las murallas, a las parroquias de las distintas collaciones, a los trabajadores del Arenal y a Triana. Se empezó a organizar la defensa con premura, distribuyendo tropas y civiles en las puertas y preparando bandos para ser proclamados a la mañana siguiente. Se advirtió también a los cortijos, monasterios y señoríos adyacentes, para que la voz corriera y se internaran en la campiña o se

guarnecieran dentro del casco fortificado de la ciudad. Si aquello era un asalto orientado al saqueo y la destrucción, los espacios que estuvieran fuera de las murallas serían blanco fácil y prioritario para los enemigos, fueran quiénes fuesen.

Luego se enviaron mensajeros a los representantes del Cabildo eclesiástico y a conventos y hospitales, para que estuvieran igualmente preparados. Las iglesias debían hacer repicar sus campanas apenas amaneciese. También se alertó a los principales comerciantes de la ciudad para que hicieran replegar, si ello era posible, sus barcos río arriba, hacia Córdoba, y para que entraran sus pertenencias y bienes desde el Arenal, donde se ubicaban la mayoría de los almacenes, al interior de los muros.

Todos se preguntaban quiénes serían aquellos invasores que se atrevían a remontar el río para atacar una ciudad como Sevilla. Probablemente fueran naves francesas, enemigas del católico rey Carlos I. Escondidas bajo falsas banderas, pretenderían dañar los puertos comerciales más importantes del sur de España y crear inseguridad en sus rutas fluviales. Quizás así fuera. Pero, en verdad, nadie ofrecía respuestas coherentes sobre lo que se les avecinaba.

Mientras tanto, la armada seguía moviéndose en la oscuridad, haciendo resonar bocinas y lanzando flechas incendiarias que iluminaban el río y quemaban aquello con lo que daban al final de sus trayectorias. Iba cañoneando poblaciones cercanas para desalentar toda posible resistencia e inspirar miedo, y exhibía, desafiante y provocativa, farolas encendidas en todas las cubiertas. Los jabeques sanluqueños aún lideraban la columna: iban sondeando el río nocturno y eligiendo la ruta con cuidado. Pero sus propietarios originales habían sido arrojados por la borda, con la garganta cercenada, cuando el pinar de Algaida fue dejado atrás.

La flota se aproximaba. Y los hombres a bordo preparaban sus cañones, sus arcabuces, sus armas, sus reservas, sus provisiones, sus ánimos y sus fuerzas.



La mañana del tres de julio, Sanlúcar era cañoneada de nuevo por la segunda flota extranjera, que iniciaba con parsimonia su viaje por el Guadalquivir siguiendo el mapa de jabeques medio quemados que aún flotaba a duras penas en la entrada al río.

La población, presa del pánico, volvió a refugiarse tras las murallas. Aun no había terminado de enterrar a sus muertos y de despejar los arrabales destrozados cuando recibía esta segunda andanada de violencia por una flota del mismo jaez: la misma que había sepultado a los gaditanos bajo los restos de su ciudad y que no tenía intenciones de detenerse a saquear.

Lentamente, muy lentamente, aquella armada superó la Barra y siguió adelante por el Guadalquivir. Al hacerlo sin guías, demoraba su avance y se veía forzada a elegir con cuidado el rumbo a seguir. Cada tanto se hundían los escandallos de las sondas en el agua turbia del río, y se oteaba su superficie desde las altas cubiertas de las carabelas.

Se esperaba con impaciencia que la primera flota enviara guías para completar su trayecto. Al menos, así había sido planeado.



El tres de julio, las fuerzas de tierra cruzaron el río San Pedro y el Guadalete. Dejaron de lado el Puerto de Santa María —una de las

posesiones de la Casa de Medinaceli— y, sorteando marismas, dehesas y olivares, atravesaron la extensión de tierra que las separaba de Jerez de la Frontera. Allí llegaron a la noche, sólo para encontrar una población armada y presta a la defensa

Para la tarde del cuatro de julio, Jerez, su castillo, sus murallas y sus almacenes habían sido despojados de todo ser viviente. Los molinos de harina movidos por las aguas del río Guadalete ardían como yesca, al igual que los pagos de viña que se extendían alrededor de la villa. Y la tropa, cargada de botín y prisioneros, descansaba y seguía luego camino hacia Lebrija, dejando una estela de pillaje y violencia en todas aquellas tierras.



El cinco de julio Iriarte llegó a Medina Sidonia. Allí se reunió con los dos mensajeros que había enviado a caballo desde Chiclana. La gente del Duque, ya avisada de los terribles sucesos de Cádiz y Sanlúcar, aprestaba tropas y armas para preparar una defensa ante futuros ataques. Los hombres que acampaban en el castillo de Barroquejo habían sido alertados, así como aquellos que se encontraban en Torre Estrella. Sin embargo, pocos eran. La mayor parte de la gente de armas de la región, fieles al señor de Medina-Sidonia, había partido hacia Toledo al mando de Pedro Pérez de Guzmán, el hermano del Duque. Allí deberían colaborar con las fuerzas imperiales de Carlos I en la toma de aquella villa, que estaba en manos de los últimos comuneros castellanos.

El testimonio de primera mano del alférez sirvió para confirmar a sus pares locales el relato de quienes lo precedieron. Este les advirtió, además, que poca resistencia representarían sus fuerzas para un ejército como el que había desembarcado en el puerto gaditano. Aún así, sugirió que

sus efectivos podrían mantener informada a la población, conducirla a sitios seguros en caso de conflicto y enfrentar a las posibles avanzadillas enemigas, probablemente reducidas. Además, deberían avisar del peligro a Pérez de Guzmán. La amenaza de los invasores desconocidos era mucho mayor que la que podían representar los toledanos rebeldes.

Iriarte permitió a sus hombres un día de descanso. Luego, al frente de su tropa, enfiló el camino que lo llevaría a Córdoba. Y desde allí se trasladaría a Toledo. Con un poco de suerte, lograría alcanzar él mismo a los ejércitos del Rey y unirse a ellos.

XIV

MAR CARIBE, 1493

E hartos pantanos e bañados trubamos en aquestas costas, infestados de alimañas e ynsectos que grande daño fizieron en los nuestros. E muchos dyas de jornada nos pasamos sin poder recoger agua ni comida, que en todas estas regiones los naturales dellas salíanse a recibirnos montados en sus canoas, con grande algarabía de gritos e armas en las manos.

Crónicas de la Serpiente Emplumada, tomo II.

—¡Dispara, Gonzalo!

Tres densas volutas blancas aparecieron en la noche sin luna. Tres estampidos las siguieron al instante y otros tantos itzáes cayeron fulminados, sin saber siquiera qué los había atravesado. Los guerreros de piel oscura se detuvieron, petrificados por el pánico, sin entender cómo había llegado la muerte a los que ahora yacían en el suelo, destrozados y llenos de sangre. Los que habían disparado —dos vizcaínos de Lequeitio y un onubense, media cara ennegrecida por el humo de la pólvora— comenzaban a recargar frenéticamente sus armas, casi a tientas, mientras otros dos hombres soplaban sus mechas y apuntaban los caños de sus arcabuces hacia las antorchas que tenían en frente y hacia los gritos itzáes.

—¡Que dispares de una maldita vez, condenado! ¡Dispara ya, *arraioa!*

Gonzalo Albarracín, un grumete refugiado en una esquina de aquella avenida, aún intentaba cargar pólvora. Llevaba un hombro medio dislocado por el último arcabuzazo, un chuzazo en un brazo y una pedrada en la frente, y sangraba como los Cristos de las ermitas. Había quedado demasiado lejos, demasiado atrás, y tenía a los guerreros rivales casi encima. Los dos arcabuceros —Martín de Urtubia y Antonio de Cuéllar— eligieron al fin el blanco y dispararon, oyendo, como única respuesta, alaridos al otro lado del velo gris que les tapaba la vista. Otros dos —marineros ellos— ya apuntaban sus ballestas cuando los vizcaínos terminaban de recargar. Eran la retaguardia defensiva de la hueste de españoles que, a la carrera y casi a ciegas, huía del palacio del *batab* y buscaba desesperadamente la ruta más corta hacia la costa y sus balandros.

—Mal destino os dé Dios— rezongó uno de los marineros tras esquivar un par de pedruscos que tenían como objetivo su cabeza, tratando de mantener recta su ballesta para apuntar.

Llovían flechas, hondazos y venablos, y era difícil, para la reducida defensa, protegerse en los pocos saledizos de los muros de aquella avenida tan amplia y despejada, cercana al mercado. Sonaban las voces itzáes, «*te kaabalo, te kaabalo...*»⁵⁵. Delante de aquellos que cubrían la retirada hispana, otros dos —hombres de Huelva— procuraban a duras penas mantener el paso despejado para poder reunirse con el grueso del grupo, ya adelantado. Tal grupo —Arana, Escobedo, Gutiérrez y el resto— corría desenfrenado, tropezando aquí y allá, hierros en mano y alforjas cruzadas en bandolera, deseando embarcarse de una vez y salir a escape de aquel lugar

⁵⁵ En maya yucateco, «Allí abajo».

que parecía vomitar gente armada por todas partes.

Seguían cayendo dardos y proyectiles, como si el propio cielo los pariera, y los arcabuceros no podrían defenderse y resistir esa posición mucho más.

—¡Moveos, moveos si no queréis amanecer tiesos!— gritaba uno de los onubenses que se esforzaban para que la ruta permaneciese libre, viendo aproximarse, por las callejas laterales, huestes armadas y con antorchas. — ¡Hacedlo presto o no hay Cristo que nos saque de aquí!

Los arcabuceros y ballesteros dejaron de cargar y, con las armas al hombro, echaron mano de las toledanas y comenzaron a retroceder con precaución, escupiendo maldiciones. Aquello era un huracán de flechas que llegaban de todas las esquinas con las peores intenciones.

—¡Gonzalo! ¡Gonzalo!

Albarracín no respondió. No respondería jamás. Sus siete compañeros echaron a correr, pero un venablo alcanzó a uno de los marineros por debajo de la cadera, y a otro una flecha le partió el omóplato izquierdo. Se oyeron gritos y juramentos que quedaron atrás, cada vez más atrás, pues los cinco hombres restantes ya se unían a los dos que aclaraban el camino de retirada —los cuales disparaban sus ballestas tan rápido como podían recargarlas— y escapaban velozmente. No podían detenerse a prestar ayuda. No podían salvar a nadie si querían tener sus propios pellejos intactos para el amanecer. Corrían casi sin ver, hasta que desembocaron en la gran plaza del mercado, donde algunos de sus compañeros, rezagados, los esperaban.

—¡Daos prisa, me cago en la Virgen, que esos desalmados nos degüellan a todos aquí mesmo!

«No, si estábamos bailando el *zortziko* allí atrás» respondió uno de los vizcaínos, escupiendo sin dejar de correr. «Un par de *txistularis* nos

faltaban» gritaba el otro. Sentían las carreras, los alaridos, los proyectiles y las bocinas de los itzáes justo tras ellos, mordiéndoles las espaldas, arañándoles el aliento, al tiempo que el ruido aumentaba como un eco multiplicado en decenas de gargantas. Cruzaron el arrabal mariner, e hicieron frente aquí y allá a algunos hombres armados a los que tajaron rápidamente. Sin pararse a ver el resultado —metal contra madera no dejaba muchas dudas— desembocaron en la playa, donde sus compañeros ya estaban desplegando las velas de los balandros. Los últimos metros los hicieron con una gritería feroz tras ellos y una nueva y densa andanada de piedras y astiles perforando sus sombras en la arena. Las antorchas itzáes comenzaban a alumbrar la playa con reflejos rojizos. Casi la totalidad de los españoles empujaron a duras penas las grandes embarcaciones, con el agua a la cintura, intentando alejarlas de la costa, justo cuando los últimos rezagados chapoteaban, acercándose a las naves y lanzando armas y alforjas al voleo sobre sus cubiertas para no mojarlas.

—¡Tres hemos dejado atrás!— gritaba Domingo de Lequeitio a los otros.

—¡Buena despedida nos ha regalado el señor Arana, vive Dios!— exclamó Escobedo con desprecio. —A fe que los que han quedado tirados allá brindarán a la salud de vuesa merced en el infierno.

—Tragaos la lengua, maese Escobedo— masculló el cordobés, que apenas si podía recuperar el resuello y el color, y que daba órdenes desesperadas, confiando en que la brisa marina colaboraría en su huida. Los arcabuceros y ballesteros, ya trepados a los balandros, volvían a su tarea de aprontar las armas, mientras los barcos iban despegándose lentamente de la playa y las flechas hendían los espumosos y mansos rompientes de las olas.

Diego de Arana y unos pocos hombres —los que secundaban sus ideas— habían entrado a los aposentos del *batab*, buscando el oro y las

riquezas que suponían acumuladas en aquella suerte de palacio. Y dieron con ellas precisamente en las cámaras que no les habían sido mostradas: perlas, esmeraldas, jade, rubíes, plumas de *kukuul* de la mejor calidad, riquísimos paños bordados, vainas de vainilla, granos de *kakaw*, planchas de maderas nobles, pinturas, tinturas... y oro en bruto. Suficiente oro en bruto para inflamar la codicia de un hombre. O la de varios.

Justo en aquel momento los guardias descubrieron movimientos extraños en los almacenes privados del *batab*. Al descubrir lo que ocurría, dieron la alarma. Los gritos despertaron al resto de los hispanos, que desconocían las acciones del pequeño grupo, pero que las comprendieron inmediatamente cuando Arana y los suyos llegaron a la estancia donde se alojaban con los hierros ensangrentados y los pusieron al tanto en pocas palabras. Las maldiciones que cayeron sobre ellos parecieron no importarles, preocupados como estaban por salvar sus vidas. La salida de aquella casa se desarrolló como si transcurriera en el medio de una pesadilla o de un delirio afiebrado. Antorchas, flechas, gritos, insultos y el deseo de poder encontrar una escapatoria, un camino libre hasta los balandros. Y la esperanza de que las naves siguieran allí, varadas en la costa.

La retaguardia de arcabuces y ballestas les había protegido con éxito las espaldas, aunque algunos de ellos habían caído. Las caracolas y las voces llamaban a los guardias itzáes a apresar a esos ladrones que habían violado la paz y la confianza del *batab*. Lo demás había sido una larga carrera.

La playa era una nube de antorchas y aún llegaban flechas y piedras, acribillando la rizada superficie del mar. Los hombres jadeaban, tirados entre los bastimentos de la cubierta, mientras los marineros tensaban las drizas y orientaban los trapos, y los timoneles ponían rumbo sur, alejándose de la ribera y temiendo —al navegar en la oscura noche de luna nueva— clavar sus proas contra algún bajío, o embarrancarse en algún arenal

invisible. Aún sonaron tres o cuatro arcabuzazos. Las velas se hinchaban, y los botes dejaban tras su popa Kaan Peech, otro lugar que sería de triste recuerdo para los españoles, aunque bien podría haber sido de memoria feliz.



Los itzáes vieron partir los balandros. La ira y la rabia del combate todavía les ofuscaban la vista. ¿Qué arma era aquella que mataba de lejos, provocando tal daño, tal estruendo, tal humareda? Fuego parecía, enviado desde la distancia. ¡Ladrones, asesinos, impostores, traidores!

Las grandes barcas del puerto estaban siendo preparadas, pero el *ah nakom*, el hombre que lideraba la escolta armada del *batab*, las detuvo al grito de «*wolen!*». Aquello era innecesario. Con órdenes breves y precisas, envió a sus diez subordinados más veloces como mensajeros, a dar cuenta del suceso y de los extraños en almadías de velas. Que la noticia llegase lo más rápido posible a las aldeas costeras del sur y, sobre todo, a Chak'an Peten. Probablemente aquellas aves carroñeras se dirigieran hacia allí buscando tomar para sí el oro de sus palacios. Era necesario que recibieran la bienvenida que merecían.

—*Xeet'eh!*— exclamó el *ah nakom*, con un gesto imperioso.

—*Táan k bin*⁵⁶— respondieron los diez itzáes antes de partir.

A continuación, el hombre se volvió en la dirección de los navíos españoles. «*Ka'a xi'itech*», murmuró su despedida con desprecio. Varios de sus subordinados predijeron que aquellos malnacidos lograrían escapar. El

⁵⁶ En maya yucateco, «Partid» y «Estamos yendo».

itzá sonrió levemente. De vuelta a la ciudad, aconsejó a su gente que esperaran al alba, a que el sol los atrapara.

En efecto, la luz del día les daría alcance. De ella no podrían huir. Y rodeados de claridad tampoco podrían evitar ser vistos.

Varios guerreros comunicaron a su jefe que los extranjeros habían dejado atrás a dos de los suyos, un par de heridos que ya habían sido capturados. Había, además, un muerto, y una de sus extrañas armas de fuego. Los rasgos del *ah nakom* se endurecieron. Tras organizar guardias en la costa, ordenó que los dos extranjeros que aún vivían fueran llevados ante la presencia del *batab* para que este impartiera justicia.

Una justicia que todos podían imaginar.



Amanecía.

Los hombres iban callados. Algunos rumiaban su indignación por haber sido traicionados por aquel al que debían considerar su comandante y por sus propios compañeros. Ese grupo se había dejado guiar por la codicia y sus intereses personales, atrapando a todos los demás en una nueva desventura cuyo desenlace nadie podía prever.

Pronto se dieron cuenta de que no llevaban agua dulce en sus barricadas. Y sabían que, por el momento, no era prudente arrimarse a la costa: seguramente en la región ya todos estaban enterados de los acontecimientos que ellos habían protagonizado. Contaban, en consecuencia, con altas probabilidades de ser recibidos con arcos apuntando a sus velas. Y a sus cabezas. Aquello no tenía buena pinta. Ya lo había

dicho Jacome, siempre provisto de sentencias en su lengua: «*O meize de çioule o ven pe tutti*»⁵⁷.

Tres habían quedado tendidos en las calles de aquella ciudad. Muertos o heridos, no era suerte digna. Sin embargo, nadie dijo una palabra. Fue una jornada silenciosa, muda, de perfiles cabizbajos y miradas perdidas en el propio regazo, en el horizonte o en aquella nueva costa, igual a las demás. La pregunta flotaba en todas las cabezas: ¿Y ahora qué? ¿Irían a robar a otro sitio? ¿Escaparían eternamente? ¿Deberían ir muriendo así, de a poco, hasta que de ellos no quedara ni el recuerdo?

«Julio diez e seis, año del Sñr de myll y quatrocientos e noventa y tres» escribió despacio Escobedo en sus «Crónicas». El segoviano alzó la vista y pensó qué iba a anotar. Y, por primera vez en su vida, se encontró falto de argumento y sobrado de disgusto.



Los peores augurios de los hispanos se volvían realidad. Las pequeñas poblaciones costeras —cercanas a las desembocaduras de algunos ríos— los recibían con embarcaciones llenas de arqueros. No pudieron detenerse en ninguna de ellas, y la sed comenzó a sentirse, inclemente. Las bocas estaban resacas; los labios, agrietados y abiertos. El sol abrasaba, el calor era sofocante. Y no llovía una sola gota.

Las vituallas se acababan, lenta e inexorablemente. Se lanzaron los anzuelos y las redes taínas, pero poco se cobraban de un mar que parecía detestarlos. La desesperación iba en aumento. La cólera asomaba con

⁵⁷ Proverbio genovés. «A todos llega el mes de las cebollas», es decir, a todos llega el tiempo del llanto.

presteza bajo el mal humor. Ya no había risotadas, ni chanzas, ni historias que contar. La salud quebrada, la debilidad y el cansancio agriaban aún más los espíritus.

Fueron tres días y tres noches. Finalmente, a mediodía del 20 de julio avistaron Chak'an Peten, una enorme villa de ocho mil casas, con un templo erigido sobre un arrecife costero. Era el lugar en donde, supuestamente, encontrarían el deseado oro que ya nadie buscaba.

Pero allí también los esperaban. Cientos de *canoas* armadas.



Corrieron dos días más en el calendario de los viajeros hasta que hallaron un punto del litoral que parecía deshabitado y en el que optaron por echar el ancla. Para ese entonces, la mitad de los hombres deliraba, tirados en el fondo de las barcas, sucios de sus propios orines y excrementos. La otra mitad se aferraba a la lucidez para poder seguir camino y encontrar una rada, una caleta o algún estuario salvador en el cual no se percibiera vida humana ni salieran *canoas* de bienvenida erizadas de puntas de pedernal. Los rostros macilentos y quemados apenas si mostraban alguna expresión; los ojos, abrasados por un sol cegador, sólo veían horizontes vacíos, sal, agua celeste y costas lejanas; las mentes malamente podían encadenar dos pensamientos con sentido.

Los más resistentes desembarcaron con las pipas de madera en busca de agua potable. Y la encontraron, salitrosa y llena de fango, entre los esteros que verdeaban la desembocadura de un riacho marrón. Cayeron los enviados en las aguas salvadoras, dando gracias al Señor por aquel bien por el que hubieran canjeado todas sus pertenencias, sus sueños y su aliento. Y mientras uno de los botes de desembarco retornaba a los balandros llevando

una carga del preciado líquido, los hombres que quedaban en tierra buscaron algo que llenara sus estómagos, tan debilitados que hacía días que ni siquiera resonaban quejumbrosos.

Dos de los tripulantes de los balandros no despertaron de su delirio. El agua había llegado demasiado tarde a cuerpos debilitados por la sed, la fatiga y el hambre. El resto aún viviría para ver nuevas maravillas.



A partir de ese día, 23 de julio, las anotaciones de Escobedo en su bitácora se espaciaron. Breves y dispersas en el tiempo, reseñaban únicamente los hitos geográficos que topaban en su continua navegación y algunas mediciones de su cuadrante. Nadie sabía tras de qué iban, ni por qué. Nadie preguntaba, nadie hablaba. Los veintidós hombres permanecían hoscos, callados. Importaba bajar a tierra a por agua o recoger lluvia, encontrar ancladeros nocturnos seguros para intentar descansar —aunque pocos dormían bien— y hallar caza, pesca o frutos suficientes para mantenerse vivos un día más, una noche más. Era lo único que interesaba: lo demás estaba librado al destino, la suerte o lo que fuese que rigiera sus vidas en aquel momento.

Cuando julio finalizaba y nacía agosto, terminaban de atravesar una extensa región de costa que se abría hacia el interior con pantanos, marismas, riberas lodosas y junglas tupidas. Habían cruzado un inmenso lago costero y parte del estuario del río Ozomahtintlan, superando ciudades como Xicalanco.

Una semana después pasaban frente a una enorme isla, en tierra de los yokot'an o mayas *chontalli*. Ya la costa giraba hacia el oeste, y el rumbo de los dos balandros —que acusaban en sus tablazones tantas millas de

navegación— se torcía, bordeándola.

Hasta el 15 de agosto continuaron dejando atrás lagunas y estuarios, en la región del pueblo núnthah'yi o *popoloca*, lugares en los que la pesca era abundante y el suministro de agua, seguro. Sin embargo, algunos hombres estaban enfermos. Probablemente escorbuto: encías inflamadas y sangrantes, que prácticamente impedían comer; dientes que se caían; hematomas bajo la piel; fiebres...

Hacia fines de agosto abandonaban las orillas de un amplio golfo. Allí la costa se inclinaba hacia el noroeste y el paisaje cambiaba. En tierra, a lo lejos, se divisaban los perfiles de serranías y altas montañas. El panorama costero también había ido transformándose progresivamente. Se habían disipado los manglares y esteros y, en su lugar, aparecían litorales rocosos, acantilados, farallones y promontorios oscuros que se fundían con el mar. Allí no era tan fácil desembarcar y el avituallamiento se complicaba.



El 3 de septiembre de 1493, una tormenta que causaba espanto hizo presa de los dos balandros y los empujó contra una costa de piedra, hacia playas de guijarros redondeados.

Era aún de día, un día sumido en tinieblas grisáceas que delataban la presencia del sol filtrando una tenue claridad. Los españoles se vieron obligados a encallar sus barcos sobre el pedregullo y a descargar sus provisiones y bienes en medio del temporal.

No podían dejar sus barcas en el mar, pero anclarlas en aquel fondo rocoso tampoco era una garantía. Entre todos —allí ya no había jefes— y utilizando unas recias sogas que portaban en los balandros, trataron de

asegurar las embarcaciones amarrándolas a algunos peñascos que se destacaban, sombríos, en medio de la lluvia y la espuma marina. La tarea fue ardua: el oleaje golpeaba con fuerza, el viento gritaba voces desconocidas en aquellos oídos extranjeros, las piedras eran resbaladizas y el agua no permitía manejar con facilidad las cuerdas.

Completada la faena tan bien como se pudo, los hombres arrastraron las dos chalupas de desembarco a tierra para cubrir, con ellas invertidas, sus cargas de pólvora y sus mermadas pertenencias. Luego se agruparon en un bosquecillo cercano a la playa y esperaron, viendo cómo el océano azotaba la tierra y hacía reventar sus aguas sobre los roquedales vecinos.

Uno a uno, y mientras la tormenta arreciaba, fueron quedándose dormidos, rendidos ante un cansancio atroz.

El mar y el viento lograron cobrarse sus víctimas. Los balandros fueron destrozados y semihundidos a escasos metros de la línea de marea. Una miríada de leños oscuros flotaba sobre el agua, llegaba a la playa y volvía a retirarse al ritmo de las olas. Así desaparecían los últimos restos de la *Santa María*, maderas nacidas en las montañas del norte de España que tantas millas habían recorrido después de haber encallado en un arenal de Haití. Y allí quedaban los hombres, más perdidos que nunca, en una playa de guijarros que, a esas alturas, tanto daba dónde estuviese.

Porque ya no podrían volver a ningún sitio.



La tempestad había amainado. Una pequeña barca pesquera que venía del noroeste se detuvo un rato ante aquel punto. Sus tripulantes contemplaron extrañados las oscuras figuras destrozadas entre las piedras, y el millar de restos que flotaban sobre la superficie blanca de espuma.

Enseguida cambiaron el rumbo y volvieron sobre sus pasos.



Un gélido filo de piedra se apoyó en el cuello del sevillano Ordóñez. Otros tantos repetían el movimiento en los cuerpos de aquella veintena de hispanos tendidos en el suelo, al lado de sus alforjas o apoyados en los volteados chinchorros de desembarco. Entre sueños, muchos de ellos escucharon voces humanas repitiendo algunas palabras: *Nin... Lakasut... Tatatláy...*⁵⁸. Tardaron algo en abrir los ojos, y, cuando lo hicieron, desearon no haber despegado los párpados. La tormenta había cesado, y ante ellos tenían medio centenar de hombres de piel oscura, pintados y adornados, esgrimiendo lanzas y mazas.

La reacción del primero en despertar —Pedro de Lepe— fue un grito que un lanzazo en la garganta ahogó al instante. El resto de la hueste hispana se incorporó sólo para ser ferozmente golpeada. Ninguno tuvo siquiera la oportunidad de echar mano a sus armas: cualquier atisbo de resistencia fue borrado de inmediato.

Rápidamente fueron maniatados. Rodrigo de Jerez, con el rostro amoratado por un golpe de maza y varios cortes leves en todo el cuerpo, balbuceó algunas palabras en itzá, pero sólo recibió, por respuesta, un «*aks!*» incomprensible e intraducible. «*Aks!*» gritaban casi todos a sus prisioneros, «*aks kataya!*»⁵⁹. Los empujones y porrazos que recibían y los tirones a las sogas con las cuales habían sido reducidos traducían claramente tales voces. Algunos de aquellos hombres registraban sus pertenencias,

⁵⁸ En totonaca, «Muerto... Despacio... Enfermo...».

⁵⁹ En totonaca, «¡Silencio! ¡Estate quieto!».

daban vuelta a los botes, abrían los toneles y les quitaban de encima los hierros, toda una novedad para ellos. El que parecía capitanear el nutrido grupo miraba a los extranjeros con una curiosidad no carente de recelo. Con un par de órdenes breves, los suyos levantaron a los prisioneros, cargaron sus cosas —dejando allí los botes y las culebrinas, por su peso— y se pusieron en marcha.

El destino tenía aún muchas hojas en blanco para ser escritas por algunos de los españoles. Sin embargo, en esos instantes ninguno de ellos daba un ochavo por su vida. Hubieran deseado haber terminado allí mismo sus días y sus aventuras, hierro en mano, maldiciendo y gritando como sólo ellos sabían hacerlo. Aquel no era un destino merecido, atados como esclavos, desarmados y vapuleados. No, definitivamente no lo era.

A trompicones fueron avanzando a través de campos de cultivo donde verdeaba el maíz y se abrían, rojas, negras y doradas, las pequeñas mazorcas. Hasta que delante de ellos se desplegó una ciudad imponente, que exhibía por doquier templos y plazas.

Habían llegado a Cempohuallan, «el lugar de las veinte aguas». Era septiembre, día cuatro.



Los mercaderes *chontalli* navegaban desde Xicalanco, en las costas occidentales del Yucatán, hacia la región totonaca. Bordeaban esforzadamente todo el litoral de aquel enorme golfo que se abría al mar, llevando la noticia que habían escuchado en Chak'an Peten. Extranjeros armados, a bordo de dos grandes barcas, surcaban aquellas riberas luego de un intento de robo y un escape con sangrienta defensa en Kaan Peech. Llevaban filosas hojas de metal blanco y armas que escupían humo, ruido y

muerte a distancia. Las noticias que recogían los comerciantes en su camino mencionaban que varios pescadores habían visto pasar, a lo lejos, unas curiosas almadías adornadas con paños blancuzcos que se hinchaban al viento. Se dirigían hacia el noroeste. Hacia Cempohuallan. Y hacia allí viajaban aquellos hombres, con sus valiosas cargas y su inestimable información.



Cempohuallan, Cempohualatl o Cempoala era la capital de Totonacapan, la tierra del pueblo totonaca. Era esta una cultura antigua, que pagaba tributo de vasallaje a sus poderosos vecinos mexicas de Tenochtitlan desde hacía largo tiempo. Aun así, y debido a los hábitos que respetaba aquella estructura política, conservaba su propia lengua, sus instituciones, sus creencias, sus tradiciones y sus costumbres. Los españoles tardarían mucho tiempo en enterarse de todo eso. Pero lo sabrían, así como otras muchas cosas que, en aquellos días, ni siquiera imaginaban. Pues los humanos pueden cambiar su historia con un leve movimiento, un acto mínimo e inesperado que, de improviso, haga girar el rumbo de los acontecimientos hacia derroteros insospechados. Nadie es esclavo de su sino. Aunque eso es algo que pocos intuyen.

La ciudad se levantaba entre extensas huertas y canales de riego, a media legua de los bancos del río Actopan y a unas dos de la costa. Los prisioneros y sus captores habían salvado campos de cultivo y arrabales parecidos, en cierta forma, a los de Kaan Peech y a los de Kosom Lu'umil. Era media mañana cuando finalmente descubrieron sobre sus cabezas las siluetas piramidales de bellísimos templos escalonados, con peldaños que conducían a unas cámaras rectangulares y ricamente decoradas, allá en lo alto. Cruzaron calles de mercado y pasearon su humillación y su

desesperanza ante la mirada incrédula de aquellas gentes de perfiles aguileños, cabello azabache y ojos oscuros y rasgados como sus vecinos del sur. Los totonacas vestían con colores vivos y de forma muy alegre, y sus mujeres derrochaban encanto, belleza y sensualidad por todos sus poros. No en vano se decía que una de las deidades mexicas del pecado y el comercio carnal, la anciana diosa Tlazolteotl, había nacido en esas tierras. A puntazos de lanzas y tirones de sogas —«*kalakapala!*»⁶⁰, les gritaban— los españoles fueron llevados hasta un palacio decorado con cabezas de dragones esculpidas en piedra que surgían de entre una corona de hojas o de plumas, y poseían enormes colmillos curvos y una lengua que semejaba una llama. Los frisos estaban pulcramente grabados, y sobre las portadas blancas estaban pintados motivos geométricos negros y bermellones.

Rodearon el edificio e ingresaron al mismo por una entrada trasera que desembocaba en un patio amplísimo. Allí ya se congregaban un buen número de sirvientes, guardias y hombres y mujeres ricamente vestidos. Con la misma violencia que les habían demostrado hasta entonces fueron arrodillados, las manos atadas a la espalda, y sus pertenencias, depositadas unos pasos por delante de ellos.

Hubo unos momentos de silencio y espera, de miradas oblicuas, de preguntas sordas, durante los cuales los españoles cuchichearon entre sí, temerosos y desolados.

Por una de las puertas centrales del recinto apareció un personaje cuyo alto rango era delatado por las magníficas ropas que vestía y la solemnidad de sus movimientos. Calzaba sandalias y portaba una prenda similar al *ex* de los itzáes. Pero además se cubría con una espléndida capa anudada sobre el hombro. Iba seguido por un séquito de aspecto noble y por

⁶⁰ En totonaca, «¡Date prisa!».

una escolta armada. Aquel individuo se detuvo frente a ellos, mientras algunos de sus acompañantes se acercaban y observaban con detenimiento las pertenencias de los extranjeros, sus cinturones, sus espadas, sus caras cubiertas de pelo, sus cabellos largos, sus ojos más claros, sus pieles quemadas, sus ropas destrozadas y malolientes...

Nuevamente los españoles se sentían objeto de aquella curiosidad. Una vez más eran tratados como especímenes exóticos y desconocidos que debían ser palpados, tanteados o revisados para alcanzar a comprenderlos. Otra vez ese ritual se desarrollaba en torno a ellos.

El jefe de la tropa que los había guiado hasta allí refirió con todo detalle los acontecimientos que motivaron su hallazgo *ix kislpán pupunú*, «a la orilla del mar». La gente allí reunida escuchaba en silencio y con sumo interés, sin quitar un ojo a los prisioneros.

Concluido el relato, el señor del palacio se dirigió a los cautivos a través del jefe de su guardia, con un saludo y una pregunta que nadie siquiera logró repetir, y mucho menos entender. Los españoles se miraron, sin saber qué hacer ni qué decir. Algunos mascullaron maldiciones castizas que nombraban a los ancestros de aquel hijo del diablo y de toda su estirpe, así como a su condenada lengua. Luego flotó un silencio espeso, que podía ser tocado con las manos. Rodrigo de Jerez se atrevió a hablar, usando sus destrezas idiomáticas itzáes.

—*Ki'ki't'àantabah...* Rodrigo de Jerez *in k'àaba'*...

Al instante se dio cuenta de que ninguno de los allí presentes entendía itzá, pues los rostros intrigados de aquellas gentes resultaban más que elocuentes. El jefe de la guardia insistió, pidiéndoles que hablaran *xa tutunakutachawin*, «en totonaca». Pero la incomprensión mutua era evidente. En ese momento, un grupo de hombres del séquito intercambió unas pocas palabras y luego uno de ellos, de sobrias pero finas vestiduras, se

fue hacia el señor del lugar y le susurró unas frases quedamente y con respeto.

Esos hombres, llamados *pochtecah*⁶¹, eran activos y respetados comerciantes de la etnia mexica, procedentes de la gran urbe de Tenochtitlan. Los *pochtecah* eran un reducido número de mercaderes, viajeros y guerreros que comerciaban por todos los rincones de aquel territorio y que servían además como informadores, embajadores e incluso espías del poder mexica. Conformaban diversas clases, de acuerdo a su actividad, y solían amasar cuantiosas fortunas, adquiriendo niveles sociales elevados y posiciones nobiliarias o militares. Aquellos que estaban en ese momento en Cempohuallan se alojaban en palacio y acompañaban siempre al señor del lugar. Realizaban en esos días algunos tratos con los nobles totonacas, quienes, a fin de cuentas, eran vasallos de su *hueyi tlahtoani*, su señor. Los mercaderes pensaron que quizás los extranjeros comprendieran el náhuatl, su propio idioma, que merced al comercio, la influencia y las conquistas de los mexicas, era usado como *lingua franca* en todas aquellas tierras.

Con ese gesto, los comerciantes buscaban dos cosas. Por un lado, que los diálogos siguientes se manejaran en su habla náhuatl, para así estar al corriente de lo que se dijera. Los totonacas, como muestra de respeto a sus invitados —súbditos y mensajeros del poderoso regente de Tenochtitlan— no se opondrían a tal cosa. Por el otro, enterarse de dónde provenían los prisioneros, cuáles eran sus intenciones en esos horizontes y qué beneficios podrían obtener ellos y su señor de sus experiencias y saberes, así como de sus pertenencias. Pues de lejos y al primer vistazo, habían advertido entre ellas objetos y materiales desconocidos.

⁶¹ Forma plural del náhuatl *pochtecatl*, «mercader».

Con el beneplácito del señor, el *pochtecatl* se dirigió a Rodrigo de Jerez.

—*Nehhuatl namechtlahpaloa*— saludó, alzando las manos. —*Acamihqueh? Campa anhuallahqueh? Can amochan?*⁶²

Los españoles seguían sin poder contestar. El jefe de la guardia totonaca, convencido de que con palabras no iban a lograr intercambiar ni una sola idea, se encaró con el andaluz y repitió la pregunta en náhuatl y totonaca, pero esta vez acompañándose de claras señas.

—*Can amochan? Ni? Nicu?*

Escobedo comprendió antes que Rodrigo y respondió en castellano, pues tanto daba qué idioma usaran si ninguno iba a entender el del otro.

—Del este venimos. De Castilla— e hizo un movimiento claro con la barbilla, apuntando al oriente.

El jefe de la guardia se giró hacia el segoviano. Señaló el este, asombrado, murmurando en su propio idioma «*Aná? Xa kislututu pupunú?*»⁶³. Escobedo asintió.

—Sí. De allí mismo venimos, mozo.

—*Iztlacatini! Tlulatná!*— exclamó el hombre, irritado, cambiando totalmente de tono y mezclando las lenguas. —*Necoc tlahtoa... Tlein ic titechiztlacati? Xitechihtoa in netiliztli!*⁶⁴

Escobedo lo miró atónito. Aquellos modos, aquella expresión y aquellos aspavientos no le gustaron. El *pochtecatl* alzó la mano,

⁶² En náhuatl, «¿Quiénes sois? ¿De dónde venís? ¿Dónde está vuestra casa?».

⁶³ En totonaca, «¿Allá? ¿Allende la mar?».

⁶⁴ En náhuatl, «¿Mentiroso! Tiene doble lengua... ¿Por qué nos mientes? ¡Dinos verdad!».

conteniendo respetuosamente el enojo del jefe de la guardia, a quien la aseveración de Escobedo sonaba fantasiosa: el oriente era sólo tierra de leyendas. Nadie podía venir de allí.

—*Tlahtoā in netiliztli...*⁶⁵— dijo al totonaca con suavidad. Hombre acostumbrado a tratar con gente de toda calaña, no veía falsedad en los ojos del hispano. El jefe de la guardia, calmándose e intentando medir sus palabras, volvió a la primera pregunta.

—*Acamihqueh?*

El español inclinó levemente la cabeza y llamó la atención sobre sus manos atadas. Con ellas en esa posición era imposible expresarse con mímica. A una orden, las ataduras fueron aflojadas. El español se frotó las muñecas, mientras sus compañeros más cercanos le susurraban quedamente:

—Escobedo, muestra prudencia...

El hombre les dedicó una mirada preñada de significados y se volvió hacia el jefe de la guardia y el comerciante. Llevándose una mano al pecho, aclaró:

—Somos castellanos. Castellanos. De Castilla. Castilla. Castilla es un gran reino, con nobles señores, allá, en el este, allende los mares.

—*Kas-ti-la*— repitió el totonaca.

—Eso. Castilla, León, Aragón... Castilla.

Parecía que, al fin y al cabo, iban a llegar a comunicarse. La multitud, que para ese momento ocupaba casi todo el patio y sus anexos, imitaba aquellos sonidos y se preguntaba dónde estarían esas tierras en las que moraban hombres de tez clara. El señor del lugar habló desde su sitio al

⁶⁵ En náhuatl, «Él dice verdad».

jefe de su guardia. Despacio, con señas, este trasladó la pregunta a su prisionero: ¿cómo habían llegado hasta allí? El español no demoró la respuesta.

—En barco— y acompañaba sus palabras con gestos de las dos manos, una nao cabalgando sobre las olas del océano. No podía contarles que eran tres barcos, que dos habían regresado a aquella tierra del este y los habían dejado allí, solos, y que luego fueron dos barcazas y muchas penurias y muchos muertos. No, no podía explicar nada de eso. Y, aunque lo lograra, nadie comprendería —salvo ellos mismos— lo que todo eso significaba.

Totonacas y *pochtecah* no conseguían esclarecer el sentido de aquellos ademanes. El segoviano había extraviado la vista en el cielo aún tormentoso, donde un rebaño de nubes grises viajaba velozmente hacia el noroeste. Se había perdido en sus recuerdos, en su propia desolación, en sus planes frustrados, en su tristeza, en su miseria. ¿Cómo referir algo tan doloroso? Y entonces, volviendo a la realidad, se inclinó sobre el piso de tierra del patio —aún empapado por las recientes lluvias— y dibujó toscamente la superficie del mar y el perfil de sus dos balandros.

Sus interlocutores sonrieron. No se les había ocurrido usar ese medio para entenderse, un medio al que ellos eran tan afectos y en el que demostraban gran destreza.

Escobedo pintó luego una luna creciente. «Muchos meses hemos viajado» iba diciendo, como para sí mismo. «Muchos, muchísimos». Señalaba la luna dibujada y con la otra mano trazaba un arco sobre su cabeza, a través del firmamento. «Muchas lunas, muchos meses». Y comenzó a trazar profundas rayas al lado de la luna, hundiendo su dedo casi con rabia, una, dos, tres, cuatro, remarcando cada línea con sus palabras, contando todos los meses que llevaban navegando, cinco, seis, siete, todos

esos meses, todos esos malditos meses, ocho, nueve, diez, tantos, tantos meses lejos de todo y de todos, once, doce, trece... «Todos esos meses, hasta llegar aquí» se dijo y les dijo. Todos esos, pensó. ¿Cuántos más les quedarían por delante?

—Hemos navegado todas estas lunas, desde Castilla— articuló finalmente, sacudiendo la tierra húmeda de sus dedos y apuntando, una vez más, hacia naciente.

—*Miec tonalli...*⁶⁶— susurró el *pochtecatl*. «*Kututu papá...!*»⁶⁷ asintió el totonaca, no menos asombrado.

—*Tlein anquinequih? Tlein anquitemoah, in nican Totonacapan?*⁶⁸— preguntó el señor del palacio, y su jefe de guardia transmitió las cuestiones apoyándolas con gestos.

Escobedo tomó aire. «Hemos venido a saquearos y a llevarnos todo vuestro oro, por que nuestros reyes y señores nos aplaudan y den títulos y gracias» concluyó en voz alta y con sorna, mirando de soslayo a Arana, que estaba de rodillas tras él, a su izquierda. Los españoles ahogaron exclamaciones confusas. Escobedo estudió a sus interlocutores y, extendiendo los brazos hacia sus pertenencias —aún en el suelo, unos metros delante de él— gesticuló como mejor supo una suerte de intercambio.

A una orden de su superior, media docena de guardias se arremolinaron junto a las alforjas, baúles y barriles y los abrieron con cuidado, dejando a la vista sus contenidos. *Pochtecah* y totonacas se

⁶⁶ En náhuatl, «Muchos días...».

⁶⁷ En totonaca, «¡Trece lunas...!».

⁶⁸ En náhuatl, «¿Qué queréis? ¿Qué buscáis, aquí en la tierra totonaca?».

aproximaron y encontraron espejos, cuentas de vidrio, dagas, espadas, cinco arcabuces, munición, semillas, pólvora algo humedecida, picas, ballestas, dardos y herramientas de hierro. Todos esos elementos y materiales eran nuevos para ellos. Las intuiciones de los comerciantes mexicas —apoyadas sólo en un primer vistazo a aquellos hombres y sus cosas— se confirmaban con los hechos.

El *pochtecatl* reaccionó con rapidez y astucia. Sostuvo breves consultas con sus colegas y luego, ante el señor totonaca, musitó algunas palabras sin dejar de mostrar un profundo respeto. El amo del palacio reflejó disgusto en su rostro y negó reiteradas veces en su idioma —*ni, ni, ni*— mientras el comerciante volvía a insistir, señalando a los prisioneros y presentando lo que parecía ser una jugosa oferta. El totonaca seguía negando y el *pochtecatl* repetía sus argumentos, esta vez con más vehemencia y seriedad, haciendo a un lado las sutilezas. Pareció que las últimas razones esgrimidas por el comerciante no dejaron salida al noble: sin disimular su contrariedad, aceptó la propuesta y comenzó a dar instrucciones en su propia lengua a la gente de su guardia y a sus sirvientes. Mandó que los extranjeros fueran liberados y alojados en una de las cámaras del palacio, bajo fuerte vigilancia; y que todas sus pertenencias —incluidas sus ropas— fueran requisadas y mantenidas en cámara aparte, tratadas con cuidado y protegidas con celo. «*Mayanalizmiquih*»⁶⁹, apuntó el mexica como de pasada, y el totonaca agregó que se los alimentase, bañase y vistiese decentemente. Luego miró al *pochtecatl* con un rictus amargo, que oscilaba entre el desprecio y el rencor, y abandonó el patio seguido de su séquito.

Los españoles y sus bienes acababan de ser comprados por el mercader al precio de cuarenta mantas *cuachtli* por cabeza. Aquel hombre,

⁶⁹ En náhuatl, «Se mueren de hambre».

además de ser uno de los importantes *teucnehnenqueh* —comerciantes que trabajaban para la alta nobleza mexicana— era un miembro de la elite de los *tecohuanimeh*, los tratantes de esclavos. Era esa una de las más poderosas categorías dentro de su profesión, pues suministraban prisioneros y siervos a los palacios y templos de Tenochtitlan. A veces para labores. Otras, para sacrificios.

Aquellos extranjeros eran especiales: su valor real no podía pagarse en mantas de algodón. Él y sus compañeros lo sabían y el señor de Cempohuallan no lo ignoraba. Por eso tuvo que invocar veladas amenazas de ira del *tlahtoani* de Tenochtitlan, bajo cuya protección viajaba su comitiva, para que aquel noble totonaca —nada más que un vasallo, desde la óptica del *pochtecatl*— consintiera en vendérselos. Ninguno olvidaba que los rechazos a invitaciones mexicas podían ser considerados un desafío. Y que los desafíos terminaban en matanzas.

Los metales, el vidrio, los objetos y productos que cargaban en sus baúles y barriles y, sobre todo, la información que probablemente manejarían aquellos hombres que habían viajado trece lunas desde el este, serían de sumo interés para el regente mexicana y para sus sacerdotes y sabios. Y el *pochtecatl* podía ya contar con una generosa recompensa.

E incluso existía la posibilidad de que, durante el trayecto, lograra enterarse de novedades que le fueran de valor.

Tronaba, y el viento olía a agua. Cuando el resto de los mercaderes se apresuraba a entrar a palacio tras el séquito local, el comerciante se acercó a Escobedo, que era alzado del suelo junto a sus compañeros por la guardia totonaca.

—*Catlehhuatl motocatzin?*— quiso saber antes de retirarse.

Escobedo dudó. No había señas allí. El *pochtecatl* repitió la pregunta, esta vez con el apoyo de los gestos.

—*Notoca Cuitlachnehnemini. Cuitlachnehnemini... Catlehhuatl motocatzin?*⁷⁰

El hispano adivinó y, de alguna manera, supo que ese hombre tendría mucho que ver con ellos en lo sucesivo. Probablemente les acababa de salvar la vida. Tocándose el pecho, dijo su nombre:

—Escobedo. Rodrigo de Escobedo.

—*Ezcobedo* — pronunció el otro, asintiendo. Recibió algunas gotas de lluvia en la cara y miró hacia el cielo, entrecerrando los ojos y sonriendo. Se volvió nuevamente al español y lo bautizó en su lengua: *tlahcuiloani*. «El que dibuja, el que escribe».

Luego inclinó la cabeza brevemente y fue a reunirse con los suyos. Los españoles fueron desamarrados y, bajo estrecha guardia, fueron conducidos al interior del edificio, al tiempo que sus cosas eran trasladadas por sirvientes en otra dirección.

Una lluvia copiosa comenzó a caer. Y la luna y las marcas que por vez primera contaban a aquel mundo nuevo los tiempos del periplo español comenzaron a borrarse.

⁷⁰ En náhuatl, «Mi nombre es *Cuitlachnehnemini*. ¿Cómo se llama usted?».

XV

SEVILLA, 1521

Por fuera de las murallas se esparzen, en aquesta cibdad e puerto de Sevilla, muchas uertas e molinos e campos de viña que buena producción han de dar a los sus señores. E corre desde otra villa una canal de agua que llaman caños de Carmona, la qual lleva las aguas a las fuentes de la cibdad. E han otros caños e aqueductos que también llevan otras aguas, e sin ellos sus abitantes se verían condenados a la sed.

Crónicas de la Serpiente Emplumada, tomo II.

Caía la hora sexta del cuatro de julio cuando los anunciados barcos llegaron a Sevilla.

La ciudad había sido alertada mediante bandos públicos y campanadas desde el amanecer. Los hospicios, los hospitales de las distintas cofradías, los monasterios, los emparedamientos de beatas y las parroquias de las collaciones estaban abarrotados de ancianos, mendigos, mujeres y niños. Los moriscos se atrincheraban como bien podían en sus adarves y los cristianos pobres, en sus corralas. Los cargadores de los almacenes del Arenal se habían pasado toda la noche introduciendo mercancías al recinto amurallado, y los pocos barcos que pudieron hacerlo —los que estaban del

lado norte del Puente de Barcas— se habían retirado río arriba, en dirección a Córdoba. El centenar de torres que jalonaban la muralla almorávide de Sevilla se iban poblando de hombres armados. Se habían enviado mensajeros a Toledo solicitando la ayuda de las tropas reales, tropas que en aquel momento subían desde Andalucía o bajaban desde Navarra —de la sangrienta batalla de Noáin— para sitiar a los comuneros toledanos capitaneados por María Pacheco. Los habitantes de los campos de labor próximos a la ciudad y los peones de la Huerta del Rey, de los molinos y de las viñas cercanas a la Puerta de Macarena se habían desplazado tierra adentro o habían buscado refugio en la villa. Muchos nobles —entre ellos las Duquesas de Medina-Sidonia— preparaban sus cosas para abandonar la ciudad. Los conventos de Trinidad, San Bernardo y San Jerónimo, extramuros, se habían parapetado tras sus tapias. Las puertas camineras de Carmona, Córdoba, Macarena, Jerez y Triana eran atravesadas por una caravana humana que, atemorizada por las nuevas, buscaba amparo y protección. Malas nuevas que, al correr de boca en boca, se habían deformado: habían aumentado su peso y habían multiplicado el número, la crueldad y las viles hazañas de los atacantes hasta convertirlos en corsarios sanguinarios y desconocidos que pretendían convertir Sevilla en un manojo de pavesas.

En Triana ocurría otro tanto. Algunos de sus pobladores cruzaban el Puente de Barcas en dirección a la ciudad. El resto huía en sentido opuesto, por el camino de Huelva. Docenas de beatas vagaban por las calles, clamando misericordia a los cielos o profetizando la inminente destrucción de Sevilla como castigo a todos los pecados capitales que crecían y florecían entre sus calles. Los herreros trabajaban sin descanso, reparando armas para la defensa, herrando caballos y ajustando ballestas. Los aguateros incrementaban sus ganancias en las casas humildes que se preparaban para lo que quizás fuera un largo asedio. Aprovechando la confusión, pilluelos de

toda laya se ocupaban de aligerar cargas al menor descuido de sus dueños. En Santa María la Blanca, barrio de pícaros y rufianes, los valentones lanzaban bravuconadas sobre las hazañas que iban a protagonizar y los tajos y mandobles que iban a repartir si algún infiel o extranjero se aproximaba a las casas sevillanas. Las mancebías se estremecían. Los palacios también.

Entre la Torre del Oro y la de la Fortaleza, en el lado opuesto del río, se había encajado un juego de gruesas cadenas que cruzaban el Guadalquivir. A lo largo de la historia de la villa, esa estrategia había dado resultado, deteniendo a flotas de guerra que pretendían asaltar la ciudad.

A mediodía se escucharon los ecos de los primeros estampidos.

La armada subía, disparando a discreción y asaetando o abordando los balandros, galeras y naos que estaban en las cercanías del puerto. Los barcos de tablazones oscuras, con sus mascarones tallados, sus sogas pardas y sus paños henchidos, se movían con ligereza. En poco tiempo el Arenal quedó desierto, y se comenzaron a cerrar y trancar las doce puertas y los cuatro postigos de la muralla, impidiendo la salida de muchos nobles que pretendían escapar.

La gritería era ensordecedora. La historia era real: aquella armada existía y se aproximaba a la villa cañoneando a diestro y siniestro y quemando u ocupando todo lo que flotase.

Los tres jabeques que precedían a la flota lograron divisar las cadenas que cruzaban el agua. Minutos más tarde, la Torre de la Fortaleza era blanco de numerosos disparos. Los hierros que pretendían detener la entrada de esos barcos no tardarían, un rato después, en desaparecer entre el agua fangosa. En ese momento, los jabeques volvieron sobre su estela, descendiendo el río para encontrarse con la segunda flota y guiarla hacia Sevilla.

La alarma se repartió por todas las callejas hispalenses y, desde la ribera, empezó a replicarse tierra adentro, hacia los campos.



En medio de las carreras del gentío, de los gritos, del estrépito de carros y caballerías y de toda la voráGINE desatada, Dasil, la canaria, iba caminando tranquila, muy despacio, mirando el suelo y pensando para sí. La noticia que había oído la noche anterior —la misma que revolucionaba en aquel momento la ciudad— no le había impedido salir a la calle como cada mañana. La anciana creía que nadie podía escapar a su destino, por mucho que corriese. Que nadie podía acallar a sus fantasmas, por mucho que gritase. Que nunca se podrían deshacer las sombras, por mucho que se las golpease. Toda esa parafernalia que giraba en torno suyo era, pues, inútil: lo que debía ser, sería.

Dasil, mentalmente, sonreía a los barcos recién llegados y a sus tripulantes. Y les daba la bienvenida en su lengua: *sansofé, sansofé...* En lo más íntimo de su ser siempre supo que cada cual recogería en algún momento todo lo que había sembrado. Quizás a las puertas de la ciudad, tras las murallas, llegaba la cosecha que aquella villa y aquella gente habían plantado con tanto esmero y dedicación a lo largo de los años.

No, Dasil no deseaba venganza. Nadie podría devolverle todo lo que había perdido, porque el tiempo no podía retroceder. Nadie podría evitar las lágrimas derramadas. Nadie podría lograr que lo que nunca sucedió sucediese, y viceversa. Los sentimientos de venganza eran inútiles, y ningún fruto bueno daban. No se regocijaría, pues, en ver en los demás el mismo dolor que ella había sentido alguna vez. De hecho, no se lo deseaba a nadie. La anciana simplemente recordaba las leyes de la tierra, el mar y el cielo:

todo lo que sube, baja; todo lo que nace, muere; todo gira y todo cambia; toda vida se sustenta en la muerte de otro. Esas leyes conocía Dasil, y sabía que era imposible huir de ellas, porque eran las que gobernaban el mundo y regían el destino del hombre.

Tal vez la canaria veía en esa llegada el final de un ciclo, uno que había comenzado hacía muchas décadas con la invasión de sus islas, y que había decidido muchas suertes y trocado muchas vidas. Intuía que allí, en ese momento, se iba a cerrar una época, y que otra nacería.

Y que muchos aprenderían y comprenderían algunas cosas básicas: todo lo que sube, baja; todo lo que nace, muere...

La canaria sonreía a los recién llegados, caminando hacia la fuente en la cual cada mañana bebía agua y se miraba. Pensaba que tal vez, finalmente, su ciclo también se iba a cerrar.

Y les susurraba la frase que los combatientes canarios se decían entre ellos para darse ánimos en el combate.

*Ay tu cataná*⁷¹.



Hacia el atardecer, las enormes naos, urcas y carabelas de aquella armada fijaban sus posiciones en la parte inicial de la amplia curva con la que el Guadalquivir envolvía a la ciudad y, con el ancla echada, recogían las velas para evitar desplazamientos y daños. Desde lejos no se veía más movimiento que el bamboleo de los mástiles y la caída de cientos de barriles

⁷¹ Frase cuya grafía original sería, probablemente, *xay tu katanax*. Su traducción sería «¡Ea, hombre, aumenta los honores!».

que, atados con sogas, eran lanzados desde las cubiertas e izados con agua dulce.

Previamente, las embarcaciones que habían quedado atrapadas en el puerto, entre el Puente de Barcas y las cadenas, habían sido abordadas. Serían alrededor de treinta carabelas pequeñas, una docena de galeras y muchas otras barcas menores que, abandonadas por su tripulación esa misma mañana, no supusieron mayores riesgos para los invasores a la hora de ser tomadas. Lentamente fueron conducidas río abajo, despejando el campo entre los barcos atacantes y su objetivo. Entre las naves capturadas se encontraba la *Santa Maria das Neves*. Su piloto probablemente se hallaría en el interior de la ciudad, emborrachándose en alguna taberna y contando su historia a todo el que quisiera oírlo.

En los castillos y en las bodegas de aquella extraña armada, la actividad era frenética. Los hombres se preparaban. Recogían en colas sus cabellos oscuros, se adornaban los brazos y se pintaban el rostro con colores vivos. Probaban el filo de sus toscas espadas, tensaban las cuerdas de sus arcos, atestaban de dardos las aljabas, ajustaban sandalias y botas, aseguraban las armas de fuego, revisaban sus morrales para comprobar que llevaban comida y munición suficiente, y cargaban agua en sus odres de cuero.

Cuando el día moría, los primeros chinchorros de desembarco empezaron a ser bajados con cuidado. Desde los flancos de las naves asomaron entonces las bocas de todos los cañones. Las embarcaciones estaban ordenadas de forma tal que no se imposibilitasen los disparos las unas a las otras: en doble hilera —una mirando hacia Triana, otra hacia Sevilla— y con la disposición escalonada de las antiguas falanges.

La tensión crecía dentro de Sevilla como crece en las cuerdas de guitarra a las que las vueltas de las clavijas comienzan a estirar de más.

Fuera del recinto fortificado de la ciudad, los hombres que desembarcaron en el Arenal encendieron fuegos en las riberas y registraron cuidadosamente el área, arcos y ballestas en mano. Estaban lejos del alcance de las armas de los defensores de las murallas. Tras ellas, nada se podía hacer de momento, y eso era lo más irritante. Salir significaba exponerse a una lluvia de balas de lombardas, culebrinas, pedreros o lo que demonios tuviesen en sus navíos los recién llegados.

Una vez que las orillas fueron relevadas por las avanzadillas, se inició el desembarco de las tropas. Y se llevaría a cabo durante toda la noche, a la luz de fuegos y antorchas, descargándose al mismo tiempo armas y bastimentos.

Fue esa misma noche cuando arrancaron a sonar los tambores. Tambores inmensos. El golpeteo era constante, profundo, marcando un ritmo tenaz y repetitivo.

Túm-tum-túm-tum-túm-tum.

Resonarían hasta el alba. Y los nervios de los sevillanos se astillarían y desflecarían como sogas reventadas.



El sol del cinco de julio trajo el silencio de los atabales. Un improvisado campamento y unos ocho mil hombres rodeaban Sevilla. Las tropas seguían bajando a tierra y se dirigían a los arrabales. Con la oscuridad como aliada habían descargado obuses de grueso calibre que, montados sobre cureñas con ruedas, apuntaban ya a las murallas. Flotaban banderas de diversos colores, con diseños de animales fabulosos, hojas angulosas, demonios y alimañas. Así, por lo menos, las vieron los sevillanos.

Intramuros, la ciudad latía desbocada y temerosa. Aún no se sabía quiénes eran aquellos hombres. No había una declaración formal de guerra, un acercamiento, un mensaje. Nadie conocía el por qué de esa agresión, como jamás la entendieron los gaditanos o los sanluqueños, o todos los muertos a lo largo del río, o en Jerez.

Nadie entendía. Sólo temían.

Un viento suave y caliente soplaba contra las paredes que daban al río. Aquel sería un día abrasador, irrespirable casi. Una larga e interminable jornada.



A la hora tercia, los almacenes y los improvisados depósitos comerciales del Arenal empezaron a ser desmontados a golpes de hacha. Sus restos fueron apilados por los atacantes en montones dispersos, una tarea que les demandó un enorme esfuerzo. Sobre ellos se derramaron los toneles de brea que se conservaban en los talleres del puerto para calafatear. Dos horas después, más de treinta hogueras vomitaban espesas nubes de humo negro a lo largo del Guadalquivir. El viento, manso, las arrastraría por sobre las murallas sevillanas.

Mientras tanto, avanzadas de los extranjeros habían rodeado la ciudad y alcanzado el arroyo Tagarete, intercambiando, aquí y allá, disparos aislados con la guardia de los torreones. A la vez, fuertes contingentes armados se dispersaban por los arrabales extramuros, las huertas, los molinos y los campos aledaños.

Hacia la hora nona, medio centenar de individuos semidesnudos, bellamente adornados y con sus torsos pintados de tonos llamativos, se movieron hacia la puerta de Carmona cargados con armas y barricadas de

madera. Iban cruzando arrabales y barriadas, disparando para amedrentar a los vecinos que aún quedaban en aquella parte y enfrentándose a algunos grupos de hombres que se atrevieron a plantarles cara. Una vez llegados a la puerta, se distanciaron de las murallas siguiendo el trazado del acueducto homónimo. Se detuvieron en una zona en la que la gruesa acequia se sustentaba sobre arcos de piedra, en las alturas, para salvar el relieve y las pendientes del terreno. Allí se pusieron a trabajar. Un puñado de ellos escaló las piedras de aquellas arcadas con sogas a la espalda.

Sus compañeros los esperaban abajo. Vigilaban.



Antes de vísperas, los cañones ya estaban vomitando cadenas, balas y piedras contra las murallas, por el frente del río. Parecían querer pulverizarlas de a poco, a un ritmo pausado y exasperante. Al mismo tiempo, el Puente de Barcas que unía Sevilla con Triana era concienzudamente volado, así como sus pilares y cimientos, dejando que el río se llevara los escombros y eliminando, de este modo, la barrera que impedía continuar remontando el Guadalquivir y rodear por completo la urbe. Las naos y carabelas que amenazaban la población trianera no tardaron en sumarse al ataque, sin prisa pero sin pausa.

El retumbar del bombardeo pareció la señal esperada: los hombres que trabajaban en el acueducto vertieron en el agua una treintena de barriles de veneno fuertemente concentrado, extraído de diversas plantas y animales de ponzoña mortal. Acto seguido, tras descolgarse de las arcadas y alejarse de ellas, encendieron las largas mechas de una docena de barrilillos de pólvora que reventarían aquellas estructuras, dejando a Sevilla sin su principal suministro de agua, con gran parte de sus fuentes envenenadas y

una nueva laguna allí donde los caños de Carmona fueron volados. Los obuses continuaban golpeando los muros y las casas de los arrabales de carreteros, toneleros y cesteros, destrozando de a poco la baja barbacana y llenando con sus escombros el foso que la separaba de la muralla principal. Por su parte, los montones de madera embreados seguían quemándose e inundando la ciudad de hollín con la ayuda del viento.

Los defensores dispararon desde los torreones, pero la distancia y el humo les impedían alcanzar sus blancos con certeza. Alrededor de Sevilla recomenzaron a sonar los tambores, se prendieron cientos de antorchas, y fue entonces cuando la ciudad se supo sitiada.

En los arrabales, en los monasterios, huertas, palacios y molinos que estaban fuera de los muros, el pillaje y la matanza eran encarnizados.



Con los cañonazos, el pánico cundió en la villa. Con el humo, el aire se hizo irrespirable y denso. Con los atabales y las antorchas, los nervios se destrozaron.

Pero a la mañana siguiente, cuando se descubrió que el agua de muchas fuentes, monasterios y casas aristocráticas había dejado de manar, y cuando los primeros sevillanos cayeron al suelo sujetándose las gargantas y muriendo entre espasmos y gritos asfixiados, el terror más profundo e inmanejable se adueñó de todos.

XVI

TENOCHTITLAN, 1493

Las tierras recorridas son señoríos grandes e prósperos, de harta extensión de terreno, con sus mieses de granos e nopales e otros bienes. E cada parcialidad e señorío posee sus propias lenguas e costumbres e ábitos, que en grande estima las tienen. Mas todos esos señores e nobles e comerciantes son vasallos del gran rey de Tenochtitlán, a quién pagan tributo anual e rinden pleitesía con gran temor e respeto de sus fuerças e tropas.

Crónicas de la Serpiente Emplumada, tomo II.

—*Mamaltin... Tlatlacohtin...*

Con signos y aquellas palabras, el *pochtecatl* mexicana, Cuitlachnehnemini, había intentado explicar la situación de los españoles a Escobedo. Se encontraban en la cámara totonaca en la que habían sido alojados y bien tratados, aunque hubieran sido despojados de todas sus pertenencias y se supieran custodiados. Escobedo transmitía las nuevas a sus compañeros. «Prisioneros». «Esclavos».

Aquellas palabras no hacían más que desarmar la poca solidez que quedaba dentro del grupo. No sólo se sabían desunidos, sin jefe a quien respetar, perdidos e incapaces de seguir desplazándose. También eran

conscientes de su imposibilidad de escapar —sin sus armas, sin nada— en medio de un territorio en el cual serían fácilmente encontrados, sobrepasados numéricamente y capturados. Pero si algo les quedaba de esperanza, esta acababa de desvanecerse: ahora pertenecían a una persona, habían sido comprados y su destino estaba en manos de otro.

—¿Qué harán con nosotros?— preguntó Luis de Torres, que se observaba lastimosamente, vestido con una simple capa, sandalias y un taparrabo de algodón claro. Escobedo tradujo a señas un interrogante que ensombrecía el espíritu de todos los españoles.

—*Tehuantin tiyazqueh in Tenochtitlan*— contestó el mexica. —*Tenochtitlan*— repitió, señalando el noroeste.

—Ya oyeron vuestras mercedes— anunció el escribano. —Parece que nos llevan a esa Tenochtitlán.

—*Tenochtitlan in hueyi altepetl*— afirmaba el comerciante, abriendo los brazos. Ante la desorientación de Escobedo, explicó mejor el término «*altepetl*».

—Parece querer decir que es villa harto grande— continuó el segoviano. A su vez, gesticulando, insistía al *pochtecatl*: —¿Qué han de hacer con nosotros? Nosotros— enfatizaba. —Con nosotros. ¿Qué han de hacer?

—Vendernos como a perros— masculló Diego Pérez, un calafate murciano, apoyado contra la pared, con la mirada gacha y esquiva.

—*Tehuantin niquitlahpalozqueh to hueyi tlahtoani*⁷²— fue la respuesta, transmitida concienzudamente a través de gestos.

⁷² En náhuatl, «Iremos a visitar a nuestro señor».

«Ver al rey de Tenochtitlán» pensaron los hispanos, y se pusieron a discutir entre ellos. Si ese mercader o tratante había conseguido comprarlos al señor de aquel lugar —se llamase como se llamase— significaba que allí había interés en algo. No les quedaba claro cuál sería el beneficio de semejante operación ni quién lo iba a obtener, pero debían actuar cautamente: se los estaba atendiendo muy bien para ser esclavos, sobre todo si comparaban su estado actual con el destino que aguardaba a los siervos en Castilla. Habían sido bañados, rasurados y alimentados con tortillas de maíz remojadas en salsas picantes. Demasiado bueno era aquello.

Con el tiempo aprenderían que las estructuras esclavistas de ambos mundos eran bien distintas. Pero aquella tarde la duda flotaba en el aire y ellos no tenían manera de disiparla.

—¿Y nuestras cosas?— interrogó Escobedo al *pochtecatl*, describiendo con sus manos el contorno de los morrales, las armas, la ropa...

El mexica negó. Y ellos notaron que aquel hombre estaba al tanto de que parte de sus haberes eran armas, armas que ni mexicas ni totonacas conocían aún. Sería desagradable para todos que esos elementos entraran en danza. No obstante, aquellas pertenencias personales que no entrañasen peligro podrían serles devueltas si así lo deseaban.

—Nuestras ropas— pidieron casi unánimemente los españoles, comprendiendo aquellas señas. Escobedo notó el ademán de extrañeza del *pochtecatl*: los trapos que traían puestos los extranjeros estaban destrozados y mugrientos. Aquello no merecía siquiera llamarse «ropa». Pero a la vista de los anhelantes rostros hispanos, se alzó del suelo asintiendo. El escribano lo detuvo adelantando uno de sus brazos.

—Y mis «Crónicas»— exclamó, haciendo como si escribiera. El comerciante lo miró sin entender a qué se refería y el segoviano se ofreció entonces a acompañarlo, junto a algunos guardias, para indicarle las cosas

que querrían recuperar y tener consigo. El hombre accedió. Todo el grupo se deshizo entonces en peticiones que, básicamente, incluían sus sucias y gastadas prendas y sus calzados.

Aquella noche, septiembre seis, Escobedo volvía a escribir en su cuaderno de bitácora con la poca tinta que le quedaba. Y narraba todo lo acontecido hasta aquel momento.



Cuatro días después se encontraban desplazándose por las sierras que separaban la costa totonaca del valle de Anahuac, en el interior del país. Allí se asentaba Tenochtitlan. Era aquella una caravana extensa, de varios *pochtecah*, sus porteadores *tlamamah*, hombres armados y los prisioneros españoles, entre otros esclavos que llevaban a la gran urbe. Avanzaban por una calzada amplia y bien cuidada, a cuyos lados se ubicaban, cada cierta distancia, casas de comida, alojamientos y letrinas, elemento este que asombró bastante a los hispanos. Por esas calzadas se movían la vida y la industria de aquellas naciones; los *payinanih* o mensajeros llevaban correos y, por supuesto, por ellas viajaban los comerciantes, que se encomendaban a su dios Yahcateuctli, «el señor de los que andan».

Todos los prisioneros y esclavos eran estrechamente vigilados por la guardia de los mercaderes. Los españoles marchaban tras los porteadores mexicas que cargaban sus pertenencias, aunque las dos culebrinas —que habían sido recuperadas de la costa a pedido del *pochtecatl*— eran arrastradas sobre tarimas de palos. Y eso fue algo que también sorprendió a Arana y compañía: aquella gente parecía no disponer de bestias de carga ni de ruedas.

Vestidos otra vez con sus maltrechas ropas y calzados con sandalias —pocos botines de cuero sobrevivían a esas alturas de su andadura— los españoles soportaban el traslado con cierta exasperación contenida. Eran bien tratados, no cabían dudas, pero el mero hecho de ser prisioneros los enervaba. No les gustaba sentirse propiedad u objeto de otro, aunque ese otro cuidara de ellos de forma exquisita.

Cuitlachnehnemini observaba los semblantes serios y oía mascullar a los hombres. No le agradaba esa situación. Entre los mexicas, sólo los prisioneros de guerra —el caso de los otros esclavos que componían la caravana— eran maniatados, e incluso en esas situaciones, los más importantes tenían cierto grado de libertad. Finalmente, se acercó a Escobedo y le propuso liberar las manos de sus hombres.

Por la noche, en la posada caminera en la que se detuvieron a descansar, los hombres recobraron la libertad de sus brazos. Estaban lejos de todo y fuertemente custodiados: escapar no les serviría de mucho. El mexica esperaba que esa confianza que él depositaba en ellos le fuera correspondida con un trayecto sin mayores sobresaltos. Los hispanos no pusieron reparos. Era mucho mejor para ellos sentir que caminaban hacia su destino como acompañantes, aunque todos supieran que sus vidas, de momento, seguían sin pertenecerles.



Cuando los comerciantes *chontalli* que viajaban desde Yucatán con las noticias de los sucesos de Kaan Peech llegaron a Cempohuallan, ya la comitiva de *pochtecah* mexicas había partido hacía dos días. El señor totonaca se enteró de las nuevas de los labios de los propios mercaderes y ardió de rabia. Sabía que aquellos hombres y sus armas hubieran podido ser

de gran valor, tal vez hasta para sacudirse el yugo tributario de Tenochtitlan. Con tono airado mandó llamar al jefe de su guardia. Y con frases breves — que no aceptaban discusión, a pesar de que sonaban a locura o a despecho— le ordenó que atacase la caravana mexicana y recuperase a aquellos extranjeros. Debía parecer un asalto de ladrones. La guardia totonaca del camino tenía que ser advertida y no intervenir. Y si los *pochtecah* presentaban excesiva resistencia, debían ser aniquilados, sin dejar rastros que involucrasen a Cempohuallan.

El jefe de la guardia asintió y se retiró. Su semblante se mostraba alterado.



Los gritos surgieron entre los troncos de un bosque que atravesaban a paso cansino, cuando habían dejado el último asentamiento humano legua y media a sus espaldas. Un centenar de hombres pintados de negro y armados con lanzas, flechas y gruesas espadas de madera se abalanzaron contra la guardia de la caravana de los *pochtecah*.

Todo sucedió en instantes. Los rostros de los sorprendidos españoles; las pupilas dilatadas de espanto de los prisioneros que aún viajaban maniatados; Cuitlachnehnemini cubriendo a Escobedo que miraba a Rodrigo de Jerez que miraba a otro compañero; Diego de Arana reaccionando y lanzándose sobre uno de los portadores que llevaba, atadas, las espadas y las dagas hispanas; las flechas asaeteando a dos *pochtecah*; los hombres agachados mientras el combate se dirimía entre la guardia — reducida numéricamente por lo inesperado de la agresión— y los supuestos salteadores; los españoles, a los gritos de Arana, arrojándose sobre sus hierros y metiéndose en la batalla. Sangre, tajos, las venas que volvían a

latir más rápido, porteadores que caían heridos de muerte, pardiecos y voto-a-dioses. Martín de Urtubia que se había aproximado al paquete donde viajaban los cinco arcabuces, las hojas de acero —una en cada mano— que se hundían en los cuerpos de los agresores, partían sus escudos de madera y rompían sus espadas de leño. Luis de Torres y Juan de Medina con estoques y un par de cortes superficiales, gritando castizas maldiciones castellanas. Más sangre, el espanto de atacantes totonacas y defensores mexicas al ver el trabajo —por torpe que fuese— de las vizcaínas y toledanas. El arcabucero que comenzaba a cargar de pólvora su arma y daba voces a otros dos para que se le uniesen, los totonacas que volvían al ataque, algunos españoles que caían golpeados, los porteadores que abandonaban sus cargas y huían, alaridos, desafíos, una bala escupida y atacada dentro del caño de un arcabuz, mecha, me cago en Judas, do está la maldita mecha y la piedra de chispa, las manos que temblaban con las prisas, la pólvora que no terminaba de cebar la cazoleta, ahí estaba la perra mecha. Txatxu de Lequeitio que se sumaba a la tarea, tomaba el yesquero y hacía saltar la chispa, Antonio de Cuéllar que ayudaba; otros tantos que ya se habían hecho fuertes, la situación insostenible, uno de Moguer que recibía un flechazo errado; las espadas que seguían sajando contrarios, más tajos, sangre, gritos, la mecha que se prendía, que era soplada, que era medida y calada en el serpentín; Martín de Urtubia que se levantaba con el arcabuz en ristre, que se giraba, que buscaba un blanco cercano para no fallar, que veía al totonaca que se arrimaba por detrás a Cuitlachnehnemini y a Escobedo justo cuando se defendían de otro atacante...

... y el disparo...

... y la acción que se detenía, como si el tiempo hubiera dejado de correr; y las dos volutas de humo blanco que se disipaban ante la cara manchada del arcabucero; y el *pochtecatl* que sintió el silbido de una onza de buen plomo castellano al pasar cerca de su cara como un fantasma y se

daba vuelta para encontrarse con aquel totonaca que se derrumbaba con la cabeza partida de un tiro; y el de Lequeitio que soplabla la mecha y se alzaba con el caño mirando al grupo más nutrido de atacantes y que escupía blasfemias en euskera y disparaba al bulto; y el retumbo, y la nube de humo, y el trazo de la bala zurreando, y un hombre que caía con el pecho bañado en sangre y la incredulidad en la cara; y el de Cuéllar que también se levantaba con su mecha humeando y apuntaba y enviaba otra sentencia de muerte a cruzar el aire, invisible como un espíritu.

Y los atacantes que se dejaban vencer por el pánico —aunque ya tuvieran vagas noticias de esas armas tras la visita de los mercaderes *chontalli*— y que se retiraban, perseguidos por la guardia mexicana y un puñado de españoles. Y Escobedo que sostenía del brazo al *pochtecatl*, que no creía lo que habían visto sus ojos. Guerreros, pensaba para sí. Aquellos hombres eran guerreros. Peleaban como valientes, y sus armas los convertían en gente poco menos que invencible.

Y ese tubo que sembraba la muerte desde la distancia, como un arco con su flecha, pero allí no había flecha. Sólo un cuerpo destrozado.

El resto de españoles se reagrupaban, esperando un segundo ataque. Los arcabuceros cargaban a toda prisa, por las dudas. Los que habían salido en persecución volvían. Y todos se miraron. Podrían ser libres allí mismo. Escobedo habló presto y recomendó prudencia. En medio de aquella nada, ellos solos estarían perdidos. Intentar cualquier cosa sería una estupidez. Sin embargo, ahora los mexicanos sabían quiénes eran y lo que podían y sabían hacer. Las cuotas de poder se estaban equilibrando. Y así podrían hablar de igual a igual.

Los hombres asintieron. La historia, una vez más, cambiaba su curso.



Al atardecer del doce de septiembre, los sobrevivientes de la caravana descansaban a la orilla del camino que los conducía al corazón del territorio mexica, en una casa de hospedaje austera pero acogedora. Quedaba una reducida guardia, media docena de *pochtecah*, algunos esclavos y una limitada cohorte de nuevos cargadores. Una parte importante de la mercancía original se había perdido durante el ataque. Pero no era el punto más preocupante: inquietaba saber que un asalto de tal calibre se había producido en una ruta que debía estar protegida.

Algunos españoles daban esmeril de nuevo a sus aceros, afilándolos limpiamente, al tiempo que otros revisaban la pólvora y los arcabuces, los morrales y el resto de sus pertenencias. Un par de ellos cambiaban por trapos limpios de algodón mexica las vendas con las que cubrían las heridas recibidas durante el reciente combate. Mientras tanto, una pequeña representación —Escobedo, Arana, Gutiérrez, Torres— conferenciaba con los *pochtecah*. Su dueño oficial, Cuitlachnehnemini, les devolvía su libertad si accedían a continuar a su lado hasta Tenochtitlan y a ser presentados ante el *hueyi tlahtoani*. Ahí estaban otra vez las viejas esperanzas. Los sueños de gloria y de aventura renacían en aquellos ánimos cansados y, hasta entonces, desmoralizados. Volvían a ser dueños de sus manos y sus pies. A partir de ese momento era menester buscar senderos para esos pies y trabajos para esas manos.

Las alternativas eran pocas. Discutida la situación entre los hispanos —muchos de ellos aún demasiado confundidos y agotados como para hacer elecciones— se llegó a un arreglo básico: aquella tierra se presentaba rica, próspera y organizada. Y ellos contaban con saberes y bienes que eran desconocidos en todos esos horizontes. Si actuaban con prudencia y con un poco de inteligencia, podrían sacar algún provecho de sus circunstancias.

Después, cada mochuelo a su olivo: cada cual sabría cómo proceder de acuerdo a sus intereses propios. Pero aquel momento no era propicio para las individualidades. Tenían que mantenerse como un grupo y demostrar cohesión: cualquier signo de debilidad podría ser malinterpretado por los mexicas.

Los españoles dieron el sí a Cuitlachnehnemini, quién expresó su satisfacción chasqueando la lengua y frotándose las manos. Poco después, entre tortillas y el descubrimiento de una bebida espirituosa bastante fuerte que en náhuatl se llamaba *octli*⁷³, los hispanos comenzaron a aprender sus primeras palabras en la lengua de los mexicas.



Tardarían una semana más en llegar a Tenochtitlan.

Avanzaban a toda prisa, casi sin darse descanso. Dejaron al norte Tlaxcallan, «el lugar de las tortillas», hogar de los belicosos tlaxcaltecas, que mantenían una independencia precaria de Tenochtitlan, salpicada de continuas guerras. Pasaron por la ciudad de Cholollan, «el lugar de la huida», dirigiéndose hacia Amecameca. Sortearon sierras altas y escabrosas, y dejaron de lado las cumbres nevadas de los volcanes Iztaccihuatl y Popocatepetl, este último siempre humeante. La calzada trepaba las montañas, y por ella se veía buen tráfico de gente, cada cual vestido de acuerdo a su origen étnico, procedencia, sexo, edad o clase social, y cada uno con distintas cargas.

Los españoles supieron que el actual *hueyi tlahtoani* de los mexicas era *Ahuitzotl*, que había ascendido al poder tras su predecesor, Tizoc, en el

⁷³ Pulque, bebida elaborada a partir de jarabe de maguey fermentado.

año que ellos llamaban «7-conejo». Ahuitzotl era un bravo guerrero que había empujado a los mexicas a apagar rebeliones huastecas, a conquistar a mixtecas y zapotecas y a extender los límites de su poder hasta las orillas del mar del oeste y hasta las selvas del sur. Había ampliado Tenochtitlan y había reconstruido el templo mayor de esa ciudad hacía seis años.

Les costó formarse una idea de aquel modelo de estado, pues ellos lo asociaban a un imperio como el de los antiguos romanos de la historia europea. Pero allí, lo único que se esperaba de cada territorio conquistado era que pagara debidamente su tributo a Tenochtitlan. No se ejercía hegemonía ni se inmiscuían en asuntos que no fueran del interés de la gran urbe y su dirigente. Ahora bien, las sublevaciones, las rebeldías y los actos de enemistad eran reprimidos con sangre, pues los guerreros mexicas eran tropas bien entrenadas y el *hueyi tlahtoani* no era muy paciente.

El *pochtecatl* les habló de sus dioses: de Huitzilopochtli y de Tezcatlipoca, de Coatlicue y, sobre todo, de Quetzalcoatl, blanco y barbado como ellos, según las leyendas. Les contó de las grandes pirámides que ellos ya conocían, y de las ceremonias y las ofrendas, y de los sacrificios que, ritualmente y en distintas fiestas a lo largo del año, eran ofrecidos a las deidades. Podían ofrendarse mariposas o serpientes, frutas o unas gotas de sangre propia. Pues la sangre era fuerza vital, y debía ser entregada para que los ciclos se renovaran y el mundo no muriera. En muchos casos, se entregaban directamente las vidas y los corazones palpitantes de seres humanos: niños varones enfermos a Tlaloc, hombres cautivos de habla náhuatl a Huitzilopochtli...

Los hispanos no comprendieron la mayor parte de esas palabras ni de esas costumbres. Les llevaría mucho tiempo entender. Y quizás nunca aceptarían. Pero estaban pisando un mundo nuevo y era necesario que, al menos, reconocieran sus características principales. Nadie sabía qué novedades traería el futuro.

Las transacciones se realizaban a través de trueque o con granos de cacao, con los cuales ya estaban familiarizados. «Pues el cuento de las dichas almendrillas era verdad...» comentaron algunos cuando se enteraron del dato. Las grandes compras y ventas, por su parte, se efectuaban con paños de algodón *cuachtli*, los mismos que habían sido empleados para adquirirlos a ellos en Cempohuallan. El valor de esas medidas de tela —y, por ende, su poder de compra— dependía de su calidad. Entre los bienes más preciados para aquellas gentes se encontraban el jade, las turquesas, las caracolas y la obsidiana. Aunque se destacaban, como artículos de lujo, las plumas del ave *quetzaltototl*, las pieles de *ocelotl* y los propios granos de cacao, que provenían de Xoconochco, la tierra del pueblo mame, el punto más meridional al que habían llegado los *pochtecah*. Por otra parte, era interesante notar que el metal era poco usado: el oro suntuario provenía de la sierra central, y el bronce, curiosamente, era mercado a los habitantes de Michhuahcan, pueblo enemigo del norte que jamás había podido ser domeñado ni vencido. Aunque eso no significaba que no se pudiera comerciar con ellos.

«*Quenin nahuatlahtolo?*» era la pregunta más repetida: «¿Cómo se dice en lengua náhuatl?». Y, a veces, se escuchaba algún tímido «*Quenin caxtitlahtolo?*», pues los mexicas habían traducido la palabra «castellano» a sus sonidos náhuatl como *caxtitl*. Poco a poco, paso a paso, los españoles se habían adueñado de expresiones como *xizo!*, *xicaqui!*, *xi!*, *catlehhuatl?*, *canin cah?*, *quen ticah?* *tlein ticnequi?*, *tlein in?* y *tlazohcamati*⁷⁴. Habían aprendido —aunque no compartían la costumbre— que los mexicas se bañaban una o dos veces por día, frotando su cuerpo con una raíz que llamaban *copalxocotl* y sus ropas con hojas de agave *metl*: una y otras

⁷⁴ En náhuatl, «¡Está bien!», «¡Oye!», «¡Hey!», «¿Cuál?», «¿Dónde está?», «¿Cómo estás?», «¿Qué quieres?», «¿Qué es esto?» y «Gracias».

hacían las veces de jabón. Progresivamente se iban familiarizando con el funcionamiento de un universo desconocido, pero a la vez no tan distante del suyo propio en algunos aspectos.

Día tras día seguían caminando. Hasta que el veinte de septiembre llegaron a la gran ciudad.



Tenochtitlan, la capital de los mexicas, se levantaba sobre algunas islas del lago Texcoco, y sobre islotes artificiales, y sobre embarcaciones. Desde lejos parecía flotar como una *canoa* descomunal unida a tierra firme por varios caminos de piedra. Más de tres decenas de miles de barcas cruzaban aquel espejo y atravesaban las calles de agua de la ciudad, que la asemejaban a una Venecia exótica. Tenochtitlan brillaba bajo el sol del mediodía, con un fondo de agrestes montañas como telón y el hormigueo de cientos de miles de habitantes que transitaban por mercados, palacios, templos, casas y suburbios. Tenochtitlan les daba así la bienvenida a los extranjeros y a sus hijos *pochtecah*, que llegaban con una reducida carga de algodón en rama, granos de cacao, ricas vestiduras teñidas de colores vivos, semillas de *chiyan* y de *huauhtli*, turquesas, oro labrado, plumas y caracolas para adornos.

La comitiva demoró varias horas en llegar a orillas del *Texcoco* y transitar las calzadas que permitían cruzar el lago y arribar a la ciudadela central. Aquella villa estaba edificada, entre otras, sobre las islas de Mexihco-Tenochtitlan, Tlatelolco y Nonohualco. El agua circundante había sido domada con diques, muros de contención, rellenos, canales internos y pivotes. Con el correr de los años, la población se había ido extendiendo desde las islas originales, rellenoando el fondo del lago y construyendo

encima sus calles, sus acequias y sus casas de paredes de madera o adobe con techumbre de caña.

La urbe estaba dividida en cuatro *campan* y estos, a su vez, en veinte secciones o *calpoltin*. Cada *calpolli* —como las collaciones europeas— solía agrupar oficios, venerar a una deidad en particular y desarrollar su propio mercado. El *tiyanquiztli* o mercado más grande era el de la sección norte de la villa, en la antigua isla de Tlatelolco. Aquel recinto seguramente cubriría la superficie de dos Sevillas, y reunía a diario a unas sesenta mil personas.

Casi cincuenta grandes edificios descollaban en el núcleo central de Tenochtitlan. Dado que el lago era salado, la ciudad tenía acueductos para transportar el agua dulce de los numerosos ríos que desembocaban en él y repartirla a través de acequias *apantli*. En algunas calles había casetas de vigilancia, y se contaba con un servicio permanente de recogida de basuras, excrementos y orines. Las primeras eran incineradas por las noches para alumbrar las calles; los segundos, vendidos como abono, y los terceros, guardados para el proceso de teñir textiles.

Todo tenía un uso en esa ciudad. Las alquillas *tecuilatl* que emergían como una espuma mucilaginosa sobre el lago eran secadas y comidas en tortilla. Lo mismo ocurría con las puestas de los miles de mosquitos, a las que también se desecaba y se preparaba con salsa picante y verduras en un plato que era considerado una exquisitez. Y con los huevos llamados *ahuauhtli*, puestos por unas moscas de agua *axayacatl*, que se comían convertidos en pasta.

El espacio era importante y lo habían sabido ocupar con imaginación. Prueba de ello eran las *chinamitl*, verdaderos jardines flotantes sobre los que se vivía o se cultivaba gran parte de la producción agrícola de aquella urbe.

Los españoles y sus acompañantes entraron por la calzada del sur, que ascendía sobre el nivel del agua y tenía, a entender de los españoles, un par de lanzas de ancho. Dejaron al este el *campan* de Zoquiapan o Teopan y al oeste el de Moyotlan, y cruzaron los dos enormes puentes que ayudaban a salvar los canales que atravesaban el camino; tales puentes se levantaban por la noche, permitiendo la libre circulación de la corriente del lago y posibilitando una mejor defensa ante eventuales ataques.

Aquello era un hervidero de gente, gente que movía cargas de aquí para allá, que surcaba la laguna en *canoas*, que paseaba... El humo de todas las casas, el aroma de todas las cocinas, las voces de todas aquellas personas, el sonido de los tambores, el eco de otras músicas, los gritos de comerciantes, los llantos de niños pequeños, las conversaciones de comadres y las reyertas de esclavos, todo eso saturaba el aire de Tenochtitlan. Se necesitarían días y días para plasmar la primera impresión que provocó aquella gran ciudad en los ojos de los españoles, tan habituados ya a manglares, pantanos y pequeñas aldeas ribereñas. Se necesitarían hojas y hojas de papel para describir los trajes, los bienes, los productos, las telas, el diseño escalonado de las pinturas, los detalles de los adornos de oro, la belleza de las armas, las trenzas de las mujeres, los tonos de las plumas de los nobles, las risas de los pilluelos, los chillidos de las aves que se vendían enjauladas en los mercados. Llevaría años conocer todo aquello, saber de qué se trataba, entender su naturaleza, su modo de existir, su por qué.

Aquí, unos muchachos jugaban *ollamalitzli* con una pelota que asombró a los recién llegados: parecía tener vida propia, por cómo saltaba y rebotaba. Más allá, un grupo de prostitutas los miraba con curiosidad mientras mascaban goma *tzictli* sonoramente. Gordos gusanos del maguey y largos saltamontes eran preparados sobre brasas, y en los numerosos puestos callejeros de venta de comida, las mujeres soplaban el maíz antes de asarlo para que las mazorcas, de acuerdo a la antigua creencia, no se asustaran con

el fuego. Los mexicas creían que ellos habían sido hechos por los dioses a partir de pasta de maíz, y aquel era, por lo tanto, un alimento casi sagrado.

Unos pasos más y llegaba el vapor de las ollas de barro *xoctl*, dentro de las cuales se cocían camarones del lago, o algún *axolotl*, o carne de pava *totolli* o de *iguana*. En otras ollas se hervían judías de colores y trozos de infinitos tipos de calabazas, o los granos variopintos de la docena larga de variedades de maíz que conocían los mexicas. Algunas mujeres majaban, con manos de piedra lisa, frutos de *tomatl*, *ají* y semillas de calabaza para hacer una salsa con la que acompañar los *tamalli*, o las tortillas *tlaxcalli* o *totopochtli*. Porque también había muchas clases de tortilla, así como dos docenas de tipos de *ají*, y un montón de preparaciones a partir de la bebida de maíz *k'eyem* que los hispanos ya cataran gracias a los itzáes. Allí se llamaba *atolli*, era tomada a todas horas para saciar la sed o como alimento, y se podía hacer de diferentes tipos de maíz —tierno, tostado, común— con agregados de frutas, picante, sal o sirope de maguey. Así nacían el *necuatolli* con miel, el *xocoatolli* de frutos ácidos, el *eloatolli*, el *xiloatolli*...

Miles de palabras, miles de escenas que se desvelaban rápidamente ante aquellos hombres que, en efecto, necesitarían años para conocer ese mundo. Pero ellos, los españoles que llegaban, no contaban con tanto tiempo. En cuestión de minutos, todo entró a través de sus cinco sentidos. Lo olieron, lo vieron, lo escucharon, lo sintieron en la piel y en los labios. Todo en un momento, inundados de repente por millones de sensaciones, saturados por tantas imágenes, tantos sonidos nuevos, tantos aromas. Desde el zumbido de los mosquitos que pululaban sobre el lago hasta la mirada de una anciana que desgranaba judías secas a la puerta de su casa, todo quedó allí grabado, todo se mezcló como en un calidoscopio paradisíaco e infernal.

Mareados, cansados, sólo atinaron a seguir dando un paso tras otro. Giraban la vista a su alrededor extasiados, asombrados por haber dado, finalmente, con la tan buscada ciudad del Khan. Que no era el Khan, sino el

hueyi tlahtoani de los mexicas. Todo aquello era digno de un mito, sin duda alguna, y de ser contado en miles de relatos e historias a la luz de un hogar y al calor de unos buenos vinos.

Por encima de sus cabezas se erigían ya un sinnúmero de torres y de construcciones engalanadas con estucos y pinturas y salpicadas de relieves y esculturas. Los *pochtecah* los condujeron al área central, área de plazas amplias y enormes templos rodeada por una gran muralla erizada de serpientes, la *coatepantli*. Atravesaron la puerta de Apantzinco y entraron en el gran recinto ceremonial. Frente a ellos se levantaban pirámides gigantes de escaleras interminables que, semejando aquella torre bíblica de Babel, parecían querer tocar los cielos. Por un lado, la doble pirámide de los dioses Huitzilopochtli y Tlaloc; por el otro, el templo semicircular de Quetzalcoatl. En las cercanías, entre diversos edificios, los hispanos alcanzaron a ver, con un escalofrío de terror, un *tzompantli*: una estructura de madera con forma de ábaco en la cual se exhibían los cráneos de los sacrificados.

A su derecha, los palacios del regente abrían sus puertas y escalinatas al gentío, y los soldados, bellamente armados, formaban guardias impenetrables. Más allá se alzaban las moradas de los *ocelomeh*, la elite de los guerreros-jaguar, y de los *cuacuauhtin*, la de los guerreros-águila. En el lado opuesto estaban el *calmecatl*, la escuela de los nobles o *pipiltin*, y la *telpochcalli*, la de los plebeyos o *macehualtin*.

Los recién llegados fueron guiados al palacio. Allí fueron llevados, allí entraron, allí se les dio aposento. Y allí serían presentados, al atardecer, al señor de Tenochtitlan, Ahuitzotl.

XVII

SEVILLA, 1521

E en aquesta jornada fue quando las aguas de la cibdad de Sevilla fueron emponzoñadas, que muy harto número de ombres e mugeres cayeron retorciéndose como posesos en el suelo, e murieron luego. E grande espanto llevaban los sevillanos, del no saber do podían beber las aguas limpias e sin ponzoña.

Crónicas de la Serpiente Emplumada, tomo II.

6 de julio. Como todas las demás, aquella mañana Dasil echó a andar lentamente entre callejas donde sólo se veía, se oía y se olía pánico. No pudo dormir: los tambores la mantuvieron despierta toda la noche, y en la oscuridad de sus horas de desvelo, algo le decía que ese día que amanecería sería importante. No sabía por qué, pero tenía un presentimiento. El sol se alzaba, rojo, y aún se olía el humo acre de la brea y las maderas con las que los recién llegados habían querido asfixiar la ciudad. Intentaban sembrar miedo, ella lo sabía, y lo estaban logrando. El ruido de sus pasos cansinos sobre el empedrado apenas si se percibía entre el tronar de imprecaciones, carreras y llantos que ensordecía Sevilla.

Dasil, a pesar de todo, no sentía temor. Ya no. Se le había acabado. Sólo le quedaba una extraña y resuelta tranquilidad. Y la valerosa

convicción de que debía acabar un periodo.

Fue al llegar a su fuente, donde cada mañana bebía y se miraba, cuando encontró a todos aquellos cadáveres, y a la gente llorando y gimiendo, y la noticia de que el agua estaba envenenada.

Entre aquellos que se lamentaban estaba la vieja esclava canaria de la familia Jorge.

Dasil pudo haber vuelto a la casa donde vivía, que no era su casa. Pudo haber seguido camino por esa ciudad, que no era la suya, y haber buscado otra fuente. Pudo haberse compadecido de esos muertos, que no eran los suyos. Pero no había razón para tal cosa. Bien mirado, nunca la había habido. Sabía —ahora con mayor certeza— que un ciclo se cerraba y que el suyo propio debería acompañarlo, difuminándose silenciosamente.

Y sabía también cómo terminaría aquella historia de la flota recién llegada. Hacía años, naves como aquellas habían atracado en su isla, en la desembocadura del Guiniguada. Y ella, a pesar del tiempo transcurrido, o tal vez gracias a él, recordaba bien todo lo que siguió.

No quería repetir eso. Ya no.

Dasil se había mantenido viva, pero, cuando lo pensó detenidamente, se dio cuenta de que aquella vida tampoco había sido suya. La suya se había acabado hacía cuatro décadas, cuando la arrancaron, encadenada, de Gran Canaria.

Se acercó a la fuente sin escuchar las advertencias de la gente, y se miró largo rato en el agua. Y descubrió el reflejo de una mujer anciana, con los cabellos blancos y la piel oscura quebrada por mil arrugas. Pero aquella superficie líquida también le devolvió unos ojos negros en los que reconoció a la *harimaguada* que supo de la sangre que la hacía mujer, y a la muchacha que se asomaba a las costas de Gáldar para contemplar el mar desgarrándose contra los basaltos. Y deseó perderse en sus sueños y vivir allí por siempre,

en aquellas memorias que le eran tan queridas.

Con gesto rápido hundió ambas manos en el agua un par de veces y se las llevó a los labios. Y deseó que aquello fuera rápido. No soportaría más dolores largos. Desde el fondo de aquella fuente emergió la figura de su padre, Azugahe, y la de su madre, Atteneri. Sintió calor en la garganta, y arrodillándose en el borde, cerró los ojos con fuerza, musitando *Acorán...* Sería sólo un momento.

Sólo un momento...

Quizás los vientos alisios se llevaran su aliento hacia su Tamarán, y llovería Dasil en la niebla que gotearían desde sus ramas los laureles de las montañas del norte, como lo hacía el mítico Garoé⁷⁵. Y alimentaría ese aliento suyo el nacimiento de las plantas y las cosechas. El mundo seguiría girando, tal y como había sucedido hasta ese día. Pues todo lo que nace, muere; todo lo que sube, baja; toda vida se sustenta en la muerte...



El sol del sexto día de julio se ocultaba tras el horizonte del oeste. El sitio continuaba, sin otras novedades que el cese momentáneo del cañoneo, la lenta llegada de la segunda flota invasora —que anclaría río abajo—, las aguas imbebibles y el centenar de hogueras e incendios que, como en un paisaje del averno cristiano, se extendían a través de todos los arrabales y los campos que rodeaban Sevilla.

⁷⁵ Famoso árbol (probablemente un enorme til) de la isla de Hierro (Islas Canarias). La tradición cuenta que las ramas de su inmensa copa condensaban la humedad transportada por los vientos alisios, creando una de las pocas fuentes de agua potable de la zona.

La ciudad —en la que, aun en tiempos de paz, era imposible mantener el orden— había sucumbido al más profundo de los caos. La gente forcejeaba y reñía en las fuentes y pozos que todavía estaban limpios. Muchas de esas disputas se zanjaban a cuchillo y estoque. Y el pánico reinante apagaba la sed de otros muchos.

Los templos estaban atestados de fieles que pedían misericordia. Muchos acusaban de los males que caían sobre ellos a las herejías cometidas por los falsos conversos judíos y moriscos. El odio del que, tradicionalmente, eran víctimas ambos grupos se había exacerbado. Por ello, las vecindades de ambas minorías se protegían, amurallando las callejas en las que vivían y cerrando sus barrios.

Todos se preparaban para lo peor. Nadie sabía cuánto podrían resistir en aquella ciudad en la que, de un momento a otro, las enfermedades empezaban a hacer estragos, pues la comida se pudría por el calor y los cadáveres no eran retirados de la vía pública y mucho menos enterrados. Arrabales y muladares, extramuros, ardían sin fin, cubriendo el cielo de una humareda inmundada que, junto con la humedad del río y el calor estival, tornaban el aire irrespirable. Los hombres que se mantenían en las defensas estaban tensos y exhaustos.

Sevilla estaba aislada. Siempre lo había estado, encerrada dentro de su muralla, metida dentro de su caparazón. En algún momento se había barajado la posibilidad de realizar una salida desesperada para atacar a aquellas fuerzas que los cercaban. Pero hubiera sido un suicidio, una masacre garantizada. En consecuencia, se optó por esperar una declaración de guerra formal por parte de los invasores. Quizás pudiera llegarse a un armisticio bajo ciertas condiciones.

Durante toda la noche volvieron a sonar los malditos tambores, que retumbaban dentro de la cabeza, dentro del corazón, dentro del miedo de los

sevillanos.



Al amanecer del siguiente día, siete de julio, los parches y maderos enmudecieron y llegó el turno de las bocinas. Los defensores de las murallas, que habían pasado la noche en un inquieto duermevela surcado por pesadillas oscuras, se asomaron por encima de las almenas a la espera de un ataque que seguía retrasándose.

Allá abajo todo indicaba que el asalto no se demoraría mucho más. Aquellas tropas continuaban moviéndose, desplegándose y organizándose alrededor de la ciudad.

De las filas que se ordenaban en el Arenal, entre el humo de los basurales y los restos de las casas quemadas, se adelantó un mensajero exhibiendo una bandera blanca. Llegó hasta delante de la Puerta Real o de Goles y, deteniéndose exactamente ante ella, a la vista de todos aquellos hombres, clamó por el gobernador de la villa.

Cuando el Asistente del Cabildo sevillano, don Sancho Martínez de Leyra, apareció en lo alto de las murallas un cuarto de hora más tarde, acompañado por el Alguacil, los Alcaldes, el Capitán General don Fernando Enríquez de Ribera y los capitanes de las compañías de soldados recientemente levados, el enviado empezó a declamar, entregando su mensaje.

Aquel extranjero, un joven de piel clara, cabellos oscuros y ojos color miel, elevó su voz por encima de todas las murmuraciones, quejas, maldiciones y promesas que en ese instante se estaban profiriendo tras los muros sevillanos. Gritó con todas las fuerzas de sus pulmones, en un castellano teñido de voces extranjeras.

Y sus palabras quedaron grabadas a fuego en todas las memorias que sobrevivieron a ese día.

XVIII

TENOCHTITLAN, 1493

E aquellos ombres nobles e guerreros e sacerdotes de los ydolos que estos mexicas adoraban se reunían en palacio a conferenciar con el señor, el ueitlatoani, e allí demostraban grande cordura e poder. E lucían maravillas de prendas nunca vistas en cortes de los reynos de Europa, e fazían hartos banquetes con grande fasto.

Crónicas de la Serpiente Emplumada, tomo II.

El palacio era inmenso. Contaba con cien habitaciones y estaba regiamente decorado: sobre su base de piedra y estuco crecían por doquier, como si de enredaderas se tratase, magníficos relieves que hablaban de divinidades, de glorias pasadas y presentes, de los gobernantes de tiempos idos y de las victorias por venir. Las amplias estancias estaban pulcramente dispuestas, tapizadas y esteradas con fino algodón y plumas, y se percibía en ellas el aroma del incienso *copalli* y de fragantes flores. La luz se filtraba, tibia, reflejándose en las paredes blancas y en los murales pintados sobre ellas. Allí se gobernaba y se impartía justicia, se administraban las finanzas y los bienes, se preparaban las guerras, se organizaban las ceremonias religiosas y se recibía a las delegaciones provenientes de otras tierras, aliadas o enemigas.

En las proximidades, el regente poseía dos casas de animales y aves exóticas —donde podían admirarse la belleza del *ocelotl*, la timidez del venado y la algarabía de los monos— y dos grandes lagunas artificiales, en las cuales se criaban peces y aves lacustres.

Las noticias del arribo de la comitiva de los *pochtecah* se habían conocido hacía sólo un par de días en Tenochtitlan, a través de los incontables mensajeros que recorrían las rutas del territorio dominado por los mexicas. Se había sabido del asalto en tierra totonaca, de la muerte de algunos comerciantes durante dicho ataque y de la valerosa defensa de los hombres de piel clara. Los *pochtecah* y sus para entonces célebres acompañantes eran esperados con fiestas y boato. Luego de presentarse a los guardias del *hueyi tlahtoani*, los recién llegados fueron alojados en la *cohuacalli*, sector palaciego destinado al albergue de embajadores e invitados extranjeros. Rápidamente se preparó todo lo necesario para su estadía, ordenándose baños y comidas. Los españoles se sentían en medio de un espejismo quimérico o de una alucinación. Habían llegado a tocar con las manos el sueño edénico que acariciarán en sus villas y aldeas españolas, en su pobreza, en su desesperanza. El camino había sido largo. Duro, muy duro. Y habían pagado —¿qué dudas había?— un alto precio por recorrerlo. Pero allí estaban. Ya habían arribado. A partir de aquel momento era menester jugar todas las cartas disponibles con sabiduría, para que aquella realidad que parecía tan ilusoria no se les colase entre los dedos y se les escapase como arena o aire.

Horas más tarde, *pochtecah* e hispanos eran anunciados al *hueyi tlahtoani* en persona —lo cual era un inmenso honor— y a su gran consejo de nobles, guerreros y altos sacerdotes. Una vez más fueron sometidos al protocolario ritual de la curiosidad, de la observación, del asombro, de las preguntas por señas. Pero esta vez, tal actitud fue mutua: los españoles no podían despegar los ojos del fasto, los adornos, las riquezas y la galanura,

exhibidas en cada rincón de aquel palacio y sobre cada palmo de piel de aquellos hombres que los atisbaban incrédulos.

Tras mostrar y entregar los bienes obtenidos a través del comercio durante su expedición, los *pochtecah* presentaron a los extranjeros. Tomando la palabra, Cuitlachnehnemini refirió lo que sabía de aquellas gentes que le acompañaban, los detalles de su encuentro en Cempohuallan y cómo habían sido comprados al señor de los totonacas a pesar de la inicial negativa de aquel. Narró detalladamente el asalto en el camino — información ya discutida que había provocado gran disgusto entre guerreros, nobles y el propio regente— y el papel que habían desempeñado los españoles en el asunto. Contó de ellos todo lo que había podido averiguar a lo largo del trayecto: su viaje de lunas y lunas a través del mar, desde el este, hasta alcanzar las costas de Cempohuallan hambrientos y desesperados; su lengua, sus armas, su escritura, su ropa...

Luego, con la colaboración de Escobedo y Arana, exhibió cuanto traían consigo: el metal blanco y la pólvora, los arcabuces y las «Crónicas», los pocos espejos y las últimas cuentas de vidrio. Todo eso no causó menos asombro que sus pieles blancas y sus caras aún sin rasurar.

El *pochtecatl* habló durante mucho tiempo, quedamente, con gran encanto y persuasión. El soberano y su corte escuchaban —admirados, maravillados, atónitos— aquel cuento que parecía tomado de alguna profecía o de algún código de leyendas antiguas. Una vez concluido el relato, el gran señor mandó, a través de su vocero, que se premiase a los *pochtecah* con orejeras *quetzalcoyolnacochtli*, báculos *xahuactopilli* y mantas *colotlalpilli* decoradas con escorpiones, todos ellos símbolos de poder y honor. Ordenó también que se los albergase en palacio y que se proveyera a los visitantes de ricos presentes: capas de algodón, brazaletes de oro y piedras y collares de plumas.



Aquella noche, *pochtecah* y españoles cenaron en una suerte de gran banquete, al que se unieron algunos nobles y jefes guerreros interesados en conocer de cerca y de primera mano a los huéspedes de allende los mares. Sentados en cojines *tolcuextli*, Cuitlachnehnemini hablaba con Escobedo y con Luis de Torres —usando cada vez menos gestos y más náhuatl— y les explicaba un poco de la vida en aquella ciudad. Les relató el origen de los mexicas o *mexihcah*, los cuales también eran llamados *aztecah*, que significaba «la gente o los habitantes de Aztlan». Pues Aztlan, al norte, había sido la patria de sus ancestros. Los españoles, por su parte, intentaron dar, sin mucho éxito, algunas referencias generales del lugar del que procedían.

El banquete se inició con olorosos tubos de tabaco y flores depositadas por los sirvientes ante sus invitados. Al mismo tiempo, comenzaron a sonar los tambores *teponaztli* y *huehuetl*, los pífanos *huilacapitzli* y las sonajas *ayacachtli* y *tetzilacatl*. Y se entonaron cantos, y se representaron danzas con vestidos increíbles y coreografías jamás vistas por los hispanos. Los miembros de la corte se habían ataviado especialmente para la ocasión, llevando ricas capas bordadas, muñequeras de jade *chalchihuitl*, enormes orejeras de oro, paños *maxlatl* alrededor de las cinturas, collares de turquesas *teoxihuitl*, barbotes de cuarzo, narigueras, ajorcas, y borlas de plumas *quetzallalpiloni* enlazadas en los cabellos

A continuación se sirvieron una interminable serie de platos: cuencos con salsas de semillas de calabazas y *ají*; cestas *chiquihuitl* de juncos conteniendo tortillas de distintas variedades; cazuelas de pescado *iztac-amilotl-chilcuzio*, cocidos de rana *cuiyatl-chilchoyo*, potajes *chilmolli-chilcuzmilli-xitomatl*; y muchos otros manjares cuyo sabor aún era desconocido para los hispanos, pero que deleitaron sus paladares... a pesar

del gusto terriblemente picante del omnipresente *ají* o *chilli*. La quebrantada salud de los españoles agradecía aquella comida: meses de calenturas constantes, de malestares y enfermedades debido a la pésima y discontinua alimentación, habían hecho mella en sus cuerpos. Un festín como aquel significaba la posibilidad de reponer fuerzas y ánimos para lo que les tocase vivir en adelante.

Tras la comida, y entre algazara y chanzas —el buen humor retornaba lentamente a los labios de los aventureros— se fumó más tabaco y se bebió *cacahuatl*. Los nobles mexicas no tomaban bebidas alcohólicas: entre ellos, la embriaguez era uno de los pecados más bajos y merecía severos castigos. En su lugar, consumían cacao molido disuelto en agua caliente, sólo o aderezado con sal, *chilli* y otras especias. Más allá de su sabor amargo y exótico, el *cacahuatl* —el *chukwa'* de los itzáes— era una especie de elixir reservado a las clases más pudientes. Pues ese grano oscuro, además de ser el principal componente de aquella bebida, era moneda de curso común.

Se siguió charlando mucho tiempo. Se recordaron avatares y jornadas, hazañas y desencuentros, y se revivieron nostalgias largo tiempo adormecidas en los pechos españoles.

Y así se habló, hasta la madrugada.



La cabeza del jefe de la guardia totonaca estaba empalada cerca del templo principal de Cempohuallan. Los sobrevivientes del fallido ataque a la caravana *pochtecah* habían sido degradados a esclavos, siervos del palacio. Y el señor de la ciudad temía. Los mexicas no eran estúpidos. A esas horas ya tendrían consigo a aquellos hombres, y pronto buscarían el

apoyo de sus armas. Sólo los dioses sabían qué depararía el futuro.



Dos días después de su entrada en la ciudad —veintidós de septiembre para los españoles— el soberano mexica, sus nobles, sus sacerdotes y sus guerreros conferenciaban en palacio, en la sala *tecpilcalli*. Debían resolver cómo actuar en relación al grupo de extranjeros. Una decisión que merecía un análisis profundo.

Aquellos hombres habían defendido a los mercaderes mexicas y habían arribado en paz. En realidad, habían llegado allí por accidente, o por una jugarreta del destino, y se habían defendido a sí mismos. El hecho era que allí estaban. Habían mostrado curiosidad por la cultura de Tenochtitlan y expresado —a través de uno de los *pochtecah*— su interés en quedarse en aquellas tierras, desarrollar alianzas o comercio, conocer más de los estados vasallos del *hueyi tlahtoani* y servirlo en lo que pudieran.

Era necesario establecer rápidamente el procedimiento a seguir. Por un lado, los recién llegados eran libres: una especie de embajada de un país desconocido que había alcanzado la ciudad pero que no podía volver a su tierra de origen. Eran valiosos por sus conocimientos y por los extraños elementos que habían traído consigo, de los cuales muy bien podrían beneficiarse los mexicas. Pero, por otro lado, inquietaba pensar que ese poder que detentaban llegara a ser utilizado en su contra.

No podían ser sacrificados —no eran gente de habla náhuatl, ni prisioneros de guerra, ni esclavos, ni renegados— pero sí ejecutados o envenenados. Así se evitaría cualquier problema potencial. Sin embargo, a través de alianzas y pactos con ellos se aprendería mucho. Se sabría cómo elaboraban sus metales, sus armas, su polvo negro, y qué era lo que

registraban con signos ininteligibles en su intrigante códice. Sin olvidar los barcos, la navegación, las rutas y sus conocimientos sobre otras tierras, otras gentes, otras lenguas y otros bienes. Todo eso sería muypreciado. Tremendamentepreciado.

Los jefes militares hablaron. Tenochtitlan había sostenido su poder a través de la guerra. Sus tropas sofocaban rebeliones una y otra vez, intentando mantener bajo control a los numerosos vasallos que el guerrero Ahuitzotl había sumado merced a sus encendidas campañas militares. Aquello no era tarea sencilla, ni siquiera imponiendo el miedo a través de los sacrificios rituales. Los estados bajo la órbita del regente podían dejar de pagar tributos en cualquier momento, e incluso desafiar la autoridad mexicana. Con armas nuevas, con estrategias nuevas, ellos serían más poderosos que sus vecinos y podrían cimentar conquistas que les habían tomado generaciones y generaciones de lucha y esfuerzo. Podrían mejorar su sistema de tributos extendiendo sus dominios y repartiendo mejor las cargas. Podrían evitar sacrificios y miedo si tenían mejores defensas. Podrían ir más lejos con aquellas barcas en las que habían viajado los extranjeros. Nadie sabía qué posibilidades se abrían, pero la buena noticia era que había muchas oportunidades latentes.

Aquellas razones eran sólidas. De hecho, el bienestar de la nobleza y del propio *hueyi tlahtoani* dependía directamente de los tributos. Pensar en nuevos territorios, en conquistas sustentables, era pensar en prosperidad para todos, incluyendo a la totalidad de los habitantes de Tenochtitlan y a sus aliados, los acolhuas y los tepanecas de Tlacopan.

Los nobles tomaron la palabra. Podría invitarse formalmente a los extranjeros a que se quedaran en la ciudad, como súbditos de Ahuitzotl. Estarían al servicio del gran señor, se los trataría como ciudadanos mexicanos y disfrutarían del nivel social de un *pochtecatl*. Se les enseñaría la lengua, se los protegería, se los recibiría en palacio y se les otorgarían bienes y

posiciones. A cambio, su tarea sería enseñar todo lo que sabían. Especulando un poco, era obvio que esos hombres no tenían muchas más opciones: un número tan reducido y debilitado, lejos de todo y perdidos en un mundo que desconocían, no podría oponer una resistencia muy larga. Serían, sin duda, temibles en su defensa, pero jamás escaparían con vida de Tenochtitlan. Su respuesta a la propuesta sería indudablemente afirmativa.

Por último, hablaron los *teopixqueh*, los sacerdotes. Aquellos extranjeros eran misteriosos. Inexplicables. Procedían del oriente, un lugar de leyendas. Hacia el este había marchado en una barca Quetzalcoatl, aquel dios-héroe que había propiciado el nacimiento de la especie humana, que había inventado el calendario y la escritura, que había enseñado la agricultura y las artes, y que era señor del viento y del lucero del alba. Hacia el este, sí. Algunos decían que había partido hacia Tlapallan, «la tierra del rojo y negro», el país de los mayas; otros contaban que se dirigió hacia donde se encontraba el Tlalocan, el paraíso en la tierra. Unos pocos relatos de los antiguos contaban que Quetzalcoatl era barbado y blanco y que, antes de partir, prometió que él o sus hijos retornarían en un año *ce acatl*⁷⁶. Aún faltaba mucho para uno de esos años, pero esas tradiciones, plasmadas en los viejos códices sagrados, no podían dejar de ser consideradas. Ellos, los sacerdotes, debían propiciar el equilibrio de las fuerzas entre los dioses y los hombres. Debían mantener vigentes los ciclos naturales y los del tiempo. Tal vez esos extranjeros, que parecían parte de una profecía, habían llegado precisamente para equilibrar las fuerzas que estaban en juego en aquel momento en el mundo mexica. Quizás no fueran descendientes de divinidades o héroes míticos, pero Quetzalcoatl habría podido empujar sus

⁷⁶ Los mexicas tenían ciclos de 52 años, y cada año tenía un nombre que se repetía una sola vez durante ese ciclo, y que se componía de un número y un nombre fijo. *Ce acatl* se traduce como «1-caña».

barcas con el *tlalocayotl*, el viento de naciente, estrellándolas contra la costa y enviándolos al *hueyi tlahtoani*. Podía tratarse de una señal.

Y no era aconsejable ignorar las señales. Podían ser nuevas piezas en el tablero de *patolli*⁷⁷ sobre el que jugaban el gran señor Ahuitzotl y su gente.

El monarca, desde su silla *tepotzohicpalli*, escuchó todas las voces con atención y agradeció las opiniones, cargadas de buenas intenciones y sabiduría. Tras ello, pidió que lo dejaran en soledad, para poder meditar sobre las palabras dichas y oídas. A partir de sus reflexiones tomaría una decisión.



El *hueyi tlahtoani* evocó las antiguas leyendas de sus mayores. Aquellos hombres no tenían aspecto de ser descendientes de dioses. Eran tan humanos como él o como cualquiera de los habitantes de las islas y canales de Tenochtitlan. Tampoco tenían trazas de nobles o embajadores: probablemente en sus tierras fueran comerciantes o plebeyos. Por otro lado, la mayor parte de las tradiciones recogidas en los libros de los sacerdotes habían sido escritas por uno de sus antecesores para salvaguardar el honor de los mexicas ante los otros pueblos. Él sabía, como hombre práctico y realista que era, que si bien eran útiles, no siempre eran verdaderas. No podía basar una decisión seria en esos escritos, ni en las costumbres y pensamientos que perpetuaban. Estaban bien para sujetar a los *macehualtin* y a los embajadores extranjeros, lo mismo que los sacrificios humanos en las explanadas y torres de los templos. Pero nada más...

⁷⁷ Juego de tablero mexica.

Sin embargo, la idea de una señal de Quetzalcoatl tenía más sentido para él. Gente que venía del este, en una barca. El dios-héroe se había ido en una balsa, hacia naciente. Gente blanca y barbada, tal y como los mitos de antaño pintaban a su protagonista. Muchas coincidencias. Y, además, gente con nuevo conocimiento. Quetzalcoatl, «la Serpiente Emplumada», había sido un personaje que, de acuerdo a los más respetados relatos —y esos sí eran creíbles— había desarrollado y legado artes, técnicas y oficios muy provechosos para los hombres.

Gente con nuevos saberes. Saberes que le serían muy útiles, siempre que los extranjeros accedieran a colaborar. Y él sabía que no necesitaría mucho para convencerlos. Aquellos hombres no tenían muchas opciones y, como todos, tendrían un precio.

La resolución estaba tomada, pues. Ahuitzotl se retiró a su cámara. No podía quitarse de la cabeza a la Serpiente con Plumas, aquel señor de la sabiduría y del viento que quizás había hecho encallar a una veintena de extranjeros en las costas totonacas. Tampoco lograba dejar de considerar la extraordinaria secuencia de acontecimientos que los había llevado hasta allí. A la postre, tuvo la certeza de que todo aquello tenía un significado, así como profundas implicaciones futuras para su pueblo. Aunque él no fuera testigo de los resultados de su decisión, de alguna manera debía preverlos.

Definitivamente se trataba de una señal. Una señal de los dioses, o de los héroes, o tal vez de los hombres. Quizás era una muestra del mutuo entendimiento de sus respectivas fuerzas. Fuese lo que fuese, era bienvenida.



Allí estaban, frente al «gran orador», frente a Ahuitzotl, *hueyi tlahtoani* de la gran ciudad-estado de Tenochtitlan, que tenía como vasallos a grandes y fuertes reinos. Allí estaban, frente a él y a sus nobles, sacerdotes y guerreros. Otra vez.

Y, merced a comentarios previos del *pochtecatl*, sabían que su suerte estaba en juego.

El vocero del señor mexica se dirigió a Escobedo en náhuatl, acompañándose de algunas señas y hablando lentamente para ser comprendido. Los gestos, de todas maneras, no dejaban lugar a dudas. Ahuitzotl les ofrecía un sitio en Tenochtitlan, bienes y posesiones.

El gran señor deseaba intercambiar conocimientos y técnicas con aquellos hombres. Deseaba aprender sobre la pólvora y las balas, los arcabuces y el hierro, la navegación y la escritura, los viajes y las rutas, la construcción con madera y la elaboración del vidrio, los recuerdos de Castilla, la política y la religión, el idioma y la cultura. A su vez, ellos serían instruidos en las creencias, los usos y las reglas vigentes en aquellas tierras.

Su seguridad y su sustento estarían garantizados, siempre que observaran cuidadosamente las normas y costumbres de los mexicas. Pues, convirtiéndose en ciudadanos de Tenochtitlan, estaban sujetos a las mismas prohibiciones y garantías que todos sus súbditos, y a las mismas penas en caso de excesos o violación de las leyes. Deberían, además, someterse a la autoridad del *tlahtoani* y jurarle lealtad.

Largo rato duró el discurso, salpicado de ademanes sumamente ilustrativos. Y Escobedo lo entendió. Sin embargo, y a pesar de la meridiana claridad con que fueron expuestos todos los puntos, el escribano quiso asegurarse y pidió con mucha cortesía que se le repitiese la oferta. El vocero así lo hizo.

El segoviano intentaba ganar un poco de tiempo antes de dar una contestación. Se daba cuenta de que estaban recibiendo una proposición muy generosa, no exenta de intereses, pero que no podían dejar escapar. En la posición en la que se encontraban, no tenían muchas alternativas. Solicitó, pues, permiso para hablar con sus compañeros, permiso que le fue otorgado.

—Hasta do puedo entender, aquestos hombres ofrécennos ciudadanía mexicana, seguridad, bienes y sustento si nos quedamos aquí y les enseñamos los nuestros usos y costumbres, nuestras armas, nuestra escritura, nuestra historia y nuestra lengua. Nosotros estaríamos obligados a aprender su cultura, y deberíamos respetar como ley sus normas, someternos a su autoridad y jurar lealtad al *tlahtoani*.

Los españoles sopesaron aquello un momento.

Arana quiso ver allí la oportunidad de retornar a Castilla, como siempre quiso. Convencer a aquellas gentes con sus dotes de mando, armar gran flota con su ayuda y convertirse en señor de guerra, pues ése era su instinto más fuerte. Los que lo seguían —que ya eran pocos— quizás también percibieron la ocasión de volver a su tierra convertidos en figuras ilustres.

Escobedo y algunos otros entendían aquello como una propuesta de futuro: una opción de poder vivir tranquilos, de compartir cultura, de enseñar la suya propia, de recibir una hospitalidad y una confianza que deberían ganarse con sus actos, cierto, pero que era posible. Y con el correr de los años hasta podrían establecer vínculos, comerciar con su terruño natal. ¿Quién sabía?

Otros muchos, desmotivados y hartos, no tenían siquiera razones. O albergaban sentimientos muy encontrados: vergüenza de tener que unirse a aquellos que consideraban infieles y, a la vez, alivio al descubrir que parte de su aventura —sólo una parte— había terminado. Un capítulo se cerraba y

otro se abría, y no importaba qué escribieran en esas páginas, siempre que las pudieran seguir llenando.

Los hombres musitaron quedamente su elección. Todos aceptaban. En el futuro siempre habría tiempo para decidir cómo emplear aquella inmensa oportunidad en beneficio de cada interés particular.

Fue en aquel momento cuando Escobedo se giró con rencor hacia Arana.

—¿Vestirá vuestra merced los paños de estos salvajes, que no tienen vergüenza ni conocen fe ni Dios verdadero? ¿Hablará su condenada lengua? ¿Se horadarán los labios y orejas, y se pintará como hizo el marrano traidor de Balmaceda?— le dijo, repitiendo las palabras que el cordobés había pronunciado en Kaan Peech.

Un incómodo silencio dio paso a una mirada cargada de turbación y de odio.

La decisión estaba tomada. Pero una voz se alzó, débil, y planteó un tema escabroso. La religión.

Escobedo se volvió hacia el vocero y preguntó, señalando la cruz que colgaba en el pecho de uno de los españoles, si podrían seguir orando a sus dios. El vocero miró hacia los sacerdotes y los nobles. El *hueyi tlahtoani* no halló inconveniente: sus creencias serían respetadas si ellos respetaban las mexicas.

Entonces, con una simple seña, el segoviano indicó que aceptaban. Explicó luego, con palabras sueltas en náhuatl y la ayuda de su mímica, que ellos querían vivir, querían la paz, querían aceptar la hospitalidad del gran señor Ahuitzotl. Que sería para ellos un honor estar allí, enseñar lo que sabían y aprender de ellos. Lo simplificó como un intercambio de corazón a corazón, de boca a boca y de cabeza a cabeza. El vocero trasladó esas manifestaciones a su señor. Este asintió, gravemente y luego añadió una sola

frase.

Mayuhmochihua. «Que así sea».

Lo que seguiría marcaría un cambio en el mundo. Pues son las pequeñas elecciones de una o varias personas las que transforman el curso de los acontecimientos, las que desvían el río de la historia hacia nuevos cauces. Aunque esas personas no lo sepan. Aunque tome meses, años o incluso siglos comprender qué tan fundamental fue ese tímido paso en el conjunto total de hechos.

Fuera designio de los cielos o estratagemas del azar, allí, en Tenochtitlan, en aquel momento, comenzaba la verdadera aventura de aquellos veintiún hombres llegados del este. No importaba lo que ya hubiera sucedido, lo que ya hubieran vivido. La parte más trascendental de sus existencias se iniciaba justo en aquel salón, en aquel instante.

Y los ecos de su decisión resonarían mucho después, aunque ellos jamás lo sabrían.

XIX

SEVILLA, 1521

Por que se entienda aquesta historia es que anotamos estas crónicas. Porque la memoria del hombre es corta, e el olvido tan fuerte que las más vezes la gente no entiende raçones e motivos de su vida, dexamos estas notas para los años benideros, para recordar do començó la nuestra historia.

Crónicas de la Serpiente Emplumada. Prólogo.

Y el joven mensajero de piel y ojos claros gritó:

—Somos mexicas. Somos los hijos de la Serpiente Emplumada, cuyo emblema adorna nuestras velas. Somos los que invocan la protección de Huitzilopochtli y Tezcatlipoca. Somos los guerreros-jaguar y los guerreros-águila. Somos los temidos por totonacas y tlaxcaltecas, por huastecas y otomíes, por zapotecas y mixtecas, por taínos y caribes, por itzáes y chichimecas. Somos una nación, sus vasallas y sus aliadas. Somos miles.

Hemos viajado soles y lunas hasta aquí desde las Tierras del Oeste, merced a los conocimientos que nos legaron vuestros enviados. Rendid vuestra ciudad y aceptad el vasallaje a nuestro *hueyi tlahtoani*, Moteuczoma Xocoyotzin. Rendid vuestras tierras, vuestras gentes y vuestros bienes y

aceptad la vida como súbditos de nuestros dioses y nuestro regente. O enfrentad nuestras fuerzas sabiendo que el único destino que os espera es recorrer el camino a Mictlan, la tierra de los muertos.

Somos mexicas, llamados aztecas por nuestros orígenes en la mítica Aztlan. Somos los guerreros-águila y los guerreros-jaguar llegados desde occidente. Somos los temidos. Y somos miles.

Somos los nacidos en Tenochtitlan, los que vienen del otro lado del mar, de las Tierras del Oeste, allí donde se pone el sol. Y las velas de nuestros barcos fueron empujadas hasta aquí por el soplo de Quetzalcoatl, aquel que controla los vientos.

Nuestra Serpiente Emplumada.

FIN·D
EL· LIBRO
DL· MĒSAXERO

NOTA DEL AUTOR

A lo largo de esta obra he pretendido usar un conjunto amplio de datos históricos para construir una narración (totalmente ficticia, como es evidente) de lo que *hubiera podido ser*. Si bien he intentado mantener una coherencia dentro de la trama y entre el inmenso número de fuentes informativas empleadas, muchas veces he tenido que sacrificar mis ansias de solidez y objetividad en aras del propio proceso literario. Pido, pues, disculpas anticipadas por los posibles y probables vacíos, desconexiones y contradicciones que puedan haber quedado plasmadas en las páginas de estos textos. Pero ya lo dice la Ley de Jones, de universal cumplimiento: «hay errores que pasan desapercibidos hasta que el libro está en la imprenta». El Corolario de Block a esa ley agrega que cuando el autor recibe el primer ejemplar y abre el libro al azar, se encuentra con el error más garrafal.

Como podrá imaginarse, fueron numerosos los puntos complejos abordados durante la redacción de estas *Crónicas*. Quizás el mayor reto enfrentado fue el manejo de las distintas lenguas anotadas, un elemento que me ha interesado incluir para reflejar la enorme diversidad que siempre caracterizó a nuestro mundo, a pesar de los fenómenos sociales y políticos que han intentado —e intentan— homogeneizar nuestras identidades. En particular, las lenguas indígenas —muchas de las cuales gozan, afortunadamente, de notable salud en la actualidad— representaron uno de los grandes desafíos. En algunos casos, hallar alfabetos, gramáticas y diccionarios estandarizados ha sido poco menos que imposible, y decidir

entre las distintas acepciones y grafías de un término o una frase, una tarea ardua y complicada. Sin embargo, creo que el esfuerzo ha merecido la pena.

Manejar fechas del siglo XVI ha sido un desafío más... bastante inesperado, por cierto. Convencido de la solidez de nuestro calendario gregoriano europeo actual, descubrí que hasta 1578 Europa se había regido por el calendario juliano, válido desde los tiempos romanos. Este fue cambiado a sugerencia del Papa Gregorio XIII, de ahí su nombre. Tal «sugerencia» —en realidad, una bula— sólo fue aceptada de inmediato por un limitado conjunto de estados católicos europeos. La proposición tardaría mucho tiempo —incluso siglos— en llegar a toda Europa, y mucho más en alcanzar al resto del mundo. En muchísimos casos nunca llegó... ni era necesario que lo hiciese. Los historiadores actuales aún se desesperan al intentar datar con fechas gregorianas acontecimientos que ocurrieron en determinado país, en cierta época, bajo un calendario distinto...

Muchos datos presentados en el primer «libro» de la obra encontrarán su explicación en el último. Así de «malvados» somos a veces los escritores. Quizás apelemos demasiado a la paciencia de los lectores. O quizás creamos en esa inigualable complicidad que se genera a ambos lados de una página, esa complicidad que provee a la lectura —y a la escritura— de su mágico encanto.

Es preciso señalar que me he tomado la enorme libertad de incluir citas directas de autores famosos a lo largo de la obra, cambiando algunas de sus palabras —y/o el contexto general— para adaptarlas a mi ficción. En «El Libro del Mensajero», el lector atento habrá descubierto unas palabras de fray Diego de Landa en el capítulo X. Al final de ese capítulo he incorporado, además, citas provenientes del *Libro de Chilam Balam* y una oración de *El Ritual de los Bacabs*.

Asimismo, he utilizado numerosas fuentes documentales que, debido al formato literario —y no académico— de este trabajo, no puedo citar adecuadamente en una bibliografía anotada. Quizás en algún momento tenga la oportunidad de poder proveer al lector interesado de tales referencias, honrando así, además, a los autores de los trabajos que posibilitaron este texto.

Por último, debo decir que pocas veces la ficción supera a la realidad en cuanto a elementos asombrosos, ridículos, fantásticos o intrigantes. Los ingredientes más increíbles de estas *Crónicas* —a excepción de su argumento— están basados en sucesos históricos *reales*. Pero otros tantos elementos —tal vez los mejores, me temo— quedarán al margen. Las dudas e incredulidades que se generen en el lector a partir de ellos crearán una magnífica oportunidad —o, al menos, así lo deseo— para que cada cual pueda iniciar búsquedas propias...

Sólo me resta recordar a todos aquellos que de alguna manera se vean reflejados en estas páginas —por algún motivo, bajo alguna forma— que están leyendo una obra de ficción. Y a todos aquellos que no se vean en ellas, decirles que tienen entre manos una obra que, quizás, hubiera podido narrar su propia realidad.

Gracias por estar de ese lado...

AGRADECIMIENTOS

Toda historia tiene una vida propia, independiente del que la escribe. Los que asumimos la tarea de dar un cuerpo material a esas ideas, personajes, diálogos y acontecimientos somos meros instrumentos que intentamos expresar con palabras —bien, mal, todo depende de nuestras destrezas en el arte de escribir— un conjunto de sensaciones e imágenes difusas. La historia nos elige, circunstancialmente, como sus intérpretes para que la hagamos nacer sobre el papel. Si algo debo agradecer en primer lugar es haber sido elegido por esta historia para ser su narrador.

Quiero agradecer, asimismo, a todos los lugares que alguna vez me acunaron y que siguen recibíendome cada vez que retorno a ellos. Todas esas tierras dejaron en mí sueños, esperanzas, risas, lágrimas y recuerdos. Por hacerme ser quien soy, pensar como pienso y sentir lo que siento, gracias.

A lo largo de los nueve lustros que llevo andando caminos, me he cruzado con un pequeño puñado de grandes personas que han compartido conmigo las memorias antiguas de sus pueblos. Por un lado, pues, deseo agradecer a los castellanos, canarios y vascos —aunque sin olvidar a otras gentes ibéricas— que me han permitido aprehender, a su lado, un pequeño y maravilloso fragmento de su cultura. Por el otro, vaya mi reconocimiento a todos los individuos con raíces indígenas que me han permitido recorrer senderos con ellos y vislumbrar la inmensidad de su universo. A todos los que conservan su patrimonio, su lengua y sus tradiciones. A todos aquellos

que las publican y difunden, que las enseñan, que luchan para que no desaparezcan en una sociedad cada vez más homogénea y globalizada. A ellos, mi agradecimiento como escritor —pues mucho de lo aprendido de sus manos está en estas páginas— y como ser humano, por permitirme vivir en un mundo aún diverso y plural, a pesar de todo.

Al texto de Ricardo Majó Framis que cito al inicio de *El Libro del Mensajero*, el cual, allá por el 2002, me inspiró la pregunta «¿Qué hubiera pasado si...?» y sembró la semilla de este relato.

A ustedes, los que me leen, por permitirme tocar sus vidas y por elegirme. Y porque —aunque suene obvio— sin su presencia al otro lado, lo que hago no tendría ningún sentido.

Y, finalmente, a todos los personajes de esta novela. Porque rondaron y rondan día y noche mi escritorio, mientras trabajo, y me acompañan, y me miran (a veces con miradas harto elocuentes), y me susurran sus deseos, sus miedos, sus búsquedas, sus desacuerdos con los pasos que les hago dar y las frases que pongo en sus labios... Porque ellos son, en definitiva, los verdaderos artífices de esta aventura.

A todos, *tlazohcamati!*

